

Javier Peña

Agnes

UNA NOVELA



se

Lectulandia

Le ha sucedido a Agnes, pero podría sucederle a cualquiera.

Cuando en una cena de empresa y tras varios *gin-tonics* discute con el nuevo propietario de la revista donde trabaja, este le propone un trato: le pagará el sueldo de dos años si consigue escribir la biografía de Luis Foret, el escritor del momento. Un escritor a quien nadie ha visto en persona, de quien solo se conocen sus astronómicas cifras de ventas, y que acaba de anunciar su retirada del mundo de las letras. Hasta entonces, Agnes queda fulminantemente despedida.

La vida de Foret, comprende Agnes conforme avanzan sus entrevistas vía *email*, parece entretejida a base de coincidencias. Macabras casualidades de las que él sale ileso, pero no las mujeres que se cruzan en su camino.

Le está sucediendo a Agnes, y ahora tiene que sentarse a escribir como antes les ha sucedido a muchísimas otras. Ninguna supo que se estaba metiendo en la boca del lobo. Ninguna lo vio venir, excepto ella.

Javier Peña

Agnes

ePub r1.0

Titivillus 04.12.2021

Título original: *Agnes*

Javier Peña, 2021

Ilustración de la cubierta: Mercedes Bellido

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A Ana.

0

Agnes

Prefacio a cargo de Luis Foret

Agnes: no llega a los treinta años. Metro sesenta y cinco, cabello crespo, ojos verdes. Omóplatos fuertes, caderas anchas, tobillos desdibujados. Entra en comisaría a las 10:57 p. m. con un hematoma en la frente y una herida en el extremo externo del ojo izquierdo.

El agente Bascoy acostumbra a tomar nota de todos los detalles que suceden en su turno, pero admite que tomaría nota de Agnes aunque no estuviera de guardia porque, a su juicio, no está exenta de atractivo.

A pesar del golpe frontal, la lesión en la ceja, los ojos vidriosos, el atuendo estrafalario.

A pesar de que sus dedos desprenden cierto aroma a pomada para las hemorroides.

A pesar de que su aliento huele a alcohol a la legua.

El agente Bascoy apunta en sus notas: «Probablemente *whisky* de malta». Lo apunta aun a sabiendas de que «probablemente» es enemigo del rigor. «Probablemente» puede ser la vía de escape para un culpable. ¿No es cierto que usted escribió «probablemente» en sus notas preliminares?, preguntaría el abogado defensor. ¿No es menos cierto, pues, que usted albergaba dudas razonables sobre mi defendida? Y él no podría mentir. Él no.

Tacha «probablemente», deja «*whisky* de malta».

Al agente Bascoy le gusta experimentar con los olores. Se enjuaga la boca con diversos licores que después escupe; se echa el aliento en la mano y la olfatea; se considera a sí mismo capaz de distinguirlos; se dice que algún día esto podrá ayudarle con algún caso. Quizá con Agnes. Aunque no hay caso con Agnes. No hay informe oficial. Solo las notas del agente Bascoy.

Hace cuatro años que el agente Bascoy superó la fase de formación en la academia de policía. Tras cuarenta y cinco meses anodinos en una comisaría de pueblo —y un pequeño empujón familiar que no viene a cuento—,

consiguió recientemente el traslado a Santiago. Su padre, orgulloso, le escribió una carta la semana pasada en la que tildaba de meteórica su carrera.

Agnes espera a que el agente Bascoy anote revelando cierta impaciencia. Bajo un abrigo largo beis, desabrochado, luce un vestido ceñido de raso negro con transparencias, medias de rejilla negras, zapatos con diez centímetros de tacón. Abertura del vestido en ambas piernas. Escote excesivo. El agente Bascoy apunta: «No se debe descartar completamente la prostitución».

Luego tacha «completamente». ¡Malditos adverbios!

Agnes porta en la mano una prenda de lencería femenina. El agente Bascoy duda si escribir «lencería» o «ropa interior». Lo cierto es que la prenda es poco excitante. Es de algodón blanco y está usada. El agente Bascoy no quiere decir que esté sucia, pues no lo parece. Quiere decir usada: gastada. Si el agente Bascoy quisiera decir «sucia», diría «sucia» y no «usada».

A ojos vistas, la prenda es demasiado grande para ella. Aun considerando su problema de caderas. Aquí, en las notas del agente Bascoy, se ve tachada la palabra «problema» y escrito «anchura» por encima.

El agente Bascoy levanta al fin la cabeza y pregunta si puede ayudarla en algo.

Agnes farfulla.

—Las bragas... las bragas... pueden haber servido para un crimen.

El agente Bascoy le pregunta si esa prenda de ropa interior —elude la palabra *bragas*— le pertenece.

Agnes niega con la cabeza.

—Entonces, ¿qué hace en sus manos?

—Él me las envió.

El agente Bascoy se congratula, el interrogatorio le conduce pronto por el camino adecuado.

—Ajá. ¿Quién es él? Empecemos por ahí. Dígame el nombre de la persona que le envió la prenda.

—No lo sé.

—Ajá. No lo sabe.

—Nadie lo sabe. Quien lo sabe ha muerto. O ha firmado un contrato de confidencialidad.

—¿Usted no ha firmado un contrato de confidencialidad?

—No.

—Entonces mejor que no lo sepa.

El agente Bascoy sonríe. Intenta caerle simpático con un comentario que calificaría como cercano.

El silencio de Agnes denota que *fallido* es un adjetivo más apropiado.

—¿Tiene esto algo que ver con ese golpe en la frente? —pregunta él reanudando el interrogatorio.

—No... —vacila ella.

—¿Cómo se produjo ese hematoma, entonces?

—Un accidente... doméstico.

—¿Doméstico, eh?

Agnes asiente con un gesto.

—¿Y esa tumefacción junto a la ceja?

—¿De verdad le parece importante?

—No lo sé, dígamelo usted.

Agnes chasquea la lengua entre los dientes.

El agente Bascoy toma nota.

—¿Cómo llegó hasta usted esa... prenda? —prosigue el cuestionario.

—Por correo.

—Entonces tendrá un remite o algo.

—Sí, Luis Foret.

—Ajá. Luis Foret.

El agente Bascoy apunta el nombre.

—¿No le suena? —dice ella.

—¿Debería?

—Es un escritor famoso.

—¿Escribe novela negra?

—No.

—¡Ah! Yo es que de libros... Solo novela negra.

Al agente Bascoy siempre le ha dado reparo reconocer su ignorancia sobre cualquier asunto. Se dice a sí mismo que debe ponerse al día en otro tipo de novelas.

—Se ha retirado hace poco. Salió en todas las televisiones.

—Tampoco veo mucho la televisión, ¿sabe?

Agnes vuelve a recurrir al silencio; echa una ojeada alrededor como si buscara otro interlocutor; la comisaría está vacía, a oscuras, excepto por el agente Bascoy, que se apoya en un atril bajo una lámpara de tubos amarillos. En el atril hay pegado un folio de impresora donde pone RENOVACIONES DNI y una flecha: ←

—Entonces, ¿quién es Luis Foret? —pregunta él.

—La persona que me envió las bragas.

Al agente Bascoy la chica empieza a ponerle un poco nervioso.

—Pero usted me ha dicho que desconocía su nombre.

—Luis Foret no es un nombre, es un pseudónimo.

—Ajá, un pseudónimo. ¿Y por qué lo usa?

—Es una larga historia.

—Tengo toda la noche.

—Yo no —dice Agnes.

El agente Bascoy da golpecitos alternos en el suelo con los pies como hace siempre que está inquieto.

—¿Y cómo me decía que era su nombre? —pregunta a continuación.

—¿El mío?

—Sí, el suyo.

—Aún no se lo he dicho.

—Ya, por eso, dígamelo, por favor.

—Como me preguntaba que cómo decía que era mi nombre...

—Es un decir. Una forma de hablar.

—Agnes.

—¿Agnes qué más?

—Agnes Romaní.

Al agente Bascoy el nombre le parece inhabitual. ¿Inventado? Es posible.

—De acuerdo, Agnes Romaní, ¿qué relación le une con ese tal Luis... —echa un ojo a sus notas— Foret?

—Soy su biógrafa.

—¿Biógrafa?

El agente Bascoy frunce el ceño, agita los pies cada vez más rápido. Es consciente de que cuando lo hace los hombros le bailan. Se atusa el uniforme azul marino. El parche reglamentario se está descosiendo. Su madre no es una gran costurera.

—Sí, biógrafa. ¿Sabe lo que es?

(¡Eh, Agnes Romaní, no es necesario ofender!).

—Evidentemente, señorita, evidentemente —responde el agente Bascoy dejando patente su irritación.

Agnes agita un poco las bragas como queriendo decirle que se centre en lo verdaderamente importante.

—Así que me está diciendo que usted es la biógrafa de Luis... —Vuelve a mirar sus notas.

Agnes pone los ojos en blanco.

—... Foret —prosigue—. Pero desconoce su verdadero nombre.

—Así es.

—¿Y tiene usted muy avanzada su biografía?

—Casi finalizada.

—Curioso.

El agente Bascoy intenta recordar las biografías que ha leído. No demasiadas; de todas ellas la parte más reconocible, la más fácil de memorizar, es el nombre del biografiado.

—¿Puede describir físicamente al señor Foret?

—No.

—Ajá. ¿Y eso por...?

—Porque nunca lo he visto.

—Pero sospecha de él.

—No lo sé.

El agente Bascoy mueve el bolígrafo pero cuando mira el papel se da cuenta de que ahora no escribe más que rayas, sus trazos ya no forman letras.

—Ajá. No lo sabe. Y, dígame, ¿sabe el nombre de la persona a la que pertenece esa prenda de ropa interior?

—No lo sé.

—Ajá. No lo sabe. ¿Pero sabe si esa persona se encuentra en buen estado de salud?

—Puede estar muerta.

—¿Puede?

—No lo sé.

—Ajá. No lo sabe.

—No.

—Sabe que puede estar muerta pero no su nombre.

—¿Urgulanila?

—Urgu... Discúlpeme, ¿cómo se escribe?

—Creo que esto ha sido un error.

Agnes gira sobre sus gruesos tobillos.

—Espere, un momento, esta Urgu... ¿Esta señorita es conocida suya?

—Nunca la he visto.

—Pero sabe que ha desaparecido.

—No lo sé.

—Ajá. No lo sabe. Y el suceso que usted viene a denunciar, ¿cuándo se produjo?

—Hace siete años.

—Señorita, permítame que le pregunte: ¿ha estado bebiendo? ¿Tal vez *whisky* de malta?

El agente Bascoy lo pregunta no sin cierto orgullo.

—Tengo que irme.

—Señorita —le grita antes de que salga—, ¿no cree que su atuendo es... es... inadecuado para una noche tan fresca como esta?

—Vengo de clases de tango.

—Ajá. Así que fue a clases de tango antes de venir a denunciar lo que sea que haya venido a denunciar.

—Mire, déjelo.

—Señorita...

Agnes apura el paso hacia la puerta; de espaldas, antes de marcharse, le dedica una peineta al agente Bascoy.

Él no sabe muy bien cómo actuar. No puede ordenarle que se quede ni arrestarla. Beber *whisky* o pasearse con transparencias y una prenda de ropa interior en la mano no está tipificado como delito. Tampoco contar historias raras.

El agente Bascoy ve desaparecer las caderas de Agnes al otro lado de la puerta automática.

Solo entonces se da cuenta de que se ha dejado la prenda de lencería sobre el atril. ¿Qué puede hacer con ella? La sujeta con la mano y constata lo que le había parecido: está ajada, especialmente rugosa en la parte del trasero a causa del roce con unos pantalones. La estira, es enorme.

El agente Bascoy apunta en su cuaderno: «Las bragas de Polifemo». Luego tacha «bragas» y escribe por encima «ropa interior». Después tacha «Polifemo». La inventiva no es el trabajo de un policía nacional. Guarda en su cajón las notas y la prenda de algodón.

Dos semanas más tarde su jefe, buscando un archivo, encontrará las bragas en el cajón del agente Bascoy, lo cual le acarreará no pocos problemas y afectará a su meteórica carrera. Pero esa historia ya nada tiene que ver con la chica ni con Luis Foret. En lo que respecta a la chica, lo único que ha hecho el agente Bascoy ha sido tomar notas en su cuaderno.

Eso hacemos la mayoría. Hasta los más rigurosos. Apuntamos en un cuaderno, apuntamos en el bloc de notas del móvil, apuntamos mentalmente. Reflexionamos sobre lo que pudimos haber hecho y no hicimos, sobre lo que hicimos y pudimos no haber hecho. Luego lo dejamos pasar. Simplemente dejamos que suceda, que el mundo siga su curso.

A menudo lo que la vida tiene para ofrecernos se reduce a una colaboración en nuestra propia biografía.

El hombre que sería Luis Foret

(Una biografía)

POR AGNES ROMANÍ
(CON LA COLABORACIÓN DE LUIS FORET)

1

El relato de Shahriar

Hydra (Grecia), junio de 2011

Las verdaderas historias no suceden en orden cronológico, esa fue una de las primeras cosas que me dijo Luis Foret cuando me encargó escribir su biografía. Una vida es un mosaico hecho con un puñado de fragmentos, no un millón de teselas como aquel de Pompeya, dijo, sino tan solo nueve o diez: esa es la dificultad para una biógrafa, dar sentido a un dibujo con diez teselas sin que parezca un garabato infantil. Tendrás que saltar hacia adelante y hacia atrás, dijo, y luego volver a saltar, solo así hallarás el significado del conjunto, como un cuadro, no como una melodía. Luego añadió: si yo escribiese la historia de Luis Foret, colocaría como primera tesela una imagen del golfo Sarónico un año antes de que existiese un hombre llamado Luis Foret.

Un músico con bigote y camisa blanca de lino toca el buzuki en el puerto de Hydra sentado en un bolardo de amarre plano como la cabeza de una serpiente. El sol cuelga sobre el Peloponeso negándose a iniciar el descenso e ilumina un día eterno. Shahriar canta al compás de las notas sincopadas, altivas y discretas como las mujeres griegas:

—*Ena dio kai tria kai tessera...*

El hombre que sería Luis Foret no puede dejar de admirar la facilidad de Shahriar con los idiomas. A decir verdad, en esa soleada tarde de junio, no puede dejar de admirar a Shahriar. Con el paso de los años, afirma, si le hicieran elegir una tarde, solo una, en la que sintiera eso que se suele llamar felicidad, elegiría las primeras horas de aquella tarde.

Aunque es cierto que el paso de los años tiende a confundirlo todo.

—Es muy fácil —explica ella leyéndole el pensamiento—: uno, dos y tres y cuatro, *ena, dio, tria, tessera*, hasta tú eres capaz de aprender eso en griego.

Le gusta verla sonreír a golpes de buzuki, con los brazos descubiertos, los poros diminutos abiertos al sol. Su sonrisa dibuja un futuro halagüeño; en sus ojos persiste un poso de tristeza. Ha pasado los dos últimos días encerrada en

el hotel por culpa de una gastroenteritis. O eso creen aún en esa soleada tarde de junio.

—Así que esta es la luz de Grecia —dice estirándose en la silla como una niña perezosa.

Una pequeña embarcación de recreo se aproxima al puerto dejando una estela en el agua. El barco se llama Calipso, como la amante con la que Ulises se entretuvo mientras Penélope aguardaba su regreso. Una mujer se asoma en la cubierta de Calipso y silba al hombre del buzuki metiéndose dos dedos en la boca.

—Creo que me quedo con la luz antes que con la Acrópolis —dice Shahriar sorbiendo té helado por una pajita—. Si tuvieras que escoger una cosa de Grecia, ¿con qué te quedarías tú?

La mujer amarra un cabo donde antes estaba el músico, que se aleja sin dejar de tocar su instrumento y sonrío a Shahriar. Ella se despide con un gesto de la mano. Un hombre nórdico sale de la carlinga con una silla de bebé. La mujer coge de dentro a un niño que balancea el cuello como si, agarrado apenas por un clavo, se fuera a desmontar. De un salto, madre e hijo abandonan el barco y ponen pie en el muelle.

—¿A quién se le ocurre? —dice el hombre que sería Luis Foret—. Traer a un niño tan pequeño en ese barco.

—Calla, pesado —dice Shahriar sin dejar de sonreír—, es maravilloso. ¡Cómo me gustaría ser ese niño! ¿No te habría gustado que tus padres te trajeran a Grecia? Los niños de ahora tienen suerte. Para ellos el mundo es un lugar muy pequeño.

—¿Y eso es una suerte?

—¡Claro que sí! Yo solo quiero ver el mundo. Pero ya soy tan mayor...

Luego lo mira durante unos segundos y se echa a reír haciendo burbujas con la pajita en el té. En esa soleada tarde de junio Shahriar no supera los veinticinco años.

—¿Podemos volver al hotel en burro? —pregunta como la niña que pide permiso al adulto.

En Hydra no circulan vehículos a motor. Por la isla solo puedes desplazarte a pie, en burro o en barco. En la pinza de la herradura que forma el puerto, una hilera de asnos con jaeces de colores espera a los turistas para ascender a los hoteles de las colinas.

—¿Ya quieres volver al hotel?

—¡Nooo! —dice estirando la o—. Quiero ver el sol, quiero verlo hasta que se ponga.

En la mesa de al lado unas chicas juegan al *tavli*, el *backgammon* griego; capturan fichas a gran velocidad golpeando con las suyas el tablero de madera. Cuando se han ido los excursionistas, Hydra es un remanso de paz; solo las partidas de *tavli* y las notas de buzuki desafían la parsimonia.

—Pero podemos volver en burro —insiste Shahriar.

Él hace un gesto de indiferencia con los hombros.

Por el horizonte azul se aproxima a saltos una araña gigante que enturbia la tranquilidad. Es un Delfín Volador, un aerodeslizador que une Hydra y el Pireo en menos de dos horas. Las jóvenes griegas recogen el tablero y las fichas discutiendo quién ha ganado la partida inconclusa. La más bajita de las dos enciende un cigarrillo, la más alta utiliza el pitillo de su amiga para prender el suyo. Mientras aspiran el humo, el hombre que sería Luis Foret se da cuenta de lo mucho que le gusta oír las hablar en griego.

—... *ena dio kai tria kai tessera*... —canturrea Shahriar al verlo distraído con las otras chicas.

A Shahriar parece satisfacerla ese juego. Disfruta haciéndose la celosa aunque ellos dos nunca hayan sido más que compañeros afectuosos. En esa soleada tarde de junio, al hombre que sería Luis Foret le resulta sencillo explicar por qué no han sido más que amigos: él es mayor, está casado en segundas nupcias, tiene una niña pequeña, es el jefe de Shahriar en el departamento de Literatura Comparada. Motivos de sobra por separado, abrumadores en conjunto.

Pero una cosa son los motivos y otra la realidad: rara vez coinciden. La realidad es que nunca han sido más que amigos porque ella no ha querido. Aunque, a veces, afirma Foret, parezca lo contrario.

Están en Hydra recopilando información para una investigación sobre Leonard Cohen que él paga de su bolsillo —así no tiene que dar explicaciones en la universidad—, y comparten habitación de hotel.

—Con camas separadas —había insistido ella.

—Con camas separadas, por supuesto. ¿Quién te crees que soy? Tengo una hija, ¿recuerdas?

—Ya —había dicho ella—. Pero con camas separadas.

Que su mujer piense que duermen en dos habitaciones no le genera remordimientos. No ha ocurrido nada de lo que arrepentirse.

O sí, afirma Foret. Quizá de lo que uno deba arrepentirse más a menudo es de las ocasiones en las que no ha ocurrido nada.

Las jóvenes griegas esperan ya en el borde del muelle al Delfín Volador, que rodea la muralla mientras escupe agua. El ruido del motor parece el de

una enorme cisterna. La chica más alta, de nariz aguileña y hombros caídos, tira el cigarrillo al suelo y un par de gatos escuálidos se acercan corriendo pensando que la colilla es comida.

En Hydra hay tantos gatos que se hace difícil no tropezar con ellos. Negros, alargados y huesudos, como pequeños acordeones, duermen en cada escalón, en cada esquina en la que encuentran sombra. Al contrario que Shahriar, los gatos de Hydra aborrecen la luz de Grecia.

—Putos gatos —dice Shahriar y por vez primera en el día se le borra la sonrisa.

Shahriar sigue a rajatabla los extraños preceptos de sus supersticiones. Le repugnan los gatos, le inquietan los treces, evita a los pelirrojos, congela a las personas. Cuando cree que un compañero de la universidad tiene malos deseos hacia ella, escribe su nombre en una tira de papel y la deposita en el fondo del congelador. Así, dice, neutraliza el mal de ojo.

De la pajita de Shahriar se desprenden pequeñas gotas de té helado que ahora llueven sobre su ejemplar en inglés de *Zorba el griego*, con un burro negro y casas blancas de estilo naif en la portada. En la página de guarda ha dibujado con lápiz de grafito unos trazos que dice que le recuerdan al hombre que sería Luis Foret bailando *sirtaki*.

—¿Te puedes creer que nunca lo he leído?

Se lo dice blandiendo el libro en su mano huesuda como los gatos negros de Hydra. En esa soleada tarde de junio, Shahriar no sabe que ya no tendrá tiempo de leer *Zorba el griego*.

Aquella mañana por fin habían podido abandonar la habitación compartida y pasear por la isla.

Los días anteriores ella le decía que se marchase y la dejara sola, pero de ninguna manera podía abandonarla como estaba, escurriéndose en el retrete, enroscada sobre sí misma, con el rímel corrido alrededor de sus ojos enormes, el rostro descompuesto como si uno de sus pómulos se hubiese dislocado, un amargo olor en el aliento.

—Debo de estar preciosa —le decía—. En breve me dejarás por una griega.

Como si él pudiera dejarla por alguien. Como si pudiera.

—Camas separadas —objetaba el hombre que sería Luis Foret agitando un dedo y ella entornaba los ojos con ternura.

Luego, cuando se encontraba algo mejor, se daba un baño de espuma y le concedía permiso para que permaneciese junto a la bañera, sentado sobre el inodoro. Del agua sobresalían rodillas, brazos y cabeza, el resto de Shahriar estaba cubierto por un manto de burbujas blancas. Hablaban hasta que se le arrugaba la piel.

—Ya parezco tan mayor como tú —le decía enseñándole las manos y le ordenaba salir del baño.

Él esperaba obediente en la habitación imaginándola completamente desnuda al otro lado de la puerta. Solo tenía que girar el pomo. Un giro de la mano solamente.

Entonces llamaba por teléfono a su mujer, hablaba unos minutos con ella y después le pedía que le pusiera a la niña. Shahriar salía del cuarto de baño, con el albornoz abriéndose lo justo en el pecho, sujeto por un alfiler invisible, y preguntaba moviendo la boca sin que emergiera un hilo de voz:

—¿Es ella? Mándale saludos.

Él se llevaba el índice a los labios.

—Habitaciones separadas —respondía sin hablar.

A los cinco o diez minutos ya estaba de nuevo retorcida vomitando.

Así, afirma Foret, habían sido sus primeros días en Hydra.

Aquella mañana la salud de Shahriar parecía haber hecho un gran progreso y estaba dispuesta a empezar el recorrido.

Lo primero que acordaron hacer fue acercarse a la casa que Leonard Cohen adquirió en Hydra en 1960 con la herencia de su abuela, una vivienda encalada como casi todas en la isla, con una hiedra descuidada y un llamador gris en forma de estrella de David. Desde el hotel habían tenido que descender hasta el puerto y pasar por delante de los burros, las tiendas de *souvenirs* y los excursionistas que escupía el Delfín Volador.

Luego Shahriar había comenzado a brincar por unos empinados escalones blancos. Se detenía delante de las puertas de colores y de los árboles florales con entusiasmo infantil. Arrancó una anémona azul y se la colocó a caballo sobre la oreja. De vez en cuando su rostro se nublaba, apenas una fracción de segundo: él le preguntaba si estaba bien, ella recuperaba su vitalidad y agitando un poco la mano indicaba que estaba perfectamente.

Llevaba un vestido de gasa verde que le llegaba a la altura de las rodillas, pero con sus saltos, siempre ocho o diez escalones por delante, a él le resultaba sencillo, ver sus muslos y la sombra oscura de su ropa interior.

Shahriar golpeó el llamador de la estrella de David contra la puerta.

—Espera —dijo él—. ¿Qué vamos a decir si nos contesta alguien?

—Ya se nos ocurrirá algo —respondió encogiendo los hombros.

Pero no contestó nadie.

Afirma Foret que sintió un profundo embarazo. ¿A quién quería engañar? ¿Qué podían sacar en limpio de Hydra? Hacía cincuenta años que Leonard Cohen había vivido allí. Aquel puñado de bohemios, poetas, pintores, vividores escasos, de fondos, todos los que habitaron Hydra junto a Cohen en los sesenta, ya no estaban, los que no habían muerto eran ahora abuelos a los que la demencia senil dañaba más de lo que había hecho el ácido. Tampoco los habitantes locales recordarían a Cohen o a su amante, Marianne, solo los más viejos, y sus historias, poco rigurosas, serían inválidas para un trabajo universitario serio. Lo sabía. Siempre lo había sabido. Por eso había decidido pagar todo de su bolsillo, porque no quería dar explicaciones en el departamento sobre el viaje de quince días a una isla griega con una compañera de veinticinco años.

Shahriar lo miraba divertida leyendo lo que le pasaba por la mente. Que nadie abriese la puerta de la casa de Leonard Cohen no daba la impresión de contrariarla. Para ella, el hombre que sería Luis Foret era un libro abierto. Lo último que leyó con sus ojos no fue *Zorba el griego*, fue el interior de la cabeza de Foret. Eso parecía complacer a Shahriar. Parecía saber que las piernas que unos minutos antes había exhibido con sus saltos lo complicaban todo. Parecía que le agradasen las complicaciones, afirma Foret, como al escapista que va poniendo más y más cerrojos sobre su cuerpo antes de echarse al agua para, en un sencillo movimiento, liberarse de sus ataduras y salir indemne a la superficie.

Le dio una palmada en la espalda al hombre que sería Luis Foret:

—No te desanimes, nos quedan muchos sitios donde buscar, muchas preguntas por hacer, esta es solo nuestra primera visita, tenemos trece días por delante.

Le enseñó los dedos cruzados de ambas manos cuando dijo «trece».

—Y tenemos que verlo todo —añadió.

Ahora el Delfín Volador se aleja hacia los montes del Peloponeso devolviendo la placidez a la terraza del puerto. Shahriar sorbe por la pajita, pero ya no hay té, solo unos hielos cada vez más diminutos. Tararea *Suzanne*. Lo mira y se ríe arqueando sus cejas frondosas. No sabe que pronto se

quedará sin ellas. Le agarra la mano y se acarician durante unos segundos como lo harían dos amantes. Frente a ellos pasean arrastrando los pies dos ancianos pequeños y robustos, con gorra gris de pescador y pantalón de pana, acariciando un *komboloi*, un rosario griego, con la misma delicadeza con la que ellos acaban de rozarse las manos.

—Entiendo que Leonard se enamorase de esta isla —dice Shahriar—, imagínatela sin turistas, sin ordenadores, sin televisión, sin electricidad: casi puedo verlo escribiendo en su casita encalada, con flores rojas en la hiedra, golpeando la máquina de escribir, descendiendo las escalinatas, dándose un baño en el puerto entre las barquitas de pescadores de madera recién pintada, comprando naranjas por un puñado de dracmas, aceitunas y tomates en una bolsa de tela, escribiendo de nuevo, tocando la guitarra, haciendo el amor con Marianne cuando ya la luz del día se ha ido... ¡Mudémonos aquí!

—Ahora hay turistas, ordenadores, televisión, electricidad, y si te bañas en el puerto, la hélice de un pequeño yate te amputará un miembro.

—Y no está Marianne —dice Shahriar con una sonrisa traviesa.

—Cierto. Yo no tengo a Marianne —dice. Luego añade—: Y tú no tienes a Leonard.

El sol por fin parece darse por vencido y comienza parsimonioso su descenso. El mismo sol, ahora tímido, que picaba con rabia en los ojos al mediodía. Habían comido en una terraza junto al mar. En realidad, solo comió él; Shahriar trató de meterse en la boca un trozo de sardina, pero lo escupió en la mano y luego lo tiró al suelo. Los gatos se abalanzaron al instante.

—Putos gatos —dijo.

—Tienes que comer algo, llevas dos días sin probar bocado —le reprendió él.

—La gastroenteritis no me va a venir nada mal —dijo alisándose el vestido sobre el vientre y ciñéndoselo de forma que sus pechos se redondearon bajo la gasa verde.

Afirma Foret que fue en ese momento cuando la familia británica con unos niños pelirrojos pasó por la terraza y Shahriar se puso muy nerviosa.

Siempre que ve un pelirrojo debe tocar un botón porque, según uno de los preceptos de sus supersticiones, así contrarresta la mala suerte que provoca la pigmentación rojiza. Como no hay botón en su vestido, tiene que buscarlo en el atuendo de su acompañante. El hombre que sería Luis Foret lleva una camiseta a rayas y solo tiene un botón en sus bermudas caquis. Ella se lanza a

por él como los gatos a la sardina y, al alcanzar su cabeza metálica en forma de seta, su mano roza una pequeña erección.

Afirma Foret que cualquier otra dejaría pasar el incidente. Pero Shahriar la escapista, no, ella nunca.

—Perdón —dice divertida—. Perdón. La culpa es de los pelirrojos.

Él niega con la cabeza. Incómodo sobre todo porque no sabe exactamente qué está negando. Cómo explicarle que la sensación por la que ella se disculpa le ha resultado agradable.

—Te debo una —dice ella con un guiño—, te debo una.

¿Qué le debe? ¿Haberla salvado de los pelirrojos? ¿Haber rozado su miembro?

Afirma Foret que ocho años después aún lo atormenta preguntarse por qué no se cobró la deuda. Por qué no le dijo que fueran al hotel. Por qué prefirieron sentarse en la terraza del puerto durante horas a ver la vida pasar hasta que ella no pudo verla más. A menudo se dice que si hubieran ido a la habitación compartida y hubieran hecho el amor, nada habría pasado, como si aquello fuera a ahuyentar lo que se estaba fraguando en el interior de Shahriar como uno ahuyenta los malos presagios de un pelirrojo tocando un botón.

Y qué distinta habría sido su vida entonces, la vida de ambos, porque lo que pasó después los cambió para siempre.

Nunca más volverá a dejar una deuda sin cobrar.

A veces, afirma, el gesto más insignificante varía una vida por completo, a veces el destino pende de un hilo y no somos nosotros quien lo dirige, sino los demás.

Pero en ese momento Shahriar ya estaba sentenciada. Lo único que habría cambiado si hubiesen ido al hotel es que habría hecho el amor con ella. Quizá sea eso lo que lo atormente.

Lo que hizo fue pedir un yogur con miel a la camarera y una manzanilla para Shahriar. Luego llamó a su mujer, habló unos minutos con ella desde la terraza y le dijo que le pusiera a la niña. La voz del hombre que sería Luis Foret enunció una docena de preguntas, pero su cerebro dejó pasar de largo cada una de las respuestas de su hija. Lo que recuerda de ese momento es el dulzor de la miel y los ojos de Shahriar ocultando bajo las cejas una mueca de dolor.

En el puerto, el Delfín Volador se ha esfumado ya de la línea del horizonte y el sol es solo una lengua de fuego. Shahriar canta *Suzanne* y sus ojos aspiran

los últimos rayos de luz. Luego se apagan. Simplemente se apagan.

—No veo el sol —dice alarmada—. ¿Dónde se ha ido el sol?

—Se ha puesto —le dice el hombre que sería Luis Foret—. Volverá a salir, no te preocupes.

Agarra su mano con cariño; le habla como le hablaría a su hija pequeña. Ella se zafa de un tirón.

—Que no, joder, que no veo, no veo nada.

Entonces mira hacia él. En realidad no mira. Dirige la cara hacia donde está él, con ojos hueros, desconocidos. Podría ser un juego, otro de sus juegos, pero no con esos ojos, no con ese vacío. El vaso de té helado cae al suelo y se rompe, los hielos, pequeñas piedrecitas, ruedan hasta el lugar donde el hombre tocaba el buzuki y los gatos los devoran.

La edición de *Zorba el griego* queda olvidada encima de la mesa, Shahriar ya nunca podrá leerlo, tal vez lo lea alguien que llegue después, tal vez le cambie la vida. Los otros, sus gestos, sus palabras, sus libros olvidados, esos, afirma Foret, esos nos cambian la vida.

—Léeme *Catedral* —dice.

Él está al otro lado de la línea telefónica. Han pasado siete semanas desde que regresaron de Grecia.

—¿Qué?

—*Catedral*, de Carver. ¿Lo tienes en casa? Ve a por él y léemelo, yo te espero aquí.

—Claro que tengo *Catedral* en casa, soy profesor de Literatura, ¿recuerdas? Pero ¿crees que *Catedral* es el mejor relato...?

—¿Ahora vas a discutirme qué relatos debo escuchar y cuáles no?

Shahriar es más áspera desde que perdió la vista. Ya no es la joven aniñada que conoció. Actúa como si el mundo le debiese algo y quién podría culparla de eso. Sucede que, como no puede dirigirse al mundo, reclama la deuda a quienes la rodean. Tampoco es que el hombre que sería Luis Foret la rodee ahora. Shahriar vive con sus padres en un pueblo junto al mar, va y viene al hospital una vez por semana. Ya nunca la ve aunque hablan a menudo por teléfono.

—Lee —le dice.

Él comienza la lectura de la historia del ciego de Raymond Carver.

Durante el relato permanece callada. Cada cierto tiempo él le pregunta si sigue ahí, se siente absurdo recitando los párrafos a un teléfono móvil. Ella

contesta que sí, que sigue ahí y, por su tono, parece disfrutar con la narración.

—Me gusta tu voz —le dice—. Nunca me había dado cuenta de cuánto me gusta tu voz.

Ahora la voz lo envuelve todo, envuelve la vida de Shahriar.

Siente ganas de abrazarla como la abrazó en el Delfín Volador, de regreso a Atenas. Era de noche y el mar se revolvía; afirma Foret que durante todo el trayecto hasta el Pireo tuvo la impresión de avanzar dando brincos sobre el agua. Cada vez que la pesada embarcación caía sobre el mar una nube de agua salada anegaba los cristales y parecía que iban a naufragar. Con cada salto los pasajeros daban gritos agudos en la cabina. Afirma que pensó que no era el peor momento para morir ahogados. Shahriar se aferraba a él y al mismo tiempo agarraba una pequeña bolsa de papel por si regresaban las náuseas. En el ambulatorio de Hydra le habían dado una pastilla para cortar el vómito, pero se habían mostrado impotentes ante la repentina ceguera. Un par de médicos de guardia, un hombre mayor y una mujer de mediana edad, se habían mirado, habían hablado sucintamente en griego y les habían aconsejado que embarcaran en el primer ferri hacia Atenas. El hombre que sería Luis Foret recuerda a Shahriar en el Delfín Volador, con el vestido de gasa, suave como la piel de sus brazos, canturreando Leonard Cohen con voz quebradiza. Sus pupilas le atravesaban el esternón, atravesaban las ventanas, atravesaban el mar de vino que antes, hacía un suspiro, había sido plácido y azul.

Quiero que sepas que nunca voy a dejarte, Shahriar, siempre voy a estar ahí para ti, afirma Foret que le dijo como se le dice a las amantes a las que pronto abandonarás.

—Las cintas —le dice.

—¿Qué cintas?

—Las cintas que la mujer le graba al ciego en *Catedral*.

Ella se sabe el cuento de memoria, palabra por palabra; él imagina que en las últimas semanas ha pedido a otras personas que se lo lean. ¿También a ellos les dirá que le gusta su voz?

—Quiero que me grabes cintas, que me cuentes historias, lo que te pasa. No sé, tú eres el profesor. Lo peor de la ceguera es el aburrimiento, no puedo leer, no puedo ver la televisión, no puedo hacer nada, necesito entretenerme.

Le dice que sí, que hará lo que le pide, le enviará grabaciones, tratará de entretenerla. Le dice que esto será transitorio.

—Claro que será transitorio —dice ella—, hasta que me encierren en un sepulcro en este reino junto al mar.

Al principio es difícil. Si uno se pone a narrar en voz alta lo que le ocurre a lo largo del día, afirma Foret, es fácil que acabe cayendo en la depresión: todo se revela un enorme sinsentido.

Absurdamente, considera una falta de respeto hablarle de su mujer y, por extensión, también de la niña, así que pasa por ellas de puntillas. Tan de puntillas que acaba por creer que son una parte accesorio de su existencia, no más importante que un libro ya leído o una película sobre la que has grabado otra.

Hacer una reseña de tu vida puede provocar que pienses que tu vida es solo la reseña y nada más. La jerarquización lo es todo, afirma, de pronto la vida sigue el orden que marca algún tipo de algoritmo. Lo que no entra en la grabación no existe, es circunstancial, como dormir y hacer de vientre.

Incluidas las personas. Sobre todo las personas.

Shahriar le pregunta en ocasiones:

—¿Tan poco ves a tu mujer y a tu hija?

Un día se lo dice, el hombre que sería Luis Foret le dice que, aunque pueda parecer un disparate, se comporta como si alguna vez hubiesen sido amantes.

Ella, por toda respuesta, le regala la letra de aquella vieja canción. *Suzanne*. Hydra. Leonard Cohen. La investigación, claro, ha quedado en nada, pero eso él no se lo explica a Shahriar. Ella tampoco pregunta.

—No me llames más por teléfono —dice ella—. Grábame cintas.

El hombre que sería Luis Foret obedece compulsivamente. Aunque no tenga nada que contarle, coge la grabadora, introduce la cinta de casete, aprieta el botón rojo y habla sin parar. Le habla a un armatoste negro pasado de moda que parece una tostadora. Habitualmente lo hace desde el despacho en la universidad, aunque a veces también desde casa cuando su mujer ha salido. Sus discursos, afirma, no son más que una desordenada sucesión de vacilaciones que solo interrumpe cuando la cinta de cromo llega a su fin y el botón de grabación salta con estruendo. Entonces da la vuelta a la cinta y continúa. Luego la mete en un sobre pardo y acolchado. A mediodía, a la hora de comer, entra en la oficina de correos, saluda con amabilidad a la empleada y envía el paquete.

Convierte el proceso en una rutina.

Ella responde con pequeñas notas manuscritas, no diarias como sus cintas, quizá dos veces por semana. Los renglones torcidos se montan unos encima de otros, a veces se superponen tan enteramente que resulta imposible

descifrarlos. Pero es su letra, de eso no cabe duda, la conserva intacta a pesar de la ceguera. El alfabeto, los trazos femeninos, afirma Foret, no están en sus ojos, están en su muñeca, en la posición con la que sus yemas sujetan el bolígrafo, en un giro de la mano izquierda. Reproduce su caligrafía con precisión automática. No escribe más que una carilla y apenas habla de sí misma, sino de lo que él le cuenta. Sus notas siempre terminan con estas palabras:

Cuéntame más, Scheherezade.

Las cintas que provocan mayor interés en Shahriar son aquellas en las que el hombre que sería Luis Foret le confiesa sus inclinaciones eróticas, tan limitadas hasta ese momento. Kathy, la mujer de la que se divorció y con la que se acostaba por obligación; Anne Marie, la madre de su hija, con la que durante un tiempo solo practicó sexo oral; Ilsa, a la que escuchaba en la habitación contigua con hombres que nunca eran él. Afirma Foret que cuando le cuenta estas cosas, el trazo de Shahriar es más fuerte, las letras más grandes:

CUÉNTAME MÁS, SCHEHEREZADE.

Pero algo sigue sin funcionar. Demasiadas vacilaciones mientras graba las cintas. Sus discursos son poco convincentes. Escucha siempre los primeros minutos antes de enviarlos y se avergüenza, así que decide escribir lo que va a decir antes de grabarlo. A partir de entonces, los sobres pardos y acolchados ya no contienen monólogos. A partir de entonces contienen narraciones, relatos, cuentos.

Novelas.

Así, resumido, parece muy sencillo pero es un proceso largo; tarda semanas, meses.

Empieza a dar forma a las historias, afirma, hasta que las historias dan forma a su vida.

Ella dice: me encantan tus cuentos, Scheherezade, no dejes de escribirlos. «Cuéntame más».

Descubre las vívidas imágenes que es capaz de crear solo por Shahriar, solo para ella. Nunca creyó que tuviera esa capacidad. Es Shahriar quien convierte en escritor al hombre que sería Luis Foret.

Pero sus obsesiones sexuales son repetitivas, limitadas. Una vez puestas sobre el papel, el relato se repite una y otra vez.

Reflexiona sobre sus historias, reflexiona sobre sí mismo.

Le dice a Shahriar que en lugar de fantasear debería acostarse con otras

mujeres y así tener algo que contarle.

Ella responde: eso sería maravilloso, Scheherezade. «Cuéntame más».

Se acuesta con varias mujeres: es infiel por primera vez en Zadar con una de sus alumnas, una chica silenciosa llena de cicatrices.

Su mujer y la niña son un estorbo para sus narraciones, poco más que eso, así que acepta el encargo de impartir un curso de tres meses en el extranjero. Las posibilidades que eso ofrece de ensanchar las grabaciones entusiasman a Shahriar.

Cuéntamelo todo, Scheherezade. «Cuéntame más».

Las historias se multiplican, se hacen más intensas, se vuelven más complejas. Solo que entonces ya no tiene el mismo tiempo para escribirlas, ya no puede dedicarles el mismo número de horas. Tampoco para grabarlas en cintas de cromo. Mucho menos para pasarse por una oficina de correos, sin contar con que los envíos de paquetería desde el extranjero son costosos y tardan mucho en llegar.

Primero, envía una cada dos días; luego una cada semana; después en semanas alternas. Más tarde, pasa un mes entero sin enviarle nada. Sin saber nada de ella. Está demasiado ocupado; pronto lo lamentará. Los relatos que escribió y recitó a una cinta de casete acaban en una carpeta en el fondo de un armario. La grabadora que parece una tostadora, en el contenedor de basura de una playa junto a un chaval que improvisa solos de batería.

Un día le llega un sobre pardo, acolchado, como los que él enviaba a Shahriar.

Dentro no hay cinta, sino un libro: la edición en rústica, en inglés, de *Zorba el griego*, con casitas blancas y un burro negro. En la página de guarda, con trazos vacilantes, un dibujo hecho con lápiz de grafito. Solo él sabe lo que es: el dibujo del hombre que sería Luis Foret bailando *sirtaki*.

Un ejemplar como el que dejaron atrás en una terraza de Hydra entre los restos de frappé y té helado, entre gatos escuálidos y jugadoras de *tavli*, entre asnos y bebés en barcos de recreo, entre notas sincopadas y *komboloi*, entre yogures con miel y falsas esperanzas de felicidad.

Un ejemplar semejante, nunca el mismo, ya nada será lo mismo, afirma Foret; a saber dónde acabó el original, igual en una papelería en el puerto, al lado de un músico que acaricia el buzuki.

Junto al libro, en el sobre acolchado, una nota, dos renglones torcidos con esa caligrafía que conoce tan bien:

No espero nada. No temo nada. Soy libre.

Hasta tú podrías aprender esto en griego, Scheherezade.

Documento anexo N.º 1

Transcripción literal del *off* de un informativo de televisión

Madrid, 14 de diciembre de 2019

... Y en el mundo de la cultura la noticia del día es el anuncio de la retirada de Luis Foret. En una escueta rueda de prensa su editor en España ha comunicado que el famoso autor prepara en la actualidad su último libro antes de abandonar definitivamente la escritura.

Luis Foret salto a la fama en 2012 con la publicación de su primera novela, *Una chica de principios*. El volumen se convirtió en un éxito de ventas inmediato tanto en España como en Estados Unidos. A *Una chica de principios* se sumarían después otros cinco libros, el último de los cuales, *Disparando rayos de tristeza*, llegó a las librerías en la Navidad de 2017. En total, se calcula que las obras de Foret han vendido más de diez millones de ejemplares en todo el mundo y se preparan dos películas y una serie inspiradas en sus obras.

HBO anunció el pasado noviembre que la miniserie que llevará por título *Shahriar* llegará a las pantallas antes del verano. Basada en la novela homónima de Luis Foret, cuenta la trágica historia de una joven que pierde la vista por culpa de un tumor cerebral. La serie se rodará en Grecia, donde *Shahriar* se ha convertido en todo un fenómeno. Una mesa de una terraza frente al puerto de la isla de Hydra se ha convertido en un lugar de peregrinación para los fanáticos de Luis Foret; allí se acumulan los libros abandonados en memoria de *Shahriar*, la protagonista de la historia. Hay quien dice que fue el propio Luis Foret quien inauguró la tradición al dejar allí un ejemplar de su debut literario. Sea como fuere, los lectores han perpetuado esta costumbre que nace de la propia novela, ya que en ella *Shahriar* olvida sobre la mesa un volumen de *Zorba el griego*. El dueño del

establecimiento, que al principio se sentía molesto por este hábito, ha decidido aprovechar los libros que dejan amontonados los fans para instalar una biblioteca gratuita dedicada a Luis Foret en su negocio.

Pero no todo es idílico para Luis Foret. El pasado año, por primera vez desde su debut editorial, faltó a la cita navideña con sus lectores. Tras dos años de parón se había levantado una gran expectación en las últimas semanas ante la posibilidad de que esta Navidad llegase una nueva entrega editorial del famoso autor, pero parece que sus numerosos admiradores tendrán que seguir esperando.

Su editor en España ha reconocido al fin lo que era un secreto a voces. Foret sufre el bloqueo del escritor. En la correspondencia con sus editoriales en lengua inglesa y castellana, ha confesado que ha perdido «el placer de la literatura». No obstante, hay una buena noticia para los seguidores de Foret. El editor ha asegurado que el próximo año, si nada lo impide, habrá nuevo libro del autor, que también será el último. A esto se ha comprometido el escritor. Poco sabemos de ese nuevo trabajo, más allá de que será una obra de ficción con tintes autobiográficos.

Así pues, es posible que esta novela arroje un poco de luz sobre la figura de Luis Foret. Quizá lo más característico del autor no esté en su obra, sino en el misterio del que ha sabido rodear a su figura. Tanto su editorial española como la norteamericana, las únicas con las que mantiene correspondencia directa, aseguran desconocer cualquier dato biográfico de Foret. No existe foto conocida de él y ni siquiera hay una garantía de su nacionalidad, aunque su editor en castellano afirma sin dudarle que nació en España, algo que al Ministerio de Hacienda, en cambio, no le consta.

Como era de esperar, han surgido teorías más o menos disparatadas acerca de su identidad, hay quien afirma reconocer a familiares o amigos en los relatos de Foret, e incluso tres cuentas anónimas en Twitter aseguran ser Luis Foret. La realidad es que nadie ha podido aportar una sola prueba que, fundamente estas afirmaciones.

Así como sus fans son numerosos y militantes, Foret se ha encontrado también con la indiferencia, cuando no el desprecio, de la mayoría de los críticos. Recientemente se han levantado voces que declaran que Foret ni siquiera es una persona, sino un producto del *marketing* editorial. Una investigación de este mismo año de un periodista del *New Yorker* decía contar con testimonios fiables de autores de segunda fila que han ejercido de escritores fantasma en las novelas de Luis Foret para Macmillan, la editorial norteamericana del autor.

Frente a esta corriente que habla de Foret como un fraude está quien argumenta que el hecho de que lleve dos años sin publicar es la mejor prueba de que existe.

Este fan declarado de Foret nos lo decía esta mañana en una librería del centro de Madrid:

—¿Un producto del *marketing*? Sí, claro. ¿Desde cuándo los productos del *marketing* tienen el bloqueo del escritor?

Su editor en España está de acuerdo con los lectores de Foret:

—Se han dicho muchas tonterías al respecto. Si quieres que algo esté rodeado de polémica solo hace falta un ingrediente: el éxito. He publicado a autores que no han vendido ni doscientos ejemplares y ya os digo que nadie ha rebuscado en su vida, nadie se pregunta si sus obras las escriben ellos o veinte escritores a sueldo. Por mi parte, lo único que puedo confirmaros es que Luis Foret es una persona real. Yo mismo intercambio *mails* periódicos con él. Aunque no lo creáis, el primer interesado en saber más sobre su vida soy yo. ¿Quién es la persona con la que llevo ocho años hablando por correo electrónico? La respuesta es sencilla: Luis es una persona normal que no desea renunciar a su normalidad. Apuesto a que su vida es de lo más anodino que podáis imaginar.

Parece claro que sabremos poco más hasta el próximo año, cuando llegue el libro autobiográfico sobre Luis Foret. De momento, lo único que tenemos es un título provisional. La carrera que comenzó con *Una chica de principios* terminará con un trabajo titulado *El hombre que sería Luis Foret*.

Esperamos que su publicación nos permita responder a la pregunta que todos nos hacemos: ¿Quién demonios es Luis Foret?

Extracto del diario de Agnes Romaní

Santiago de Compostela, diciembre de 2019

Todas las mañanas, no solo cuando he bebido, la boca se me reseca y mi lengua es una rebanada de pan. Cuando soy capaz de aclararme la garganta, los sonidos que viajan por la cavidad deshidratada me parecen ajenos, mi voz no es mi voz, y por eso, aparte del hecho de que vivo sola, en las mañanas suelo preferir el silencio. Hoy, en cambio, utilizo esa voz ajena, de ventrílocuo —que sigue siendo ajena y eso que ya es casi media tarde—, para hablar conmigo misma. Para insultarme, para ser precisos.

Paseo inquieta de un lado a otro de la cocina mientras bebo a sorbos un Espidifen disuelto en agua y miro compulsivamente la pantalla del móvil. Ahora.

Y ahora.

Y ahora.

Había escrito a Luis Foret solo por probar suerte, como quien juega a la lotería pero ni siquiera se para a comprobar si su boleto ha sido premiado.

Y había mordido el anzuelo.

¿Quién lo iba a decir?

«Verás —me había respondido él—, en algún lugar de China se alza esta casa en mitad de una autopista; no en uno de los arcones sino en el medio y medio de una autopista, los carriles la rodean por ambos lados, sus dueños se negaron a venderla y los ingenieros decidieron que no desviarían su proyecto de carretera. Cada día miles de coches giran alrededor de la vivienda de dos ancianos chinos que apenas pueden salir por la puerta sin miedo a que un conductor despistado los atropelle; si escupen por la ventana, su salivazo puede caer sobre un parabrisas y provocar un choque múltiple. Y, sin embargo, ahí siguen, la casa es su vida y rechazan su venta; para el tiempo que les queda, piensan, prefieren hacerlo a su manera. La gente cree que están

locos, pero yo los admiro; son verdaderos antisistema porque ni siquiera son conscientes de serlo. Nunca llegaré a ser como esos chinos pero, en la medida de lo posible, prefiero que los automóviles me sigan pasando de largo».

Mi boca pastosa soltó un sonoro «hostia puta» al leer el correo electrónico.

«Conozco la casa y lamento decirle —le contesté— que sus admirados ancianos al final sucumbieron al dinero, la casa fue derribada y la autopista es ahora una recta; los ancianos viven tranquilamente en un suburbio de una ciudad china. Cuando salen a la calle ya no hay peligro de que los atropellen y pueden escupir con la tranquilidad de que su salivazo, como mucho, quedará enredado en el pelo de algún compatriota».

Le di a «Enviar» sin demasiado convencimiento.

Desde entonces han pasado un par de horas y no hago más que mirar el móvil. Ahora.

Y ahora.

Y ahora.

Y nada.

Llevo un par de días bebiendo más de la cuenta, pero hay una razón: anoche celebramos —aunque celebrar sea un término excesivo— la cena de Navidad de la revista en la que he trabajado los últimos cuatro años, un lugar agradable para trabajar, salvo por el nuevo editor desde hace dieciocho meses, que es bastante hijo de puta. Casi nunca se pasa por allí, he contado diez visitas y cada una de ellas ha sido para humillarnos: todo es malo, los gastos son malos, los números de ventas son malos, va a haber que apretarse el cinturón, este año no habrá becarios, con lo cual habrá que dejar en quince días las vacaciones y hacer turnos de diez horas; el nivel ha bajado, tenemos poco *punch* y eso nos hace perder anunciantes, somos demasiado agresivos y eso nos hace perder propaganda institucional, si seguimos así habrá despidos y habrá que dejar en diez días las vacaciones y hacer turnos de doce horas; falta contexto en los reportajes pero sobra texto en la revista, el diseño es demasiado moderno pero la revista no destaca en los quioscos, el último número es una mierda pero el que está por salir es aún peor, tenéis que esforzaros más, habrá que dejar en una semana las vacaciones y hacer turnos de catorce horas...

Luego se va y no vuelve a aparecer en un mes y medio, que se repite la escena, aunque lo cierto es que no suele haber despidos y hay becarios y un

mes de vacaciones y turnos de ocho horas y el sueldo es bueno y se cobra puntualmente, pero las humillaciones del editor no fallan.

Las tardes después de esas reuniones nos vamos a beber al bar que está debajo de la redacción, nos sentamos en círculo y jugamos a inventar maldades sobre el editor, la única condición es que la última maldad esté relacionada con la anterior; uno de los compañeros, por ejemplo, imagina que la mujer del editor se acuesta con el profesor de yoga; y el que está a su lado imagina a una hija adolescente que, cuando la madre está en clases de yoga, juega al muelle en su urbanización de lujo, ese juego en el que un grupo de chicas van montando a un grupo de chicos saltando de uno a otro sin parar y el primero que eyacula pierde; el siguiente inventa que la niña lleva encima dos enfermedades venéreas y la sarna que le contagió su perro, el querido *collie* u otro perro pijo del estilo, que cogió la sarna por lamerle el culo a un perro callejero; el que está a mi lado dice que la hija pequeña le habrá pasado la sarna en el muelle a todos los chavales de su clase y estos al instante a todas las chavalas; entonces el círculo se cierra en mí, me acabo la copa y me envalentono y digo que la mujer del editor le pasará la sarna al profesor de yoga; y este, a las otras mujeres a las que se tira sobre las colchonetas; y estas, a sus maridos en los polvos por convenio; y estos, a sus amantes; y toda la ciudad tendrá la sarna y se agotarán las cremas tópicas en los hospitales y los dermatólogos cogerán la baja por estrés, y habrá que sacrificar al *collie* y a la niña sarnosa, etcétera.

Y no es que este juego me haga sentir especialmente bien, sé que digo lo que ellos quieren oír, pero rara vez alcanzo la popularidad que tengo cuando estamos sentados en círculo, aunque a esas alturas solemos estar tan borrachos que a menudo cabeceamos sobre las mesas de madera, y Jonás, el chico de Deportes, dice que no sabe por qué vamos siempre a ese bar, que huele a cloaca y, en el mejor de los casos, a porro, eso es lo que dice, pero yo no huelo nada porque me falta el olfato desde que era adolescente y hacía natación de competición y en un entrenamiento un nadador sin piernas se desorientó y se cruzó en mi calle, yo nadaba a crol y llevaba la cabeza sumergida; choqué contra él con la nariz, el golpe me desvió el tabique nasal y me dejó sin olfato para los restos, no es que sea una gran molestia, es el más prescindible de los sentidos, pero cuando Jonás, el chico de Deportes, dice que el bar huele a cloaca, para mí es como si moviese los labios y de su boca no saliesen palabras, y eso cuando no me he dormido, entonces me despierta el camarero, que ha bajado la persiana metálica, ha apagado el porro y ha limpiado la barra con un trapo bañado en lejía, pero Jonás, el chico de

Deportes, dice que no importa la lejía, que sigue oliendo a cloaca, y nos vamos a casa y nos olvidamos del editor, del *collie*, de la niña del muelle y del profesor de yoga hasta la próxima humillación.

Sigo mirando el móvil con la esperanza de que se reanude la conversación sobre la casa de la autopista china; mantengo los ojos en la pantalla porque estoy algo tensa, el temor a perder algo que en realidad nunca has poseído es la peor versión del sentimiento de pérdida; también mantengo los ojos en la pantalla porque así evito echar una ojeada a mi alrededor. El piso da asco pero me falta ánimo para poner orden. Si lo tuviera, primero me ordenaría a mí misma. Así que camino con los ojos entornados y la boca semiabierta como si fuera Ray Charles tocando el piano. Llego a la alacena y me agacho con dificultad para coger una botella de *whisky* sin precinto. El primer sorbo me produce una arcada. Es una de las doce botellas de Glenfiddich de 18 años que venía en la caja que entregó en mi casa un mensajero la semana pasada. La caja, sin remitente, iba dirigida a otro destinatario, un nombre que no me decía nada. No me lo pensé mucho, firmé el recibo y me la quedé sin saber qué había dentro. Cuando comprobé el contenido me dije que como equivocación no había sido de las peores. O sí. Porque esta semana el alcohol no está siendo mi mejor aliado.

El móvil suena justo cuando dejo de mirarlo.

Hostia puta.

Mi móvil suena como una moneda entrando en una hucha. Un sonido la mar de irónico si le echas un ojo a mi cuenta corriente.

«Vaya, desconocía la noticia del derribo de la casa —escribe Luis Foret—. La respuesta sigue siendo no».

Mis dedos se deslizan sobre las teclas.

«Ni siquiera esperaba obtener respuesta».

La moneda alcanza ahora el fondo de la hucha con rapidez.

«Si no esperabas obtener respuesta, ¿para qué me escribes un correo?».

«Si usted no desea correos, ¿por qué habilita un contacto en su página web?».

«¿Has pensado que igual ha sido una idea de la editorial y no mía? ¿Has pensado que tal vez te estés escribiendo con un becario?».

La becaria de la revista se llama Melisa y siempre viste faldas plisadas y escote de pico. Ella fue quien condujo el coche hasta el pueblo a quince kilómetros de Santiago donde celebramos —aunque celebrar sea un término excesivo— la cena de Navidad. Pierre, de la sección de Moda, repantingaba su sobrepeso en el asiento de copiloto. Yo me sentaba detrás de él un tanto constreñida. Jonás, el chico de Deportes, conducía el coche que circulaba delante, a su lado viajaba Ana, de la sección de Política.

El editor nunca se presenta en las cenas que organizamos en la revista, así que nos relajamos y bebemos, qué otra cosa podemos hacer. Siempre cenamos en el mismo restaurante porque no suele haber otras mesas ocupadas y nos dejan desmadrarnos. Anoche fui la primera en subirme a la silla ondeando la servilleta, se subió también Ron, el diseñador gráfico, con sus gafitas de pasta, que siempre he pensado que es gay, pero ayer me agarró por la cintura y me tocó el culo con el meñique y el anular. ¿Soy la única a la que le tocan así el culo los hombres cuando la agarran por la cintura, disimuladamente, con los dedos tan separados que parecen fans de *Star Trek*? Así me tocó Ron el culo. Yo le dejé porque estaba alegre y algo borracha, y el gafitas de pasta me servía copas de un vino demasiado ácido, pero qué importaba, todo bajaba como en montacargas; volvimos a la parte del muelle, cuando la niña ya ha cogido la sarna. Yo canté una famosa canción sobre un muelle, esa, la de «se quedó con la sarna y con el mar». Entonces se abrió la puerta a mis espaldas y Ana, de la sección de Política, una paliducha muy callada, se quedó aún más pálida, lívida, transparente, parecía que iba a vomitar y yo le pregunté: ¿vas a vomitar? Pero no, no iba a vomitar, era que había entrado el editor por la puerta.

Nos sonrió en diagonal, de arriba abajo. El editor tiene una de esas sonrisas torcidas en las que se levanta medio labio y el otro medio no, como si le hubiese dado un ictus, y en la cima de la sonrisa se puede ver que el primero de los premolares superiores es corto y romo como si estuviera aserrado a la mitad, como una ventana de guillotina abierta. Pierre, de la sección de Moda, siempre dice que no sabe por qué no se arregla la dentadura, que uno de los trajes que lleva a medida vale tanto como una dentadura nueva, y no es que la tenga muy estropeada ni amarilla, es solo esa ventana abierta que lo afea y que se ve bastante, porque está en la parte ascendente de la sonrisa, si fuera el otro premolar superior nadie lo vería nunca.

—Por favor, no paréis de cantar porque yo esté aquí —dijo el editor sentándose en una silla vacía a la cabecera de la mesa.

Me señaló a mí con el dedo.

—Tú —me dijo— canta, no sabía que te gustara tanto cantar. Es Navidad, canta lo que sea que estuvieras cantando.

Callamos esquivando las miradas, los ojos huidizos como gatos callejeros, los brazos tiesos como la carne que aún permanecía en los platos. Un camarero le llevó un entrecot recién salido de la plancha al hombre trajeado. Él hizo un gesto de senador romano con las palmas de las manos.

—No tengo hambre —dijo—. Ya he cenado. ¿Y bien? ¿Nadie va a decir nada?

El silencio se prolongó como la recta interminable de una autopista cuando no ves nada delante ni detrás, salvo que estés en China y haya una casa.

—Feliz Navidad —dije yo extendiendo la copa de vino.

—Feliz Navidad —dijo el editor.

—Feliz Navidad —dijeron después todos los compañeros y brindamos y nos pusimos a beber y por un momento el hijo de puta del editor no pareció tan hijo de puta.

«Ningún becario preguntaría si pienso que estoy hablando con un becario —le escribo a Luis Foret sin moverme de la cocina, temo que la conversación no va a durar mucho más y buscar la comodidad de un asiento carece de sentido—. Un becario diría, más bien, “agradezco su amable propuesta pero lamento tener que declinarla por motivos profesionales, sin otro particular, reciba un cordial saludo”. Ningún becario entraría en un intercambio de correos como este, sino que liquidaría la conversación de la forma más impersonal posible».

El nuevo sorbo de *whisky* recorre mi garganta con mucha más facilidad. Apoyo una mano en el fregadero. El tacto es pegajoso, rugoso, se me adhieren a la palma pequeños granos de azúcar emancipados.

«Salvo que el becario quiera hacer creer que no es ningún becario, sino un famoso escritor. ¿Lo has pensado?».

«¿Y qué ganaría el becario con tantas vueltas más que hacer crecer en mí las esperanzas de que la respuesta final va a ser un sí y decepcionarme doblemente si es un no?».

«Los síes son directos, los noes dan vueltas».

«Los noes dan vueltas cuando la otra persona te importa, o al menos te importa su opinión. ¿A usted le importo? ¿Le importa lo que piense de

usted?».

Lleno un tazón con cereales de chocolate y medio vaso con Glenfiddich. Agarrándolo todo con dificultad me dirijo al salón y me tumbo en el sofá a esperar una respuesta. Esta vez la moneda tarda demasiado en caer: me he metido en un buen jaleo.

El vino me soltó la lengua en la cena de Navidad. Cuando eso ocurre, la rebanada de pan ya no para de moverse en mi boca. La desgracia es que nunca se reseca en esas ocasiones: mi aparato fonador funciona a pleno rendimiento cuando lo sumerjo en alcohol.

Los camareros empezaron a servir *gin-tonics* en copas redondas que había que agarrar con la mano abierta. Eran casi del tamaño de la pecera donde nadaban tres insípidos peces naranjas que Jonás, el chico de Deportes, se detenía continuamente a mirar. Yo les prestaba más atención a las manos del editor: con la derecha agarraba firme la copa; con la izquierda me agarró a mí por la cintura y también resultó ser fan de *Star Trek*.

—El diablo siempre encuentra trabajo para las manos ociosas —le dije.

Se hizo un silencio, tras el que añadí:

—Como dice Luis Foret, el escritor, ya sabe.

El editor me soltó entonces la cintura como si de repente se hubiese dado cuenta de que era su hija la que esperaba en el muelle por la sarna y por el mar.

—Qué decepción —dijo—, me había hecho otra imagen de ti.

Yo le di vueltas a si se había hecho la imagen de que era de las que se dejan tocar el culo o si se había hecho la imagen del propio culo, que, todo sea dicho, desnudo no es nada del otro mundo. Los compañeros cuchicheaban en el extremo del restaurante, obviamente sobre el editor y sobre mí; todos menos Ana, la paliducha de la sección de Política, que al final sí que iba a vomitar y lo estaba haciendo en el cuarto de baño, ayudada por Jonás, el chico de Deportes. Ese sí, ese, el hombre que observaba los peces, tenía fácil hacerse una imagen de mí sin ropa porque ha visto el molde unas cuantas veces.

—Deberías saber —dijo el editor— que eso no lo dice Luis Foret, esa es una frase hecha en inglés, como si dijéramos «cuando el diablo no sabe qué hacer mata moscas con el rabo».

—O si dijéramos «sabe más el diablo por viejo que por diablo» —le dije, y él se rio mostrando su ventana de guillotina.

—No soy tan viejo.

—Nadie dijo tampoco que fuera el diablo.

Volvió a enseñar el diente cercenado e hizo un aspaviento con la mano tras recolocarse el nudo de la corbata:

—No es porque me creas viejo que me decepcionas —dijo— ni porque cites mal a un autor.

—¿No es porque no deje que me toque el culo sin protestar?

—¡No! Me decepcionaría que no protestases.

Entonces, ¿a qué se debe la decepción del editor?

La moneda cae por fin en la hucha.

«A todo el mundo le importa lo que piensen de él —escribe Luis Foret—. ¿Acaso a ti no te importa lo que yo piense de ti?».

«Claro que me importa. ¿Cómo no me va a importar si voy a escribir su biografía?».

«No se puede decir que no seas obstinada, eso me gusta de ti».

«¿Es por eso que me ha elegido?».

«¿Que yo te he elegido?».

«Claro que me ha elegido, si no me hubiese elegido no estaría manteniendo esta conversación conmigo, diría, más bien, no estoy interesado en que escriban ninguna biografía sobre mí, señorita, por qué se le ha ocurrido que alguien que siempre ha firmado con pseudónimo, que nunca ha salido en los medios de comunicación, querría publicar su biografía, sin otro particular, le envío un cordial saludo rogándole que no me vuelva a molestar. Lo que no habría hecho nunca, de ninguna manera, es escribirme una docena de correos. Así que ¿por qué me ha elegido? ¿Por obstinada?».

«Por oportuna».

Bingo.

«¿Oportuna?».

«Sí, oportuna».

La decepción del editor era tener que escuchar a su encargada de Cultura citando a un escritorzuelo para mujeres. A un producto del *marketing* editorial. A un escritor misterioso —comillas con las manos—. Una equis en vez de una fotografía en la solapa.

—Apuesto —prosiguió— a que en esta ecuación ni siquiera hay escritor que despeje la equis, más bien un montón de escritores fantasma escribiendo cada uno una novela y algún editor astuto que se ha dado cuenta de que el nuevo producto son los autores ficticios, las novelas ficticias. Lo que me decepciona es que todo esto no debería estar diciéndoselo yo a mi responsable de Cultura, sino mi responsable de Cultura a mí.

—Excepto porque su responsable de Cultura —le dije— no cree una palabra de lo que usted dice. Su responsable de Cultura está convencida de que detrás de Luis Foret hay una persona que escribe, que se sienta ante un ordenador día tras día, una gran equis que despejar, una equis muy real, porque al fin y al cabo el autor, se llame Luis o Equis, siempre se ficciona a sí mismo, lo que ve, lo que ha vivido, lo que sabe, y discúlpeme si me irrita su tono de condescendencia, pero me irrita su tono de condescendencia, porque al fin y al cabo zapatero a tus zapatos y usted de gestionar una revista sabrá mucho pero yo llevo cuatro años de periodismo cultural y tal vez no sepa cuadrar los números a fin de mes ni me reciban consejeros ni ministros, pero en mi casa ni un cuchillo de palo, y seguramente sabré mejor que usted si detrás del autor Tal hay un autor Tal y no un escritor fantasma Tal y otro Cual y otro Pascual.

Cogí la copa redonda con dificultad porque mis manos son pequeñas y tengo los meñiques torcidos hacia dentro; yo no podría ser fan de *Star Trek* ni aunque quisiera; tendría que haber usado unas férulas cuando era niña para enderezarlos, pero a mi madre le pareció demasiado esfuerzo. Cogí la copa redonda con dificultad porque estaba algo mareada y bebí de ella porque me gusta beber y bebí de ella para callarme y para ahogar mi enfado. Boqueé en la ginebra como uno de esos estúpidos peces naranjas fuera de su pecera. Al tragarme un par de semillas negras de cardamomo me dio la impresión de estar chupando un geranio.

A través del cristal vi a Ana y a Jonás salir del baño, él la sujetaba por ambos hombros. La forma de la copa hacía que se deformasen y parecieran dos fantasmas húmedos, líquidos, hechos de lágrimas, de vómito, de gotas de *gin-tonic*, del vaho de mi respiración nasal mientras boqueaba como una loca sumergida en el mar del cardamomo.

—Muy bien —dijo el editor—. Veo que los refranes en castellano se te dan mejor que en inglés. Seguro que conoces el que dice fui cocinero antes que fraile. ¿Acaso crees que nací editor de revista? El problema es que nunca pensáis que los que somos jefes hemos tragado muchos sapos para llegar a jefes y aún más sapos para seguir siéndolo. Pero voy a ser generoso contigo,

voy a concederte la oportunidad de que me des una lección: ya que estás tan convencida de que Luis Foret es real, te doy seis meses para que me traigas su biografía. Si lo haces, te pagaré el sueldo de dos años en la revista.

Posé con cuidado la copa sobre la mesa. Ana y Jonás volvieron a entrar corriendo en el lavabo.

—¿Y qué pasa si no lo hago?

El director se recolocó el cuello de la chaqueta del traje hecho a medida.

—Que no cobrarás por la biografía —dijo—. Supongo que por entonces tus amplios conocimientos te habrán abierto hueco en otro lugar. No voy a permitir que tu talento se marchite en la revista. Por lo que a mí respecta, ya no eres redactora. Te asciendo: ahora eres biógrafa sin sueldo a tiempo completo.

Se recompuso los pantalones con un ligero meneo de cintura, se alisó los bolsillos de la americana dándoles dos ligeras palmadas y alzó la voz:

—Feliz Navidad a todos, un placer haber compartido este ratito con vosotros.

Y se fue.

Yo me bebí el medio *gin-tonic* que el editor había dejado en su copa, me tragué otros dos cardamomos y salí disparada al cuarto de baño; le pegué un empujón a Ana, la paliducha de la sección de Política, y regué su vómito con un mar de semillas negras como cagarrutas de cabra.

«Dígame por qué oportuna —le contesto a Luis Foret—, ¿por qué ahora, precisamente ahora, está interesado en que sea su biógrafa?».

«Porque... Porque, antes de morir, me gustaría que escribieras mi historia».

La transcripción es exacta. Escribe el primer «porque» y le siguen unos puntos suspensivos.

«No sabía nada...».

Una nueva moneda sacude la hucha.

«Pero, criatura, ¿cómo lo ibas a saber?».

Me quedo dormida en el sofá. Unos cereales se cuelan por las costuras de tela tras el cojín, otros se las arreglan para introducirse por el cuello del pijama y descienden hasta mis pechos; me duele cuando rozan el pezón.

Después de desperezarme le escribo un mensaje de condolencia a Luis Foret, aunque me maneje con torpeza en ese tipo de convenciones sociales.

«Oh, vaya, lamento oír eso —escribo—. Lo lamento mucho porque, aunque no lo conozca, en el fondo le admiro. Y porque, vaya, es un ser humano y a una le apena que cualquier ser humano sufra y muera, aunque, claro, una deba hacerse fuerte ante esa circunstancia porque ver morir vamos a ver morir a todos a nuestro alrededor, o quizá no, quizá no veamos morir a nadie y eso será peor, porque eso querrá decir que nos habremos muerto nosotros primero; y eso, por mucho que digan, es definitivamente peor».

Bebo un vaso de *whisky* antes de darle a «Enviar». Luego me digo que no sé hacerlo mejor. Esto es así desde siempre.

«El tuyo —responde él— debe de ser el mensaje de conmiseración, si eso es lo que es, más extraño que haya leído nunca, tanto que me cuesta interpretarlo. No entiendo si quieres decir que esperas que quien vaya a morir sea yo y no tú, no sé si es que nunca has perdido a nadie querido, no sé si en realidad deseas lo suficiente ser mi biógrafa».

Las manos de cartas ya no vienen tan cargadas de triunfos.

«Espere, por favor, no se precipite. Quiero disculparme si mi último correo no ha sido todo lo acertado que debiera. Hoy no estoy en posesión de todas mis facultades, que tampoco son muchas, eso sí que se lo advierto. Pero sigo siendo la misma persona obstinada y oportuna. Lo que ocurre es que una también tiene sus problemillas personales, pero eso no debe interferir en nuestro trabajo de biógrafa y biografiado».

«¿También tienes tus “problemillas”? ¿Consideras que morir es un “problemilla”?».

«Todos nos vamos a morir; que eso sea o no un drama depende de las circunstancias y la edad. Yo tengo veintisiete años, ¿y usted? Podríamos empezar por ahí».

«Tendrás que descubrirlo por ti misma».

«¡Ah! —contesto sin ocultar mi decepción—, pues me va a resultar difícil escribir su biografía si ni siquiera sé cuándo o dónde nació, o dónde vive, o cómo se llama. ¿No se da cuenta de que no sé nada de usted?».

«¿Qué crees? —escribe él—. ¿Que esta va a ser la historia de Luis Foret que nació en Equis, cursó sus estudios en Equis, se casó con Equis y Equis, escribió Equis y Equis novelas, y de entre todos los periodistas del mundo me eligió a mí, Agnes Romaní, para ser su biógrafa? ¿Crees que para eso te necesito a ti? ¿No crees que yo podría escribir ese libro mucho mejor que tú?».

«Si le soy sincera, no sé muy bien para qué me necesita a mí».

«Si te soy sincero, fuiste tú quien me escribió».

«Si le soy sincera, no me quedó otra».

«Si te soy sincero, tus “problemillas” son tuyos y no el objeto de mi biografía».

Esta mañana me he despertado con un dolor de cabeza anormal —casi tan anormal como yo— por culpa de los excesos de anoche. No es que me duela la cabeza, es que soy toda un dolor de cabeza; o, más bien, soy toda un dolor: los pies, los brazos, los meñiques torcidos, los pezones, la vulva al orinar. Habrá partes de mí que no me duelan, supongo, pero no parecen siquiera partes de mi cuerpo.

Al menos me he despertado en casa, no sé ni cómo he llegado, pero me he despertado en mi habitación, con mi lámina del oso Wojtek haciendo el saludo militar con una pezuña mientras agarra un proyectil con la otra pata delantera, mi colección de vinilos rayados, mis zapatillas de felpa gastadas, mi reloj de pared que, en vez de colgado, está apoyado en una esquina y marca las horas de todos los husos con un tictac agotador, mi almohada mullida que estaba vomitada o tal vez regurgitada, porque el vómito, supongo, debiera ser más extenso.

Al menos me he despertado sola, aunque Jonás, el chico de Deportes, podría haberse quedado conmigo anoche para evitar que muriese ahogada con mi propio vómito como una estrella de *rock*, a pesar de que tras releer mi propio informe forense —«ahogada con semilla de cardamomo»—, solo llegaría a muerte de *youtuber* o *influencer* o alguna mierda de esas; y Jonás, el chico de Deportes, habrá tenido que acompañar a casa a Ana, la paliducha tan maja de la sección de Política, que también necesitaba asistencia y está menos acostumbrada que yo a estos menesteres y que, oye, detrás de las gafitas y la palidez, tiene su aquel, y entonces me he preguntado por qué Jonás, el chico de Deportes, tiene que ser tan atento, aunque no estoy como para sentir celos, los celos son la enfermedad de quien no tiene otro dolor; a alguien celoso le diría: prueba a amputarte una pierna y ya verás cómo te importa una mierda con quién esté acostándose el tipo o la tipa que te gusta, y, Dios, cómo me habría gustado en ese momento amputarme la cabeza o machacármela a golpes contra el reloj de pared apoyado en la esquina con su tictac agotador.

Al menos me he despertado viva; me he dicho: es viernes, te lo has pedido libre, el lunes estarás como nueva, a no ser que te dé por beber otra vez; así que lo primero que he hecho al levantarme ha sido ir a la cocina y, del estante inferior de la alacena, he cogido una botella de *whisky* de malta casi entera y

la he vaciado en el fregadero, me he mareado al agacharme, he sentido una arcada y ni siquiera he acabado de vaciarla. Quedaban nueve o diez botellas más en la alacena, nueve o diez nuevos mareos esperando por mí. Solo entonces me he dado cuenta de que no estaba en ropa interior ni llevaba una camiseta, tenía puesto el pijama y no suelo usarlo ni sé cómo me lo puse ni cuándo.

No descarto, finalmente, que Jonás, el chico de Deportes, haya subido a ponerme el pijama y a acostarme mientras Ana, la paliducha de la sección de Política, le esperaba durmiendo en su coche, un Citroën con los asientos abatibles, amplio, cómodo en la parte trasera. O puede que también haya subido a Ana a casa, un fardo en cada brazo, y nos haya cuidado alternativamente como en el juego de los platillos chinos, venga dale vueltas al platillo que se cae y ahora corre dale vueltas al otro que ya está parando. Me he reído y he imaginado el olor a vómito de mi risa, pero da lo mismo porque yo no tengo olfato y estoy sola, como siempre. Puede que haya ocurrido al revés, puede que Jonás, el chico de Deportes, haya parado primero en casa de Ana y le haya puesto antes el pijama y se haya dado cuenta de que la paliducha tan maja tiene un molde mejor que el mío, más pálido pero mejor. ¿Qué tal si pruebo a amputarme una pierna?

He buscado el móvil, ¿a que lo he perdido? Aún me quedan trece cuotas que pagar. No, ahí estaba, enchufado al cargador. Cómo puede ser que haya puesto a cargar el móvil con lo mal que he debido llegar. Mensajes: móvil completamente cargado, desenchúfelo de la corriente, hola, cómo te has levantado, llámame si te apetece hablar (qué atento es), le comunicamos que ha consumido el cien por cien de sus datos y a partir de ahora navegará a poca velocidad, aviso de la Seguridad Social, le informamos de que ha sido dada de baja del sistema con fecha 13 de diciembre, reciba un cordial saludo.

No me acordaba, lo juro, no me acordaba de que me habían despedido. Ya da igual estar bien el lunes o no, eso es lo primero que he pensado, luego que menos mal que no he vaciado las botellas de *whisky*, luego que sí que son puntillosos en la Seguridad Social para dar las bajas, luego que me quedan trece cuotas del móvil por pagar, luego que cómo he sido capaz de olvidarme de que me han despedido, luego que soy como una gallina con la cabeza amputada corriendo por una autopista, por una recta interminable, hasta tropezarme con una casa que no debería estar ahí, en el medio y medio, no en el arcén, luego que soy como una gallina con la cabeza amputada a la que le duele la cabeza y cómo es posible que duela tanto un miembro amputado

aunque sea un miembro tan poco importante como la cabeza, como mi cabeza, cabeza hueca, cabeza de chorlito, cabeza a pájaros.

Necesitaba aire fresco, valorar la situación con calma. Me he calzado unas mallas y una camiseta y he salido a la calle sin reparar en el frío: he apuntado entre mis problemas posible pulmonía, lo he añadido a un análisis de daños que dice: situación de desempleo con gastos elevados y necesidad de ayuda económica de padres, relación tirante con madre, *wasaps* de compromiso hola estáis bien yo también bien beso (reciba un cordial saludo), pequeño incentivo Jonás chico de Deportes en riesgo tras ver cuerpo de paliducha sección de Política, mensaje en móvil Jonás chico de Deportes puede indicar exageración por mi parte, puede indicar conciencia intranquila, puede indicar conversación sobre ruptura, puede indicar solo encanto, etcétera (entrar en hipótesis no corresponde con análisis de daños), nueve o diez botellas de *whisky* y alguna más de licores variados en casa, más un culín sobre el fregadero (incapacidad para su vaciado), en situación de tristeza y/o melancolía. Posible solución general: (salvo a relación con madre, a hipótesis sobre Jonás chico de Deportes, a botellas de licor) escribir biografía de Luis Foret. Problema: puede que Luis Foret ni siquiera exista y, aunque existiera, ¿cómo escribir la biografía de alguien del que no sé nada, del que nadie sabe nada?

He llegado a la Alameda, cerca de mi casa, en forma de herradura, he esquivado a los *runners* con camisetas reflectantes; parecían los implicados en un choque múltiple en una enorme autopista en la que, de la nada, surge una casa que no debiera estar ahí; me he sentado en un banco junto a una estatua de bronce de Valle Inclán, pequeño, tieso y frío, muy frío al tacto. ¿Estás bien?, le he preguntado. Los *runners* miraban continuamente sus relojes, como si el tiempo no avanzara o como si avanzara demasiado deprisa mientras corrían, y al levantar la cabeza me han visto hablando con una estatua de bronce y he leído en su cara que me preguntaban: ¿estás bien? Alguno hasta ha movido los labios. Yo les he contestado con los ojos: ¿y vosotros estáis bien? Yo estaré hablando con una estatua, pero eres tú el que va vestido con un maillot rosa fluorescente dando vueltas como un gilipollas un viernes por la tarde a diecisiete bajo cero (el cálculo de la temperatura es aproximado). Luego me he puesto a contar pináculos del perfil de Santiago como hago siempre que estoy inquieta desde que era una adolescente y me escabullía de los ataques de ira de mi madre; por qué no me dejas en paz, le decía yo; porque estoy loca, me gritaba ella, ¿no es lo que crees? ¡Estoy loca! (que juzgue cada uno). He contado las torres Norte y Sur de la Catedral, andamiadas desde hace años; la torre del Reloj, la más hermosa de todas, con

la campana Berenguela, que siempre me dice que llego tarde a todas partes; el pequeño torreón de la Vela en la esquina de Platerías que parece un zigurat; el cimborrio octogonal, andamio incluido, como una pajarera; se las he ido señalando a Valle Inclán aunque él las conoce mejor que yo; las dos torres de San Francisco semiocultas desde nuestra posición; la torre cuadrada de Fonseca; y la de San Agustín, que guarda para siempre a su derecha el vacío de una torre idéntica, amputada, muerta de celos, como un diente aserrado, como una ventana de guillotina abierta.

Me han interrumpido a cada momento los *runners* que nunca paran de dar vueltas, hámsteres en una rueda. En la distancia uno de ellos me resultaba familiar, algo, su forma de moverse autoritaria, no arrastraba los pies como otros, levantaba las piernas como un caballo de doma olímpica, no corría, trotaba, seguro de sí mismo, un gorro de punto azul le cubría la cabeza, gafas de sol oscuras, no miraba el reloj, solo miraba al frente, bajo el pantalón de chándal se intuían unas piernas finas pero musculadas, como de corredor de fondo. Al llegar a mi altura nos ha mirado, a Valle y a mí, luego ha seguido sin inmutarse, trotando como un purasangre con orejeras y gorro de punto. Me he quedado pálida como la paliducha tan maja de la sección de Política. Cuando ha pasado de largo ha sido la estatua de Valle Inclán, igual de tiesa y fría que antes, la que me ha preguntado: ¿Estás bien?

«Muy bien —me escribe Luis Foret cuando se lo explico—, viste corriendo al editor de la revista, ¿y qué?».

«¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe que era él?».

«Soy escritor, ¿recuerdas?».

«Escritor, no adivino».

«Según avanza tu historia, ¿qué otra opción queda? Dime, dada tu reacción al encontrarte con él, ¿qué más posibilidades cabrían?».

«El caso es que decidí volver a casa antes de tener que cruzarme otra vez con él, cosa que, por el ritmo al que corría alrededor de la Alameda, sucedería en tres minutos y medio, segundo arriba, segundo abajo».

Otra moneda entra en la hucha.

«Y supongo —escribe él— que de alguna forma me echas en cara que te hayan despedido de tu trabajo, como si yo te hubiese pedido que defendieras mi existencia cuando ni siquiera conocía la tuya. La pobre pobre mártir. Como si Dios hubiera pedido a los mártires que divulgaran su existencia cuando realmente el martirio era su vocación, cuando realmente Dios, ocupado en quehaceres más importantes, no sabía ni que existía esa gente tan estúpida. ¡Oh, pobre santa Inés arrastrada a un prostíbulo a los doce años y

luego degollada por querer mantener su virginidad y defender la existencia de Dios! ¿Conoces la historia? ¡Pobre pobre Inés de Roma, que prefirió el martirio antes de dejar que su jefe le manosease el culo aunque ni siquiera utilizara todos los dedos para hacerlo! ¿Esa eres tú en esta historia? ¿Eres santa Inés? ¿Eres la inocente y pura Agnes de Roma? ¿Es tu nombre una coincidencia o es un pseudónimo para ponerme a prueba? Siempre me he preguntado qué pensaría Dios de los mártires que morían en su nombre sin que Él se lo pidiera, y qué pensarían los mártires cuando descubriesen que Él no existía, que era una Equis inconmensurable, una Equis que no se puede despejar. Dime, Agnes, ¿qué pasaría si tu editor tuviera razón y le estuvieras escribiendo a una Equis que no tiene solución?».

«¿Se está comparando con Dios?», le respondo.

«Me estoy comparando con una Equis».

«Lo que ocurrió —continúo obviando su perorata— fue que al volver a casa me decidí a escribirle a usted, le dije, buenos días, mi nombre es Agnes Romaní, soy periodista y voy a ser su biógrafa, a lo que usted me respondió, verás, en algún lugar de China, se alza esta casa en mitad de una autopista, etcétera, y entonces me tomé un Espidifen y luego me animé porque supe que era usted real, porque, si usted me lo permite, la respuesta me pareció tan estúpida que solo podía ser real. Hay pocas cosas tan reales como la estupidez».

Sigo tumbada en el sofá cuando por fin se detiene la entrada de monedas en la hucha. Las luces están apagadas; la televisión, encendida; la calefacción, apagada —hay que reducir gastos—; el dolor corporal, encendido. Están dando el telediario, son ya más de las nueve de la noche. Hablan de un nuevo virus que ha aparecido en China. Es después cuando escucho:

«... Y en el mundo de la cultura la noticia del día es el anuncio de la retirada de Luis Foret. En una escueta rueda de prensa su editor en España ha comunicado que el famoso autor prepara en la actualidad su último libro antes de abandonar definitivamente la escritura...

»... hay una buena noticia para los seguidores de Foret. El editor ha asegurado que el próximo año, si nada lo impide, habrá nuevo libro del autor, que también será el último. A esto se ha comprometido el escritor. Poco sabemos de ese nuevo trabajo, más allá de que será una obra de ficción con tintes autobiográficos...».

Cuando al fin consigo cerrar la boca —y no me resulta sencillo— vuelvo a utilizar la rebanada de pan para insultarme. Preferentemente en rima consonante: retrasada mental, oligofrénica, anormal, absurda, estúpida, curda. También en verso libre: sabihonda, listilla, metomentodo, enterada, sabelotodo, quiero-y-no-puedo, mierda-de-cocinera, nunca-llegarás-a-fraile, curda, estúpida, absurda, absurda.

Dos horas ha tardado en anunciar, rueda de prensa incluida, el lanzamiento del libro que se supone que yo tengo que escribir. ¿Y pretende llevarse él todo el mérito?

Agnes, ¿en qué coño te has metido?

2

El relato de Kathy Joyce

Algún lugar entre Verona y Milán (Italia), febrero de 2002

Afirma Foret que, para entender su biografía, el segundo relato que la conforma debería dilatar un instante, apenas unos segundos de su primera luna de miel nueve años antes del episodio con Shahriar en Grecia. Insiste en el absurdo de ceñirse a un orden cronológico y me endosa una arenga bastante condescendiente sobre el espacio-tiempo y cómo la narrativa encaja mejor que la vida humana en el universo. Afirma Foret que la verdad actúa como las partículas elementales: está en todas partes todo el tiempo y solo parece detenerse cuando alguien la observa. Dice que escribir una biografía no es más que una forma de detener la verdad en nueve o diez relatos. Le interrumpo cuando saca a colación al gato de Schrödinger y le pregunto si me va a regalar un preámbulo filosófico antes de cada capítulo, le digo que no sea cronológico si no quiere, pero que vaya al grano de una vez. Entonces me dice que no se puede ir más al grano que en este relato, que aquí el grano son unos segundos, los segundos en los que decide no avisar a Kathy de que un camión se abalanza sobre ella. Nunca antes ha tenido un pensamiento parecido. Kathy está agachada, absorta, de espaldas a la carretera, mirando el neumático reventado mientras escucha música en el *discman* atado al cinturón de su pantalón de campana. A ochenta metros avanza el camión. La noche ha caído como lo hace en los primeros meses del año, un telón negro que se desploma. Antes de que él se dé cuenta, su visión se ha reducido drásticamente, ya solo ve los faros acechantes y las luces del pequeño pueblo desde el que ha telefoneado a Asistencia en Carretera. Kathy, de cuclillas, adorando tontamente a la rueda, es solo un manchurrón oscuro en el horizonte, una salpicadura en el asfalto imposible de distinguir para el camionero hasta que es demasiado tarde.

—¡Oh, venga ya, no puede ser! —había dicho Kathy tras golpear la rueda contra la rotonda.

El reventón fue incuestionable. A veces uno circula varios kilómetros sin percibir que un neumático está pinchado, en esta ocasión lo sabían sin avanzar ni un metro: habían oído el golpe, una pequeña explosión, como la de un globo, y el silbido del aire que escapa de su celda. Luego el coche se había inclinado ligeramente hacia el lado del conductor, el de Kathy, que seguía recorriendo la carretera entre Verona y Milán sin saber muy bien qué hacer.

—Claro que puede ser —contestó irritado el hombre que sería Luis Foret—, no sabes coger las rotondas.

—¡Oh, cállate! Cuando te saques el carnet de conducir aceptaré tus lecciones sobre rotondas.

—Yo quería ir a Nueva York. Ni siquiera debería estar aquí.

Afirma Foret que «aquí» quería decir en mitad de una carretera de la llanura del Po, pero también en Italia y, sobre todo, quería decir con ella. A esas alturas, eso, más que ninguna otra cosa, era lo que quería decir.

—Échate a un lado —dijo él serenándose un poco—. Para en el arcén, no podemos seguir con la rueda así hasta Milán.

Kathy detuvo el coche frente a una fábrica de neumáticos abandonada en la que el viento mecía un cartel oxidado de Pirelli. Señalando el rótulo, dijo:

—Pirelli, menuda ironía.

—Nuestras ruedas son Michelin.

Kathy le miró con esa cara suya que decía «oh, cállate» mejor que las palabras.

Se habían casado enseguida, unos meses después de conocerse. Se habían apresurado al matrimonio, no porque estuvieran muy enamorados, sino porque ella lo había querido así y él, afirma, no había encontrado una razón convincente para decir que no.

Ahora, la alianza, extraña e incómoda, parecía el lazo que anudas a un dedo para retener un recuerdo. El lazo que le recordaba que quería a su nueva esposa. O, al menos, que había declarado públicamente que la quería. La gente había acudido a su boda y les había hecho regalos, y ahora...

—¿Y ahora qué? —Kathy se recuesta sobre el volante con gesto de cansancio. Se quita las gafas y se frota los ojos hasta que la córnea se le llena de pequeños vasos sanguíneos.

... ahora no era tan fácil decirles que estaban todos equivocados.

—¿Que qué hacemos ahora? —insiste Kathy ante el silencio que obtiene su primera pregunta.

¿Que qué hacen ahora? De lo que no alberga dudas es de lo que harán después. Esa noche harán el amor en el aparcamiento de Hertz en Malpensa. El avión de regreso a casa despegue de madrugada y han querido ahorrarse la última noche de hotel. No andan sobrados de dinero: el hombre que sería Luis Foret es interino en la universidad, ella está preparando una interminable oposición. Kathy se agarrará al asidero del asiento trasero del Fiat Panda de alquiler y él la penetrará desde atrás, pero ya dará lo mismo, su amor estará roto, reventado como un neumático contra una rotonda. Dormirán unas horas en los incómodos y duros asientos del coche: el habitáculo se llenará de olores, la fragancia del sexo consumado, el aroma nocturno de hálitos y cuerpos; el ambiente se volverá irrespirable, pero fuera hará demasiado frío como para bajar las ventanillas.

A menos que él no la avise. Cada fracción de segundo cuenta. Calcula que el camión se desplaza a setenta por hora. Eso significa que en poco más de cuatro segundos estará pasando por encima del diminuto cuerpo de Kathy.

—No sabes cambiar la rueda, ¿verdad? —pregunta ella.

—No.

—¡Oh, menudo hombre con el que me he casado!

Kathy da un golpe seco al volante con la palma de la mano.

—Probemos a ver si alguien se para a ayudarnos —dice él antes de que uno de los dos pierda los estribos.

Los coches son escasos; los gestos, apocados; todos pasan de largo. El hombre que sería Luis Foret es entonces una persona introvertida; a Kathy no le gusta demasiado interactuar con los locales.

En Verona, de donde vienen, los autobuses urbanos están llenos de inmigrantes, la raza caucásica se reduce a ancianas malhumoradas con carritos de tela y ellos. Utilizan el autobús para ir al centro histórico desde su hotel económico de las afueras. Antes tienen que adquirir los billetes de cartón en un colmado cercano enfrentado a la mole de cemento de un hospital oncológico. El cartel del colmado, una T blanca sobre fondo azul marino, reza *SALI E TABBACHI*. Sal y tabaco.

—Con esos productos en el barrio, normal el hospital oncológico.

A Kathy no le hace gracia. Hace días que ha dejado de hacerle gracia.

En el autobús, ella murmura:

—El ambiente en Verona es un poco raro.

Proviene de una pequeña ciudad de provincias. No están acostumbrados a la inmigración.

—No es un ambiente raro, es el mundo. El mundo es esto, no lo que tú conoces.

—¿Ah, no? —dice Kathy—. ¿Y lo que yo conozco qué es? ¿Venus?

A decir verdad, afirma Foret, desde que están en Italia Kathy ha empezado a parecerle un poco venusiana.

Eso no quiere decir que a él no le incomode la diversidad.

Todo lo inhabitual incomoda al principio.

Se descubre a sí mismo mirando al vacío, temeroso de algo, no sabe bien de qué. Pero al fin y al cabo, afirma, ¿no es eso vivir? Un temor constante a algo que no sabemos bien qué es, a un peligro que no sabemos bien de dónde provendrá.

En el autobús de Verona se da cuenta de lo pequeños que son, un matrimonio minúsculo que no le importa a nadie. Por eso ahora, frente al cartel de Pirelli, los coches pasan de largo, porque no les importan ellos ni el pinchazo ni sus insignificantes problemas. Porque no saben nada pero creen saberlo todo. Sentencian en cada frase: Verona tiene un ambiente raro. O: eres el hombre de mi vida. O: sí, quiero.

En el autobús de Verona viaja una chica negra de rasgos afilados y tez oscura y brillante como el wengué. El hombre que sería Luis Foret sentencia que es del cuerno de África, etíope o somalí, aunque sus conocimientos acerca de los fenotipos africanos sean inexistentes. Es diferente a todas las mujeres que ha conocido, delgada y mucho más alta que Kathy, quizá quince centímetros más, lo distingue hasta sentada; el pelo muy corto, cubierto a los lados por un pañuelo del que asoman caracolillos negros; viste una túnica de algodón de colores; le atrae que su atuendo no sea occidental.

Lo inhabitual incomoda y atrae al principio a partes iguales.

De su hombro cuelga un bolso de marca; de marca son también sus zapatillas deportivas. Agarra crispada un paquete de Winston como si deseara salir disparada del bus para fumárselo entero.

Comparten la mirada un instante, muy seria la de ella. Afirma Foret que no es una mirada molesta, pero sí seria, como si desconfiase de los hombres, como si regalar media sonrisa fuese un peligro.

La chica desciende junto a ellos cerca de la Arena; le silban dos romanos con grebas y cotas de malla que hacen guardia para fotografiarse con turistas. El hombre que sería Luis Foret no comprende qué le dicen pero le entran ganas de arremeter contra ellos, derribarlos, atravesarlos con sus *pilum*. En

cambio, ella los ignora y camina a grandes zancadas hasta perderse por una de las callejuelas de la ciudad vieja. Camina como una gacela, se dice, y le asquea pensar que hasta los símiles que construye su cerebro corroboran su pequeñez.

Más tarde, en la Piazza delle Erbe, en una terraza en febrero, con una pequeña estufa catalítica calentándoles los pies, Kathy le cuenta que ha dejado pasar a un negro en el baño y le ha sonreído. Se ha sentido muy cosmopolita. En sus mejillas se forman dos pares de surcos que al hombre que sería Luis Foret, afirma, solían parecerle encantadores.

—¿Te das cuenta de que esa es una de las cosas más racistas que he oído nunca? —dice él—. ¿Has dejado pasar a un negro y te has sentido bien? ¿Si fuera un blanco me lo habrías contado?

Kathy hace un puchero, sus ojos de ámbar vuelven a enrojecerse. Asoma su cara de «oh, cállate». Nunca hace nada bien, nunca le gusta nada de lo que hace.

Puede que tenga razón, puede que la culpa sea solo de él y de la estúpida alianza dorada que le aprieta el dedo y no deja que circule la sangre. El anillo con una fecha y dos nombres grabados en su interior, una sucesión de letras y números que no dicen nada, la contraseña de algún ordenador que no funciona.

Contraseña incorrecta, dos intentos restantes.

En el hotel desnuda a Kathy con la luz apagada y acaricia su cuerpo frío pensando en el de la chica etíope, no pornográficamente, sino como un descubrimiento. Kathy y él, afirma, se acuestan juntos todos los días, salvo cuando tiene la regla. Últimamente, su período se ha convertido en sinónimo de período de respiro. Se supone que debe seguir haciéndolo con ella: es su mujer. No quiere tener que enfrentarse a un reproche del tipo ya que no sabes ni cambiar una rueda al menos folla conmigo. El sexo con ella ha dejado de apetecerle, el sexo sin hallazgos, el sexo que no hace preguntas. ¿Cómo eres? ¿Qué sientes con las caricias? ¿De qué te avergüenzas? Todos nos avergonzamos de algo. ¿Sabes que te huelen los dedos a nicotina? ¿Sabes que tu piel wengué, lisa, bruñida, es lo más maravilloso que he tocado?

—Me acercaré a aquel pueblo a llamar al teléfono de Asistencia en Carretera.
—El hombre que sería Luis Foret echa un vistazo al neumático pinchado y señala los tejados que pronto se convertirán en lucecitas centelleantes en la noche.

—Ah, no. ¿No creerás que me vas a dejar aquí sola?

—No seas tonta; hay una buena tirada hasta allí. Métete en el coche, cierra por dentro, pon algo de música o duerme un poco. Quién sabe, igual viene alguien a ayudarte antes de que yo llegue.

El trayecto hasta el pueblo es el mejor momento de la luna de miel.

En Venecia, tres días antes, Kathy le había dicho que no sabía que se aburriría tanto con ella.

Como le dice Ingrid Bergman a George Sanders conduciendo un Rolls Royce hacia Nápoles en aquella famosa película.

Desde entonces no ha podido sacarse la película de la cabeza. Cada vez que una idea se apodera de él, resulta difícil convencerlo de lo contrario. No vale: es solo una película. Ni: la película acaba bien. Las frases de Ingrid Bergman, afirma, revolotean en su cerebro. Mientras camina solo por la calzada y las nubes, empujadas por un viento frío, cubren la llanura padana, piensa en qué momento descubrió que Kathy y él eran dos extraños. Cuando algo hizo clic en su cabeza. Siempre hay un momento, no es progresivo, es algún tipo de desconexión cerebral.

No fue el comentario racista en Verona lo que provocó que dejara de querer a Kathy, de eso está seguro. Está seguro por una razón: entonces ya no la quería. Cuando salieron en el Fiat negro de la oficina de Hertz en Venecia y ella acercó sus labios para darle un beso de reconciliación, sabía que no la quería. Demasiado tarde, ya no te quiero.

Habían discutido de camino a la oficina de alquiler por las estrechas calles adoquinadas que bordean los canales. Arrastraban las maletas en fila india en dirección a Piazzale Roma, donde por fin se permite el tráfico rodado, hacía frío y el equipaje, lleno de jerséis y botas de cordones, era pesado de transportar.

—Yo tenía que estar en Nueva York.

Protestó pensando que Kathy, que caminaba unos pasos por delante, no lo oiría, pero la escuchó gritar sin siquiera girar la cabeza hacia él.

—Maldita sea, ¿quieres dejar de repetir eso todo el tiempo? ¿Puedes imaginar lo agradable que resulta estar de viaje de novios con alguien que no para de pensar en lo feliz que sería si estuviera en otro sitio?

—Solo digo que quizá nos hayamos equivocado.

Kathy frenó en seco. Él tropezó con una de las ruedas de su maleta y a punto estuvo de irse al suelo.

—¿En qué exactamente? ¿En venir a Venecia? ¿En casarnos?

No respondió. Estaba agachado masajeándose la canilla en la que le saldría un cardenal que aún no ha desaparecido mientras avanza por la carretera hacia el pueblecito en busca de un teléfono y unas gruesas gotas de lluvia le resbalan desganadas por la frente.

—Dime —continuó Kathy sin esperar su contestación—: ¿Con qué dinero íbamos a ir a Nueva York? ¿Con el de mis padres?

Habían sido sus padres los que habían financiado el viaje de novios a Italia.

—Oh, ¡venga ya! —dijo Kathy—, disfruta de lo que tienes, no soporto eso de ti, nunca estás satisfecho con lo que tienes. Estás de luna de miel en Venecia y te pasas el día refunfuñando. ¿Qué esperas de la vida? No va a ir a mejor, te lo aseguro. ¡Madura! ¿No es esto lo que querías? ¿No era lo que soñábamos?

Se acordó entonces de la vieja cita de Radclyffe Hall: «Y su alma se apesadumbró con la infinita tristeza del deseo cumplido».

Puede que ese fuera el clic, puede que todo se terminase nada más empezar con esas palabras que repitió en voz alta.

Kathy se enfureció:

—Tú y tus citas de mierda, dime de qué nos sirve eso, de qué nos sirven tus libros, ni te van a hacer rico ni te van a hacer feliz.

La premonición, afirma Foret, acertó solo a medias.

Pero eso en aquel febrero veneciano aún no lo sabe ninguno de los dos.

De hecho, Kathy nunca lo sabrá si ahora deja que un camión recorra su cuerpo de abajo arriba con más ganas de las que él tendrá de volver a hacerlo nunca más.

El hombre que sería Luis Foret conoció a Kathy en un ciclo de películas de Truffaut que organizaba la Alianza Francesa cada lunes y miércoles en una sala de arte y ensayo. A las proyecciones acudían, como máximo, nueve o diez personas; ellos fueron los únicos que siguieron el ciclo completo. La asistencia menguaba progresivamente y, antes de empezar la última película, solo ante la puerta de la sala, llegó a pensar que sería el único espectador. Luego fueron apareciendo con cuentagotas Kathy y su amiga Anne Marie, un hombre gordo de barba que respiraba muy fuerte por la boca como si se despresurizara con cada espiración y, por último, la profesora de nariz romana de la Alianza Francesa que sustituía a un chico con entradas que había

dirigido las proyecciones anteriores. Según explicó la mujer a Kathy, el chico había enfermado repentinamente.

La profesora les dijo que se llamaba Geneviève, con acento grave en la tercera e, y les explicó que la calidad de la cinta no era todo lo buena que ella habría deseado, especialmente el sonido, por lo que pidió que se acomodasen en primera fila cerca de los altavoces. Kathy eligió el asiento a su izquierda y sonrió al hombre que sería Luis Foret cuando él se sentó encima de los faldones de su abrigo verde militar.

Si no hubiese dejado caer su trasero sobre esos faldones, tal vez nunca se habría convertido en Luis Foret.

En los días anteriores, afirma, él solo se había fijado en Anne Marie, siempre elegante, rebosante de maquillaje y dentición, pero cuando Kathy le sonrió se percató de que tras sus gafas de opositora se escondía un rostro agradable.

Mediada la película, al quedarse Nathalie Baye encerrada de un portazo en una cripta, el gordo lanzó un resuello que asustó a todos. Kathy se agarró con fuerza a su brazo. Después se echaron a reír, hasta el gordo reía. Esa noche Kathy y él hicieron el amor por primera vez, cuando hacerlo aún era un descubrimiento. ¿Cómo eres? ¿Qué sientes con las caricias? ¿De qué te avergüenzas? Todos nos avergonzamos de algo. ¿Sabes que te gusta acercar la boca a mi oreja al gemir? ¿Sabes que tus ojos, sin gafas, son tan dulces que podría quedarme horas mirándolos cuando duermes?

Resultó que Kathy no tenía ningún tipo de interés en Truffaut, sino en el profesor de la Alianza Francesa, aquel que el último día tuvo que ausentarse por una enfermedad inoportuna. Geneviève, con acento grave en la tercera e, lo sustituyó en la proyección; él lo sustituyó en la cama de Kathy.

Pero eso no lo supo hasta que estuvieron juntos en Venecia. Afirma Foret que hasta entonces estaba convencido de que todos tenemos un sustituto, de que si te ausentas otro ocupará tu lugar; no se había parado a pensar en que todos somos también el sustituto de alguien. Lo descubrió en la habitación recargada de un hotel veneciano en un callejón cercano a La Fenice durante la primera noche de su primera luna de miel, cuando a Kathy no se le ocurrió nada mejor que hablar de antiguos amantes. Dijo que, ya que eran marido y mujer, podían hablar abiertamente, que antes le preocupaba, que el anillo le daba tranquilidad.

Señaló la esfera dorada. La alianza, gruesa, molesta, opresora, un ente extraño en el cuerpo del hombre que sería Luis Foret, como un marcapasos, como un diente de oro, afirma, como un órgano trasplantado.

Kathy le contó que había estado acostándose durante meses con el profesor de la Alianza Francesa, los lunes y miércoles del ciclo, salvo el último. ¿Dónde quedaba entonces el cine de Truffaut en su historia? Ella se acurrucó a su lado sobre las sábanas ásperas haciendo una confesión traviesa.

—Un coñazo. Un precio que pagar. Aquella película de la cripta... ¡Uf! Ese sí que fue un precio alto.

Se reía a carcajadas. Afirma Foret que nunca la vio tan feliz como riéndose de él. Aquella película de la cripta era el precio de su matrimonio. En ese momento consideró que a ella le había salido muy barato.

Aunque el paso del tiempo parece haberle quitado la razón.

Ignoraba que ella pensara eso de Truffaut. De hecho, durante el noviazgo él le había regalado varias cintas de VHS de su propiedad, que apreciaba y no eran fáciles de conseguir. Afirma que le parecía romántico regalárselas, lo que tontamente se entiende por romanticismo cuando empiezas una relación con una chica, afirma, algo que ella pueda contar con orgullo a sus amigas: ¡Dios, es un novio maravilloso! ¡Me regala sus VHS!

—No te enfades —dijo ella—, ahora viviremos juntos, las cintas volverán a ser tuyas otra vez.

A continuación, Kathy pasó a narrarle una serie de episodios sexuales sin mucho detalle, quitándoles hierro; no llegaba a ser excitante ni tampoco algo que pudiera olvidar al momento. Se situaban en un irritante término medio: un amante de una noche, tal vez un par de noches, nada serio, solo sexo. A su entender, era mucho más penoso un episodio de simple sexo que imaginar a otro tonto engañado como él, con Truffaut o con cualquier otra cosa.

Ella seguía riendo.

—¿No es bonito poder sincerarse con tu marido?

En Venecia, junto a La Fenice, deseaba saber si había sustituido en la cama de Kathy a alguien tan estúpido como él. Mientras se acercaba a llamar a Asistencia en Carretera al pueblecito del que lo separaban solo un puñado de pasos, empapado por la lluvia que arreciaba a intervalos como un aspersor, saboreaba la idea de que otro estúpido lo sustituyera a él.

Otro estúpido que le hiciera el amor en el Fiat Panda, que se la llevara a Malpensa, que se quedara con ella y los VHS de Truffaut.

Ahora, mirando las luces cegadoras del camión, se pregunta si nada de eso será ya necesario.

Qué diferente, afirma, es explicarles a los asistentes a tu boda que te hicieron regalos inútilmente a ser el pobre viudo en la luna de miel, víctima de un accidente desgraciado, querido por todos, cuidado por todos.

Se os veía tan felices. Estábamos seguros de que envejeceríais juntos. Cualquier cosa que necesites. Lo que sea. Cuidaste tanto a mi hija, la hiciste la persona más feliz del mundo aunque fuera durante poco tiempo, te daremos cualquier cosa. Lo que sea. ¿Ir a Nueva York? Si piensas que eso es lo que necesitas, no dudes de que te lo pagaremos y con todos los lujos. Lo que sea...

O puede que no. Puede que el clic no fuera la vieja cita de Radclyffe Hall. Antes de eso, la primera tarde en Venecia, afirma, intentaba convencerse de que estaba enamorado de Kathy, entonces aún no conocía a Shahriar, faltaban muchos años para que durante unas pocas horas sintiera eso que se suele llamar felicidad; Estaban en un pequeño café que se llamaba Dell'Amore o Dell'Amanti o algo parecido. Quizás el nombre del café fuera lo que inspiró la conversación sobre las experiencias sexuales que horas después iniciaría Kathy. De repente, el camarero salió corriendo a colocar una cuña de madera al pie de la puerta.

—*Acqua alta!* —dijo.

En un abrir y cerrar de ojos el agua parduzca comenzó a brotar a borbotones de los sumideros e inundar las callejas. A los pocos minutos la riada parecía haber alcanzado quince o veinte centímetros de profundidad. Los venecianos que se dirigían a sus casas calzaban unas katiuskas de plástico, como de pesca de río, y seguían la ruta que marcaban unas pasarelas de madera que alguien había colocado sin que ellos dos se percatasen. Los turistas, en cambio, se habían visto sorprendidos sin precauciones y lo pasaban mal para evitar que su calzado quedase inutilizado. Vieron a una chica chapotear en el agua sucia con las medias de nailon mientras sostenía en la mano unos zapatos de ante rojo. Kathy reía mirando la escena por el cristal del café sin mostrar empatía por quienes se habían quedado atrapados en medio del agua y que, perfectamente, podían haber sido ellos.

Al hombre que sería Luis Foret le incomodaban sus besos y caricias. Ahora no. Aquí no. Eran los únicos clientes del bar; el camarero no les quitaba ojo. Kathy se aproximó a su oreja y, después de un largo beso, susurró:

—¿Sabes dónde hay también *acqua alta*?

Si se suponía que eso debía excitarle, afirma, produjo el efecto contrario. La Kathy que él había conocido viendo a Truffaut no era así. O al menos él

creía que no era así. El matrimonio había eliminado la barrera del pudor, la pasarela sobre la turbidez de la impudicia, y no estaba preparado para eso.

El pudor, descubrió entonces, era más importante para su matrimonio que cualquier alianza de metal. Nada le repugnaba más que la procacidad de Kathy.

A la mañana siguiente madrugaron para recorrer Venecia y la tuvieron para ellos solos. Los saludó una densa niebla que se fue disipando a medida que recorrían las calles vacías. Apenas se cruzaron con un empleado de banca abriendo su oficina ubicada en el edificio más moderno y feo de todo Cannaregio, y una mujer que, empujando hacia Rialto un carrito lleno de limones, naranjas y uvas apelotonadas, rezongaba algo incomprensible. Supuso que se quejaba de los turistas aunque no hubiese ninguno: la fuerza de la costumbre. Quizá se quejase de lo contrario, de que no hubiera turistas que pagasen una fortuna por sus frutas y estas fueran a echarse a perder.

En el puente de la Academia, con la niebla deshaciéndose y las góndolas balanceándose, su humor mejoró. El agua surgía de la nada, la niebla regresaba a la nada: Venecia era tan hermosa que ni Kathy ni la alianza podían con eso.

—Vayamos al museo de Peggy Guggenheim, está al otro lado del Gran Canal —le dijo a Kathy.

Ella protestó:

—Oh, venga ya. ¿Un museo? ¿En la luna de miel? No perdamos el tiempo.

Él le dijo que no hacía falta que fueran juntos a todas partes, que podían disfrutar las visitas por separado.

Kathy le fulminó con la mirada. «Oh, cállate».

—¿Qué te has creído? ¿El primer día de nuestro viaje de novios quieres ir por separado?

—Pero, cariño...

Fue la única vez en su vida que llamó «cariño» a Kathy. Odia ese tipo de apelativos: cielo, cariño, mi vida, mi amor... Nadie que realmente quiera a otra persona, afirma, la llamaría así.

Entonces ella le dijo con tristeza:

—No sabía que te aburrirías tanto estando conmigo.

Sí, puede que ese fuera el clic, puede que lo fuera.

—¿Y no te llega si vamos a la tienda del museo? —añadió ella.

Y al instante Kathy recuperó la alegría.

Pero él no.

Lo primero que se encuentra cuando llega al pueblecito, veinte minutos después del pinchazo, es una enorme T blanca sobre un fondo azul marino. *Sali e Tabacchi*. Aunque allí no hay ningún hospital oncológico. A decir verdad, allí no hay casi nada. Un puñado de casas desvencijadas sin reformar, pintura agrietada y flores marchitas en las macetas. Coches aparcados junto a aceras minúsculas en las que apenas cabe una persona. El ladrido lejano de un perro viejo. Los haces de luz titilantes de televisores encendidos en las ventanas. En un minuto la noche ha caído sobre sus hombros.

Le pregunta al dueño del colmado, de bigote blanco y calva reluciente, si puede hacer una llamada. El otro le señala un teléfono verde que funciona con monedas, luego se acoda para seguir viendo el fútbol en la televisión. El hombre que sería Luis Foret no es un apasionado de los deportes; distingue los colores del Inter pero ignora quién es su rival. Llama al teléfono de Asistencia en Carretera que les dieron al alquilar el coche en Piazzale Roma.

—*Pronto?* —contesta una voz grave al otro lado.

Le indica a la voz grave el kilómetro aproximado en el que están parados frente a la antigua fábrica de neumáticos de Pirelli. La voz grave le pregunta si no han cambiado la rueda. Le dice a la voz grave que no saben hacerlo. El dueño del colmado mira para él con una sonrisilla bajo el bigote. Contesta la voz grave: sabe dónde es, tardarán alrededor de un cuarto de hora. Él consulta el reloj y le dice que perfecto.

Le ha llevado veinte minutos llegar al pueblo, así que, si no se apresura, la grúa estará allí antes de que él regrese. El dueño del colmado le pregunta si desea algo más. Le dice que sí, que le ponga una cerveza.

—¿Contra quién juega el Inter?

—*Bologna* —dice el hombre, cuya cabeza, bajo la lámpara de tungsteno, reluce como los faros de un camión.

—¡Ah! Bolonia-Inter. Estupendo.

Le da un buen sorbo a la cerveza y se sienta en el taburete junto a él.

A Kathy le encantan unos bolsos hechos con estropajos de cocina en la tienda del museo Peggy Guggenheim.

—¡Oh, cómprame uno! —exclama.

Le dice que elija el que quiera y le pide a la dependienta que se lo envuelva para regalo. Es lo último bueno de su matrimonio, afirma, que Kathy podrá contarles a Anne Marie y sus amigas.

—Ya verás cuando lo vea Anne, se va a volver loca —dice Kathy—. Al final no has tenido tan mala idea al venir hasta aquí. Aunque la idea haya sido mía. —Se ríe—. Por el precio de las entradas me has comprado el bolso —dice arrugando la nariz como hace siempre antes de darle un beso.

El hombre que sería Luis Foret recibe el beso con desgana y luego comprueba si la dependienta los ha visto. Cuando se da cuenta de que sí lo ha hecho, le dedica un gesto de disculpa. La dependienta sonríe.

Kathy sigue dando vueltas por la tienda.

—Aquí todo es maravilloso —dice—. Esa Peggy tenía buen gusto.

Él le explica que Peggy Guggenheim era una coleccionista de arte millonaria que no tuvo mucha suerte con los hombres.

—Su segundo marido, cuando se enfadaba con ella, la encerraba desnuda en la terraza en pleno invierno. O le tiraba *whisky* a los ojos. Su primer marido le untaba mermelada en el pelo.

—Si tú me haces eso, te mato.

¡Ella!, afirma Foret, ¡dice ella que me mata a mí!

El camión está a menos de veinte metros. El conductor ya se ha dado cuenta de que esa mancha negra no es un parche de brea en el asfalto. Presiona frenéticamente el claxon, pero Kathy no lo oye, escucha música en el *discman* a un volumen infernal. La carretera es demasiado estrecha, si ahora el camionero gira bruscamente lo más probable es que se mate él también sin por ello salvar a Kathy.

El hombre que sería Luis Foret regresa del pueblecito a paso lento con otra cerveza en la mano. Hace más de media hora que llamó por teléfono. La grúa ya debe de estar allí. Quién sabe, igual ya han cambiado la rueda y Kathy ha arrancado y echado a correr. O quizás el operario esté penetrándola sujeta al asidero para compensar que se está perdiendo el Bolonia-Inter. Al descanso siguen empatados a cero.

La realidad, afirma, es que cuando llega no hay rastro del hombre de Asistencia en Carretera, pero la rueda sigue pinchada. De hecho, a pesar de la negrura de la noche, da la impresión de estar aún más reventada, hecha jirones. Percibe también que la antigua fábrica de neumáticos está unos metros más atrás de lo que recordaba. Deduce que Kathy ha intentado arrancar el coche y dejarlo tirado pero que la rueda ha abortado su escapada. Estrella el cristal de la botella de cerveza contra el suelo. El estallido provoca

un desagradable ruido de cristales rotos. En la negrura de la noche oye una lechuza y el zumbido confuso de música lejana.

Entonces la ve con los auriculares, en cuclillas, mirando los desperfectos del neumático, el trasero ancho de sus pantalones acampanados rozando el asfalto. Ve también los faros del camión aparecer por el horizonte.

Y afirma que se pregunta por qué. Por qué ha de avisarla, por qué ha de salvarla. Por qué. Si el árbitro del Bolonia-Inter hubiese descontado los dos minutos que se perdieron por la pelea entre Zanetti y Brioschi habría salido más tarde del colmado y ni siquiera tendría que estar pensando en eso. O si ella hubiese tomado bien la rotonda. O si una enfermedad inoportuna no hubiese obligado a ausentarse al profesor de la Alianza Francesa. O sí la copia de *La habitación verde* se hubiese oído bien y no hubiesen tenido que sentarse juntos, el trasero sobre sus faldones...

O si...

Por qué con su intervención tendría que cambiar el rumbo de las cosas. ¿Quién se cree que es para variar lo que el mundo ha decidido para ella? ¿Solo por haber aceptado casarse con ella? ¿Por llevar una alianza que asfixia su anular?

Y al final, la cosa está muy clara: él ni siquiera debería estar allí. Él debería estar en Nueva York.

El camionero deja de tocar el claxon y se echa las manos a la cara.

Documento anexo N.º 2

Transcripción de los correos entre Luis Foret y Agnes Romaní

Diciembre de 2019

¿De verdad dejó morir a Kathy?

Si formulas así la pregunta, mi respuesta tendrá que ser que sí.

¿Murió Kathy atropellada por el camión?

No.

Menos mal, no quería creermelo que dejara morir a su mujer.

Agnes, ¿ lees lo que escribo? Te estoy diciendo que sí la dejé morir, solo que no murió.

¿Qué ocurrió?

¿Qué ocurrió? Ocurrió que al maldito *discman* se le agotaron las pilas un segundo antes de que el camión le pasara por encima.

¿Me lo está diciendo en serio? ¿Kathy se puso a escuchar música como si tal cosa sola en mitad de la carretera? ¿Y qué probabilidades hay de que se agoten las pilas en ese preciso instante?

Es posible que no sepas la de pilas que consumían aquellos cacharros; lo raro no era que se gastaran las pilas, sino lo contrario.

Cuénteme entonces qué sucedió cuando se agotaron las pilas.

Cuando Kathy escuchó el rugido del camión, ya casi lo tenía encima. Se arrojó de un salto sobre el capó del Fiat Panda, pero fue la reacción del conductor la que le salvó la vida: hizo un brusco zigzag hasta dejarnos atrás; el camión se balanceó tan pesado como era y los tres ejes del tráiler permanecieron unos segundos en equilibrio, flotando en el aire, creí que volcaría pero acabó por posarse de nuevo en el asfalto y siguió adelante. El conductor aplastó el claxon y nos insultó por la ventanilla. Al menos no bajó a pegarnos, que era lo que me temía. Razón no le hubiese faltado.

¿Y ella lo perdonó?

¿Perdonarme? ¿Qué tenía que perdonar?

Que la dejara morir, ¿le parece poco?

Ella no sabía el tiempo que yo llevaba allí. Cuando me miró, a ninguno de los dos se nos había borrado la cara de susto, así que ni siquiera discutimos sobre si debía haberla avisado o no. Al contrario, me adelanté echándole en cara que se pusiera a mirar la rueda en mitad de la calzada, de noche y con los auriculares puestos. Dijo que aquel camión era el primero que cruzaba la carretera desde que yo me había ido. Casi nadie utilizaba esa ruta. Los conductores iban de Verona a Milán por la autopista, pero nosotros la evitábamos por no pagar peajes. Recuerda que andábamos justos de dinero. Ella no comentó nada acerca del olor a cerveza en mi aliento, yo no comenté, nada sobre el hecho de que la fábrica de neumáticos se hubiese desplazado sospechosamente hacia atrás. Unos minutos después llegó el tipo de la grúa, que, efectivamente, escuchaba en la radio el Bolonia-Inter. Seedorf había marcado en el descuento, pero el Bolonia había ganado dos a uno.

Y esa noche hizo el amor con ella en el Fiat Panda en el aeropuerto de Malpensa...

Hicimos el amor, como si nada hubiera pasado, como si yo no hubiese albergado el deseo de que mi esposa muriese una semana después de casarme con ella.

Pero todo se había roto.

Completamente roto. Sin solución.

¿No se da cuenta de que si contamos esta historia en su biografía quedará como un monstruo?

¿Por qué? ¿Acaso nadie antes que yo, en un momento dado, ha deseado que ocurra una desgracia? Un pequeño e incontrolable deseo, una ligera sed de infortunio. Sucede más a menudo de lo que piensas, puede que no a todos, pero sí a la mayoría de la gente.

A mí nunca.

Será que a mi alrededor se han acumulado tantas desgracias que me he vuelto algo insensible. En cualquier caso, no hablo de aplastar una cabeza, ni empujar a alguien por un precipicio ni nada parecido, hablo de dejar que algo suceda. En este caso el sacrificio sería no convertirme en el héroe que salva a su mujer de una muerte segura, asumir con resignación el papel de villano.

¿Y qué fue de Kathy? ¿Qué ocurrió a la vuelta de Venecia cuando todo se había roto?

Tardamos dos años en divorciarnos. Dos largos años dominados por la mezquindad de Kathy. Funcionábamos como un reloj: comíamos todos los días a la misma hora, hablábamos —hablaba ella— de los mismos temas, veíamos los mismos programas de televisión, quedábamos con sus mismas amigas. Cada noche, sin excepción, practicábamos sexo —me niego a decir que hacíamos el amor, al menos yo era lo último que hacía—. Empecé a sublimar la menstruación como proceso fisiológico creado solo para liberarme durante cuatro o cinco días de mis obligaciones maritales. Todas las horas que pasaba en la universidad eran horas en las que no tenía que ver a Kathy, así que aproveché para sacar adelante la tesis y conseguir una plaza fija como profesor. También aproveché para escribir un libro, el único que firmé con mi verdadero nombre, que trataba sobre el divorcio en el cine. No malgastes esfuerzos: sus ventas fueron mínimas, me hice con todos los ejemplares sobrantes y los quemé en el jardín. Tampoco encontrarás nada en internet acerca del libro, contraté a la mejor empresa dedicada a borrar rastros en la web.

Debe de ser usted el único, autor del mundo que disfruta quemando su propio libro.

Era un librito absurdo pero lo recuerdo con cierto cariño.

Ya veo cómo son sus muestras de cariño, espero que nunca se encariñe conmigo.

No quedaba más remedio. Si dejaba un cabo suelto, sería fácil que investigadores más avisados que tú descubrieran mi identidad.

¿Y qué? ¿Qué ocurre con su identidad? ¿Quién se cree que es? ¿Jack el Destripador?

No ocurre nada. Ocurre que me hice la promesa de que nunca volvería a publicar un libro con mi verdadero nombre. Nunca volvería a dejar que ningún parásito fagocitase mi talento, si es que lo tenía.

Y lo consiguió.

Sí, aunque el mérito no es mío, en absoluto, mi pseudónimo es fruto de la casualidad, como todo en mi vida. ¿Pero en qué vida no lo es?

¿Qué parásito fagocito su libro sobre el divorcio?

Veo que sigues sin entenderlo. Fue Kathy, por supuesto. Se quedó con la mitad de los derechos de aquel librito en el acuerdo de divorcio. Fue doloroso ver cómo aquella arpía con su *discman* y su bolso de estropajos se llevaba el fruto de mi esfuerzo intelectual. No era el dinero que generaba, muy limitado, lo que me importaba. Era sentir que me usurpaba algo que era mío; ella lo sabía: por eso lo hizo. El libro era de lectura recomendada en la materia que

yo impartía en la universidad. Les exigí a mis alumnos que lo fotocopiasen: si veía algún libro original sobre los pupitres el suspenso sería automático. Les expliqué que parte de los derechos eran propiedad de mi exmujer y no quería que viera ni un euro de *royalties*: lo celebraron con regocijo. Era habitual que en los exámenes finales, cuando hablaban del desamor y el divorcio, comentaran algo sobre mi librito y mi exmujer. Admito que la primera vez que lo leí me enfurecí, pero con el tiempo la historia dentro de la historia acabó por hacerme gracia.

Es curioso que mencione eso de la historia dentro de la historia porque tengo la impresión de que ese es el tema de esta biografía.

Pero, Agnes, ¿acaso no es ese el tema de cualquier biografía?

Extracto del diario de Agnes Romaní

Santiago de Compostela, diciembre de 2019

Nunca me he parado a pensar cuál es el tema de una biografía; la última ocupación que hubiese imaginado para mí es la de biógrafa, no soy buena preguntando y la gente tampoco tiende a abrirse conmigo. Recuerdo que cuando le dije a mi madre que quería estudiar periodismo, ella me miró con la cara de «oh, venga ya» que debía usar Kathy con Foret. ¿Estás segura, Agnes?, me dijo, y su escepticismo despejó todas las dudas que yo pudiera albergar.

Mi madre fue la primera persona que puso en mi mano un libro de Luis Foret, el día de Reyes de 2014. La novela era *Shahriar* y no puedo decir que fuera un flechazo: tardé más de dos años en leerla, aunque cuando finalmente lo hice me gustó más de lo que cabría imaginar. Tardé en leerla por varias razones. La primera, que me la había regalado mi madre, y digamos que no es la persona que elegiría como prescriptora literaria; digamos que no es la persona que elegiría para nada en absoluto, pero resultó ser la persona que me escupió al mundo, plof, ahí te quedas, Agnes Romaní, ahora te las apañas. O no, ni siquiera eso, ojalá me hubiera dejado que me las apañase, no, esa no sería mi madre, mi madre es más bien ese murciélago que te pare boca abajo y si no te agarras a ella con las alas, te quedas colgada del cordón umbilical, pero en cualquier caso no hay postura cómoda y tienes que acabar rompiendo el cordón a mordiscos. No, mi madre no me deja que me las apañe, y eso que tengo mucho que apañar, ella es más de abrir problemas inexistentes que de cerrar los reales, mi madre me dice que lo que mejor me vendría es una liposucción láser para las cartucheras porque es una pena lo mal que me sientan los vaqueros —pero se calla lo de los meñiques torcidos y las férulas que no quiso ponerme—, me dice que ella no me pagó la carrera para que acabase en esa revista, que tendría que estar como mínimo en el *ABC Cultural*, y yo le digo que aspiro a que me lean los menores de noventa, y ella me dice que ya estamos con la vejez a vueltas, que yo también seré

vieja un día y yo mascullo que sí, pero espero no ser una murciélaga vieja como ella.

Mi primer diario lo escribí siendo adolescente, lo llamé *Mis días con la Murciélaga* y me aseguré de que mi madre jamás lo encontrase; luego, a los veintiún años, le dije a mi madre si quería que le abriese una cuenta de Twitter, por aquello de que hay que estar en el mundo y prevenir el alzhéimer y esas cosas, y me sentí una hija excepcional, a veces incluso consigo sentirme excepcional, pero pronto se me pasa, ella se las arregla para quitarme la ilusión; ese día, cuando le pregunté qué nombre de usuario quería ponerse, ella respondió «murciélaga» y mi intestino delgado dio el mismo vuelco que cuando el editor apareció en la cena de la revista mientras yo cantaba lo del muelle; soy especialista en meter la pata, como cuando me invitaron a la fiesta sorpresa de Pierre, de la sección de Moda, y todos los invitados le esperábamos a oscuras en su piso para gritar sorpresa —esto siempre me ha parecido bastante estúpido, es su cumpleaños, la sorpresa es limitada, quizá tendría más sentido si detrás del sofá se escondiera un inspector de Hacienda—, pero aunque detrás del sofá no había ningún inspector de Hacienda, cuando yo llegué ya estaba lleno de gente y me decían, búscate otro sitio, aquí ya no cabes, como los niños de la letrina en *La lista de Schindler*, todos se escondían en grupo y yo no sabía qué hacer, que ya llega, decían, que ya llega, así que traté de ocultarme detrás de un ficus, pero, incluso si me agachaba, me cubría solo hasta el escote, y decían, ya viene, ya está en el ascensor, ya sube y, como me veía ridícula junto al ficus, busqué otro sitio, pero me rendí cuando ya abrían la puerta, y me apoyé en la pared; lo que no vi es que me apoyaba sobre el interruptor de la luz, que se encendió en el momento exacto en que entraba Pierre para que nos encontrase a todos con cara de gilipollas en una postura inaudita, como si en vez de darle una sorpresa le estuviésemos desvalijando la casa; ese día me inventé una excusa para irme pronto porque sentía que todos me odiaban un poco; el día que le abrí la cuenta de Twitter a mi madre no encontré excusa para irme, aunque también sintiera que ella me odiaba un poco.

Sucede que mi madre es muy sibilina y ni siquiera me miró a la cara cuando me dijo, llámame «murciélaga», lo soltó como si tal cosa, como un inspector de Hacienda detrás del sofá que luego se pusiera a mirar sus papeles en vez de explicarte qué ha venido a hacer a tu casa, como un agente de la KGB, tú sabrás lo que has hecho, pues así, mi madre se puso a mirar cualquier cosa en el móvil a ocho centímetros de sus ojos, porque mi madre está casi ciega, como dicen de los murciélagos, como dice Foret de Shahriar,

solo que mi madre lo arreglaría con unas gafas pero no quiere ponérselas porque cree que la afean o la hacen mayor. Y ya, ya sé que los murciélagos no son ciegos, que me he tragado muchos documentales de animales antes del turno de tarde de la revista, pero soy periodista y todos hemos hecho trampas alguna vez para embellecer la realidad.

—Murciélaga entonces —le dije sin indagar en el motivo.

—Sí, murciélaga, no veo qué tiene de malo —dijo ella sin despegar, literalmente, los ojos del móvil.

—Nada. ¿Quién ha dicho que tenga nada de malo? ¿Para el perfil te busco la foto de un murciélago o un dibujito?

Y ahí está su perfil, con el cuadro de un murciélago que vale cuatro mil dólares en la web de Saatchi & Saatchi, aunque en realidad su usuario ya no es @murcielaga, ahora es @murcielaga4, porque le han cerrado tres veces la cuenta por comentarios ofensivos y racistas y no sé qué cosas más, y tampoco me extraña demasiado porque quien la ha denunciado más veces he sido yo.

Pensé que tener Twitter le abriría la mente, pero sucedió todo lo contrario; de todas las cosas que no he previsto en mi vida, la más absurda es mi madre como tuitera. Tiene cinco mil seguidores, unas veinte veces los que tengo yo, y está entre los tuiteros fascistas más populares. Lo más maravilloso es que mi madre no sabe utilizar Twitter. Lo retuitea todo: si le escribes, hola, buenos días, ella lo retuitea; si le dices, oiga, es usted una facha absurda, ella lo retuitea, y así puede subir varios cientos de tuits estúpidos en un mismo día y, joder, yo comparto reportajes de la revista a los que no les faltan méritos y nunca consigo seguidores, solo me empiezan a seguir cuentas que luego a los tres días me dejan de seguir y me desquicia ver que los de ella, en cambio, continúan creciendo. Creo que no dormiré tranquila hasta el día que supere a mi madre en *followers*. Y como eso lo veo imposible, seguiré denunciando su cuenta hasta que se la cierren para siempre.

La cuestión es que fue en Twitter donde mi madre oyó hablar por primera vez de Luis Foret, alguien recomendó *Shahriar* y ella me lo regaló por Reyes, así que es fácil imaginar por qué el regalo de Murciélaga y sus amistades de red social no me despertó simpatía:

—He visto en Twitter que estaba bien.

—Ah, gracias.

—¿No te gusta? Si no te gusta, puedes cambiarlo por otro.

—No, no, tiene buena pinta —dije pasando un dedo por el canto de las páginas y haciendo que se movieran a toda velocidad.

Tengo, entre otros defectos, el de no cambiar nunca nada que me hayan regalado, por mucho que me disguste; guardo pantalones que nunca me han subido de las caderas; si ya tengo un libro o un disco, me lo quedo repetido; tiene que ver también con la pereza que me dan los tiques regalo y las devoluciones y pensar qué quiero a cambio, por eso casi prefiero que no me hagan regalos, aunque no niego que también tienen su parte buena y te acercan a cosas a las que tú nunca te acercarías, como a Luis Foret.

En los meses que siguieron a que mi madre me regalara *Shahriar* empecé a ver los libros de Foret por todas partes y eso me empujó a apartarlo aún más en un rincón de mi casa, porque soy de esas personas que no lee los libros que se ponen de moda por el simple motivo de que se ponen de moda. El novio medio gilipollas que tenía, al que no le gustaba que las chicas bebieran, decía que es todo por envidia, que ya me gustaría a mí que se hablase tanto de un libro mío, y puede que un poco de razón tuviera, pero, claro, imaginar entonces un libro de Agnes Romaní era más absurdo que imaginar una madre tuitera de sesenta años con cinco mil seguidores.

No habría sido extraño que finalmente nunca hubiera leído a Luis Foret, pero el día que lo dejé con mi novio gilipollas al que no le gustaba que las chicas bebieran, cogí el ejemplar de *Shahriar* por tener algo en la mano y no correr más el rímel y empecé a leerlo con desgana y, bueno, a veces debe de ser mejor coger las cosas con desgana porque lo leí dos veces del tirón, y luego cayó otro libro de Foret y luego el siguiente, y ahora estoy escribiendo su biografía, ¿no?

Y si me detengo a pensarlo en los términos que aplica el propio Foret, podría decir que si no hubiese discutido con el editor de la revista, no estaría escribiendo la biografía; y si no hubiese leído a Foret, no habría discutido con el editor; y si mi madre no me hubiese regalado *Shahriar*, no habría leído a Foret; y si algún tuitero fascista no lo hubiese recomendado, mi madre me habría regalado unos bonos para la liposucción láser de las cartucheras. Así que tal vez Murciélaga haya hecho por fin algo bueno por mí además de soltarme, plof, y dejarme colgada hasta que arranqué a mordiscos el cordón umbilical, puede que gracias a ella vaya a escribir ese libro que se ponga de moda y puede que hasta salga en el *ABC Cultural*. Mamá, has hecho algo por mí mejor incluso que lo del láser en las cartucheras.

O, visto de otro modo, puede pensarse que, ya que mi intención al abrirle la cuenta de Twitter fue buena, tal vez el karma me esté recompensando, aunque cuando se lo conté al novio medio gilipollas al que no le gustaba que las chicas bebieran, me dijo: qué coño, buena obra, si lo haces porque si

después tienen alzhéimer tienes que cargar tú con ellos. Y yo no supe muy bien qué decir.

Pero antes de seguir adelante, quiero que Foret me aclare qué significa el anuncio de su biografía en la televisión. Quiero que me explique cuál es mi papel en esta historia. Quiero que me asegure que mi trabajo derivará en un libro de Agnes Romaní que todas las demás *agnesromanís* del mundo recibirán como regalo de sus madres quirópteras y dejarán abandonado en una estantería porque estarán hartas de escuchar hablar de esa tal Agnes Romaní.

Admito que de Foret me fío lo justo y digamos que simpático no me ha caído, aunque me da que yo a él tampoco. A veces tenemos la tentación de pensar que los escritores son tan agradables como su obra, o peor aún, como sus personajes. ¿Cómo se puede ser tan iluso? Cuando leí *Shahriar*, el día que me dejó mi novio medio gilipollas, me pareció maravillosa la idea de tener a alguien que te leyera en voz alta. Pienso que si escuchase la voz de Foret, si no fueran todo correos electrónicos, me quedaría más tranquila, supongo que tiene que ver con que por escrito todo se presta a la malinterpretación, puede que yo misma suene más seca de lo que soy, hoy en día si no pones un emoticono o un signo de admiración detrás de cada frase pareces un inspector de Hacienda. Me encantaría escuchar su voz, lo reconozco, pero no me siento con fuerzas para exigirle más, porque vivo con el miedo de que cualquier día deje de contestar a los correos y entonces no sé muy bien qué haría. No creo que tenga fácil encontrar otro empleo: hay pocas cosas más lamentables que yo en una entrevista de trabajo.

Estoy descubriendo que muchas cosas de sus libros tienen relación directa con la realidad, pero en sus relatos son más bruscas, sucias, amargas —él me lo ha dicho: Agnes, ¿acaso tú nunca has embellecido la realidad?—. En sus correos electrónicos la novela de amor desapasionado entre Shahriar y el profesor sin nombre da la impresión de seguir el cauce mil veces visto del viejo y la nínfula. Por no hablar de Kathy, su primera mujer, ¿es posible que fuera tan irritante y superficial? Lo mismo que en sus libros parece leído con una voz hermosa, en sus correos suena a veces como un escupitajo. Supongo que a todos nos gusta escarbar, pero a menudo lo mundano acaba siendo demasiado mundano, a menudo creo que la idea de Luis Foret debería quedarse en la idea de Luis Foret, nuestra obsesión por conocerlo todo, por tocarlo todo, no hace más que estropearlo todo. ¿Pero qué será de Agnes Romaní si no consigue la historia de Foret? Vivo de nuevo colgando de un cordón umbilical, suspendida de un murciélago, solo que de uno distinto, de otra especie, más grande, más oscuro, uno que también escatima

explicaciones, tú sabrás lo que has hecho, plof, ahí te quedas, Agnes Romaní, apáñatelas.

Y ahí está de nuevo, la hucha de las monedas vuelve a llamarme, las alas vuelven a batir, Luis Foret vuelve a decirme que tiene un relato para mí.

3

El relato de Asia

Zadar (Croacia), mayo de 2012

Afirma Foret que es preciso que el tercer relato de su biografía pegue otro salto en el tiempo y se detenga un año después de que a Shahriar le sobrevenga la ceguera en Hydra. Afirma que debe comenzar con una invitación para impartir un curso en la universidad de Zadar, un hermoso edificio a orillas del Adriático, no es que sea una gran oportunidad en su carrera, es tan solo una ocasión para alejarse unos días de su mujer y su hija. Una vez en Zadar, el relato debe continuar con un impulso que no alcanza a explicar, que le lleva a saltarse la jornada inaugural. A los responsables de la universidad les dice que está enfermo o que no se encuentra bien o algo por el estilo; en lugar de dar clases, se dirige a pie a la estación de autobuses y compra un billete a los lagos de Plitvice. Afirma que lo hace porque se lo puede permitir: nadie lo conoce en Zadar, nadie conoce su aspecto, nadie sabe si en realidad está convaleciente en un apartamento abuhardillado o haciendo excursionismo por su cuenta. Las ventajas del anonimato son ya demasiado evidentes como para dejarlas pasar. También el desprecio por la actividad docente, por lo banal de la cotidianidad. Todo lo que sea susceptible de ser redactado y grabado en una cinta de casete para enviar a Shahriar le parece digno de llevarse a cabo.

Afirma que no lamenta la mentira. La mentira le hará conocer a la chica con nombre de continente. La mentira lo convertirá en Luis Foret. Quizá si hubiera dicho la verdad nunca sería más que otro profesor universitario. O quizás otro camino lo hubiera llevado al mismo fin. Eso nunca lo sabrá. El caso es que en Croacia descubre que no lamenta las mentiras. Que las mentiras a menudo traen consecuencias magníficas.

Sin la mentira no habría tenido tiempo de ver los lagos, no habría escuchado el sonido narcótico del agua, no habría contemplado su verdor, ese verdor anterior a los móviles, a la depresión, a la guerra. El hombre que sería Luis Foret no se siente en Europa en Plitvice; se siente como un indio

shoshón de Yellowstone, afirma, un bantú de las cataratas Victoria, anterior a los ordenadores portátiles, anterior a las grabadoras de casete del tamaño de tostadoras, anterior a los relojes de pulsera, a los vehículos de regreso a Zadar.

Cuatro horas más tarde las colas para subirse al barco que une los lagos superiores con la salida del parque son kilométricas. No es una hipérbole: ocupan varios kilómetros. El barco es pequeño, su capacidad no excede los cincuenta pasajeros. El hombre que sería Luis Foret sacude en la mano un billete para el último autobús a Zadar. Tiene veinte minutos por delante si no quiere perderlo. Comienza a oscurecer; hay un par de hoteles alrededor del parque, pero ha visto los carteles a la entrada y no quedan habitaciones libres. Como se le escape el autobús, se va a ver en un buen aprieto.

La familia italiana que tiene delante en la cola —un padre enclenque, una madre gruesa, dos niños de entre ocho y diez años— entona una cancioncilla infantil.

Un elefante si dondolava sopra il filo di una ragnatela.

La fila avanza a paso de elefante que se balancea en la tela de una araña.

E ritenendo la cosa interessante andò a chiamare un altro elefante.

El hombre que sería Luis Foret realiza un breve análisis de sus opciones.

Due elefanti si dondolavano sopra il filo di una ragnatela.

a) La opción sencilla: guarda en la agenda del móvil un teléfono de contacto de la universidad. Pero no debe usarlo bajo ninguna circunstancia. Cómo va a explicarles que se ha quedado tirado en Plitvice si estaba tan enfermo que no podía recorrer los quinientos metros entre el apartamento y la facultad.

Los niños acompañan con palmas la canción.

b) La opción audaz: ponerse a caminar y comprobar hasta dónde llega. Cuando venía en el destartado autobús, mientras un hombre maloliente del asiento de atrás hablaba solo y se encaramaba al reposacabezas dándole tirones en el pelo, vio algunos alojamientos rurales. Pero la luz del día no va a aguantar mucho más y en la carretera no hay arcén ni iluminación.

El enclenque padre italiano hace un bailecito. Adelanta la punta de un pie y luego, de un saltito, la del otro. La mujer gorda ríe con ganas.

c) La dificultad: se ha comprometido a retomar las clases a las nueve de la mañana del día siguiente. No hay parada de autobús en los alojamientos rurales, así que tendría que volver a pie hasta Plitvice de madrugada, antes de que salga el sol. Si no lo atropellan a la ida, lo harán a la vuelta.

Quattro elefanti si dondolavano sopra il filo di una ragnatela.

d) El recurso: el autoestop. Solo pensarlo le pone nervioso. Y últimamente, afirma, cuando se pone nervioso, se encoleriza, desarrolla una agresividad que desconocía. Le enerva la gente feliz.

E ritenendo la cosa interessante andarono a chiamare un altro elefante.

La jodida gente feliz.

El hombre que sería Luis Foret hace crujir sus dedos.

—¿Queréis callaros de una puta vez?

El padre flacucho se queda congelado en mitad de su paso de baile con un pie suspendido hacia delante. La gorda bufa como un gato persa.

—*Scusi?*

El hombre que sería Luis Foret le dice al italiano que su inclinación hacia los elefantes resulta tan obvia que es innecesario que los torture con su canción.

La gente abandona sus conversaciones al instante; el ser humano, afirma Foret, conserva un instinto connatural para detectar cualquier alteración en el comportamiento gregario. Un murmullo invade la hilera hormigueante, incluso a una distancia de cientos de metros. No han podido escuchar nada, no es físicamente posible, pero perciben que algo ha ocurrido, lo sienten.

Un inglés con sobrepeso, camiseta de *rugby* y pelo rapado con maquinilla se adelanta para participar en la pelea. Es uno de esos *hooligans* que huelen las peleas; el motivo es lo de menos: la globalización, una huelga, un partido de fútbol, una cancioncilla infantil.

—*Anything wrong?* —pregunta al italiano.

Se ve que el inglés aún está valorando a quién tiene que partírle la cara.

—*Everything OK* —dice el padre alzando el pulgar.

El *hooligan* frunce el ceño decepcionado. Antes de regresar a la fila, libera adrenalina dándole un puñetazo al tronco de un pino, un par de piñas caen y ruedan hasta el lago cerca del hombre que sería Luis Foret, que se encoge acobardado.

En el fondo, el italiano parece un buen tipo, pero disculparse ahora no hará más que empeorar las cosas. Además, la fila comienza a avanzar.

Afirma Foret que cuando llega a la marquesina de la entrada número dos no alcanza a ver más que el guardabarros del autobús, que se aleja hacia el oeste dejándolo en tierra. La luz solar escasea y los faros iluminan el sendero.

No hay tiempo para el desánimo: echa una carrera hasta el aparcamiento de turistas. La lógica le dice que algunos de los que compartían fila para el

ferri con él se marcharán ahora en su coche. Una treintena de vehículos reposan bajo hayas poco frondosas.

Pregunta a unos viejecitos sudamericanos vestidos como exploradores que se suben a un Saab tan pequeño como ellos; se disculpan con amabilidad: van hacia Zagreb, en dirección contraria. Lo mismo sucede con un hombre eslavo, solitario y marcial; en realidad le alivia que su destino no sea Zadar. Una pareja española también se dirige a Zagreb:

—Pero si se apura —le dicen— aún le dará tiempo a preguntarle a aquella familia del Alfa Romeo blanco. Ellos van hacia Zadar, nos lo han dicho. Son cuatro, tal vez tengan sitio para usted.

El coche ya está haciendo la maniobra para desaparcarse. Les grita desesperado a unos cuantos metros de distancia:

—¿Pueden llevarme a Zadar? Les pagaré.

El Alfa frena y se abre una ventanilla.

Asoma una mano regordeta. El dedo corazón se alza orgulloso como uno de los abetos de Plitvice. El coche pasa de largo a su lado. El flacucho padre italiano extiende los brazos como diciendo, pero a ver, hombre, qué quieres que haga. Definitivamente, es un buen tipo. El elefante, afirma Foret, se balancea sobre el filo del asiento de copiloto, con el dedo rollizo extendido, vertical en grado máximo. Los niños lo celebran con risas.

El hombre que sería Luis Foret se sienta junto a un haya y recita para sus adentros un famoso poema de Sylvia Plath sobre la horizontalidad que tenía preparado para la clase de esa mañana, la que se saltó. El aparcamiento casi se ha vaciado. Los coches que quedan en él pertenecen a los trabajadores del parque o a turistas con habitación de hotel. Apenas hay ya claridad a su alrededor. Un grillo estridula frotando sus alas, odia el chirrido de los grillos, odia cualquier sonido emitido por insectos voladores. Se siente desamparado, horizontal en la tierra plagada de bichos bajo las hayas. Tendrá que resignarse y buscar en los contactos del teléfono el número del enlace con la universidad de Zadar.

Entonces oye el sonido del desbloqueo de un vehículo, una puerta que se abre y se cierra. Salta disparado como un grillo, es vertical, más vertical que nunca. Ahora escucha el motor, es un Fiat Panda como el de su primera luna de miel. Para evitar que se escape se arroja sobre el capó, como hizo Kathy en aquella lejana ocasión cuando un camión casi la aplasta entre Verona y Milán.

Una muchacha lánguida, afirma Foret, poco más que una niña, agarra el volante. No parece sorprendida al ver a un hombre aferrado al morro del Fiat

con tanta determinación como las briznas de hierba que se adhieren a su jersey de punto. La chica se dirige a Zadar.

—Te pagaré —le dice el hombre que sería Luis Foret.

—No tiene que pagarme nada. Va por mi camino.

La chica apenas lo mira en todo el trayecto: los ojos fijos en la carretera, unos ojos oscuros poco llamativos. El halo rojizo de los coches que se cruzan con ellos se refleja en su cutis blanco, empañado por un exceso de colorete. Asia, la chica con nombre de continente, es tan expresiva como una loncha de queso prefabricado.

—¿Vienes de ver los lagos? —pregunta él por hablar de algo.

—Sí, claro, los lagos. ¿De dónde iba a venir?

En los siguientes días descubrirá que la cháchara sin sentido no tiene sentido para Asia. Nadie lleva más a rajatabla lo de asegurarse que sus palabras valen más que el silencio.

—¿Le importa que fume? —le pregunta Asia.

—Es tu coche —dice él.

—En realidad no es mío, es de alquiler.

—Ya, bueno, lo que sea.

Ella guarda silencio.

—¿Me das un cigarrillo? —pregunta él.

El hombre que sería Luis Foret solo fuma cuando está nervioso. Abren las ventanillas y van dejando un par de regueros de humo. Asia tiene la nariz muy estrecha, como un pequeño desagüe. El humo sale en un hilo.

—¿Eres italiana?

—Sí, de Camposanto.

—¡Ah!

—¿Lo conoce?

—No.

—Está cerca de Módena.

Él se encoge de hombros.

—Nadie conoce Camposanto —dice ella.

—¿Sabes qué quiere decir *camposanto* en español?

—¿Qué quiere decir?

—«Cementerio».

—Sí, claro, como en italiano.

—¡Ah!

El hombre que sería Luis Foret da una calada al cigarro.

—Seguro que más de una vez te han hecho bromas sobre vivir en un cementerio —dice.

—Nunca me han hecho gracia.

El hombre que sería Luis Foret ve la ceniza avanzar quemando el papel, cree que el cigarrillo se le va a hacer muy corto.

—¿Estás en Zadar de turismo? —pregunta.

—No, en un curso.

—¡Ah, un curso!

Los dientes de Asia se tuercen en el lateral de su boca. El lateral que enseña al asiento de copiloto. En Asia eso del lado bueno de la cara es algo muy acentuado.

—Pero hoy me lo he saltado —dice Asia—. Empezaba hoy, ¿sabe? Pero antes de nada quería ver Plitvice.

—¿Y de qué trata el curso?

—Suicidio y literatura.

Él le da la última calada al cigarro y luego se echa a reír.

Ella sigue conduciendo, igual de seria, ajena a la risa de su acompañante. El suicidio no le parece ninguna broma.

—¿Sabes? No te has perdido la clase.

—¿No? ¿Y cómo lo sabe?

—Porque yo soy el profesor de ese curso.

Por un momento Asia aparta los ojos de la carretera. Bien mirada, incluso puede llegar a ser hermosa.

—Empezaré con una idea simple: la única cuestión filosófica que tiene importancia es el suicidio. El resto no son más que juegos de lógica.

La bruma de la mañana se despereza tras el ventanal de la universidad de Zadar el día después de la visita a Plitvice. Un par de hombres bronceados, con la carne colgando por efecto de la edad, se zambullen en el Adriático. La temperatura es agradable, pero no lo suficiente para disfrutar de un baño. Los hombres saltan en bomba desde el paseo marítimo. No hay escalones ni arena, solo un bloque de cemento y después el mar.

—La idea no es mía. La planteó un famoso autor al que probablemente conocéis.

Apenas una docena de alumnos han acudido a la primera sesión del curso que imparte el hombre que sería Luis Foret. Asia se sienta en mitad del aula, muy seria, el mismo colorete de la tarde anterior, la misma camisa blanca.

—Camus. *El mito de Sísifo* —dice un engominado con jersey de cuadros y coderas.

—Exacto.

El engominado se mueve satisfecho en la silla.

—Así pues —continúa el hombre que sería Luis Foret—, tengo que felicitaros por haber escogido este curso. Aquí trataremos de dar respuesta a la pregunta más importante que os podéis hacer: ¿merece la pena seguir viviendo?

Se pasa la mano por la barbilla. Esa mañana se ha quedado dormido y su afeitado ha sido deficiente. Se ha dejado cuatro pelos largos y debe de parecer un idiota. No da la impresión de que sus alumnos estén muy emocionados asistiendo a las clases de un idiota.

—Aunque soy profesor de literatura —prosigue—, no soy un gran creyente en la literatura. No creo demasiado en eso que llamamos imaginación. No creo en crear de la nada. Creo en los sentidos. En mirar, oír y tocar. No creo que nadie encerrado en una jaula pueda hablarnos de la condición humana.

Asia parece distraída. Todo lo distraída que puede parecer una loncha de queso.

—Por eso pienso que la mejor forma de estudiar el suicidio no es leer libros sobre el suicidio. Es leer a los escritores suicidas. Nadie mejor que ellos para hablarnos del tema. He escogido a tres para la charla de esta mañana: Mishima, Plath y Foster Wallace. No quisiera convertir esto en un soliloquio, así que me gustaría saber qué pensáis de ellos.

Un gordito con camisa amarilla levanta la mano.

—No hace falta que levantéis la mano, podéis hablar cuando queráis —dice él.

El gordito calla. Parece no querer hablar sin permiso explícito.

Un chaval de facciones duras y el pelo recogido en un moño toma la palabra:

—Mishima era un fascista.

—Ah —dice él—, sabía que saldría la palabra *fascista*. No imaginé que ocurriera tan pronto. Pero no existe debate que se precie sin la palabra *fascista*.

—A los fascistas no les gusta la palabra *fascista* —dice el chaval del moño.

—No, no creo que les guste —dice el hombre que sería Luis Foret obviando el ataque.

—No podemos juzgar a Mishima con el prisma de Occidente. Es injusto. E imperialista —dice el del jersey de cuadros.

—Mishima se preparaba desde el principio para una muerte así —dice una chica de voz dulce—. Decía que quería hacer de su vida un poema.

—Lo que no se puede negar es que tuvo el mejor suicidio de todos —dice uno con marcas de granos por toda la cara—. El *seppuku* es otra categoría.

—Sylvia Plath era demasiado frágil. Demasiado sensible para este mundo. En un mundo de insensibles no hay sitio para poetas —dice la chica de la voz dulce.

—Sylvia Plath era una loca del coño —dice el chaval del moño.

—Es curioso —dice el del jersey de cuadros—, pero aquí lo único que suena fascista eres tú.

—Sylvia Plath se suicidó por culpa de Ted Hughes. Igual que Assia Wevill. Cuando las dos madres de tus hijos se suicidan deberías plantearte qué clase de monstruo eres —dice una chica con una sien rapada al cero.

—Sylvia Plath tenía una tendencia hacia la muerte —dice el del jersey de cuadros.

—Ted Hughes era un maltratador, un asesino. A veces no hay que apretar el gatillo para ser un asesino —dice la chica medio rapada.

—Pero meter la cabeza en el horno, no sé, no me convence —dice el de los granos.

—Foster Wallace —dice el del moño—, ese estaba de atar.

—Foster Wallace era un maltratador que se creía mejor de lo que era y vendía mucho menos de lo que esperaba —dice la chica medio rapada.

El gordito levanta la mano.

—Los americanos y su competitividad fascista —dice el del moño.

—Colgarse en el garaje es un suicidio de segunda —dice el de los granos.

El hombre que sería Luis Foret da vueltas por el aula y se para delante de Asia.

—¿Y tú? —le pregunta—, ¿qué opinas tú?

Asia se aclara la garganta.

—Son casos diferentes. Mishima se mató por su país, Wallace se mató por la literatura, Plath se mató por amor.

Él aprieta los labios y da dos golpecitos con el bolígrafo en la mesa. Dos absurdos golpecitos de complicidad.

—¿Y tú con cuál de esos motivos te sientes más identificada? —le pregunta.

El gordito baja la mano.

—Preferiría no tener que elegir un motivo para matarme —responde Asia muy seria.

De todas las preguntas estúpidas que ha hecho en su vida, afirma Foret, aquella sigue siendo la más estúpida.

No era más que un idiota con pelos largos en la barba.

Esa tarde pasea solo por Zadar. Recorre varias veces una calle estrecha que divide la península histórica; pronto llega de un extremo a otro. En el extremo que se funde con el mar hay una tienda de corbatas con un rótulo, CROACIA, EL PAÍS QUE INVENTÓ LA CORBATA; en el otro extremo, casi en el istmo que une la península al continente, se abre una plaza con cinco pozos. Cerca de ella, un andamio cubre un edificio. Es el antiguo conservatorio de *ballet* de Zadar. En la valla metálica han colgado una foto de principios de los noventa: el conservatorio medio derruido, la pared llena de agujeros de bala, una bailarina se ajusta los leotardos entre cascotes, ajena a la guerra, ajena al dolor.

Inexpresiva como una loncha de queso.

La sensación que ha tenido desde que llegó a Croacia es la de un país lleno de cicatrices, cicatrices recientes, cicatrices que fingimos no ver, frescas y rojas, cicatrices que amenazan con abrirse y sangrar. Abrirse y desangrarse.

El hombre loco, pestilente, que se movía nervioso en el asiento de atrás del autobús a Plitvice y se bajó en medio de la nada, que hablaba solo y le daba tirones de pelo al agarrarse en el reposacabezas podría ser un veterano con estrés postraumático. Quienes se cruzaban con el hombre que sería Luis Foret y pasaban de los quince o veinte años habían vivido la guerra de los Balcanes, la recordaban. Muchos habrían perdido a sus padres o hermanos. A otros les faltaba una pierna o un brazo. Tal vez a causa de un mortero, una granada, una mina. ¿Por qué le habían invitado a él a impartir allí un curso sobre el suicidio? ¿Con qué razón iba a hablarles él del suicidio a unos supervivientes? En ese momento se siente un impostor; en su vida, afirma, siente más la impostura de la verdad que la de la mentira. No puede dejar de pensar en lo que ha dicho el chaval del moño: el suicidio es una epidemia de burgueses que tienen tan poco por lo que luchar que se aburren mortalmente.

Días después, cuando intente trasladarle esta idea a Asia, ella solo le dirá:

—No creo que el suicidio tenga nada que ver con el aburrimiento.

En la segunda clase vuelve a ver a los mismos hombres dándose un chapuzón en el mar. La misma esquina, a la misma hora. El agua salada empuja hacia la superficie sus pechos colgantes.

Asia viste chaqueta gris, camiseta gris. Se ha cambiado el peinado. Ahora lleva un flequillo que la hace aún más inexpresiva.

Él les propone un juego. Les va a leer un texto que ha escrito sobre el suicidio, lo que a él le sugiere el suicidio. Les pide a ellos que hagan lo mismo.

El texto que les lee es importante porque es el único al que tenemos acceso en el que Luis Foret hace referencia a su infancia.

Conocí a este tipo que vivía en el pequeño pueblo junto al mar en que nació. No era mal tipo, trataba bien a su mujer, era de los que aparecen en San Valentín con una caja de bombones y un ramo de flores. Una caja de bombones del supermercado, tampoco vayáis a pensar. Vivían en la puerta de enfrente. Eran vecinos discretos, no tenían perro ni hijos y eso que ella quería, pero uno de los dos fallaba, nunca me quedó claro quién. Él trabajaba en una empresa de suministros navales y no tenía problemas económicos, más allá de las típicas apreturas de fin de mes. Su grupo de amigos era más o menos estable: un par de marineros, un profesor, un funcionario del ayuntamiento, un bombero que había estado liado con su mujer antes que él, algo que en los pueblos no es infrecuente y hay que hacer de tripas corazón. Ninguna conversación demasiado interesante, ningún te quiero, amigo, tampoco grandes discusiones. Un grupo de lo más normal. Y, sin embargo, algún cable estaba desconectado en su cabeza.

Una noche después de cenar, se limpió la boca con la servilleta, dio un beso a su mujer y le dijo que no se molestara, que ya fregaba él los cacharros. Después fue a peinarse, se estaba quedando calvo pero aún era capaz de disimularlo. Se puso su mejor chaqueta, unas botas de cuero negras, y hasta se echó unas gotas de colonia que antes mojó en dos dedos. Le dijo a su mujer que iba a dar una vuelta con sus amigos y ella se sorprendió. ¿Hoy? ¡Pero si hoy es martes! Más adelante comentaría que había imaginado que tenía un lío. Mi vecino bajó al garaje y allí se cruzó conmigo. Yo jugaba con una pelota de tenis; él se subió al Audi 80 gris metalizado que había provocado buena parte de las apreturas de fin de mes.

El pueblo en cuestión tiene un monte, nada extraordinario, no alcanza los 300 metros de altura, pero está situado encima del mar sobre la desembocadura de un río, así que tiene unas vistas bonitas. Para alcanzar el mirador has de recorrer una carretera sinuosa, bien asfaltada y tranquila, salvo que te cruces con una familia de jabalíes o con alguno de los adolescentes que suben al monte en coche a meterse mano y luego descienden disparados para impresionar a la chica a la que aún no le ha bajado el rubor. Uno de esos vehículos llenos de vaho y barro a punto está de llevarse por delante esa noche a nuestro hombre, pero reacciona a tiempo. Menos mal, se dice. ¡Ha faltado el canto de un duro! Luego se queda muy serio mirando al parabrisas y al instante se echa a reír dando golpes con el puño contra el volante. Ya os digo que le falta un tornillo.

Cuando llega a la cima está tan oscuro que no se distingue en qué lado está el mar y en cuál el pueblo. Pero él lo sabe de sobra, lo sabe perfectamente, lleva toda la vida allí, como una araña en una bisagra. Abre las ventanillas, coge algo de aire y pisa el acelerador. El Audi 80 se precipita por la ladera del monte que conduce hacia el pueblo, su pueblo. Tras cinco o seis metros de caída se queda enganchado en la copa de un roble, con las ruedas delanteras apuntando al cielo estrellado. Ni se había fijado

en que las estrellas brillaban tanto ese día, puede ver Casiopea, su padre le enseñó dónde estaba Casiopea. Su amigo el bombero, el que salió con su mujer antes que él, es el encargado de excarcelarlo. Es una maniobra peligrosa pero es su trabajo. Y, además, es su amigo. Cuando lo llamaron y vio el coche lo reconoció enseguida. Por suerte, nuestro hombre no tiene más que contusiones y unas costillas rotas, lo más costoso va a ser reparar el Audi. ¡Pero qué se te ha pasado por la cabeza, hombre!, le dice su amigo, si tienes un problema no tienes más que llamarnos y no hacer tonterías. Claro, claro, llamaros, dice él.

La octava noche después de abandonar el hospital se sube al coche de su mujer, un Simca 1000 dorado, y dice: hoy nada puede fallar. Yo lo veo salir del garaje mientras boto la pelota de tenis contra las puertas de hojalata de los trasteros, pero no le digo nada a nadie: nunca he sido muy amigo de inmiscuirme en los dramas ajenos si no voy a sacar nada en limpio.

Llega a la cima, abre las ventanillas, respira, le duele al respirar porque las costillas no están curadas. Pisa el acelerador. Esta vez el coche se queda en un saliente de roca, la caída es más pequeña pero el daño mucho mayor, se rompe una mano y la mandíbula, una de las costillas le perfora el pulmón. Su amigo el bombero le rescata. ¡Pero qué haces otra vez, hombre, tienes un problema! ¿Sí?, dice él, ¿no me digas? ¿Cuándo te has dado cuenta?

Lo vigilan cuanto pueden, pero es lógico pensar que en algún momento logrará escabullirse. Lo hace dos meses después, compra un billete de ida de autobús y se va tres o cuatro pueblos más allá. A una oficina de alquiler. Una donde esté seguro de que no lo conocen. Alquila un Talbot Horizon rojo. Conduce hasta la cima, ya ni baja las ventanillas ni respira hondo, solo acelera. El coche no cae, resbala por la falda del monte quince, veinte, treinta metros y se estrella contra un gran pedrusco, uno lleno de petroglifos que nadie había descubierto hasta ese día, el hombre sale disparado por el parabrisas, se corta el tronco, es un amasijo de sangre morada. Pero no se muere.

Su amigo el bombero lo rescata. Tiene que descender de un helicóptero para recuperar el cuerpo. Cuando ya lo tienen en la camilla, le dice: joder, tío, por qué no pruebas a tirarte hacia el lado del mar.

Nuestro hombre, entre estertores, escupiendo sangre, contesta: no, a ese lado no, que me da miedo.

La historia genera indiferencia en el aula. Asia mira hacia la ventana, hacia el bloque de cemento y luego el mar. El hombre que sería Luis Foret piensa que solo Shahriar valora su escritura. Y únicamente porque está ciega.

Al final de la clase todos le entregan un folio en el que han escrito algunas de sus ideas acerca del suicidio. Asia es la última en aproximarse. Le sonríe con una de esas sonrisas que duran menos de un segundo. Cuando se gira, el hombre que sería Luis Foret se fija en que su trasero se aprieta en unos pantalones ejecutivos.

—Asia —la llama él.

Ella se da la vuelta.

—¿Tienes amigos en Zadar? —pregunta el hombre que sería Luis Foret.

—No.

—¿Te apetece cenar?

—¿Ahora?

Es la una de la tarde. A él le hace gracia su literalidad.

—Ahora no, a la hora de la cena.
—Supongo que sí —dice Asia.
—¿Conmigo?
—¿Con usted?
—Sí, te estoy invitando.
Ella sonríe de nuevo. Un segundo.
Evidentemente, tienen un problema de comunicación.

Se citan a las ocho en la plaza del foro romano, un amplio espacio entre el mar y las iglesias —la de San Donato, la de Santa María, el campanario de Santa Anastasia—, pero como ese día hay concierto al aire libre su extensión parece reducida. Una banda de música compuesta por instrumentos de viento interpreta bandas sonoras de películas. La plaza está vallada en el lugar exacto donde un día estuvo el foro; en el interior, junto a las piedras originales, del tamaño de tumbas, hay sillas plegables de madera que se llenan poquito a poco. Asia no entiende cómo nadie puede pagar por escuchar lo mismo que escucharían sentados en las escaleras de Santa María. Él no sabe explicárselo.

Afirma Foret que la conversación es limitada, no más fluida que al regreso de Plitvice, así que deciden cenar temprano en un restaurante italiano de la zona antigua. Invitar a una italiana a cenar en un italiano no es la idea más original del mundo, pero a Asia parece darle lo mismo. Como todo lo demás. Salvo el suicidio. Eso es lo único que la activa.

Piden *penne all'arrabbiata* y *spaghetti alle vongole*. Asia lanza varias sonrisas que duran un segundo, de esas que incomodan más que reconfortan.

Del bolsillo de su americana el hombre que sería Luis Foret extrae un papel arrugado. Es el ejercicio de Asia sobre el suicidio. Mientras esperan la comida él lo lee en alto.

—¿Te importa?

Ella niega con la cabeza con poca convicción.

—«Una mujer tose por la noche, no deja dormir a su marido, que al día siguiente tiene que ir a trabajar, es cartero en una ciudad del norte de Italia, no ingeniero aeronáutico ni nada parecido, es solo el cartero malhumorado, ella lleva dos semanas acatarrada, no es culpa suya, se resfrió en el bautizo de su sobrina, la hija de la hermana del cartero, había que ir elegante y, por lo general, la elegancia se asocia a poco abrigo, lo cierto es que ya tenía un resfriado anterior, pero otro resfriado por encima lo complica, es un resfriado de varias capas como una cebolla, tiene otitis, algo de fiebre, y tose, tose

mucho, sobre todo por las noches, el cartero no puede dormir, ella tampoco, pero eso da igual, es ama de casa, solo tiene que cuidar de sus dos hijas, la mayor tiene seis años y medio, la pequeña cuatro meses, ese no es trabajo como repartir cartas, piensa el cartero, saber el nombre de todas las calles, conducir una motocicleta, y qué pasa si va medio dormido y atropella un gato o, peor, a una persona, pero ella tose, cuanto más aguanta la tos, más le pica la garganta, más insoportable es el picor, los últimos días ha dormido en el sofá, pero es un sofá frío de escay y eso no hace más que agravar la situación, él ha perdido la paciencia, ella lleva muchas noches sin dormir y durante el día las niñas no le dan tregua, se encuentra débil y algo deprimida, vuelve a toser, él le dice: ya está bien, ya no lo soporto más, ella le responde: qué quieres que haga, me iré al sofá, pero ahí no hago más que seguir enfermando, él le dice: tienes que hacer algo al respecto, ella tose, le dice: qué quieres, que me tire por la ventana, él le dice: al menos eso sería una solución, ella se enfada y tose y se marcha otra noche más al sofá, un par de horas más tarde alguien está llamando al interfono de la casa del cartero, nadie va a abrir, la niña pequeña se ha puesto a llorar, él se despierta, maldita sea, es que nadie me va a dejar dormir, y qué pasa que esa mujer no puede abrir la puerta, cuando se levanta nota que hay corriente, demonios, dice, cómo no vamos a coger catarros así, descuelga el interfono, hola, señor, trabajo en el banco de aquí al lado, hay una mujer espachurrada en el suelo, me dicen que es la suya, el cartero cuelga el interfono y piensa que esa no es forma de dar las noticias, mañana se quejará al banco».

—Esto... ¿esto qué es, Asia? —dice metiéndose en la boca un haz de espaguetis.

—Mi ejercicio.

—Ya, ya, lleva tu nombre en el encabezado. ¿Pero qué significa?

—Usted nos dijo que escribiéramos lo que nos sugiere el suicidio y yo lo hice.

—Tutéame, por favor. Es una historia rara. ¿Qué quiere decir?

—No quiere decir nada. ¿Por qué las historias iban a querer decir algo? Tu historia del hombre, los coches y el monte, esa me molesta.

—¿Por qué?

—«No era mal tipo, trataba bien a su mujer». ¿Te das cuenta de que esa es una de las cosas más machistas que he oído nunca?

—¿Machista porque trataba bien a su mujer?

—No entiendes nada.

El hombre que sería Luis Foret comenta que el sofrito de los espaguetis sabe demasiado a ajo, Asia calla.

—¿Qué más te molesta? —pregunta él.

Asia suspira, como si dijera: ¡tantas cosas!

—Eso de que se tire con el coche siempre por el lado conocido —dice luego—. Eso no es una historia, es una fábula.

—¿Una fábula?

—Inverosímil y con mensaje.

—¡Ocurrió de verdad! ¿Y qué me dices de tu historia del cartero?

—Mi historia también ocurrió.

Ella cierra los ojos durante un segundo, nada más que un segundo.

—Mi madre...

El hombre que sería Luis Foret come espaguetis pensando que Asia va a continuar hablando, pero no lo hace.

—¿Tu madre qué?

Ella acaricia un macarrón con el tenedor.

—Mi madre se tiró por la ventana.

—¡Oh, joder! Lo siento.

—No tiene importancia.

—Sí, sí que la tiene, Asia.

Asia mira la montaña que conforman los macarrones y la recorre con las púas del tenedor. Tal como entorna la cabeza, el flequillo cae sobre sus ojos y él apenas puede verle la cara. Es posible que Asia esté mostrando algún sentimiento que no desea que él vea. Es más cómodo ser una loncha de queso.

El hombre que sería Luis Foret decide que quiere acostarse con ella, decide que quiere provocar en Asia reacciones que duren más de un segundo, decide que quiere que la chica impávida sea su primera amante, decide que quiere enviarle a Shahriar la más elocuente de sus grabaciones, porque, crear de la nada es imposible, crear sin vivirlo no tiene sentido.

Afirma Foret que no es la mujer por la que lo dejaría todo, por ella no dejaría ni un libro abandonado en la mesa de un restaurante italiano, pero la elige de todos modos. Pronto descubrirá, afirma, qué la facilidad del sexo es inversamente proporcional al deseo, se contrapone al valor de la otra persona en tu vida. Es tan fácil acostarse con quien no te importa.

—Lo que me molesta —dice Asia acariciando el estrecho tubo que es su nariz— es que digan que los suicidas están locos. Mi madre no estaba loca. Sylvia Plath no estaba loca. Sin Ted Hughes no se habría suicidado. Podría decirse que a mi madre la empujaron por la ventana.

—No sé, Asia, Sylvia Plath tenía trastorno bipolar y no creo que cada vez que a alguien le digan tírate por la ventana vaya a hacerlo. Tu madre tenía un problema.

—No has entendido nada.

Siguen comiendo unos minutos en silencio.

Luego él pregunta:

—¿Quieres venir a mi apartamento?

—¿Para qué?

Solo Asia, la mujer con nombre de continente, es capaz de dar ese tipo de respuestas.

—Para verlo.

—Supongo que es solo un apartamento.

—Pero estoy yo allí.

El hombre que sería Luis Foret ensaya una sonrisa.

—Eso no es verdad —responde ella—, estás aquí.

Asia es literal hasta el agotamiento. El hombre que sería Luis Foret llama al camarero y le entrega unos billetes arrugados de cien kunas.

—Vayamos a mi apartamento a hacer el amor.

Ella sonríe durante poco más de un segundo.

Afirma Foret que Asia, la mujer con nombre de continente, aspiraba el sexo y luego continuaba igual de impávida. Afirmo que las mujeres impasibles son las mejores amantes: saben que en la vida nada va a ser mucho mejor que el sexo. Afirmo que su cuerpo era hermoso por imperfecto; era pálido y blando, las estrías le recorrían los pechos y el trasero; tenía cicatrices: cicatrices en los muslos y en los brazos; costurones, remiendos que a él le gustaba acariciar con un dedo como si siguiese los dientes de una cremallera.

Asia tenía cicatrices como el conservatorio de Zadar. Como Croacia. Como los Balcanes.

No hablaba, no se quejaba, apenas gemía. A ratos parecía estar haciendo ejercicio. Si le decías hagamos tal cosa, la hacía. Era la literalidad en persona. Pero qué le ibas a pedir. A su madre le habían dicho que se tirase por la ventana y lo había hecho.

Lo llevaba en los genes.

Los siguientes días del curso vuelven a quedar para hacer el amor. No se citan para cenar, no hay conciertos en el foro romano. Él le pregunta si quiere ir esa noche a su apartamento. Ella dice que de acuerdo.

El ritual en Zadar es sencillo para él: por la mañana ve a los hombres mayores tirarse en bomba en el Adriático, por las noches se sumerge en la pequeña Asia. Sus días son como la península histórica, se dividen en dos, tienen extremos marcados, reconocibles, reconfortantes.

Scheherezade rebosa de historias.

Pero Asia quiere irse antes de terminar el curso. Tiene que hacerlo, le dice, el 20 de mayo es el cumpleaños de su hermana pequeña y no puede faltar, siempre ha cuidado de la niña de cuatro meses de la historia del cartero. Se pregunta cómo puede Asia cuidar a alguien.

Así que la acompaña la tarde del 18 hasta el puerto de Zadar. Es viernes. Embarcará a las cinco de la tarde en un ferri rumbo a Ancona, donde deberá pernoctar; al día siguiente habrá de recorrer doscientos sesenta kilómetros en tren hasta Módena y luego otros veinticinco en taxi hasta Camposanto. Foret afirma que se pone un poco triste, puede que le haya cogido cariño a Asia, puede que simplemente no quiera perder uno de sus extremos. Ella está como siempre. Como una loncha de queso.

—Escúchame, Asia —le dice acercándose a su mejilla con aire paternal—. No he querido decirte nada hasta ahora, pero estas noches he podido tocar tus cicatrices y quiero decirte que, por mucho que a veces la vida se ponga difícil... Recuerda la historia que os conté, mejor estrellarse por el camino conocido.

Ella da un par de pasos hacia atrás horrorizada; se separa un metro de él; si sigue retrocediendo se caerá al agua.

—No entiendes nada.

El ferri desprende un intenso olor a combustible. Está finalizando la maniobra de entrada al puerto. En unos minutos tendrá que embarcar.

Asia se aparta el flequillo de la cara. Se ha puesto más colorete que de costumbre. Cuando sale de la ducha, por las mañanas, está más hermosa. Alza la voz por encima de la sirena del barco.

—Esas marcas, las marcas en mi piel, son las marcas de un animal.

La mira boquiabierto.

—¿Es una metáfora? —pregunta.

Cualquier metáfora sonaría asombrosa en mitad de la literalidad de Asia.

—No, no, ¿qué metáfora? Un perro, un animal.

El resto de pasajeros se aproxima al muelle. Asia tiene que mantener la amplitud de su voz para que le escuche.

—Un perro me atacó cuando tenía ocho años. Yo iba corriendo con mi padre un domingo después de una merienda en el campo. Me adelanté, él estaba distraído. De una finca salió un perro de presa que me mordió por todo el cuerpo. Su dueño tuvo que volver a la casa, coger una escopeta y dispararle en la cabeza para que me soltase.

Cuando el ferri atraca por fin y el ruido disminuye de golpe, las palabras de Asia se pueden oír por todo el muelle:

—No pienso suicidarme. No es algo genético. No estamos locas.

Un empleado de la naviera encaramado a la rampa del barco empieza a llamar al pasaje con destino a Rímini.

—No entiendes nada —le dice Asia.

Él se acerca a besarla, ella se deja besar.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti? ¿Eres tú Ted Hughes? —le dice Asia al separar sus bocas—. ¿Recuerdas lo que dijo aquella chica en clase? No hace falta apretar el gatillo para matar a alguien.

El hombre que sería Luis Foret la ve subir al barco con la misma languidez con la que apareció días atrás en el aparcamiento de Plitvice.

Al día siguiente, mientras ve a los hombres bañarse en el Adriático, el hombre que sería Luis Foret escribe en un papel:

Asia tiene nombre de continente.

Asia tiene cicatrices como el conservatorio de Zadar.

Asia es impávida; es literal.

Es 19 de mayo.

La madrugada siguiente un cascote tan grande como las piedras del foro romano, del tamaño de una tumba, un cascote como los del conservatorio de la bailarina con leotardos, se desprenderá del campanario de Camposanto a causa de un terremoto de magnitud seis en la escala de Richter y le caerá en la cabeza a Asia. La encontrarán enroscada alrededor de su hermana, que, gracias a eso, sobrevivirá.

La vida de una chica impávida, editado en 2015, es la cuarta novela de Luis Foret. Su mayor éxito de crítica, el menos vendido de sus libros.

Extracto del diario de Agnes Romaní

Santiago de Compostela, diciembre de 2019

Escucho caer la moneda del móvil mientras me enjabono el pelo en la ducha. Le he vuelto a preguntar la edad a Luis Foret: si Asia aceptó acostarse con él, quizá tenga menos años de lo que yo imaginaba. Me sorprende de nuevo que decidiese omitir el sexo en la novela sobre Asia, que queda reducida de ese modo a un alegato contra el suicidio, hermoso pero algo moralizante. Me sorprende sobre todo después del sexo tan explícito que aparece en su primera novela, *Una chica de principios*. La obra posterior de Foret, salvo fragmentos concretos, es mucho menos explícita; parece que hubiera ahí una ruptura cuyo motivo desconozco.

Tras la primera moneda, cae una segunda. Mi vida se ha convertido en un gotear de monedas. Como un pozo de los deseos, estoy llena de dinero que nadie puede usar.

«Lo que más me gusta de ti, Agnes, es que no tienes miedo a reconocer tu ignorancia», escribe él.

Lo que más me gusta de mí son los pechos y los ojos. Ahora que me veo desnuda ante el espejo no albergo dudas de qué es lo que más me gusta de mí. Incluso aunque una rajadura en el cristal me haga perder la simetría.

Me enrolló una toalla en la cabeza. La humedad de la mano complica el tecleo. No sé qué hacer con mi pelo. Tengo las planchas de alisar estropeadas, se cortocircuitaron después de que las dejase toda una noche encendidas.

«Estoy saliendo de la ducha —le respondo—, no puedo hablar demasiado. A usted le encanta darme lecciones, no quiero robarle ese placer. Dígame qué es lo que ignoro».

He llegado a un acuerdo con Luis Foret: escribiré su biografía, los dos la firmaremos, en la portada mi nombre aparecerá con el mismo tamaño que el suyo, pero todo tiene un precio. Un precio en monedas tintineantes que empiezan a sacarme de quicio con demasiada frecuencia.

«Ignoras demasiadas cosas como para enumerarlas todas juntas. Y permíteme que te diga que estás obsesionada con la edad. Habrá que pedirle a tu biógrafo, si es que alguna vez lo tienes, que indague en las razones de esa obsesión».

Me recojo el pelo en una coleta y bebo un sorbo de Glenfiddich. He traído el vaso al cuarto de baño para celebrar que vuelvo a tener agua caliente. La caldera funciona rematadamente mal; o tal vez no sea la caldera, sino el regulador de la bombona de butano, esa capucha metálica que nunca parece encajar del todo; o el tubo naranja, tan gastado como el intestino delgado de un mochilero de vida disoluta: cualquier día reventará y el apartamento saltará por los aires o me asfixiaré mientras duermo. La cuestión es que, hasta que eso suceda, los días con agua caliente son dignos de celebración.

Después de un trago, me enjuago la boca con colutorio.

Hoy necesito beber porque me he apuntado a clases de tango, martes y jueves de ocho a diez de la noche. Si no lo hago, me dará demasiada vergüenza bailar ante esa gente insólita, como el hombre con *brackets* y voz de pito que quiere acostarse conmigo. No es que me lo haya dicho, pero es obvio y, aunque no me gusta, es probable que acabe haciéndolo; no sé por qué hago eso, por qué practico sexo con hombres que no me gustan simplemente por su insistencia, para quitármelos de encima. Eso es: los dejo ponerse encima para quitármelos de encima. A los hombres eso no les pasa, no; a los hombres les vale cualquiera, hasta las niñas con cicatrices y colorete.

«Verás, te contaré una pequeña historia —escribe él—. Hace no demasiado, en una estancia en el extranjero, mi móvil se cayó en una pecera. Quizá te cuente en otro momento cómo llegó mi teléfono a una pecera. Lo cierto es que necesitaba un nuevo aparato y me dirigí a una de esas tiendas tecnológicas sobrias, espaciosas, donde todo es madera lacada y al llegar al mostrador no sabes muy bien si pedir un *smartphone* o un *frappuccino*.

»Era martes por la mañana y el establecimiento estaba vacío. Salvo por un anciano al que atendía con paciencia un dependiente con agujeros del acné. Yo aguardaba mi turno detrás de una línea amarilla en el suelo que decía espere aquí su turno. No tengo buen oído, pero veía al anciano preguntar y al empleado gesticular. Observé que le explicaba el funcionamiento del mismo modelo de *smartphone* que yo había acudido a comprar. Las consultas se prolongaban y mi impaciencia comenzó a crecer; a los diez minutos estaba hecho una furia. Por qué ese estúpido anciano, cuyos propósitos en la vida ya se habían esfumado, me robaba un tiempo tan esencial para mí.

»Va a ser mejor que se compre un teléfono de disco, así podrá meter el dedo y entretenerse, dije en voz lo suficientemente alta como para que me oyera. El dependiente frunció el ceño y sus marcas de acné se expandieron como un sobre al abrirse. Si el viejo me oyó, no lo pareció. Era un hombre delgado excepto por una barriga de la edad, que parecía colgar de unos tirantes imaginarios; tenía el pelo gris ensortijado y los dientes sólidos como tipos móviles de imprenta. Al pasar por mi lado me sonrió, rondaría los ochenta años. Que tenga un buen día, dijo amable. Me pareció uno de esos ancianos que aparentan un constante estado de felicidad.

»Esa noche me di cuenta de que no sabía conectar mi nuevo móvil a internet. Lo maldije; amenacé con arrojarlo a la pecera para que descansara en el fondo junto al otro —los peces habían empezado a aparecer uno a uno flotando boca arriba—. Y luego me acordé de lo que le había dicho al hombre: cómprese un teléfono de disco. Me pareció irónico. Me consoló pensar que el anciano tampoco sabría conectar su teléfono a internet. Puede que ni siquiera supiera que existía internet».

«¿Por qué los peces? ¿A qué vienen los peces?», le pregunto a Luis Foret.

«Los peces dan igual, Agnes, el caso es que a la mañana siguiente volví a la tienda. Un solo cliente. El mismo anciano se acercaba al mostrador y saludaba con la mano al dependiente con cicatrices de acné. ¡Maldita sea! Normalmente los viejos se entretienen viendo obras o en el médico, este iba a una tienda de tecnología. ¿O sería que, como yo, no se aclaraba con el teléfono recién comprado? ¿No era capaz de llamar a su hija la rolliza? La culpa, en todo caso, era suya por desoír mi consejo del día anterior: ¡teléfono de disco! Un impulso se apoderó de mí. Eché a correr deslizándome por el suelo de cemento y adelanté al anciano antes de que le diera tiempo de bajar la mano con la que había efectuado el saludo.

»Le expliqué mi problema al dependiente, visiblemente incómodo por mi maniobra. El chico cogió el teléfono, empezó a tocar teclas y avanzar por menús incomprensibles, pero no conseguía arreglarlo. Yo me irritaba más y más: ¿sabes lo que cuesta este móvil? Discúlpeme, dijo el viejo. Señor, lo siento, pero he llegado antes que usted y tengo algo de prisa, le corté enfadado. Oh, puedo esperar, respondió. Pues entonces espere, ¿ve dónde pone “Espere aquí su turno”? Pues significa exactamente eso: que espere ahí su turno, le dije. ¿Qué ocurre, Leonard?, me interrumpió el dependiente. Así que Leonard. Hasta el nombre se sabía. Supuse que era el chiflado residente de la tienda. No he podido evitar oír vuestra conversación, dijo. Resultaba que el anciano tenía mejor oído que yo. Creo que sé cuál es el problema del móvil,

añadió, y luego enumeró una serie de comandos que a mí me sonaban a chino: configuración DNS, IP estática, puerta de enlace, máscara de subred. Terminó diciendo: con eso debería funcionar.

»En ese momento su *smartphone*, idéntico al mío, empezó a vibrar. Discúlpeme un momento, dijo. Y se marchó a hablar a la puerta. El dependiente sonrió sin dejar de teclear las indicaciones del anciano. Es una suerte que a Leonard le guste tanto venir hasta aquí, nos soluciona más problemas que un técnico, dijo. ¿Ese señor?, pregunté buscando una palabra neutra. Ese señor. Ahí donde lo ve, a finales de los sesenta inventó la conmutación de paquetes. Ese hombrecillo es uno de los padres de internet. Quién lo diría, ¿verdad? Me entregó el móvil: listo, dijo, ahora va como un tiro».

«¿Pero por qué los peces? ¿A qué vienen los peces?».

«Agnes, ¿qué te pasa con los peces? Esta es una historia de apariencias, de vejez, como las que a ti te gustan. Los peces son accesorios. Borra los peces. ¿Estás bien?».

No, no estoy bien. Estoy desubicada. Acabo de estar con la cabeza bajo una pecera. Literalmente. Nada más que eso. De ahí mi sorpresa con los peces de la historia de Luis Foret.

«¿Con la cabeza debajo de una pecera? Agnes, ¿has estado bebiendo?», escribe Luis Foret cuando se lo cuento.

Había bebido solo un vaso antes de salir de casa. Y el de ahora en la ducha. Y una copa de champán en casa de Jonás, el chico de Deportes.

«Cuéntame cómo es posible que acabases literalmente con la cabeza bajo una pecera».

No una pecera, un acuario. Eso me había dicho él. Le molestaba que le llamase *pecera*.

Teníamos pendiente una cita, no una cita como en las películas, una cita de vernos y ya está, no tenía por qué pasar nada. Tampoco es que nuestra relación, si podía llamarse relación, fuese algo consolidado, y cada vez que quedásemos yo acabase boca arriba. Desde que aquel novio medio gilipollas al que no le gustaba que bebiera me dejó, procuro no consolidar nada, vivo según el proverbio chino que dice que lo que no construyes no se derrumba. Esto es así: vivo según proverbios chinos de mi propia invención. El caso es que Jonás, el chico de Deportes, me cita en una dirección que desconozco. Quiere enseñarme algo, dice. La lluvia salpica el empedrado, pero no me puedo permitir gastos de gasolina ni de taxis ni de aparcamiento. Las varillas

del paraguas se doblan a medio camino y tengo que tirar el esqueleto en una papelería.

Jonás me espera en un callejón en cuesta por el que el agua se escurre a toda velocidad. Me saluda con dos besos y me invita a entrar en un portal agitando un llavero en forma de ballena con espiráculo y chorro de vapor. La llave más gruesa abre la puerta de un *loft* desangelado, cajas de cartón por todas partes y una cama ancha al fondo flanqueada por dos cajoneras de madera oscura. Lo más raro del apartamento es que las dos cajoneras están unidas por un enorme acuario de unos dos metros de largo y uno de alto que forma un arco sobre la almohada dejando el espacio suficiente para meter la cabeza. De hecho, una puede hasta tener una pesadilla e incorporarse sin romper el cristal de un cabezazo y despertar entre una lluvia de peces. En la pared opuesta, sobre un espejo historiado, letras con remate forman un enunciado en una lámina. Dice así:

Estás atravesando la era de los peces

Le pregunto qué significa. Jonás me explica que es un fragmento de un poema que le gusta. No sabía que le gustara la poesía. ¿Un poema?, pregunto. Sí, un poema de Sylvia Plath, dice. ¿Sylvia Plath?, pregunto. Sí, Sylvia Plath, ¿por qué?, dice. No, nada, nada, respondo.

En conjunto, la vivienda resulta poco acogedora: cajas rebosantes, armarios vacíos, enchufes sin atornillar, cables pelados colgando del techo. Solo la cama, con sábanas y edredón, da sensación de habitabilidad. Y los peces, claro, los peces, acomodados, instalados, navegando aburridos por su acuario. Se diría que son los inquilinos del *loft*. Se diría que pagan el alquiler, que cada mes realizan una transferencia bancaria a la cuenta del casero.

Me dice que disculpe el olor a pintura. Me molesta que Jonás olvide siempre que no tengo olfato. ¿Te gusta?, pregunta luego con aire de satisfacción.

¿El qué?, pregunto yo.

¿Qué va a ser?, pregunta él.

¿Los peces?, pregunto yo.

Todo, dice él.

Antes de que tenga tiempo de responderle me pasa la mano por el hombro. ¡Pero estás empapada! Quítate esa ropa, dice. ¿Y qué me pongo?, digo. Ya te abrigo yo, dice. Y me desnuda y se echa encima de mí y me tumba en la cama boca arriba y mi ropa no es impermeable y mi piel está mojada y me siento un pez, nada más que otro pez de la colección de Jonás.

«¿Y entonces?», escribe Luis Foret.

Entonces estoy tumbada boca arriba y veo sobre mi frente el arco que forma el acuario y cuento los peces mientras él se afana en su labor. Me sucede a menudo, no es que no me guste el sexo, que sí me gusta, pero a veces prefiero concentrarme en lo que veo en la pared, en los techos. Recuerdo con un punto de melancolía el techo del antiguo apartamento de Jonás con sus manchas de humedad, cambiantes a cada ocasión, formando perfiles de animales y objetos como cuando miras los cúmulos en el cielo; o el de mi apartamento, que conozco de memoria, un papel pintado de rayas rojas y blancas, como un vestuario de playa, que se empieza a despegar en una esquina; o el de casa de mis padres, las estrellas fluorescentes, la luna y el sol que miraba mientras descubría cómo iba cambiando mi cuerpo cuando era una adolescente: Agnes, este es tu cuerpo, cuerpo, esta es tu Agnes, encantada, encantado.

Pero allí no hay más que peces.

Cuento un pez naranja claro con membranas circulares a cada lado de los ojos que da la impresión de estar mascando chicle; cuento otro naranja oscuro con aletas como abanicos y una crin flamígera en el lomo; cuento dos que siempre nadan juntos, amarillos, con cabeza de alienígena y una marca roja en el costado como un ideograma chino, algún proverbio que deberé seguir; cuento uno plano como si una apisonadora le hubiese pasado por encima, azul claro, labios apretados como los de una actriz que se pincha mierda para hacerlos más gruesos, me mira, me dice debería ser yo quien estuviera en la cama, le contesto que le cambio el sitio cuando quiera.

¿Te gusta?, pregunta Jonás con aire de satisfacción.

¿El qué?, pregunto yo.

¿Qué va a ser?, pregunta él.

Y se echa a reír.

«¿Los peces?», pregunta Luis Foret.

Supongo que habla de todo un poco. Pero no me gusta, no me gusta nada, ni los peces, ni el acuario, ni el *loft*, ni siquiera eso otro. Y menos después de que me diga que se ha mudado definitivamente, que les han subido el sueldo en la revista ahora que son uno menos, que en dos días tiene que devolver las llaves del antiguo apartamento, el de las manchas de humedad con formas cambiantes. De la parte superior de la caja más cercana a la cama saca una botella de champán y dos copas y me pide que brinde con él por su nuevo hogar.

Yo estoy tapada con una sábana, más por frío que por pudor, aunque admito que me turba que los peces me vean desnuda. Me pongo a discutir. No se debe discutir tapada con una sábana: es poco serio. Es difícil que a una la escuchen tapada con una sábana y menos aún que le hagan caso. Le digo que me parece muy bien brindar por lo que él quiera, pero que, por si no se acuerda, yo estoy sin trabajo y no tengo demasiados motivos para brindar, que esa botella de champán equivale a dos semanas de comida congelada y que él todavía no ha dicho ni una palabra al respecto, que pensaba que nuestra cita sería para hablar de eso y no para acabar convirtiéndome en otro pez de su pecera.

Acuario, dice él.

Acuario, digo yo, qué más da.

No da igual, dice irritado, es lo que te pasa siempre, que crees que todo da igual, que crees que puedes decidir por mí el motivo de nuestra cita, que crees que el hecho de que yo me cambie de apartamento es menos importante que lo que quiera que sea que te ocurra a ti, que crees que puedes discutir con tu jefe y quedarte tan tranquila. Perdona, le digo, pero yo no discutí con mi jefe, fue él quien discutió conmigo, que es distinto. ¿Tú oíste las cosas que le dijiste?, me responde, eso no son cosas que se le digan a un jefe, una cosa es lo que digamos de él bebiendo en un bar y otra lo que le digamos a la cara, cómo puede ser que te cueste distinguir eso. Tú qué sabrás lo que le dije, le digo, estabas muy ocupado acompañando a Ana la paliducha a vomitar, ¿tiene esto algo que ver con ella?, le pregunto. ¿A qué te refieres con «esto», Agnes?, por Dios, acabamos de hacer el amor, eres la primera persona a la que le enseño mi nuevo apartamento, ¿qué es exactamente para ti «esto»?, ¿y por qué iba nada a tener que ver con ella?, ¿qué estupidez es esa?, ¿ahora vas a tener un ataque de celos?, dice Jonás. ¿La acompañaste a casa antes a ella o a mí?, pregunto. ¿Acompañarte a casa?, ¿qué estás diciendo?, yo no te acompañé a casa, ¿no te acuerdas de eso?, tú bailabas sola junto a la pecera del restaurante, dice él.

Acuario, digo.

Pecera, dice, aquello era una pecera, Agnes, por Dios, no todo es como tú quieres que sea.

Te metí en el coche a rastras, añade, ibas farfullando no sé qué sobre frailes, cocineros y el señor Spock, te dije que sí, que lo que tú quisieras, pero que iba a llevarte a casa; te dormiste en el coche al poco de arrancar, no abriste la boca hasta llegar a Santiago y cuando lo hiciste fue para soltar un chorro de vómito que llegó al parabrisas; yo paré el coche para limpiarlo,

estaba muy cabreado contigo pero tú ibas a lo tuyo; me dijiste: ¿ese es el karaoke? Yo te dije que no estaba de humor para karaokes y te largaste, me dejaste con la palabra en la boca y el vómito en el parabrisas; al día siguiente te escribí un *wasap* que no respondiste y no supe más de ti hasta que nos comunicaron que te habían despedido.

Y que os habían subido el sueldo, le digo, dilo todo: que os habíais repartido mi sueldo.

¿Y qué querías que hiciéramos, Agnes? Yo te cuidé todo lo que pude, traté de llevarte a casa sana y salva, dice.

Después de que ya me hubieran despedido, digo.

Eso yo no lo sabía, ¿qué podía haber hecho? Te cuidé cuando estabas mal, dice.

Entonces me enfurezco. Pues podías haberme cuidado antes, digo, ¿qué amigo deja que su compañera discuta con su jefe, escucha subir el tono de la conversación y no se acerca a apaciguarla, a llevársela de allí, a decirle, yo qué sé, eh, Agnes, esta es tu canción, báilala conmigo, o Agnes, vamos a hacernos una foto, o cualquier otra cosa? Pero, claro, es mejor tener mi sueldo y gastarse mi dinero en un apartamento con pecera.

Acuario, dice.

Lo que sea, digo.

¿Y qué dices de tu dinero?, dice, ese dinero es mío: ¿quién te crees que eres para decidir que mi aumento vale menos que tu trabajo?

En resumen, sigo sin saber cómo llegué a casa aquella noche pero en mi cabeza da vueltas un plan orquestado: era fácil, solo había que llenarme la copa de aquel tinto ácido y esperar a que explotara, que discutiera con el editor por cualquier tontería, Jonás acompañaría al baño a Ana, la paliducha de la sección de Política, que fingiría tener náuseas, los otros se harían los suecos, puede que hasta el editor estuviera conchabado. Me siento atracada, robada, de la forma más impune posible. ¿Imagina una manera más impune?

Otra moneda en el pozo de los deseos.

«Me parece, Agnes, que estás sobreactuando. Tú misma me dijiste que la paliducha había vomitado de verdad. ¿Y qué interés tendría tu jefe en participar en esa pantomima cuando podría despedirte y punto? Y si tu jefe no estaba implicado, ¿cómo iban a saber tus compañeros que luego repartiría tu sueldo? Sigue buscando quién te llevó a casa ese día y no le des más vueltas».

«Para usted es fácil, no le han robado impunemente como a mí».

«Verás —escribe él—, te contaré una pequeña historia. Recuerdas a la protagonista de *La chica de la bata amarilla*, ¿verdad? Antes de casarme con Kathy andaba muy justo de dinero, mi beca en la universidad me daba para una habitación, gastos de agua y luz, comida precocinada como la que comes tú, y poco más. Tuve que compartir piso con la chica que más tarde se convertiría en la protagonista de mi tercera novela. Era una joven ingeniera de gran talento y a mí me volvía loco, aunque ya entonces sabía que algo en ella no marchaba como debía. Puesto que has leído el libro, me ahorraré entrar en los detalles de su adicción a las drogas. Diré solo que si no querías consumir te despreciaba, te relegaba por otros amigos. Para ser digno de ella, probé todo tipo de sustancias. Para mí aquello no era más que un pasatiempo, una forma de estar juntos y poco más. Después de que ella desapareciera de mi vida, solo he fumado hierba en ocasiones puntuales. En general, lo he hecho para parecer interesante a otras personas.

»Yo me drogaba para hacerme interesante, ella para tener interés en algo; una existencia sin drogas le parecía insustancial, una sucesión de días idénticos, así que hizo de su vida una sucesión de cuelgues idénticos. Claro está, como sabes por la novela, eso acabó por traerle otros problemas: llegaba tarde al trabajo, no aparecía o iba colocada, y terminó despedida. Al mismo tiempo empezó a acumular deudas con camellos que a veces yo le ayudaba a pagar con dificultades. Lo que nunca he contado es cómo dejamos de ser compañeros de piso. En realidad, dejamos de ser cualquier cosa en plural, aparte de vulgares delincuentes.

»Era un día de verano, yo sabía que ella no estaba en casa y escuchaba música desnudo en mi habitación cuando oí un portazo, unos pasos apresurados, unos sollozos. Entreabré la puerta para comprobar si era ella y vi su cara ensangrentada, dos gotas escarlata descendían de su nariz, el ojo izquierdo lo tenía morado, el pómulo derecho, enrojecido. Un botón de la camisa blanca había saltado y el sujetador de encaje color visón quedaba a la vista. Le pregunté qué había pasado y se lo tomó como una invitación a entrar. Empujó la puerta y se echó a llorar en mi hombro sin percatarse de mi desnudez. Le pregunté si estaba colocada. Me dijo que no, me contó que se había topado con un par de camellos a los que les debía medio millón de pesetas. ¿Cómo es posible que les debas medio millón de pesetas?, le dije, pero obvió mi pregunta. Me contó que la habían obligado a acompañarlos a un garaje, la manosearon primero, zarandearon después y finalmente la golpearon. Le dijeron que si no les pagaba en una semana harían que les chupase la polla y, como querían que se lo hiciera a los dos a la vez, tendrían

que rajarle una nueva boca en la mejilla. Continuó llorando, yo notaba como el caudal de lágrimas se deslizaba por mi espalda haciéndome cosquillas y me llegaba hasta las nalgas. Tienes que ayudarme, me dijo. ¿Pero qué podía hacer yo? Ni en mis mejores sueños era capaz de juntar medio millón de pesetas y nunca me he metido en peleas, no sé dar un puñetazo, no aguantaría un asalto contra los camellos, que tendrían navajas, cuchillos, tal vez armas de fuego. Puedes robar el dinero conmigo, dijo mi amiga limpiándose los mocos con el dorso de la mano. ¿Qué? Robarlo, repitió.

»Cuando trabajaba de ingeniera, antes de que me despidieran, me dijo, tenía que conseguir que un funcionario me firmase las obras. En todas partes es igual, si quieres un contrato hay que comprar a un funcionario. A veces son maletines en gasolineras, otras veces es un ordenador para sus hijos. A veces lo llevas a un palco en el fútbol, otras lo llevas de putas. Suelen preferir a los hombres para las putas, pero este funcionario en cuestión se sentía cómodo conmigo. Cuando aparcábamos en la puerta del prostíbulo me decía que no teníamos por qué entrar, que me prefería a mí que a cualquier prostituta, que firmaría una licencia por más dinero si me dejaba. Nunca lo hice aunque reconozco que me desnudé para él. Pero jamás me dejaría tocar por ese tipo: cincuentón, gordo, mal teñido, espuma blanca adherida al labio inferior. Y lo peor no es el físico: es cómo habla, cómo se ríe de la gente honrada, los llama los tontos buenecitos, los idiotas moralistas, presume de lo que ha ganado con la corrupción, cincuenta millones de pesetas en negro. Cincuenta millones en billetes azules de diez mil. Los guarda en el garaje.

»Apoyó las palmas de las manos en mi pecho y me preguntó: ¿me sigues? Yo le respondí: ¿adónde? Idiota, dijo con su voz grave. I-DI-O-TA.

»Hasta entonces ella no había reparado en mi desnudez, no había advertido mi erección. Cuando la vio se echó a reír y por un instante fue extraño ver aquella cara magullada con tal expresión de felicidad.

»Estaba perdido, estaba claro que la seguiría a cualquier parte, aunque la voz de Nico me advirtiera cantando *Femme Fatale* desde la minicadena barata de doble pletina.

»Nos vestimos de chándal oscuro. ¿Por qué el chándal?, pregunté. Es más cómodo si hay que saltar o correr, me dijo. ¿No decías que era tan fácil? No respondió, nunca daba continuidad a una discusión. Me dijo que no era más que un garaje que daba a la calle. Necesitaríamos una palanca de metal y un poco de fuerza.

»La vivienda estaba en una carretera secundaria a unos cincuenta metros de la general y una sola farola mortecina alumbraba la entrada. Aparcamos

frente a un pequeño supermercado de la vía principal y esperamos a que llegase la madrugada. Le pregunté si el supermercado no tendría cámaras de seguridad. Me dijo que daba igual, que no iba a haber denuncia. Dormimos un poco: estaba tan guapa dormida... Pensé que lo justo sería pedirle que se desnudase para mí, ya que yo la iba a ayudar, pero éramos amigos, amigos de verdad. Eso me decía a mí mismo mientras me podía el sueño.

»Me despertó a las tres y media. Vamos, es la hora. Antes de salir del coche se metió una raya de coca sobre el salpicadero. ¿Eso era necesario?, le dije. Vamos, repitió. Anduvimos unos pasos abrazados como dos amantes, era parte de su plan, luego en la carretera secundaria avanzamos a tientas. Fue imposible hacerlo de otra forma después de que se enfundara una media en la cabeza y me tendiera otra a mí. Estás de coña, le dije. Nadie nos va a ver, no pasa nadie por aquí, me respondió. ¿Entonces para qué coño nos tenemos que poner una media? Por si hay cámaras en su casa, me dijo. ¿En qué quedamos, no decías que no iba a haber denuncia? Y no la habrá, pero no quiero que sepa quién le robó, me dijo.

»Abrir la persiana del garaje fue pan comido. Lo único de lo que debíamos preocuparnos era de no hacer demasiado ruido. Si nos cogían en el acto tendríamos un problema. Después de haber robado el dinero, en cambio, seríamos libres, libres por completo. Era perfecto. Estábamos robando un dinero que no existía. Es lo que tiene el dinero negro, que no lo puedes reclamar.

»Mi amiga llevaba una gruesa linterna de mano; el foco apuntó directamente al estante del garaje del que sobresalía una caja de cartón con una gran B escrita con rotulador. Será gilipollas, balbuceó a través de la media. Dentro de la caja había un maletín negro de piel cerrado con llave. No tenemos la llave, le dije levantándome la media a la altura de la nariz para hablar. No pasa nada, rajaremos el maletín, contestó a través del nailon, y bájate eso, coño. ¿Y si ese no es el maletín? Es este, créeme, me dijo.

»Cerramos la persiana y nos echamos a correr, tiró la media en mitad de la calle. Qué haces, le dije. Ya está hecho, respondió eufórica.

»Mientras ella conducía hasta casa, yo intentaba abrir el maletín. Déjalo, me dijo, con una navaja será sencillo. Antes de que me diera cuenta estábamos aparcados frente al piso compartido. Me bajé de un salto, estaba deseando acostarme y dormir; ella agarró con fuerza el maletín, tenía la mirada perdida. Qué haces, le dije. Quiero pagar la deuda antes de nada, respondió, ve a casa y descansa. Pero el maletín está cerrado, le dije. No te

preocupes por eso, confía en mí: te dije que no hay nada más fácil que robar un dinero que no existe. Y arrancó el coche».

«Y no volvió a ver a su amiga».

«En quince años».

«¡Vaya! ¿Por eso dice que no le gusta inmiscuirse en los dramas ajenos?».

«Nunca me había detenido a pensarlo así. ¿De dónde has sacado esa frase?».

«Usted mismo la escribió en su historia sobre el suicidio: “Nunca he sido muy amigo de inmiscuirme en los dramas ajenos si no voy a sacar nada en limpio”».

«Si no voy a sacar nada en limpio...».

«No es muy heroico que digamos».

«¿Quién quiere ser un héroe? Los seres humanos no tenemos por qué ser héroes, solo seres humanos».

«¿Y qué pasó cuando se reencontró con su amiga quince años después?».

«No vayas tan deprisa, quedan aún demasiados cabos sueltos por el medio».

«¿A qué se refiere?».

«A cómo me convertí en Luis Foret, por ejemplo».

«Tiene razón. Hay una cosa que aún no he entendido: ¿cómo acabaron los relatos que grababa para Shahriar convirtiéndose en novelas publicadas?».

«Por amor al arte. Acabaron publicados por amor al arte».

4

El relato de la chica del tiempo

Los Ángeles (California), verano de 2012

Afirma Foret que es hora de entender cómo los textos que grababa para Shahriar se acabaron convirtiendo en una novela. Afirmo que, por ese motivo, el cuarto relato de su biografía debe ser el de La chica del tiempo, la chica a la que solo le interesaban los principios, aunque él, afirma, tardó demasiado en darse cuenta: tardó en darse cuenta de que pronto se aburría y partía en busca de otro principio. Como tardó en darse cuenta, creyó que su costumbre de marcharse del cine al poco de empezar las películas era solo un indicio de su locura. Tampoco le dio importancia a que jamás acabara de leer un libro —salvo sus manuscritos— o comiera dos bocados de cualquier plato. No conservaba amigos del colegio o la universidad; los más antiguos que le presentó la conocían hacía un par de años. Empezó varias licenciaturas pero no terminó ninguna. Había trabajado de camarera en un local de intercambio de parejas, cajera de supermercado en un resort en el Valle de la Muerte, crupier en un casino de Las Vegas, azafata de *jets* privados, diseñadora gráfica en una web porno, chica del tiempo en una televisión local de Los Ángeles.

Cuando la conoció, trabajaba de guía de turno de tarde en un reputado museo angelino: le encantaba el arte, tal vez porque los cuadros no tienen principio ni final. Sabía más que nadie que él conociera sobre pintores emergentes, aunque cuando se consolidaban les perdía la pista. El día que la visitó en el museo no le llamó la atención que las dos salas en las que trabajaba de guía fueran las más próximas a la puerta. Apuesta a que nunca llegó a aventurarse a las últimas salas del museo. Así era La chica del tiempo, una chica de principios.

También era hermosa, afirma, no rotundamente, quizá lo suyo fuera más encanto que hermosura. Nada sobresalía en ella: era delgada, de caderas discretas, ojos comunes y labios finos; los incisivos superiores separados, el cabello suave pero poco abundante. Arrastraba un ligero ceceo a causa del

diastema en su dentadura. En invierno vestía abrigos cruzados que resaltaban el largo de sus piernas; en verano prefería vestidos estampados y se recogía el pelo en una trenza. En conjunto, todo, salvo el ceceo, guardaba una agradable armonía. Y eso que apenas se arreglaba. Se sentaba en el pequeño tocador de su habitación con el estuche de maquillaje abierto, los colores separados por riguroso orden cromático, pero pocas veces se pintaba: una raya dubitativa en el ojo y poco más. Luego hacía una pompa con la boca como si lanzara un beso y sonreía a través del espejo.

El hombre que sería Luis Foret compartió piso tres meses con La chica del tiempo. Su universidad había llegado a un acuerdo para un intercambio de profesores y a él le apetecía cambiar de aires. Echaba de menos a Shahriar y la relación con su segunda mujer no era un camino de rosas, por usar una metáfora gastada. Hacía poco que le había sido infiel con Asia, la chica imparable, pero Asia había desaparecido entre escombros. Deseaba dar continuidad a sus infidelidades y estaba seguro de que Los Ángeles le proporcionaría la oportunidad para hacerlo sin necesidad de inventar excusas. Le proporcionaría la oportunidad de escribir historias que contar a un casete de cromo que luego guardaría en un sobre marrón acolchado.

Aunque le ofrecieron alojamiento, acordó con la universidad norteamericana que buscaría un piso a su gusto en la ciudad. No quería estar encerrado en el campus; no le atraía, afirma, la soledad de los barracones llenos de gente.

A La chica del tiempo la encontró en una de las primeras webs que visitó.

Su foto era más grande que la del apartamento. Vestía un jersey rojo de cuello de cisne y cruzaba las piernas con elasticidad imposible dentro de unos vaqueros ajustados. Se reía: se partía de risa en la foto, los ojos achinados, la boca abierta de hilaridad. Más adelante descubriría que La chica del tiempo reía hasta cuando estaba triste. No quiso ver más, por lo que a él respectaba el piso podía ser un establo y la cama, un fardo de paja: deseaba pasar tres meses con ella.

Finalmente fueron dos meses y tres semanas.

No había fardo de paja en vez de cama, pero en la vida, afirma Foret, nada encaja a la perfección, siempre hay una junta que baila, un tornillo que no ajusta. En este caso, el tornillo era Murr, el compañero inesperado, el tercero en discordia: un aspirante a actor que nunca acudía a una audición y trabajaba en una tienda de surf en Venice a un corto paseo de distancia del apartamento compartido.

Murr tenía una mata de pelo amarilla revoltosa como el trigo arracimado y la boca muy roja. Atesoraba tres posesiones: un huraño gato persa que dejaba pelos blancos por todas partes, una pistola Luger que había heredado de su abuelo y guardaba en el cajón de la mesilla de noche, y un móvil de última generación —entonces los móviles con cámara no eran tan comunes— en el que almacenaba sus fotos con famosos.

Era fácil ver a Murr rondar los locales de Malibú y las tiendas de Rodeo Drive que frecuentaban cantantes y actores. Sabías que se había encontrado con uno cuando llegaba a casa respirando como un asmático y cerraba de un portazo.

—Mirad quién se ha hecho una foto conmigo —decía.

Parecía dar a entender que eran los famosos quienes pedían hacerse la foto con él. Entraba en el piso con el móvil en la mano y el brazo extendido. La mitad de las veces ni el hombre que sería Luis Foret ni La chica del tiempo conocían a los acompañantes de Murr en la pantallita de su teléfono.

—Mira qué suerte tiene esa rubia en bikini que se ha fotografiado con un conocidísimo vendedor de tablas de surf —decía La chica del tiempo.

Murr solía mandarla a la mierda. Aunque tenía buen carácter, le molestaba que se restara valor a sus retratos. Cuando Murr se enfadaba con ellos, no lo hacía solo. Persa el gato persa subía de un salto a la mesa y les bufaba enseñando los colmillos.

—¿Cómo se va a llamar Persa un gato persa? —decía La chica del tiempo.

En realidad ella decía «Perza».

Un día La chica del tiempo, tras poner en duda la pertinencia del nombre de Persa, acarició con cuatro dedos el pelaje del gato, que, disconforme con su nombre, con las burlas a su dueño o simplemente con su existencia gatuna, le soltó un zarpazo.

—¡Joder! —gritó—. Voy a estrangular a tu estúpido gato de estúpido nombre. Ahora tendré que ponerme la antirrábica. Llévatelo ahora mismo de este piso.

Por la noche las heridas secas en la mano de La chica del tiempo marcaban un tres en números romanos, pero a ella ya se le había olvidado su veto a Persa el gato persa. Que solo le interesasen los principios tenía su parte buena: el malhumor, los arranques de ira, se desinflaban enseguida.

Cuando la conoció, estaba obsesionada con la exposición temporal del museo en el que trabajaba. La habían inaugurado la semana anterior a la llegada a California del hombre que sería Luis Foret; la clausura estaba programada para tres días después de su partida. En las salas exhibían la obra de cuatro pintores locales. A ella le interesaba uno de forma especial. Se llamaba Chris Ventola y de él se conocían apenas cuatro datos. Que vivía en San Bernardino. Que era autodidacta. Que había tenido problemas con las autoridades por culpa de las drogas. Que trabajaba en un lavado de coches.

Afirma Foret que durante sus primeras semanas en América visitó más veces San Bernardino en automóvil con La chica del tiempo que ningún otro lugar. La acompañó a la mitad de los lavados de coches entre El Monte y Apple Valley. El Mustang blanco de alquiler refulgía de tantos lavados, había que entornar los ojos para mirarlo. Luego ella se cansó y dijo que era absurdo continuar con las visitas.

Otros tres artistas formaban parte de la exposición: una adolescente de Santa Mónica, un ama de casa de Echo Park y un cuarentón de Cambria, un pueblo de interior al norte de Los Ángeles, con camisa de leñador y botas de punta, que se alojaba en casa de unos amigos en Redondo. El cuarentón trató de llevarse a la cama a La chica del tiempo, pero no consiguió despertar en ella ni el principio del principio de su interés. Una noche en la que ella aceptó tomar una copa con él, intentó sobrepasarse y recibió una negativa y un puntapié. Se lo contó a sus compañeros de piso al llegar a casa, riendo nerviosa.

Esa noche se acostó con Murr.

Cuando algo le disgustaba se acostaba con uno de los compañeros de piso. Afirma Foret que nunca comprendió el criterio en su elección. Lo que sabía era que, cuando La chica no tenía un buen día, Murr y él dejaban la puerta de la habitación entreabierta y mataban el tiempo esperando a que una de las dos se cerrase. Si Murr era el elegido —y generalmente Murr era el elegido—, además del sonido metálico de la puerta al cerrarse, había otro indicador: Persa el gato persa deambulaba en horario nocturno fuera del cuarto de su dueño. Indefectiblemente, eso significaba que Murr compartía cama con La chica del tiempo.

Al hombre que sería Luis Foret, a quien siempre le irritó aquel gato antipático, en aquellas ocasiones lo enfurecía el doble. Tenía la impresión de que lo miraba con mueca de triunfo. Le preguntaba a Persa el gato persa si se sentía especialmente bien. El muy imbécil no se daba cuenta de que había

sido tan rechazado como él. Pero aquel gato estúpido no entendía de solidaridad.

Si se quedaba escribiendo o leyendo en el salón, podía escuchar a La chica salir de la habitación de Murr. No esperes que una mujer a la que solo le interesan los principios se quede a dormir contigo. El pijama rosa, afirma, seguía perfectamente colocado; la trenza, impecable. Se diría que había ido a jugar a las cartas con Murr.

—¿Qué escribes? —le decía al hombre que sería Luis Foret cuando lo veía de madrugada en el salón con sus papeles extendidos sobre el pequeño escritorio.

Él se encogía de hombros.

—No te quedes despierto hasta muy tarde —solía añadir ella después.

La luna iluminaba la ventana con vistas a la autopista; una procesión de automóviles desfilaba por ella a cualquier hora. Vivían en la ciudad donde los coches nunca duermen.

Afirma Foret que, antes de acostarse, La chica le daba un beso en la mejilla para reconfortarlo por no haberlo elegido. Sabía que también trataba de echar un ojo a lo que escribía, pero él volteaba rápidamente los folios como un niño que dibuja cosas inapropiadas.

—¿Por qué te interesa tanto lo que escribo?

Contenía la respiración cuanto podía para no percibir el aroma de Murr.

—Me da igual lo que escribas —decía ella—. ¡Pero enciende la luz, te vas a quedar ciego!

—Es por eso que escribo, por la ceguera... —decía él.

Pero ella se marchaba sin dejar que terminase de hablar.

En general, el trimestre académico era poco engorroso. Las clases eran escasas, los alumnos interesados disminuían cada día. Le hace gracia pensar que si ahora impartiera una clase como Luis Foret en la misma universidad habría colas para entrar, los que se quedaran fuera tendrían que seguir su charla a través de una pantalla o unos altavoces. Ocho años atrás era rara la clase en la que se juntaban veinte jóvenes y solo dos o tres parecían verdaderamente interesados en la materia. Otros buscaban el aprobado fácil, los había que seguían al estudiante que les gustaba y no dejaban de mirarlo mientras el hombre que sería Luis Foret hablaba, algunos parecían matar el tiempo, escapar de un compañero de cuarto autoritario al que le huelen los

pies. Tampoco le importaba. No estaba allí para influir en la vida de aquellos jóvenes, sino para disfrutar de los últimos capítulos de su propia juventud.

Las mañanas que no tenía clases —martes, jueves y fines de semana— y hacía sol, La chica del tiempo y él iban a la playa. Al anochecer la invitaba al cine, pero ella se marchaba a la media hora de empezar la proyección. Al principio la seguía, más tarde dejó de hacerlo: ya la vería en casa. A menudo al llegar lo recibía solo Persa el gato persa.

Venice Beach estaba a unos pasos a pie desde su apartamento, pero siempre que podían cogían el Mustang y se dirigían a playas más al sur. Eso cuando no iban a algún lavado de coches de San Bernardino en busca de Chris Ventola. Los martes, los días que cerraba el museo, eran los mejores: recorrían muchos kilómetros y, al llegar, ella se quitaba la parte de arriba del bikini.

Ni siquiera las noches en las que lo elegía a él tenía oportunidad de detener los ojos en sus pechos, porque ella prefería hacerlo con la luz apagada y, al terminar, abandonaba la habitación. Con La chica del tiempo, afirma, había que apresurarse: nunca sabías cuándo finalizarían sus principios.

En las playas lejanas el hombre que sería Luis Foret se escondía tras las gafas de sol para contemplar los pequeños pechos de La chica del tiempo, que, tumbada en la toalla, se aplanaban y conformaban un montículo imperceptible. Sus pezones, en cambio, parecían siempre erectos sobre la areola euclidiana.

—Son tetas. Nada más —decía ella cuando pensaba que el avistamiento se había prolongado demasiado.

En realidad ella decía *tetaz*.

—El problema de los hombres es que os creéis que las mujeres somos solo tetas —le dijo un día La chica del tiempo.

—Yo no soy así.

—Joder. —Se rio escurriéndose en la toalla—. ¡Si llevas quince minutos mirándomelas!

La chica reflexionó un rato sacudiéndose la arena del cuerpo.

—Eres un buen tipo —dijo—, pero eres un hombre como los demás. No te aflijas, estáis programados para mirar tetas. No te juzgo por ello. Solo que no eres Chris. Chris es distinto. A veces me pregunto si será un hombre.

Chris Ventola dibujaba mujeres pero nunca les colocaba pechos, ni siquiera cuando las pintaba desnudas. La mayoría de sus personajes eran seres

andróginos de pelo largo y labios color carmín. Uno de los cuadros de Chris representaba una tienda de lencería en la que solo había bragas: en el mundo de Chris los sujetadores eran una prenda inservible.

En las playas de Chris, playas muy parecidas a Santa Mónica, las mujeres se alineaban en toallas coloridas con los pectorales al sol, los labios rojos, impolutos. En las fiestas en rascacielos, el carmín dibujaba un rastro encarnado en las copas de champán que servían camareros con frac y bigote. Los hombres de Chris no eran más que sirvientes.

En un gran lienzo —que no se vendió porque Chris siempre pedía demasiado por ellos— una mujer amamantaba a un bebé, pero en vez de pecho tenía una copa de champán en la que el bebé dejaba la marca de sus pequeños labios.

Había un cuadro que obsesionaba a La chica, el cuadro ante el que consumía las horas de su jornada laboral, el cuadro ante el que se consumía, el cuadro que la haría renunciar a ser una chica de principios. Se llamaba *Weather Girl* y le resultaba demasiado familiar. Era el retrato macabro de una chica del tiempo de pequeños pechos abatida en el suelo, las piernas cruzadas con elasticidad imposible dentro de un vaquero ajustado, el tronco apoyado sobre una lona verde. La lona era el *chroma* en que proyectaban los mapas de predicción para la televisión. Una salpicadura roja, oscura, teñía el verde de la pantalla. Un pequeño punto en la cabeza indicaba el lugar donde la chica se había disparado con una pistola semiautomática.

El cuadro la fascinaba. Deseaba ahorrar para poder comprarlo, Pero Chris pedía veinte mil dólares por la pintura y, con su sueldo en el museo, La chica no sería capaz de ahorrar esa cantidad ni en cinco años. El hecho de no encontrar a Chris impedía llevar a cabo cualquier tipo de negociación.

El hombre que sería Luis Foret le prometió que si se hacía rico lo compraría para ella, pero La chica del tiempo se rio de él.

—¿De verdad piensas que te vas a hacer rico dando clases?

—Prueba con Murr —le dijo él ofendido—. Igual tienes más suerte con él.

Probó con Murr. Le pidió que la llevara a buscar famosos a Rodeo Drive. Cuando se encontraban con alguno, La chica le enseñaba la foto del cuadro, le decía que era una gran inversión, que irían 50-50, que estaba dispuesta a ir 60-40 por ser él, qué significaban veinte mil dólares para él, decía que 70-30 era su última oferta, pero ya daba igual, para entonces el famoso creía estar ante una loca. Si el famoso era realmente famoso, un guardaespaldas acababa arrastrándola mientras ella gritaba: ¡80-20!

Durante esa etapa Persa el gato persa y el hombre que sería Luis Foret pasaron juntos muchas noches solitarias. Podría decirse que hasta se hicieron amigos.

A Murr le iba mejor que a ellos, si se tiene en cuenta lo que significa eso para un vendedor de tablas de surf obsesionado con la farándula. Había conocido en la tienda a un guitarrista aficionado y empezó a surfear con él. A través del guitarrista conoció a un actor que había tenido éxito en los ochenta, que le presentó a un base retirado de los Clippers. En Los Ángeles las cosas se mueven como en un diagrama de árbol, se trata de ir descendiendo por las ramas. Murr se había comprado un nuevo móvil, tenía la tarjeta de memoria colapsada por las fotografías.

El base de los Clippers invitó a Murr a una fiesta en un restaurante peruano de Santa Mónica. Él le preguntó si podía llevar una acompañante, el otro le dijo que si no lo hacía todo el mundo daría por hecho que era gay. Le pidió a La chica del tiempo que lo acompañase y ella se tomó la libertad de escribir un telegrama a la Asociación de Lavados de Coches de California. Quiero invitar a su miembro más ilustre. *Stop*. Chris Ventola de San Bernardino. *Stop*. A acompañarme a una fiesta en Malibú. *Stop*. Con deportistas y actores de éxito. *Stop*. Y otros famosos de similar talento. *Stop*.

Chris no apareció. Tampoco el actor de los ochenta. Al base de los Clippers no llegó a verlo aunque le dijeron que andaba por ahí.

La chica resoplaba junto a la playa mientras sorbía la espuma de un *pisco sour*. Su vestido de colores se le escurría en el pecho, más euclidiano que nunca. Reía triste mirando el mar con los labios pintados de rojo como un dibujo de Chris Ventola. Un hombre de mediana edad con un traje a medida y un pañuelo que sobresalía del bolsillo se sentó a su lado.

—No he podido dejar de mirarte —le dijo—, perdona, ¿eres actriz? No te molesta que me siente a tu lado, ¿verdad?

—Depende. ¿Le interesa invertir en arte? ¿Tiene veinte mil dólares?

—Responda primero a la segunda pregunta —dijo el otro riéndose.

Resultó que el hombre trajeado era un editor español que captaba en Los Ángeles a jóvenes talentos literarios. Le dijo que estaría encantado de darle veinte mil dólares si tuviera una novela que los valiese.

¿Pero de dónde iba a sacar ella una novela? La chica introdujo levemente la punta de la lengua entre los incisivos separados.

Le dijo al hombre trajeado que si le daba una tarjeta le escribiría. Le pidió un mes a lo sumo. Luego dejó que la acompañara al cuarto de baño de

mujeres y le tocara los pechos. Fue todo lo que hicieron. O al menos eso afirma Foret que ella le contó al llegar a casa.

—Tetas —dijo— tetas. Eso somos para vosotros.

En realidad ella dijo *tetaz*.

Esa noche y las siguientes Persa el gato persa durmió tranquilo en su habitación.

La chica del tiempo nunca había estado tan apegada al hombre que sería Luis Foret. Con la luz apagada él solo percibía su risa. A veces, si era ella quien estaba encima notaba cómo su vientre se contraía en pequeñas carcajadas hipadas. Nunca le preguntaba la razón por la que reía. Se concentraba en cumplir cada trámite antes de que ella se marchase. Afirma Foret que se apresuraba tanto esas noches por llevar a cabo todo lo que se espera de un coito, que el acto no parecía un coito, sino una cadena de montaje.

La chica del tiempo no tardó en pedirle lo que de verdad quería.

—Tú escribes, ¿verdad? ¿Dirías que tienes talento? ¿Crees que lo que escribes puede valer veinte mil dólares? Iremos 50-50. Estoy dispuesta a ir 60-40 por ser tú. 70-30 es mi última oferta. Pero lo haremos bien, lo haremos como Chris. Démosle un punto de misterio. Busquemos un pseudónimo, un buen pseudónimo. Y la foto... ¿Alguna vez has visto las novelas de Thomas Pynchon? Una equis en el lugar de la foto. Eso pondremos: una equis, no una foto. Nada de hombres obsesionados con tetas. Un misterio. Yo compraría mucho antes una novela misteriosa que la de cualquier idiota con foto. Hablaremos con una agencia de representación, aquí en Los Ángeles están las mejores, abriremos una cuenta en el extranjero, así ahorraremos impuestos. En Suiza, en Zúrich. Una cuenta a la que los dos tengamos acceso. Solo enséñame lo que escribes. Si es muy bueno estoy dispuesta a llegar a un 80-20.

—Lo siento, lo que escribo lo escribo solo para mí.

—¿Y por qué no enseñar al mundo tu obra?

—Bueno, tengo una amiga que la conoce...

—¿Por qué ella sí y yo no?

—Porque ella está ciega.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es una larga historia.

—¿Sobre qué escribes?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Sobre el sexo contigo.

—¡Tetas!

En realidad ella dijo *tetaz*.

—*Ci, tetaz* —se burló él.

Rebuscó en el cajón más oculto del armario y encontró la carpeta en la que guardaba los relatos que había narrado en cintas que luego enviaba por correo a Shahriar. La mayoría eran páginas impresas a doble espacio, alguna estaba garabateada a mano. La chica pasó horas leyéndolas sin descanso, con una mueca de decepción en su rostro. Esa noche la luz de la habitación permaneció encendida.

—Da igual —dijo despertándole de madrugada—, los hombres pagarán por leerlo.

Cuando se levantó, a la mañana siguiente, La chica del tiempo estaba mecanografiando sus relatos en un procesador de textos. Durante los días siguientes ordenó los textos, agregó introducciones, corrigió los principios. Cuidó los principios por encima de todo. Si se enganchan, le dijo, llegarán al final.

Ahora le hace gracia pensar que ella, precisamente ella, dijera eso.

Trabajó todas las mañanas, ya no iban a la playa, tampoco al cine, se acostaba con él cada día, algo rápido, mecánico, una parte del 60-40: tiempo para un par de risas, un rápido montaje en cadena. Luego se ponía a trabajar.

—Pero enciende la luz. ¡Te vas a quedar ciega! —le decía él. Los martes y jueves paseaba solo por la playa de Venice. Sentado en un banco del paseo marítimo, escuchaba hasta la hora de comer a un chaval que improvisaba solos de batería. Lo escuchaba hasta que le entraba dolor de cabeza.

Faltaba un mes para finalizar el curso, pero se daba cuenta de que su tiempo en Los Ángeles se había agotado. Se estaba convirtiendo él también en un hombre de principios. Parecía como si no pudiese ser feliz demasiado tiempo en el mismo sitio con la misma persona. Parecía como si le repeliese la permanencia. Comenzó a fantasear con la posibilidad de vivir sin rumbo, de estar hoy aquí y mañana allá.

La chica del tiempo terminó una novela con sus apuntes. Versaba sobre una chica que nunca acababa nada. Paradójicamente, la novela sobre la chica que nunca acababa nada la acabó La chica del tiempo.

Hacía falta un pseudónimo y a La chica no se le ocurría ninguno. Pensó en Persa como el gato persa, pensó en Chris como Chris. Nada la convencía. Examinó su habitación. La anterior inquilina había dejado olvidada una postal de un bosque de Montana pegada en la puerta del armario: una montaña nevada reflejada en un lago, un puñado de iris salvajes floreciendo en el prado. Una imagen hermosa. Era el Lewis and Clark National Forest. La chica cogió la primera y la última palabra pero se dejó la ese por el camino. Quizá sufriera también diastema en los dedos. Quizá quisiera un apellido que no se atrancara al pronunciar. «Luis Foret», escribió, y le dio a enviar.

Se citó un par de veces con el editor del traje gris y pañuelo en el bolsillo que, según ella, solo quiso acariciarle los pechos. Debía volver a España. Le dijo que veinte mil dólares era mucho dinero. Le pellizcó un pezón. Se marchó.

Se reunió con una prestigiosa agencia de representación. Les habló de un escritor misterioso al que únicamente ella conocía. Le dio un papel al hombre que sería Luis Foret que él ni siquiera leyó y que firmó solo para sacársela de encima. Se gastó sus escasos ahorros en la tarifa de la agencia para la valoración de manuscritos. Te llamaremos, le dijeron. Luego le mostraron la puerta.

Le quedaba un mes para perder de vista para siempre el cuadro que le quitaba el sueño, el empeño en que había invertido sus mayores esfuerzos. La obra volvería a la pared de un lavado de coches junto a Chris Ventola, el único hombre del mundo que no estaba obsesionado con las tetas.

En realidad ella decía *tetaz*.

No hubo más noches en la habitación del hombre que sería Luis Foret. A esas alturas él ya no la echaba de menos, solo dejaba pasar las semanas entre clases inútiles y solos de batería. Persa el gato persa empezó a colarse en su cuarto y se subía a la cama cuando dejaba la puerta entreabierta; él le permitía dormir allí, afirma, porque al menos Persa el gato persa no lo abandonaba en mitad de la noche.

La chica del tiempo seguía riendo pese a todo. Los viernes solían cenar los tres juntos en un restaurante vegano de Abbot Kinney. Ella reía a carcajadas con las anécdotas de Murr, que continuaba descendiendo rama a rama por el diagrama de árbol y, a través del base de los Clippers, había llegado a conocer a su ídolo, el campeón del mundo de surf. No sabía —nadie

lo sabía entonces— que, surfeando con él en Hawái, una ola se llevaría a Murr y su cuerpo no volvería a aparecer. Pero eso no sucedería hasta cuatro meses después.

La última noche que cenaron juntos a La chica se le saltaron las lágrimas al reír. Entonces le preguntaron qué le ocurría.

—Nada, que soy feliz —dijo derramando gotas de rímel.

Era jueves por la mañana, Murr tenía el día libre. Faltaba una semana para que el hombre que sería Luis Foret abandonase Los Ángeles. Veían los tres la televisión mientras se pasaban un larguísimo canuto que Murr había liado y sabía a hachís y pelos de gato.

Estaban alegres como lo están los viejos amigos cuando olvidan sus problemas. Salvo que ellos no eran viejos amigos. Ni siquiera eran amigos.

A las doce en punto del mediodía, La chica dijo que tenía que marcharse al trabajo. Se duchó en el baño de la habitación de Murr, que estaba al otro extremo del salón, en el lado opuesto al cuarto con la postal del Lewis and Clark National Forest en el armario. Al terminar de ducharse atravesó la estancia completamente desnuda. El hombre que sería Luis Foret nunca la había visto así, excepto lo que vislumbraba con la luz apagada. Se había pintado los labios de rojo y sus pechos sucintos parecían una copa de champán. Los tres masticaron una estúpida carcajada de hachís.

Después de que La chica se marchara, Murr y él se quedaron haraganeando y fumando con la tele encendida. No sabría decir cuántas veces se durmieron en el sofá. Afirma Foret que recuerda haberse despertado con la previsión del tiempo de una televisión local de Los Ángeles. Luego llegaron los titulares del telediario.

Al principio, cuando Murr se puso a gritar como un loco, creyó que todo era producto de las drogas.

—¡Mi Luger, joder! ¡Mi Luger! ¡La pistola de mi abuelo, coño!

Estiró los ojos para leer el tembloroso titular: «Chica se suicida en un museo angelino».

Se había pegado un tiro.

—¡Mi Luger, coño! ¡Mi Luger!

Se había pegado un tiro de espaldas a *Weather Girl*, el cuadro que la obsesionaba. Sus piernas estaban cruzadas de manera imposible, enfundadas en unos vaqueros ajustados, su cabeza descansaba contra la pared amarilla, igual que la chica del cuadro lo hacía contra el *chroma* verde.

Hacía cuatro horas que se había disparado. La televisión había contactado con Chris Ventola. No necesitaron tantos viajes en Mustang como ellos.

—Es una locura —decía Chris mirando a la cámara—. Se ha pegado un tiro en la misma postura que en el cuadro. Me ha llamado Darlene. Me ha dicho: cariño, sale tu cuadro en internet y, cuando lo he visto, no me lo podía creer.

Chris era un tipo con una melena larga grasienta y escasa en la coronilla que gesticulaba al hablar. Le faltaban un par de dientes y ceceaba. No como La chica, sino un ceceo más seco, menos sibilante. A su lado, lloraba Darlene, la clásica Miss San Bernardino de 1987: mechas rubias, labios gruesos, escote que a duras penas contiene el tembleque gelatinoso de los pechos.

—¿Sabes? —afirma Foret que le dijo a Murr—, a ella no le habría gustado Chris Ventola.

Se sacó una hebra de tabaco de la boca.

—No le habría gustado nada de nada.

Tosió.

—Y Darlene le habría gustado menos aún.

Eso, afirma, fue todo lo que dijo.

El otro ni siquiera lo escuchó.

—¿Por qué mi Luger, loca de mierda? —berreó.

Seguían fumados. Lo último que se pararon a pensar entonces era que La chica del tiempo era una chica de principios.

Documento anexo N.º 3

Transcripción de los correos entre Luis Foret y Agnes Romaní

Enero de 2020

Debo decirle que me sentiría más cómoda si me facilitara alguna prueba de que esto que cuenta es real.

Estoy viendo la prueba ahora mismo, Agnes, estoy viendo mi promesa a La chica del tiempo: el dichoso cuadro de Chris Ventola colgado en mi salón. Le dije que si me hacía rico lo compraría. Pagué por él bastante más de los veinte mil dólares en los que estaba tasado al principio: el suicidio hizo que su valoración se disparase. Si La chica llega a sobrevivir al disparo, hubiera vuelto a suicidarse al enterarse de lo que había subido el precio.

No creo que sea apropiado hacer bromas sobre su muerte.

¿Sabes qué veo también? Veo un gato blanco huraño e insolidario como aquel gato persa que llamaban Persa. Es mi gato. ¿Sabes cómo lo he llamado?

¿Tiene alguna importancia?

Tetaz. Este se llama Tetaz. El nombre fue antes que el gato. El nombre es el principio. Eso me lo enseñó La chica del tiempo.

Veo que usted también es un hombre de principios. O quizá debería decir mejor «de inicios».

¿Por qué lo dices, Agnes?

Hasta que he hablado con usted no me había parado a pensar en que buena parte de sus novelas están basadas en hechos reales. Sin embargo, lo que cuenta se ciñe al principio de las historias. El suicidio de La chica no aparece en su novela.

Bueno, en realidad era imposible que yo lo contase, ¿no te parece? A no ser que ahora creas que puedo predecir el futuro. Comprenderás que fue ella quien le ofreció a la agencia de representación los papeles que yo escribía

para Shahriar y que lo hizo antes de suicidarse, con lo cual ahorró el final triste a los lectores. Creo que acertó: a la gente no le suelen gustar los finales tristes.

A la gente lo que no le gusta es que la engañen.

Nadie engañó a nadie. Lo que sucedió es que la chica no tuvo la paciencia suficiente para esperar a que me convirtiera en Luis Foret. En el fondo, eso me parece lo más triste, ahora podría ser rica. ¿Pero te sorprende que a esa chica le faltase paciencia?

¿Cuántos otros finales tristes nos ha ahorrado en sus novelas?

Recuerda que incluí la muerte de Asia en *Vida de una chica impávida* y fue mi novela menos vendida.

¿Cuántos finales?

Vayamos paso a paso, ¿no crees?

Casi prefiero que me lo suelte todo ahora.

Paso a paso.

¿Y por qué *Una chica de principios* es la novela en la que habla más abiertamente de sexo? ¿Porque fue La chica del tiempo quien la escribió?

Evidentemente, Agnes, evidentemente. Bueno, escribirla la escribí yo, eran mis relatos, recuerda. Pero es cierto que no tuve el control sobre lo que se publicó; en el resto, en cambio, pude guardarme para mí lo que quise.

¿Por qué lo hizo?

Porque valoro mi intimidad.

¡No me venga con esas! Si valorase su intimidad, no estaría ahora contándome su biografía.

¿Tengo que repetirte que fuiste tú quien me propuso escribirla?

No entiendo por qué aceptó.

Porque es la última historia de Luis Foret, creo que ha llegado el momento de desnudarse, de decir la verdad.

Menos la verdad de su nombre. Menos quién es en realidad.

Hay barreras que conviene no cruzar.

¿Sabe lo que me duele? Darme cuenta de que las novelas que tanto me gustaron en su día no son más que patrañas.

Agnes, me acabas de decir que hasta que empezamos a intercambiarnos correos no te habías dado cuenta de que estaban basadas en hechos reales.

Claro. Por eso. Ahora que lo sé, me parecen patrañas. La peor mentira que se puede contar: una verdad a medias, una verdad manipulada. ¡Y usted se ha representado en todos los protagonistas masculinos! ¿Se da cuenta del

narcisismo que demuestra? ¿Cómo podrá leerlas nadie cuando se publique esta biografía?

Podrán leerlas desde un prisma más interesante. Una verdad manipulada. Esa que has dicho es una excelente definición de lo que es una novela. Los lectores de Luis Foret podrán analizar cuánto hay de verdad y cuánto está ficcionado. Nadie ha dicho nunca que mis libros se correspondan con la realidad, ¿o me equivoco? Precisamente por eso tiene sentido escribir esta biografía.

¿Se da cuenta de que sus novelas son más verosímiles que su biografía?

Agnes, ¡la ficción es más verosímil que la realidad! ¿Me vas a hablar de verosimilitud tú que me has contado que te acostaste con un hombre con la cabeza bajo un acuario?

Ocurrió de verdad.

Mi historia también.

Con las mujeres de sus novelas soy capaz de identificarme, con la mayoría de las mujeres de su biografía me resulta imposible. ¡Y son las mismas!

¿A estas alturas no te has enterado de que el mundo está lleno de personas más desagradables que los personajes de las novelas?

Parece que tenía que conocerlo a usted para enterarme.

Cuánto estás aprendiendo conmigo.

¿Es posible que todas las mujeres de su vida sean caprichosas o interesadas o les falte un tornillo? ¿Sabe lo que se puede pensar de alguien que habla mal de todos los que le rodean?

Yo no hablo bien ni mal de nadie, yo cuento lo que sucedió.

Está tan ciego que ni siquiera se da cuenta.

Dime entonces, ¿qué se puede pensar de alguien como yo?

Da igual, que lo juzguen los lectores.

Dices que yo soy un hombre de inicios, ¿y tú? ¿Llegarás hasta el final de esta biografía?

No me queda más remedio, ya se lo he dicho, el editor no me pagará si no lo hago.

¿Pero eres de las que terminan las cosas?

Prefiero que no vaya por ahí.

¿Por dónde?

Por ese camino, por el camino personal, hablamos de su vida, no de la mía. Creo que le he contado demasiado sobre mí. Agnes Romaní no importa, importa Luis Foret.

Dime solo eso, dime solo si acostumbras a terminar las cosas y prometo no volver a preguntarte nada personal.

¿Me está diciendo que si pudiera hacerme una sola pregunta esa es la que elegiría? ¿Está seguro?

Estoy seguro. Te doy mi palabra de que no volveré a preguntarte nada personal.

Pues no sé si termino las cosas. Según mi madre, no, según mi madre me obsesiono con algo durante un tiempo hasta que sustituyo esa obsesión por la siguiente. Claro que ella lo acompaña siempre con un reproche: y lo que me costaron las clases de guitarra, y lo que me costó levantarme los fines de semana para llevarte a natación, y qué hago yo ahora con tu colección de vinilos.

O sea que esta biografía la tendré que terminar yo.

Eso si quiere usted hacerle caso a mi madre, yo no creo que sea así.

Yo escucharía a tu madre, ha visto más mundo que tú.

Deje a mi madre tranquila, no sabe nada de ella.

Eres tú la que la has traído a colación.

Pues déjela.

A mí me da igual si la detestas o no.

Yo no le he dicho que deteste a mi madre.

¿Sabes cuándo empecé a entender a mis padres?

Yo no le he dicho que no entienda a mi madre.

Cuando tuve que entender a mi hija.

5

El relato de Nata

Marrakech (Marruecos), octubre de 2012

Afirma Foret que el quinto relato de su biografía sucede pocas semanas después de la muerte de La chica del tiempo. Afirma que comienza en una terraza de un *riad* marroquí con un padre, una hija y una tortuga.

La niña se había obcecado con el dichoso animal desde que llegaron a Marrakech. La ciudad no le importaba lo más mínimo: los olores intensos, los colores suaves, los ropajes extraños. Solo quería volver al hotel y subir a saltos los escalones de la terraza para darle un trozo de lechuga a Vainilla.

—Papá, me gustaría que fueras como Vainilla.

—¿Quieres que sea como una tortuga?

Vainilla avanzaba con lentitud exasperante hacia el cuadradito de verdura que la niña acercaba al suelo con el brazo extendido. La tortuga sabía que la comida sería suya en cualquier caso. O tal vez no le resultaba muy apetecible. O puede que no fuera capaz de moverse de otra forma.

—No es una tortuga cualquiera, es Vainilla.

Canturreaba «Vainilla». Enunciaba la frase con normalidad, pero cuando llegaba al nombre sonaba «Vái-ní-llá», un acento en cada sílaba.

—Vai-ni-lla —repitió.

Afirma Foret que al principio pensó que le daría miedo. Las tortugas son animales de aspecto temible, como dinosaurios resabiados. Esta tenía un tamaño considerable; cuando metía la cabeza y las patas en el caparazón parecía un balón de fútbol deshinchado.

—¿No tienes miedo de que te muerda?

Sus ojitos caídos le miraron con incredulidad. Tenía la cara redonda y la nariz demasiado grande. Era robusta y no muy alta; pesaba diez kilos más que las niñas de su edad. Lo más hermoso en ella era su voz, rasgada, casi afónica. Anne Marie quería llevarla al otorrino, pero a él le encantaba su voz y bajo ningún concepto quería que cambiase.

—¡Papá, es Vai-ni-lla!

Le daba igual llevar solo dos días en Marrakech, para ella la tortuga era de la familia. A juzgar por las horas que se habían pasado en la terraza, tranquilamente podría serlo. Lo que asustaba al hombre que sería Luis Foret era pensar en el día de la despedida, cuando la niña se diera cuenta de que Vainilla tenía que desaparecer de su vida. Sería lo más parecido a la muerte que iba a experimentar a sus seis años. Un aprendizaje tan útil como doloroso. Salvo que, egoístamente, no le apetecía estar delante en ese momento. Solo de pensarlo, afirma, le entraban ganas de echar a correr.

—¿Por qué se llama Vainilla?

El sol calentaba con fuerza aquel octubre. El hombre que sería Luis Foret trataba de evitar la terraza del *riad* en las horas centrales del día. Prefería descansar con la niña en la pequeña piscina interior, una alberca diminuta en la que bebía limonada mientras Nata chapoteaba preguntando cuándo podía subir a ver a Vainilla.

—Se llama Vainilla porque es el nombre que le pusieron Paul y Thérèse.

Paul y Thérèse eran los dueños del *riad*.

—A mí también me gustaría llamarme Vainilla. ¿Por qué no me pusisteis Vainilla, papá?

—Porque ya se llama así la tortuga. No podéis llamaros igual. Hagamos una cosa: a partir de ahora te llamaré Nata. ¿Te parece, Nata?

—¡Sííí! Vainilla y Nata, las tortugas. —Agitó las manos y dio un tirón que arrancó la lechuga de la boca de Vainilla. Al reptil no pareció importarle.

—Dime una cosa, Nata, ¿por qué quieres que me parezca a Vainilla?

—Porque así, aunque un día te marches de casa, te moverás tan despacito que siempre podré ir a tu lado.

—Yo no me voy a ir de casa, tontita. —Le alborotó un poco con la mano el pelo brillante.

—No me llames tontita.

—He dicho Natita, tontita.

Pero ella no le creyó.

Es probable que la idea de que la fuese a abandonar le viniera a Nata de un viejo cuento que él le contó un día antes de dormirse. El cuento del buhonero indio que encuentra a una recién nacida en un pantano; las moscas la rodean; los elefantes la salpican al revolcarse en el lodo; en el cielo planea un ave carroñera. El buhonero recoge a la niña, que llora de hambre, pero no tiene leche para ella; apenas tiene comida para llevarse a la boca. Así que decide

recorrer casa a casa las calles de Benarés ofreciéndoles a las familias sin hijos que se queden con la niña, pidiéndoles al menos un poco de leche; todo lo que recibe son portazos e insultos. Esa noche el buhonero roba una pequeña barca azul, deja en ella al bebé y la empuja al interior del Ganges.

—¿Y qué pasó? —pregunta Nata antes de quedarse dormida.

—¿Cómo?

—Que qué pasó después, papá.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—El cuento acaba así.

—¡Invéntate algo, papá! Todos los cuentos tienen fin.

—No, Nata, las mejores historias no tienen fin.

Nata se queda unos minutos absorta, en silencio total. Luego su respiración comienza a hacerse más pesada hasta que los ojos se le cierran como la hoja que se desprende de una rama en otoño.

A Nata no debió importarle demasiado que la historia no tuviera fin, afirma Foret, porque al día siguiente le pidió que se la volviera a contar. Y también al siguiente. Y al siguiente.

La cuarta noche los acompañó su madre, a la que apenas veían a causa de su horario laboral, y, aunque ella guardó silencio mientras el hombre que sería Luis Foret narraba la historia, pudo leer la desaprobación en su cara, tan distinta a la de Nata. Todos se preguntaban a quién se parecía esa niña.

Cuando Nata se durmió y cerraron con cuidado la puerta de su habitación, Anne Marie le reprendió en un susurro:

—¿Pero qué cosas le cuentas a la niña? ¿Estás tonto?

—Ella sabrá darle la lectura correcta, es una niña especial.

—Tiene seis años, no hay por qué torturarla con cuentos tristes. Desde que volviste de Los Ángeles te comportas raro. Lo mejor será que te reincorpores cuanto antes a la universidad, no te sienta bien estar todo el día sin hacer nada.

—Sí, lo importante es que los dos trabajemos y no nos veamos.

Ella hizo como si no lo oyera.

—Y la niña no es especial —respondió—, es una niña normal, bastante alegre, y no creo que esté interesada en lo difícil que es nacer en la India. Eres un padre de familia con un empleo fijo y una vida sin sobresaltos. Es lo único que deseo para nosotros y para la niña. Asúmelo y serás feliz.

Igual se creía que no había oído eso antes.

Afirma Foret que quince días después de aquella discusión viajaron los tres a Marrakech. Anne Marie tenía que cerrar allí un negocio para la empresa de confección en la que trabajaba y él no debía reincorporarse a la universidad hasta noviembre. Nata tendría que saltarse unos días de colegio, pero los dos pensaron que conocer África sería una experiencia más provechosa que rellenar estúpidas fichas en la escuela. Resultó que de toda África ella solo quería conocer a una tortuga. La madre estaba encantada al ver que la niña se comportaba exactamente como se esperaba de una niña.

En ocasiones, cuando se olvidaba de Vainilla y nadie los veía, Nata le pedía al oído al hombre que sería Luis Foret que le contara la historia del buhonero. Ya no le preguntaba qué pasaba después. Había aceptado que no había final.

Como mucho decía:

—Papá, tú no me vas a abandonar, ¿verdad?

—No, tontita.

—No me llames tontita.

Y se abrazaban.

El hombre que sería Luis Foret no sabe definir lo que sentía con esos abrazos; de principio a fin los unía una relación excepcional; no se puede decir que fuera placer ni alegría lo que sentía, es incapaz de encontrar la palabra. Lo que no dejaba de pensar es que ella le necesitaba más de lo que le quería. Era la recién nacida del pantano que precisaba que le suministrasen leche en polvo. Eso no significaba que quisiera a su cuidador, afirma, en realidad ignoraba lo que es el amor. O tal vez eso sea en realidad el amor y quien lo ignora es el hombre que sería Luis Foret.

A la mañana siguiente le dijo a Nata que la llevaría a unos bonitos jardines de colores. No sabía qué le ocurría pero había estado llorando toda la mañana. Ni el desayuno en la terraza, con crepes saladas, zumo de naranja, miel y Vainilla, la había apaciguado. No quería hablarlo con él: lloraba en silenciosa afonía.

—Cuando te pones así no te aguanto —le dijo él—. Pobre del que se case contigo.

—Yo no me voy a casar —respondió Nata con cara de enfado.

—Claro que no te vas a casar porque no te va a querer nadie, llorica.

—A ti tampoco te quiere nadie.

—Qué insoportable eres, joder.

Nata se llevó la mano a la boca cuando él dijo «joder». Paul, el dueño del hotel, le pasó un agua a la crepera, la guardó en un armario y se sentó junto a ellos.

El *riad* que regentaban Paul y su mujer, Thérèse, constaba de cuatro habitaciones distribuidas en dos plantas y la terraza donde desayunaban, que servía de aposento a Vainilla. En la planta baja, en la que vivían los dueños, se oía constantemente un chorro artificial derramarse en la alberca. Era imposible no encontrarse a todas horas con Paul y Thérèse. Al hombre que sería Luis Foret, que detesta la cordialidad fingida de ese tipo de situaciones, le molestaba tener que compartir tiempo con ellos. Pero era parecido en cualquier *riad*. Con el bum turístico estaban reformándolos todos y siempre pertenecían a europeos. Los marroquíes eran demasiado pobres para adquirir uno o demasiado ricos para interesarse por un negocio a tan baja escala. Paul y Thérèse habían llegado de visita desde Le Mans y ya no habían querido regresar a los cielos plomizos del norte de Francia; preferían la canícula plomiza del sur de Marruecos.

—No le diga eso a la niña —le recriminó Paul con su fuerte acento francés—. Es una pequeña encantadora. —Sonrió a los ojos de la niña, tan verdes como negros eran los de su madre.

Afirma Foret que le irritó la actitud paternalista de Paul: era consciente de que no debía hablar así a una niña de seis años, no necesitaba que nadie se lo reprochara. Que Paul preparase crepes y exprimiera zumo para ellos no le otorgaba el derecho a inmiscuirse en su vida.

—Para usted es fácil decirlo, no tiene hijos —le dijo chasqueando los dedos.

—Usted no sabe si eso fue porque no pude tenerlos. Quizá se esté metiendo donde no lo llaman —respondió Paul.

¡Así que era él quien se metía donde no lo llamaban!

—Pues si la quiere se la regalo ahora mismo. Se la cambio por un camello, joder.

Nata ni siquiera se llevó la mano a la boca esta vez cuando dijo «joder». Le miraba como si fuera un borracho que entra montando jaleo en un bar.

—Le estoy diciendo que no hable así. Aquí no.

Se retaron con la mirada. Paul era calvo y la forma de su cabeza era como la de una tortuga. El hombre que sería Luis Foret le había dicho a Nata que tal vez Paul fuera el padre de Vainilla, que se fijase en su cabeza. Nata se había reído mucho. Aunque rondaba los cincuenta, Paul era un hombre fuerte. Vestía bañador y chanclas, silbaba canciones francesas y gritaba «oh la la». A

Nata se le daba muy bien imitarlo; era una buena imitadora. Afirma Foret que se le pasó por la cabeza que si aquel francés le golpeaba delante de la niña sería el momento más humillante de su vida.

El hombre que sería Luis Foret se levantó de la mesa y se asomó malhumorado al extremo de la terraza. Contempló la ciudad, el caos de antenas parabólicas, el enjambre de edificios ocres. Los niños gritaban sin cesar, a veces gritaban toda la noche, más alto que el muecín llamando a la oración: «*Allahu Akbar! Allahu Akbar!*». Las motocicletas destartadas petardeaban constantemente. Un perro lastimoso arrastraba con dificultad sus dos patas traseras. Odiaba esa ciudad tanto como odiaba su vida. Odiaba su olor a azafrán, afirma, a té a la menta, a pastelitos de hojaldre sobre los que revoloteaban las avispas.

Nata se reía ahora con fuerza. Paul había puesto a Vainilla sobre la mesa y conseguía que la tortuga levantara sus patas delanteras de forma alterna.

—Tú crees que es una tortuga, pero en realidad es un perrito.

—*Oh la la!* —gritó Nata.

De camino a Majorelle estaba de mejor humor. La vida resultaba más sencilla cuando Nata estaba de buen humor.

Era una gran caminante, podían estar horas y horas andando y no se quejaba. Y era espabilada: por mucho que su madre dijera mil veces que no, aquella niña era especial.

Por el laberinto de la Medina de Marrakech Nata se movía mejor que él:

—Por ahí —decía la niña— se va a la plaza grande.

—Djemaa-el-Fna —le corregía él.

—Es un nombre muy difícil.

—Trata de aprendértelo.

—Por ahí —continuaba sin hacerle caso— se va a la plaza pequeña.

—La de las especias.

—La de los cestos y los camellos de madera.

—La de las especias.

—¿Qué son «especias»?

—Hierbas que huelen.

—¿Como la coliflor?

Le hizo reír.

—No, tontita, que huelen bien.

—No me llames tontita.

En Majorelle contrataron a una guía que les enseñó los jardines. La niña parecía encantada entre los cactus, las palmeras y la cerámica de colores.

—¡Qué bien se lo pasaría aquí Vainilla! —dijo.

—¿Tú crees que Vainilla se lo pasa bien?

—¿Cuándo?

—En general.

—Sí.

—¿De verdad? ¿Tú la ves feliz?

—¿Tú te lo pasas mejor que Vainilla?

A menudo los razonamientos de Nata lo hacían enmudecer. Carecía de respuestas a muchas de sus preguntas. Afirma Foret que en esos casos lo que hacía era desviar su atención. Pensaba que llenándole la cabeza de información no tendría tiempo de volver a ponerse triste, así que le enseñó la galería en la que se exhibían los *collages* que Yves Saint Laurent les regalaba a sus amigos por Navidad.

—¿Quién era ese señor? —preguntó Nata.

—Un hombre que hacía ropa. Vivió aquí con su novio.

—¿Vivía con otro chico?

—Así es.

—¿Como Bob Esponja?

El hombre que sería Luis Foret se rio.

—Bueno, Bob Esponja vive con un caracol, no creo que sea lo mismo —dijo.

—¿Y ese señor hacía ropa como mamá?

—Eso es, cariño, como mamá —le contestó pasándole la mano por el pelo.

A la salida, Nata se puso a jugar con una carterita que él le había comprado el día anterior en el zoco, un pequeño rectángulo hecho de rombos morados. El mercader barbudo que se la vendió repetía con voz de gárgaras que la habían bordado auténticas bereberes. Eres duro regateando, le dijo al hombre que sería Luis Foret, ¿de verdad no eres bereber? Nata se reía mucho. Luego de camino a casa lo imitó con su voz afónica: tú me engañas, amigo, tu nombre, Mohamed, y tu preciosa hija, Fátima. Era realmente buena imitando.

El hombre que sería Luis Foret le dijo al vendedor que era consciente de que pagaba tres veces lo que costaba la cartera, que no le importaba, solo quería que supiera que lo sabía. El barbudo se hizo el ofendido: ¡oh, amigo, eso no es verdad, amigo! Si bajo más el precio, yo pierdo dinero, también tengo familia yo, hijas como Fátima, si encuentras una cartera más barata, yo

te devuelvo los dirhams, amigo. En el siguiente puesto había una cartera idéntica a mitad de precio. Cuando se lo dijo, el hombre se ofendió aún más: ¡no, amigo!, no es lo mismo, nada que ver, esas son mierda, esta es bereber, le dura a Fátima toda la vida.

No le duró toda la vida, ni siquiera un día, pero las bordadoras bereberes no tuvieron nada que ver con eso.

Afirma Foret que estaba demasiado entretenido despidiéndose de la guía, una joven con la piel del color de los cacahuets, los ojos pintados con kohl y un caftán morado como la cartera bereber. Estaba tan entretenido que no se percató de que dos niños y una niña se acercaban a Nata.

Tenían el pelo muy corto y los dientes muy grandes, tanto que no les cabían en la boca; en eso, afirma, se parecían a la madre de Nata más que Nata. El mayor de los tres no pasaba de los diez años, llevaba llena de chorretones negros una camiseta que le quedaba grande. Su maniobra era tan impecable que supuso que la efectuaban varias veces al día. La niña y el niño más pequeño le cortaron la vía de escape a Nata rodeándola de modo que el hombre que sería Luis Foret y la muchacha del kohl no pudieran verla. El de la camiseta con chorretones pegó un tirón a la carterita y un empujón a Nata para sacársela de encima. La niña acabó en el suelo; antes de que se echara a llorar, los tres ladrones habían huido a la carrera bordeando el lado más estrecho de la muralla de Majorelle. En un abrir y cerrar de ojos se habían dispersado por las callejuelas hacia el norte. Afirma Foret que le maravilló su capacidad para escabullirse corriendo de los problemas.

—*'awqafa alliss!* —gritó la guía en árabe—. *Au voleur!* —añadió luego en francés.

El hombre que sería Luis Foret recogió del suelo a Nata, que lloriqueaba sin consuelo. Vestía unos pantalones cortos y la caída le había producido un rasponazo en el muslo del que asomaban dos gotas de sangre.

—*'awqafa alliss* —seguía chillando la guía aunque los transeúntes se preocuparan más bien poco por su demanda de auxilio.

El hombre que sería Luis Foret agarró suavemente del brazo a la joven marroquí y sintió su piel bajo el caftán:

—Déjelos —le dijo—, no se han llevado nada. La cartera y un billete de cien dirhams que le di ayer a la niña. Piense que eso igual les da a los tres para comer una semana.

Ella se desembarazó incómoda de su mano:

—¡Oh, no! No es así, no pueden comer de robar. Que trabajen.

—¡Por Dios, son niños! —dijo él abandonando el tono de complicidad.

—¿Ah sí? ¿Y quién cree que bordó la cartera de su hija? ¡Niños también! Dicen que les enseñan sus oficios en las vacaciones escolares, pero la realidad es que esos niños se dejan ahí los ojos. ¿Y sabe qué? Ganan mucho menos dinero que esos ladrones. Tienen que recibir un castigo ejemplar.

—Que castiguen a esos tres no va a hacer que los otros dejen de trabajar. No es culpa de los niños.

—No, claro que no —dijo la guía entornando la raya de kohl de sus ojos—. En Marruecos están prohibidos los embarazos fuera del matrimonio. ¿Sabe qué significa eso? Que veinticinco recién nacidos son abandonados cada día.

Nata no dijo nada durante toda la conversación. Se pasaba la mano por la piel levantada e hipaba tratando de contener las lágrimas.

A la vuelta se negó a caminar: quería coger un taxi e ir a ver a Vainilla y él le cumplió el capricho. Abandonaron el barrio de Gueliz y regresaron a la Medina en una cafetera amarilla a la que le faltaban las ventanillas traseras. Los muelles sobresalían de los asientos, la puerta no cerraba y todo estaba remendado con esparadrapo aquí y allá. Cuando pagó al taxista le dijo a Nata:

—Esto sí que ha sido un robo y no el de los niños.

Pero a Nata no le hizo gracia. Empezó a llorar y ya no paró. Lloraba desconsolada cuando entraron en el *riad*. La piel levantada del muslo comenzaba a entumecerse. Paul asomó su cabeza de tortuga y puso cara de malas pulgas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada, que Nata se ha caído.

—¿Estás bien, Nata?

Paul se dirigió a la niña como si no hubiese nadie más presente. Afirma Foret que tuvo que contenerse. Nata no abrió la boca.

—¿Estás bien? —le repitió el francés—. ¿Quieres ir con Vainilla?

La niña no respondió y se abrazó a la pierna de su padre. Sin mediar otra palabra, Paul entró en su vivienda de la planta baja. Ellos subieron despacito las escaleras hasta la terraza. Afirma Foret que se le ocurrió que no era descartable que en ese mismo instante Paul estuviera llamando a la policía para denunciarlo por maltrato; se le ocurrió que sería irónico acabar en una cárcel marroquí por culpa de una estúpida cartera bereber, de unos ojos pintados con kohl, de una desavenencia con el padre de una tortuga, de un par de «joder» en la terraza; un buen colofón al itinerario lunático que había emprendido su vida.

Buscaron a Vainilla, pero no la encontraron. Nata se dejó caer sobre una butaca de mimbre. Se hizo daño en la herida al sentarse. Lloró de nuevo.

—Nata —le dijo—, no quiero que estés triste ni un minuto más por esa cartera. Mañana voy a ir contigo al zoco y te compraré dos iguales y otras dos de colores diferentes. Meteremos cien dírham en cada una de ellas para que puedas comprarte lo que quieras, ¿vale? No puedes estar triste por cosas materiales.

—No lo entiendes —dijo ella mirándolo fijamente, muy enfadada.

Por vez primera vio a la madre en sus ojos.

Vio a una adulta hablando en el cuerpo de una niña de seis años.

—¿El qué?

—Nunca entiendes nada.

Vio a Asia, la chica impávida. Quizás era cierto que no entendía. Que nunca había entendido nada.

—¿De qué hablas?

—No me importa la cartera, odio la cartera.

—¿Qué te ocurre entonces?

—Que sé que me vas a abandonar y que acabaré como uno de esos niños.

Antes de terminar la frase se le quebró la voz y apoyó la cabeza en el pecho de su padre. Encontró un hueco que él ni siquiera sabía que existía, como si en vez de esternón tuviera un agujero con la forma de la cabecita de Nata.

—Yo no te voy a abandonar, tontita.

—No me llames tontita.

—He dicho Natita, tontita.

Pero ella no le creyó.

Esa noche, cuando Nata se durmió en la cama supletoria, a tres o cuatro metros de ellos, Anne Marie le preguntó qué le ocurría a la niña. La encontraba cambiada. Afirma Foret que le asombró que le consultase eso a él. Como si ella fuera la extraña, la tía lejana que dice de la sobrina: pero mírala, qué mayor está, qué cambiada. Como si el hecho de estar ocupada con la compraventa de telas que niños marroquíes manufacturan en fábricas inmundas la eximiese de preocuparse por su propia hija. Como si hubiese renunciado al amor de todos los niños del mundo.

—No le pasa nada. Unos niños le robaron la cartera que le regalé y se asustó.

—¿Seguro que eso es todo?

—Seguro —mintió.

—No será que le has contado otro de tus cuentos traumáticos. —Enseñó una sonrisa de dientes excesivos.

—Hoy no ha querido que le contase ningún cuento.

—¿Qué le habrías contado si no? ¿*El amante de Lady Chatterley*?

Anne Marie se acercó al hombre que sería Luis Foret; él sintió el contacto de sus pechos contra el esternón, allí mismo donde había estado la cabeza de Nata; no llevaba sujetador, tenía los pezones tiesos.

Odiaba, afirma, que su mujer tratase de seducirlo.

—¿Quieres contarme esos cuentos a mí? —dijo ella con un ronroneo.

Afirma que se besaron y luego ella hizo un gesto de incomodidad hacia el camastro plegable donde la niña dormía dándoles la espalda. Una pequeña bombilla envuelta en una tulipa roja iluminaba tenuemente la habitación. A Nata le daba miedo la oscuridad y siempre dejaban un poco de luz.

Él se encogió de hombros.

—No nos verá —dijo a continuación.

Ella volvió a besarle.

—La verdad es que me vendría bien un polvo, trabajar con los marroquíes es tan estresante.

Así que estaban ya en esa altura en la que el sexo les venía bien.

—Pero quiero que hagas una cosa por mí —dijo él.

—Dime —susurró ella, casi en un jadeo—. Me das miedo.

—Ponte en los ojos el kohl que te compré.

Pensó que se negaría, que se enfadaría, pero ella se echó a reír rechinando sus largas paletas.

Realmente le venía bien el polvo.

Con mucho cuidado se levantó y pintó torpemente de negro el contorno de sus ojos negros. Estaba hermosa pese a los trazos erráticos y la semioscuridad. Dejó caer el camisón al suelo y se metió en bragas bajo las sábanas.

Él se colocó encima de ella.

—Ahora di «'awqafa alliss!» —le dijo.

—¿«'awqafa alliss»? ¿Eso qué es?

—Al ladrón.

—¿Al ladrón? ¡Estás fatal!

Ahogó la risa con la mano en la boca. El mismo gesto que hacía Nata cuando él decía alguna palabra malsonante. Era en lo poco en que se parecía a

su hija.

La niña comenzó a sollozar; los miraba fijamente. Anne Marie le indicó que se acercara a consolarla. Él le dio a entender que prefería que fuera ella, pero Anne se pasó rápidamente su mano huesuda por el cuerpo haciéndole notar que estaba casi desnuda. Él puso los ojos en blanco, se levantó y abrazó a Nata hasta que se quedó dormida. Ninguno de los dos dijo ni media palabra.

—No puedo hacerlo —dijo luego Anne Marie—. Lo siento, no con Nata aquí.

Él volvió a encogerse de hombros y dio la espalda a su mujer para dormir.

Observaba fijamente la nuca de la niña.

—Nata es un canario —dijo al cabo de un rato.

—¿Qué?

—Que Nata quería que yo fuese una tortuga, pero es ella la que es un canario.

—Dices cosas muy raras desde que volviste de Los Ángeles —dijo Anne Marie—. Algún día me contarás qué es lo que ocurrió allí.

—No quiero hablar de eso, ya lo sabes.

Ella se enfadó.

—Pues no hables. Arréglalo todo callando como siempre.

—¡Un canario! —Se rio.

—Cállate y duerme.

—Es para echarse a correr...

—Gilipollas.

Afirma que llevó a Nata a Essaouira, un trayecto de tres horas en autobús. Vieron juntos cabras encaramadas a lo más alto de los árboles de argán. Vieron a turistas con sobrepeso montados en camellos en una playa sacudida por el viento. Vieron a un hombre arrugadísimo que dormía a plena luz del día arrebujado en un bote de remos en la calle principal. Vieron a adolescentes escuálidos tirarse al agua haciendo saltos mortales entre el humo de lenguados a la parrilla. Pero nada hizo que Nata recuperase la luz en su mirada. Había una Nata anterior a Majorelle y otra posterior. Algo había cambiado en ella.

No pasa nada, llega un momento en el que todos cambiamos. Aunque no suele sucedernos a los seis años.

Cuando se movía ya no daba brincos: le recordaba al perro que vio desde la terraza del *riad*, el que arrastraba las dos patas de atrás. Parecía que una

motocicleta destartalada la hubiese atropellado.

Pero no era nada de eso. No era más que un canario. Había detectado el escape. Pronto alguien gritaría: ¡grisú! Y habría que echar a correr.

El grito llegó antes incluso de lo que él había imaginado. Cuando entraron en casa, a la vuelta de Marruecos, el sobre acolchado de Shahriar aguardaba en el buzón. El sobre acolchado que llevaba quince meses esperando y que nunca habría querido recibir. Un ejemplar de *Zorba el griego*. Una nota manuscrita a tientas. «No espero nada. No temo nada. Soy libre». La chica que solo quería ver el mundo, la supersticiosa de cejas frondosas, se despedía de él. Era la tercera persona que fallecía en apenas cuatro meses, la más importante. Las lágrimas caían de los ojos del hombre que sería Luis Foret, los últimos ojos que había visto Shahriar.

Nata no le preguntaba por qué lloraba, como haría cualquier otro niño, como habría hecho antes de la metamorfosis, antes de convertirse en canario, solo lloraba en una esquina por verlo llorar.

Los canarios detectan las desgracias en las minas antes que los seres humanos. Cuando hay un escape de grisú son los primeros en caer desmayados y advierten, sin desearlo, de que hay que poner tierra de por medio. Cuando el minero se echa a correr, seguro que no se acuerda de llevar consigo la jaula.

Afirma Foret que eso fue lo que él hizo al día siguiente. Se calzó las botas, se enfundó una camiseta transpirable, eligió un pantalón de deporte, llenó una mochila con dos mudas y dos libros... y se echó a correr.

No es una metáfora: literalmente se echó a correr.

Nata esperaba a que la fuera a buscar en la puerta del colegio. Ella lo que quería era que su padre fuese una tortuga, así podría alcanzarlo.

Mientras avanzaba al trote y se aproximaba a una depuradora de aguas residuales, señal de que la ciudad ya había quedado atrás, mientras los perros ladraban con rabia tras los muros de las fincas, con ganas de hincarle el diente como aquel perro de presa había hecho con Asia, mientras el sol descendía y lo obligaba a decidir dónde pasar la noche, el hombre que sería Luis Foret imaginaba lo que le habría dicho esa tarde a Nata si ella se lo hubiese preguntado:

—Yo no te voy a abandonar, tontita.

—No me llames tontita.

—He dicho Natita, tontita.

Pero ella nunca le había creído.

Extracto del diario de Agnes Romaní

Santiago de Compostela, diciembre de 2019

Me ha salido un saco de pus en la parte externa de la ceja. Lo he buscado en internet y resulta que esa parte se llama *cola de la ceja*. Me duele, pero no soy capaz de exprimirlo. Maldita sea, es lo que me faltaba, quedarme con un bulto en la ceja, un jodido pelo enquistado o algo así. Me he pinchado con unas tijeritas de manicura oxidadas, pero creo que no hago más que empeorarlo.

Aparte de eso, fuera del saco de pus en la cola de la ceja, no es que las cosas vayan mejor. A veces pienso si no seré yo el pelo enquistado, el cuerpo extraño, el tejido sobrante.

Nunca he sido demasiado equilibrada, sea lo que sea que eso quiera decir, pero puede que tenga que empezar a preocuparme por mi inestabilidad. Desde que acepté el encargo de escribir la historia de Luis Foret, me deslizo por una pendiente peligrosa.

Cierto: estoy bebiendo más de lo habitual. Temo que eso me haga menos rigurosa como biógrafa, siento que lo que escribo cada vez se parece menos a las biografías que he leído, aunque a esas sería más correcto llamarlas *hagiografías*. Si algo tengo claro, es que yo a Foret no lo trataré de santo, aunque reconozco que no debería dejarme influir tanto por las opiniones personales.

Estoy bebiendo más de lo habitual y eso me está afectando a los nervios. No por la concentración de alcohol en sangre, ni por la capacidad de mi hígado para convertir etanol en acetaldehído, ni por nada que se le parezca. Me está afectando a los nervios porque la tarde que descorché la última botella de Glenfiddich de 18 años llamaron al timbre en mi puerta. Sobre el felpudo esperaba un mensajero de una empresa distinta a la de la primera vez. Sujetaba otra caja entre los brazos apoyándola en la rodilla derecha, que flexionaba con dificultad. Me di cuenta a simple vista de que el embalaje era más grande que el anterior.

El envío, sin remite, tampoco estaba a mi nombre, ni al del destinatario previo, aunque confieso que ni siquiera recuerdo cuál era aquel. Este último sí lo sé porque tomé nota, es un nombre raro, extranjero: M. Fremyet, ese es el nombre. No es que lo diga de memoria, lo estoy leyendo, lo tengo apuntado en una nota adhesiva en la mesa de centro roja del salón.

«M. Fremyet».

Parece el nombre de un sumiller.

Pensé en decirle al mensajero que se había equivocado, que aquí no había ningún M. Fremyet, que se llevase la caja, ¿pero qué ganaba yo con eso? Una vez que me había quedado con la primera, era absurdo rechazar la segunda.

La caja contenía dieciséis botellas del mismo Glenfiddich envejecido dieciocho años en barrica de roble cuyas existencias yo estaba a punto de agotar.

Qué jodida casualidad.

Me volví loca durante unos minutos buscando en mi apartamento una cámara por la que alguien pudiera estar viéndome. Luego, cuando me cansé de registrarlo todo inútilmente —porque, además, buscar una cámara oculta, una microcámara, algo diminuto, en una casa tan desordenada y llena de mierda como la mía es una tarea de locos—, traté de razonar.

El único razonamiento lógico que se me ocurrió es que alguien había confundido la dirección de mi casa con un bar, una licorería o un restaurante. Vivo en una planta baja, y eso le da un poco de sentido a mi hipótesis. Carecería de él por completo si enviasen las botellas a un octavo piso puerta D, por decir un piso y una puerta cualesquiera. Puede que M. Fremyet sea el socio del destinatario anterior en un negocio de hostelería. No es la mejor de las conjeturas, es un poco descabellada incluso, pero aún más descabellado es pensar que alguien ha instalado una cámara en mi casa para verme beber *whisky* y surtirme de provisiones alcohólicas cada vez que se me agoten.

Que, visto así, tampoco sería tan mala cosa.

El problema vendrá cuando el señor Fremyet y su socio se den cuenta de que les faltan veintiocho botellas de un *whisky* de setenta euros cada una y vengan a reclamármelas. Entonces, cuando se presenten ante mi puerta, cuando se planten sobre mi felpudo, les diré a esos señores que abrí las cajas sin fijarme en el destinatario y les pediré que se lleven las botellas que aún estén llenas, si es que queda alguna.

Las otras no pienso pagárselas porque el error no puede achacárseme a mí. No les pagaría ni aunque para entonces tuviera escrita la biografía de Luis

Foret y el editor —espero que mantenga su palabra— me hubiese abonado los dos años de sueldo que me prometió.

Diría que ya he sobrepasado la mitad de la biografía y, a estas alturas, aún voy dando palos de ciego. Con la salvedad del hombre que sería Luis Foret, el resto de personajes, mujeres, siempre mujeres, aparecen y desaparecen, y la historia tiene más agujeros que una media de rejilla.

La metáfora viene al caso —sé que puedo hacerlo mejor— porque tengo delante de mí, en el montón de ropa sobre la silla, una de esas medias que uso para las clases de tango. Porque estoy yendo a clases de tango y lo curioso es que odio el tango, lo detesto. La música, el baile, el machismo, la tristeza que arrastra consigo. El tango me recuerda a Luis Foret: machista, triste, con contorsiones increíbles. Pero igual que escribo su biografía sin dejar un día el ordenador, no suelo faltar a una clase porque me ayuda a soltar adrenalina y tengo que decir que he progresado mucho como bailarina.

Ahora que no tengo trabajo, el tango es mi único medio de sociabilizar. Por desgracia —o por fortuna— no me sobran los amigos. En cambio, en las clases de tango parezco popular. Me sucede desde niña: aun siendo una persona introvertida, al entrar en un círculo suelo ser aceptada, hasta valorada. Por ejemplo, en la revista. Allí tenía un trato cordial con todos los compañeros y nos tomábamos nuestras cervezas después de trabajar. El problema radica en que soy incapaz de llevar esas relaciones a mi terreno. Quiero decir: una vez que salgo de la redacción, una vez que abandono el terreno conocido, una vez que el tema central deja de girar en torno a la revista..., entonces ya no son mis amigos. Lo son únicamente en un escenario concreto, en unas conversaciones concretas. No consigo pasar de lo colectivo a lo personal.

Lo personal es un tabú que sigue engordando solo, un saco de pus, un pelo enquistado.

Excepto los hombres que quieren ponerme boca arriba. Esos abren un poco el abanico conversacional... hasta que consiguen el objetivo del sexo. Normalmente, en esos casos, el bandoneón se cierra en un único punto: el sexo. De ahí ya no hay quien los mueva. Y no considero que sea una mala conversadora o una compañía aburrida pero soy incapaz de alcanzar una relación desinteresada, cuyo objetivo último no sea laboral o sexual.

Es curioso, ahora mismo mis conversaciones más personales son con Luis Foret. Mis conversaciones más profundas son con una cuenta de correo electrónico.

Con el tango sucede lo mismo: a veces, al salir, nos tomamos una copa en el bar de enfrente de la nave en la que damos clases. Es un bar de ambiente, aunque cuando vamos nosotros, un martes, estamos solos, y tampoco me molestaría si estuviese lleno de homosexuales. Tengo muchos defectos pero la homofobia no es uno de ellos.

Charlamos un rato sobre la clase de tango, sobre un compañero que lo hace mal —nunca alguien presente—, sobre los problemas conyugales del profesor, muy populares en el barrio —al parecer su mujer se acuesta con un teclista argentino, lo cual debe de ser especialmente doloroso para un profesor de tango—. Me azuzan para que suelte algún tipo de comentario sarcástico, se ríen muchísimo conmigo, caray, Agnes, cómo eres, me encantas. Luego nos despedimos, nadie hace el amago de intercambiar el número de teléfono ni de crear un grupo de WhatsApp, es como si el radio de acción de nuestra relación se redujera a veinte o treinta metros de distancia de la nave en la que bailamos, de la nave de los locos.

Si nos viésemos fuera de ese radio, creo que ni siquiera nos saludaríamos.

Si nos viésemos fuera de ese radio, actuaríamos como si nos hubiéramos conocido en Alcohólicos Anónimos.

Con una excepción, siempre hay una excepción: el hombre de los *brackets* y la voz de tiple. Mi pareja en la primera clase. Ese mismo día me dio su teléfono: ya sabes, por si necesitas cualquier cosa —y qué coño iba a necesitar yo de él—. Luego me pidió el mío. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué haces cuando alguien que ves cada martes y jueves te pide el teléfono?

Me ha acompañado hasta la puerta de casa más de una vez. No es que desee ser mi amigo, él está en el otro grupo, es de los que interpreta *balada sexual con bandoneón*. Tampoco es feo ni desagradable, salvo porque su voz tiene el tono de la alarma de un banco y lleva ortodoncia a los cuarenta. Que, digo yo, ¿qué necesidad hay de ponerse *brackets* a los cuarenta? ¿Has visto cómo está el cuerpo que rodea a los dientes? ¿Para qué coño quieres la sonrisa perfecta?

Sus ojos son azules, demasiado azules; se peina hacia delante porque se está quedando calvo, aunque las lámparas luminiscentes del bar de ambiente dejan al descubierto la parvedad de su cabellera; es bajito, diminuto, casi de mi estatura. Soy consciente de que la descripción no lo deja en buen lugar, pero, en conjunto, físicamente no está tan mal. Parece que me esté justificando, cuando lo bueno de los diarios es que son solo para quien los escribe, salvo que también haya una cámara en mi habitación grabando lo que escribo.

Si en verdad hay una cámara en mi habitación, hoy habrá recogido un interesante espectáculo pornográfico porque por fin lo he dejado entrar en casa.

Le ha gustado el apartamento, a pesar del desorden, y me ha preguntado cuánto pago de alquiler. Me ha parecido indiscreto, así que, para que se callara, he introducido la lengua en sus dientes de Alcatraz mientras me miraba asombrado con el alcatraz de sus ojos.

Sé que soy capaz de hacerlo mejor con las metáforas.

No creo que lo vaya a repetir, pero llevaba sin estar boca arriba con un hombre desde que me convertí en pez de pecera, y de vez en cuando tengo mis necesidades, y no ha estado mal del todo aunque en determinado momento se haya puesto a gemir con su voz de *mezzosoprano*. Simplemente trataré de olvidar esa parte.

Al irse, el hombre de los *brackets* me ha enviado un *wasap* diciéndome que lo había pasado muy bien y que había sido especial para él, que yo era algo más que un rollo de una noche y que esperaba que no fuese la última vez.

Cuando digo «al irse» quiero decir nada más irse. Que yo he estado a punto de abrir la puerta para contestarle de viva voz: ¿qué me estabas diciendo, gilipollas? En vez de eso, le he respondido con un pulgar hacia arriba, solo un pulgar. Él ha contestado con una carita con rubor. Joder, vaya comprensión lectora. El pulgar hacia arriba significa: vale, tío, lo que tú digas. Está clarísimo. Sabe Dios lo que ha interpretado él.

Pero esto es lo de menos, lo que yo quería contar en esta entrada del diario —con el tema genérico «Agnes, se te está yendo la cabeza»— es que mientras lo hacía con el hombre de los *brackets*, mientras contemplaba el papel pintado de rayas ya casi despegado por completo en la esquina entre la ventana y la pared, me han asaltado unas imágenes de un hombre que me arropaba en la cama, fotogramas sueltos, negativos de una vieja película Kodak, una obra renacentista escondida en el lienzo tras una insípida naturaleza muerta. Me daba la impresión de que era un hombre bien parecido, con voz grave que le concedía autoridad. Me decía duerme cabeza abajo y yo, obedeciendo, me agarraba al cojín, pero rápidamente me giraba para verle la cara y al momento me decía duerme cabeza abajo y me agarraba al cojín y me giraba para verlo, etcétera, pero a pesar de lo surrealista del bucle no me molestaban las imágenes, al contrario, creo que aumentaban mi excitación. Hasta que mi móvil ha empezado a hacer el puñetero sonido de la hucha una y otra vez y el hombre de los *brackets* ha prorrumpido en gemidos de gata en celo, como si ese tintinear de monedas le acariciase el escroto, y todos los fotogramas en mi

cabeza se han desvanecido de golpe y he vuelto a la realidad del miedo a desgarrarme la lengua con algún jodido alambre de una ortodoncia a los cuarenta.

Al irse el hombre de los *brackets*, he comprobado que, sorprendentemente, el ruido del móvil no lo habían provocado los correos de Luis Foret, sino varios *wasaps* de mi madre preguntando si todo marchaba como debía: «Hola, Agnes, todo; bien; no has colgado; nuevos reportajes de; la revista en Twitter; no estarás bebiendo; no te estarás; metiendo en líos; ya eres mayorcita; no nos des; más disgustos». Reconocería los *wasaps* de mi madre en cualquier circunstancia por dos características que los hacen únicos. Una tiene que ver con la forma: sus frases se fragmentan a la mitad sin sentido ni lógica, parece que presione el *intro* de modo aleatorio. Otra tiene que ver con el fondo: su fascinante capacidad para responderse a sus propias preguntas y establecer monólogos en los que, invariablemente, termina por darse la razón. Vale que en esta ocasión tenía razón, pero no siempre es así, por mucho que ella crea que su olfato de murciélaga es infalible.

Le he respondido con un pulgar hacia arriba: vale, tía, lo que tú digas. Pero mentiría si dijera que sus mensajes no me han provocado un nudo entre la tráquea y el esófago.

Me preocupan las cajas con destinatario erróneo, las visiones, las cámaras ocultas que no existen, los sacos de pus, los pelos enquistados, las intuiciones de la murciélaga. Me preocupa que el sedentarismo del desempleo empeore la circulación sanguínea en mis piernas, el escozor de las hemorroides que no alivia ninguna crema. Me preocupa la confusión que me genera Luis Foret, hoy me ha escrito para decirme que no se va a morir, que quizá lo malinterpreté, que no insista más con eso; le he preguntado si acaso el resultado de alguna prueba médica ha ido mejor de lo esperado y me ha dicho que no tiene nada que ver con médicos ni hospitales, que tiene que ver más bien con el destino y la semántica; le he preguntado que por qué me dijo entonces que se iba a morir y me ha dicho que no me dijo que se fuera a morir; le he dicho que sí, que aquí tengo el correo: «Antes de morir, me gustaría que escribieras mi historia», y me ha dicho que sí, que antes de morir, que recuerda lo que escribió, que eso no quiere decir que vaya a morir *ahora*, que algún día sucederá, que no insista, que parece que tengo ganas de que ocurra. Me preocupa leer las páginas que he escrito sobre Luis Foret y no entender lo que estoy contando, ni adónde me conducen, ni para qué me

necesita a mí para escribirlas, me sucede un poco como con aquel novio medio gilipollas, que cada día lo entendía menos, que cada día me gustaba menos, que cada día creía menos lo que me decía, como eso de que rompía conmigo porque no le gustaba que las chicas bebieran, ya ves, vaya una razón, y la cuestión es que era yo quien lo iba a dejar a él, porque qué hacía yo con un viejo como él, que me llevaba doce años, doce, seguro que hay un proverbio chino para eso, y va justo el gilipollas y se me adelanta, y lo que puede llegar a joder eso, que lo único que quería era volver con él solo para ser yo quien lo dejase en la estacada, y luego mi madre, claro, se puso de su parte, normal, cómo no te van a dejar, Agnes, si es que yo lo veía venir, hija, yo lo veía venir; pues así me siento con Foret. Me siento también un poco como el oso Wojtek, el oso de la lámina de mi cuarto, el oso que adoptaron unos soldados del ejército polaco cuando era un oseño y le daban cerveza y le enseñaron a fumar, y luego lo encerraron en un zoo, mira, el oso que fuma, y los visitantes le daban cigarrillos por hacer la gracia, pero nadie se los encendía, y lo que hacía el oso era comérselos a puñados; y yo vivo con la sensación de que Foret ha dejado de encenderme los cigarrillos y ahora pretende que me los trague a puñados, y al mismo tiempo me aterra que pare de darme tabaco.

Debo seguir adelante, me consuela saber al menos que me estoy comiendo los cigarrillos de Foret, supongo que en eso le llevo ventaja a Wojtek, ¿o quizás él también se daba cuenta de lo imbéciles que eran los visitantes del zoo? Por otra parte, ¿ser más avispada que un oso es motivo de celebración, Agnes? Sé que me trago los cigarrillos de Foret y sé que no quiero que sea él quien me deje, quiero dejarlo yo, quiero decirle: aquí está tu mierda de biografía, y que me entreviste el *ABC Cultural* y que mi madre me llame y me diga, mi niña, mi ojito derecho, si yo siempre supe que hacía bien pagándote la carrera. Por eso he decidido que esta noche, en vez de cambiar las sábanas que he compartido con el hombre de la voz de tiple, escribiré un nuevo relato. Un relato que tiene que ver con dientes, genitales y vasos de licor.

Que tiene que ver con la soledad.

Pero aquí todo tiene que ver con todo.

6

El relato de Anne Marie Pascal

Óbidos (Portugal), diciembre de 2005

Afirma Foret que el sexto relato de su biografía requiere un nuevo salto atrás en el tiempo. Un salto que nos traslade a Óbidos poco después de su divorcio de Kathy, pero mucho antes de que sus novelas vendan miles de ejemplares en Portugal. Esta es una historia que no ocurriría sin los libros, igual que los libros de Luis Foret no ocurrirían sin esta historia, pues sin ella no habría Shahriar, ni Asia, ni La chica del tiempo, ni Luis Foret. Es una historia de licor de guinda y dientes. Es una historia.

Que comienza con las suelas de goma del hombre que sería Luis Foret dando resbalones por las piedras húmedas de Óbidos. De paseo como un transeúnte anónimo, aunque, bien pensado, eso no ha cambiado.

El hombre al que aún le faltan muchos años y sinsabores para ser Luis Foret se ha desplazado a Óbidos para participar en un simposio que tiene como reclamo a Paul Auster. El escritor de las bolsas en los ojos se encuentra en el apogeo de su popularidad. No quiere decirse con esto que ahora ya no sea un escritor popular, o que lo sea menos que el propio Luis Foret, pero aquellos son años en los que Auster está omnipresente.

Está en todas partes, salvo en Óbidos, porque una intoxicación con ostras, según explica su editor portugués, le impedirá moverse de Lisboa.

Así que el hombre que sería Luis Foret se encuentra con una reserva de tres noches en un hotel de Óbidos y muy poco que hacer.

El hotel, encaramado a las almenas de la muralla, dista de ser el lugar ideal para un fin de semana agradable. El suelo cruje con cada pisada como una hogaza de pan tierno y todo huele a madera antigua y a una mezcla de moho y agua estancada. Afirma Foret que en internet publicitan sus «muebles de museo», lo cual no los vuelve cómodos ni limpios ni funcionales: el secreter es estrecho y en él no cabe el portátil; las puertas del armario son espejos de cuerpo entero tan llenos de rayones que no devuelven el reflejo; no hay calefacción, sino un radiador eléctrico que se recalienta y hace

chisporrotear el enchufe; la cama es dura; la colcha, áspera; la porcelana de la bañera se ha levantado cerca del desagüe dibujando una marca irregular de un desagradable color pardo.

El hombre que sería Luis Foret intenta no pisar la mancha cuando se ducha. Aunque sabe que es efecto del óxido, aparenta la prueba de un crimen. Como si fuera a quedársele pegado en el pie un coágulo, un trozo de cerebro, un pedazo de inmundicia. Como si fuera a entrar la policía científica, acordonar la bañera y colocar un cartelito de plástico con una letra: PRUEBA A.

Quien haya estado en Óbidos sabrá lo pequeña que es. La ciudad amurallada se articula en torno a dos calles: en la superior abundan las tiendas de *souvenirs*, en la inferior son mayoría los restaurantes. El hombre que sería Luis Foret no conduce, ha llegado en autobús desde Lisboa.

¿Qué hacer los tres días que tiene por delante?

Afirma Foret que, en ocasiones, el tiempo le abruma. No puede ni imaginar lo que será una condena de prisión cuando lo apabullan tres días recorriendo como un conejillo de Indias un laberinto resbaladizo de dos calles donde todo cierra a las siete.

¿Y cuáles son las posibilidades de encontrar a alguien conocido en un laberinto de esas características? ¿Cuáles son las posibilidades de encontrar a alguien en Óbidos fuera de la temporada turística? No a alguien que hayas visto en un par de ocasiones, ¿cuáles son las posibilidades de encontrar a alguien como Anne Marie Pascal?

Las casualidades que se repiten dejan de parecer casuales; al final uno se pregunta si al hombre que sería Luis Foret le quedaba más posibilidad que ser Luis Foret.

Afirma Foret que ve a Anne Marie bebiendo *ginjinha* en un tenderete de la calle de *souvenirs*: un carrito de helados con ruedas rojas, cuatro hierros atornillados en cada esquina y un toldo blanco con excrementos de paloma. Él se dirige hacia la puerta revestida de azulejos que marca el límite de la cárcel amurallada en la que eligió encerrarse durante tres días con la connivencia de Paul Auster.

La *ginjinha* es un licor de guinda típico de la zona que suele servirse en un barquillo recubierto de chocolate. Anne Marie acumula vasos de barquillo como en las películas acumulan los de cristal. El carrito de helados está lleno de barquillos de chocolate que Anne Marie ha vaciado. Con cada trago

deposita un euro en la mano del portugués, que le sirve de una botella opaca como los espejos de la habitación del hombre que sería Luis Foret. Es un muchacho de grandes pechos que se desvive por explicarle a Anne Marie que el vaso se come. Ella hace caso omiso y se echa otra *ginjinha* al coleteo. Gira la cabeza hacia atrás para beber, cierra los ojos, si uno se esfuerza, puede llegar a percibir el líquido atravesándole la garganta.

Afirma Foret que Anne, como siempre, se ha pasado con el maquillaje. Se ha aplicado una base oscura que se cuarteo como la pintura gruesa en una pared. Lo hace para cubrir los orificios del acné que la adolescencia dibujó en su cara con tinta indeleble. Lleva el pelo recogido en una cola de caballo. Viste como si fuera a la ópera. Es algo muy propio de Anne Marie, afirma Foret, siempre se arregla demasiado: a la gente eso acaba por molestarle, a la gente acaban por molestarle un gran número de gilipollices.

El hombre que sería Luis Foret la reconoce al segundo. Cómo no iba a hacerlo. El primer impulso es acelerar el paso: Anne Marie debería ser la última persona con la que se detuviera en ese momento de su biografía. Y, sin embargo, mientras ella deposita otro euro reluciente en la mano del portugués, el hombre que sería Luis Foret se pregunta qué puede perder. La situación en Óbidos ya es bastante deprimente de por sí; su relación con Kathy, deplorable. En el peor de los casos, le quedará la posibilidad de volver a Lisboa y esperar el tren de regreso a casa, lo cual supondría perder el dinero de las noches de hotel ya pagadas. Como peor escenario, afirma, no es demasiado desalentador. Por otra parte, si Anne Marie está alojada en Óbidos va a ser imposible no cruzarse con ella media docena de veces en los próximos días. Tomar la iniciativa no puede ser una idea tan desafortunada.

Otra *ginjinha*, ojos cerrados, cabeza atrás.

El hombre que sería Luis Foret se detiene tras ella y dice aclarando la voz: —¿Sabes que el vaso se come?

No se le ocurre nada mejor. Quién diría entonces que las palabras un día lo harán millonario.

Ella casi se atraganta.

—Otro más. Que no quiero el puto chocolate.

Anne Marie tiene una mirada hermosa, es atractiva a pesar del cutis y las grandes paletas que hacen de cerrar la boca una maniobra complicada. Afirma Foret que, cuando junta los labios, puede parecer que está poniendo morritos o haciendo algún tipo de gesto seductor, pero en realidad solo es un modo de guardar en la cueva un exceso de esmalte y marfil.

—Menudo reencuentro, ¿no? —dice ella reaccionando al fin.

—No pareces sorprendida.

—Pues lo estoy.

—¿Qué haces en Óbidos?

—He venido a beber *ginjinha*, ¿no lo ves? ¿Y tú?

—He venido a verte beber *ginjinha*.

—Pues qué bien nos está saliendo todo, ¿no? —Se ríe con un rechinar de dientes.

—¿Estás aquí por algo del trabajo? —pregunta él agarrándola suavemente del brazo.

Anne Marie ya trabaja entonces en la empresa de compraventa de telas que años más tarde los llevará a Marrakech.

—He venido buscando algo.

—¿A Óbidos? —dice desconcertado el hombre que sería Luis Foret—. Sería el último sitio al que vendría a buscar nada.

—Pues aquí estás tú también.

—Ya ves, la incoherencia personificada.

—Es un sitio hermoso —dice Anne dibujando un arco con la mano.

—Es cierto, es hermoso. ¡Pero las cosas hermosas son tan aburridas!

—¿Te parezco aburrida?

Anne sonríe y deja los dientes al descubierto. Afirma Foret que son aún más grandes de lo que recordaba, y eso que cuando estaba casado con Kathy la veía a menudo. En diciembre de 2005, en Óbidos, no hace ni seis meses del divorcio. Se pregunta si es posible que los dientes, como las orejas, sigan creciendo toda la vida.

—¿Y se puede saber qué estás buscando? —pregunta el hombre que sería Luis Foret.

El vendedor de *ginjinha* recoge frustrado los barquillos abandonados sobre el carrito y los arroja a una papelera de plástico.

—¿Qué es lo más difícil de encontrar para ti? —dice Anne.

—¿Es un juego? ¿Tengo que adivinarlo?

—¿Por qué no?

—Veamos, lo más difícil de encontrar... —Se masajea las sienes burlonamente—. No sé, ¿el antimonio?

—¿Qué es eso? —Anne suelta una carcajada.

—Un metaloide. ¿No sabes qué es el antimonio?

—No.

—Con sulfuro de antimonio se hace el kohl, por ejemplo, que los árabes usan para pintarse los ojos.

—¿Y es muy valioso?
—Es posible que se agote en veinticinco años.
—¡Vaya con el antimonio!
—Ya ves...
—Pero no. No estoy buscando antimonio. —Ella vuelve a reír.
—Así que he fallado.
—Sí.
—Quizá busques a un viejo amigo.
Anne pestañea despacio dos veces seguidas.
—Tú y yo nunca hemos sido amigos.
—Hoy es un día excelente para empezar a serlo.

El hombre que sería Luis Foret extiende la palma abierta hacia arriba y unas gotas caen sobre su mano. Anne Marie agita su paraguas verde, luego lo abre apretando un botón y los resguarda a ambos de la lluvia.

Esa noche la pasan en la habitación del hotel desportillado con olor a madera vieja.

—Aunque no lo creas —dice ella—, el mío es aún peor.

Afirma Foret que todavía desconoce qué busca Anne Marie. Descartadas la amistad y el antimonio, empieza a cobrar fuerza una nueva hipótesis, que se basa en las siguientes proposiciones: (a) El hombre que sería Luis Foret es torpe para la seducción. (b) Anne Marie ha accedido con demasiada facilidad a acompañarlo al hotel. La conclusión (c) salta a la vista como las paletas de Anne cuando se ríe.

De hecho, cree que lo complicado a esas alturas habría sido sacársela de encima. ¿Pero por qué iba a querer hacer eso? ¿Por qué iba a querer él sacársela de encima? La intoxicación de Paul Auster debía tener algún significado, afirma, y él estaba deseando encontrárselo. En cambio, Anne Marie... Digamos que ha de tener muchas ganas de compañía si acepta de buenas a primeras pasar la noche con él.

La conoció antes que a Kathy en aquel malhadado ciclo de Truffaut en la Alianza Francesa. Tenían previsto proyectar *Los cuatrocientos golpes* el primer día, pero la cinta se estropeó y finalmente programaron *El último metro*. Fue una gran decepción. Vaya, le había dicho él cuando coincidieron comprando las entradas, era la película que más me interesaba de todo el ciclo. A mí también, había contestado ella evitando enseñar mucho los dientes. Más tarde, casado con Kathy, le preguntó a Anne si al menos ella

tenía interés en Truffaut; Anne gesticuló un poco con sus manos huesudas y cambió de tema.

¿Habrían ido las cosas mejor si en aquel momento se hubiese quedado con Anne Marie en lugar de Kathy? Habrían sido diferentes al menos. Es posible que nunca se escribiera una biografía sobre él. Quizás habría sido más feliz. Si tiene que elegir a una de las dos, elige a Anne sin dudarlo. Puede que Anne fuera *Los cuatrocientos golpes* y Kathy, *El último metro*. Eso es todo lo que le sugieren, los títulos de dos viejas películas.

Ha querido menos a sus mujeres que a sus amantes, afirma, y a estas, menos que a las mujeres con las que nunca se llegó a acostar.

Escribió en *Disparando rayos de tristeza*:

«Anhelar a alguien es un placer más exquisito que tenerlo a tu lado».

Kathy y Anne eran uña y carne. Se conocían desde siempre. Cuando eran dos bebés, sus madres las paseaban por el mismo parque, compartieron guardería, colegio, instituto y, aunque estudiaron carreras universitarias distintas, nunca nada las había separado.

Ahí es donde entraba él.

Anne Marie debió de pensar aquella noche que, ya que eran uña y carne, no había maldad en seguir compartiendo.

O sabe Dios lo que se le pasaba por la cabeza a Anne Marie, porque de pronto todo se vuelve muy raro.

Raro hasta para los estándares de rareza de una biografía de Luis Foret.

Anne está sentada en una de las viejas butacas *biedermeier* con la piel del tapizado agrietada y el barniz de la madera levantado. Sobre el secreter hay un par de ejemplares antiguos de Camões y Eça de Queiroz en los que ya no se distinguen las letras, borradas, fugitivas. Todo en esa habitación parece huir, evaporarse.

¿Adónde va el cuero, la porcelana, el barniz? ¿Adónde van las letras?

Anne apoya sus pies sobre la colcha, los pies desnudos, unos pies preciosos que contrastan con sus manos huesudas, el tobillo redondeado, el empeine como el símbolo de infinito, los dedos fusiformes. Suele decirse que los pies son feos, afirma Foret, quien diga eso es que no ha visto los de Anne Marie.

El hombre que sería Luis Foret no les quita ojo. Ella se ha descalzado y se ha desprendido de los calcetines negros que los enfundaban.

—¿Te importa? —ha dicho.

Le ha parecido encantador que hiciera la pregunta.

La cabeza de Anne Marie reposa sobre la butaca, la inclina hacia atrás como si bebiera un vaso de *ginjinha*.

—Se está bien aquí —dice ella.

La estufa está al máximo y desprende un calor sofocante. El enchufe chisporrotea como una vieja radio sintonizándose.

—No sé por qué te quejas tanto del hotel. Créeme, hay cosas peores —sigue diciendo.

Y luego añade:

—Kathy tiene razón: te quejas demasiado.

Ya estamos otra vez, afirma él que piensa.

—Anne, creo que será mejor no hablar de Kathy esta noche.

Está tumbado en la cama, la cabeza sobre un cojín que apoya en el cabecero de madera oscura. Desconchado por descontento.

—Ya, perdona —dice ella—, no me he dado cuenta.

Venga, Anne, ¿de verdad no te has dado cuenta?

—Está todo muy fresco. Es lógico que no lo hayas superado —añade ella.

Él sonríe, no lo puede evitar. ¿Superado? ¿No será ella quien no puede superar que está en una habitación con los pies descalzos sobre la cama con el exmarido de su mejor amiga?

Cambia de conversación.

Hablan sobre telas. El maravilloso mundo de las telas. Aún no sabe hasta qué punto acabará hasta las narices de las telas. El precio increíblemente bajo que tienen las telas en Turquía, Marruecos o Bangladesh. La hipocresía de las grandes marcas que utilizan a niños y mujeres en régimen de esclavismo en los talleres para enriquecerse a su costa. En su empresa, en cambio, no son negreros, solo intermediarios. Lo dice segura, convencida.

Esa es otra característica de Anne Marie, afirma Foret: es franca e ingenua. Al menos su voz es bonita, melodiosa, y lo sabe, y no le importa en exceso convencer a los demás.

Lleva horas hablando con su voz melodiosa.

Lleva hablando desde que entraron en el único bar abierto en Óbidos más tarde de las seis. Había empezado a llover con fuerza y se refugiaron en aquel antro de bancos corridos que desprendía el aroma del alcohol quemado. En el techo, viejos cascos de cerveza vacíos colgaban boca abajo como crías de murciélago sujetas por el cordón umbilical.

—Espero que estén bien agarradas —había dicho Anne.

Pidieron el vino de la casa, que el camarero escanciaba de una jarra sucia, y unos chorizos al infierno, que daban al local su olor característico. El hombre que sería Luis Foret sonrió cuando el portugués prendió fuego a la cazuela de barro y una llama les calentó las pestañas. Le dijo a Anne que no era lo que suele entenderse como una cena romántica.

Ella replicó muy seria:

—¿Y por qué se supone que habría de ser romántica?

Y, sin embargo, al salir de cenar Anne se había colgado de su brazo y se habían apretujado para caber bajo el paraguas verde. A ella se le ocurrió refugiarse de la lluvia en su hotel.

¿En qué quedamos, Anne Marie?

Eran las siete y media, noche cerrada, los locales habían bajado la persiana. Qué otra cosa podían hacer.

Hablar.

Mirar sus pies.

Pero afirma Foret que llega un momento en que conoces de memoria cada curva de sus pies. Llega un momento en que las conversaciones se acaban. Cuando pasas la noche dando rodeos a la única cosa que tienes en común —Kathy—, ese momento es inexorable.

Llega un momento en que no hay más que decir y solo quedan dos posibilidades: el sexo o la retirada.

No hay término medio, no hay tregua, no hay atajos.

Salvo que seas el hombre que sería Luis Foret, en ese caso puede ocurrir de todo.

—Aún no me has dicho qué has venido a buscar a Óbidos. No me has dicho qué es eso tan difícil de encontrar —dice él.

Los pies de Anne juegan el uno con el otro, a él le apetece estirar la mano y tocárselos, pero un movimiento brusco, extemporáneo, podría provocar su rechazo: tocaría retirada. Quizás, afirma, siendo caballeroso, tendría que acompañarla a su hotel al otro extremo del pueblo. Eso le produce tal pereza que solo por esa razón, en la dicotomía que a esa hora se plantea, elegiría sexo.

Además, qué diablos, lleva sin hacerlo desde que se divorció de Kathy. Por no hablar de la bofetada que supondrá para su primera mujer enterarse de que se ha acostado con su mejor amiga, porque se enterará, de eso no le cabe

duda. Para él, afirma, todo son triunfos. Si alguien debería mostrarse más reticente, esa es Anne Marie.

—He venido a buscarme a mí misma.

—¿Te has perdido?

—Un poco. —Anne tamborilea con los dedos en el reposabrazos de la butaca.

—Olvida lo que te dije antes —dice él—. No es tan mala idea venir a un sitio como este para encontrarse. Lo único que uno puede hacer aquí es encontrar cosas.

—Excepto el antimonio.

Ella sonríe mostrando sus largas paletas. Él se pregunta cómo hace para comer, el hueco que sus dientes abren en la boca es diminuto.

—No sé —sigue ella—, nuestras visiones de Óbidos se van cruzando. Yo ahora me siento más perdida. No es este el encuentro que esperaba.

Anne da un brinco de la butaca a la cama. Ha llegado el momento de tocar sus pies. El hombre que sería Luis Foret se arrodilla sobre la colcha.

—¿Puedo? —pregunta agarrándole con suavidad el empeine del pie derecho.

—¿Alguien ha dicho que no alguna vez a un masaje en los pies?

Él se encoge de hombros.

—Seguro que alguien ha dicho alguna vez que no a cualquier cosa.

Anne coloca los pies sobre las rodillas del improvisado masajista. Lleva un vestido negro que se desliza sobre los muslos. Su postura despreocupada —cabeza hacia atrás, ojos cerrados— permiten que él vislumbre la mata de vello púbico que ennegrece unas bragas negras. Quizá no sea un descuido. Él se afana en acariciar con dulzura los pies intentando no hacerle cosquillas. Las cosquillas son enemigas de la sensualidad.

Por no hablar de lo siguiente que ella le dice aún con los ojos cerrados:

—Estoy embarazada.

—¿Cómo?

—Que estoy embarazada. —Se incorpora un poco.

Se miran a los ojos; ella aprieta los dientes y frunce los labios. A él le apetece besarla pero cree que no es el momento. Todo parecía acordado y ahora retroceden al principio. Al antro de los chorizos al infierno.

O más atrás aún. *A Los cuatrocientos golpes.*

—No sé qué decirte. ¿Enhorabuena?

—No, enhorabuena no.

—Pues lo siento, entonces.

—Tampoco. Voy a tenerla. Quiero tenerla.

—¿Sabes que es una niña?

—Lo intuyo.

Anne Marie está embarazada de dos meses.

Él sigue acariciándole los pies, las bragas están a la vista pero no está convencido de si debe seguir mirándolas.

La situación es algo absurda de por sí. E irá a peor.

Se supone que ahora él debe preguntarle algo. O no. Carraspea.

—¿Y el padre? —lo dice dudando, tartamudeando.

—No lo conoces.

—Ya, bueno, tampoco es que nos hayamos visto tanto últimamente, ya me entiendes. Pero no me refiero a eso.

Ella suspira. Le pregunta si puede fumar un cigarro. Él le dice que sí. La habitación es de no fumadores, pero eso da lo mismo. Está embarazada. Si al feto no le molesta, tampoco cree que le moleste al recepcionista.

—Pero necesito que me des un cigarrillo, yo no fumo —dice ella.

—Has escogido un gran momento para empezar.

Le ofrece el paquete de Lucky Strike con el filtro de un pitillo asomando por el papel de plata agujereado.

—¿Y la *ginjinha*? ¿Y el vino en el bar?

—Estoy buscándome.

—Pues más vale que te encuentres pronto o el niño saldrá con síndrome de abstinencia.

—Primero, es una niña, ya te lo he dicho, y, segundo, ¿estás juzgándome como madre?

Retira sus pies y se sienta en posición de loto. Adiós a la visión de las bragas.

—¿Yo? Dios me libre.

Anne aspira una larga calada y después tose como tose quien no sabe fumar. El humo vuela hacia los ojos que lagrimean, luego empieza el llanto. Se acerca a consolarla.

—No te preocupes —dice Anne—. Cuando corto cebolla me ocurre lo mismo. La reacción química hace llorar a mis ojos y luego yo me pongo a llorar a moco tendido. Soy incapaz de dejar que mis ojos lloren solos.

Afirma Foret que la explicación le entenece y vuelve a querer besarla.

—A mí me parece fascinante esa solidaridad de tu cuerpo con tus ojos.

Anne ríe y llora al mismo tiempo con las paletas en apogeo.

Como la carrera de Paul Auster. O más.

Él se dice que sí o no. O sexo o retirada. O bragas negras o paraguas verde. Así que la besa.

Choca, claro, contra sus incisivos centrales; introduce la lengua por el agujero que dejan, más grande de lo que parecía. Se ensancha, afirma Foret, como el conducto por el que saldrá la niña.

La lengua de Anne responde ansiosa, húmeda, sabe a nicotina. Él le acaricia el cabello y luego desciende hasta un pecho. Es entonces cuando todo comienza a complicarse.

—No puedo hacerlo —dice ella muy seria.

—No pasa nada, lo entiendo —dice él—. No quieres hablar del padre pero supongo que lo habrá.

—Claro que lo hay —dice ella—. ¿Quién te crees que soy, la puñetera Virgen María?

—Era una manera de hablar —se disculpa tratando de recomponerse y disimular su erección.

Escribió en *Disparando rayos de tristeza*:

«Lo peor del rechazo a ciertas alturas es que los genitales suelen ser los últimos en enterarse».

—Pero entiendo que no quieras hacer nada por respeto a él.

—No entiendes nada.

Se ve que el hombre que sería Luis Foret nunca entiende nada.

Ella deshace su cola de caballo y la recompone. Es un gesto nervioso. Se tira tanto del pelo hacia atrás que la piel de la frente se desplaza y las cejas ascienden.

—Tuve una relación de cuatro meses con él, me dejó por otra hace un mes y no sabe que estoy embarazada. Espero que no lo sepa nunca.

—¡Ah! —dice él.

Y no dice nada más porque no sabe muy bien qué más decir que «¡ah!».

Sigue uno de esos silencios incómodos que se producen cuando dos personas creen que es el otro quien tiene que continuar la conversación.

Finalmente ella es quien lo hace, sin disimular un punto de decepción:

—No puedo hacerlo. No puedo practicar sexo estando embarazada, me parece una falta de respeto que un pene ande paseándose por ahí mientras mi niña está dentro.

—¡Ah! —dice él.

Y no añade nada más, porque qué coño se añade a eso.

¿Acaso le va a preguntar si sabe cómo funciona el tema por ahí abajo? Si se cree que su niña está de excursión por la vagina o qué.

Es lo más normal del mundo. Bebe alcohol, empieza a fumar, pero no quiere penes por ahí. Nada de penes.

Por eso él solo dice «¡ah!».

Anne apoya la cabeza en su hombro y él la acaricia en señal de solidaridad, como el cuerpo de ella cuando acompaña el llanto de los ojos al pelar cebolla. Pero es la solidaridad más falsa de la historia. Una palmada en la cabeza suele significar: entiendo lo que sientes; esta significa: no entiendo una mierda. Cuando le toca el pelo nota sus cabellos tensos como cuerdas de guitarra.

—Pero... —dice ella.

¡Ah! Hay un pero.

—Pero siempre se pueden hacer otras cosas.

—¿Cómo?

No sabe si le va a proponer jugar al *mahjong*.

—Que hay más cosas que la penetración.

—Sí, claro.

Claro que hay más cosas que la penetración: están las butacas de piel carcomida, los espejos que no te reflejan, la estufa que es como una frecuencia de AM sin emisión, los libros con letras huidizas... Pero para nada de eso la necesita a ella allí.

—¿Quieres?

Él se encoge de hombros. Le cuesta saber si quiere las cosas que sabe lo que son. Imaginad las que no sabe.

Anne lo interpreta como un sí.

Tira de la hebilla del cinturón y la desabrocha con un movimiento de muñeca. Pellizca el botón de los vaqueros y se los baja junto a los calzoncillos. La erección no ha desaparecido del todo.

Escribió en *Disparando rayos de tristeza*:

«Tus genitales suelen ser los últimos en enterarse de todo y a veces es una suerte».

En medio segundo ella la tiene en la boca. Pero no debe de estar muy convencida. O le ha visto a él cara de susto porque enseguida le pregunta:

—¿Te gusta?

Y se la vuelve a meter en la boca sin esperar respuesta.

¿Qué se responde a eso?

Debe de ser lo que llaman función fática del lenguaje, afirma que piensa.

O función fática del lenguaje.

Afirma Foret que nunca ha sido el hombre más romántico del mundo, pero si se trazara una escala de romanticismo, un diagrama cartesiano del encanto, una campana de Gauss de la seducción, el instante que sigue a continuación sería el más bajo e indecoroso de su vida.

Todo lo que dice, todo lo que se le ocurre decir en ese momento, es:

—¡Cuidado con los dientes! ¡Cuidado con los dientes!

En el caso de que Luis Foret escribiera esta biografía, en el caso de que escribiera este capítulo sobre el hombre que fue, no podría decir mucho más sobre los siguientes días, semanas, meses.

Es curioso que seas capaz de recordar a la perfección un vaso de barquillo recubierto de chocolate, la llamarada de un chorizo, una butaca de cuero carcomida o la exclamación más inapropiada y, en cambio, hayas olvidado un compromiso de matrimonio, un mudarse a vivir con otra persona, un embarazo, una barriga que crece cada día en tu cama. Difícil de creer, ¿verdad?

Pero él asegura no recordar nada de eso.

De los meses siguientes, afirma, lo que recuerda es una felación constante. No es que las pida ni tampoco las rechace. Él ahí pinta poco, ella marca el ritmo. Le tocan a diario hasta el nacimiento de Nata. A él le incomodan, pero no protesta.

Siempre ha sido el cobarde que se esconde detrás de una equis.

Quizás, afirma, debió echarse a correr, pero esperó seis años para hacerlo.

Lo que hizo, en cambio, un año después de divorciarse, fue casarse con la mejor amiga de su primera mujer, embarazada de ocho meses de otro hombre.

Aunque Anne Marie la invitó, Kathy no se presentó en la boda. Él no protestó por la invitación, le parecía superfino; sabía de sobra que Kathy nunca asistiría a esa ceremonia. Es más, Kathy le retiró a Anne la palabra, a pesar de que en la conversación previa a la ruptura esta esgrimió como atenuante que mantenía la virginidad vaginal con el hombre que sería Luis Foret.

El hombre que sería Luis Foret trató a Nata como habría tratado a su propia hija. Luego la abandonó como habría abandonado a su propia hija.

El hombre que sería Luis Foret le dijo a Anne Marie que no iba a usar la alianza; ella no puso objeción. Lo último que quería el hombre que sería Luis Foret era llevar ese grillete dorado alrededor del dedo solo porque Paul Auster hubiera comido ostras.

Solo porque ella no hubiera ido a Óbidos en busca de antimonio.

Documento anexo N.º 4

Decálogo para echarse a correr

*Extraído del volumen Echarse a correr,
escrito por Luis Foret y publicado en diciembre de 2016*

Veréis, conocí a este tipo que se echó a correr un día cualquiera.

Corría escapando como si eso sirviese de algo. No se daba cuenta de que eso de lo que escapaba marchaba corriendo a su lado.

Por mucho que incrementase el ritmo, no conseguía dejarlo atrás.

Para entender a este tipo, lo primero que hay que establecer es qué es echarse a correr.

Correr es más sencillo de lo que parece, hay que entrenarse un poco, es importante que no fumes y no tener sobrepeso, pero, pronto, hasta el más torpe es capaz de recorrer cinco kilómetros en media hora. Esa es la meta que tienes que fijarte al principio, nada más que eso: cinco kilómetros. Si te marcas metas poco realistas, enseguida desistirás.

No tardarás en correr los cinco kilómetros sin ahogarte, aunque habrá días que lo detestes, que te preguntes por qué coño estás corriendo, qué ganas tú trotando sobre unos tenis con cámara de aire, unos tenis que en realidad corren más que tú.

Olvida los tiempos, céntrate en la distancia. Olvida a los *runners* que te pasan como un silbido, porque esos se apresuran mucho pero no saben a dónde se dirigen, solo dan vueltas sobre sí mismos, ya lo verás, pronto volverás a tenerlos delante.

Esa es la clave de toda esta historia: las vueltas. Los *runners* hacen siempre un recorrido circular y finalizan en el lugar en que habían empezado. Entonces, claro, lo lógico es que acabes por preguntarte: ¿qué sentido ha tenido la carrera?

Echarse a correr solo tiene sentido si partes de un punto A para llegar a un punto B, y si ese punto B es mañana la salida hacia el punto C. Y así sucesivamente.

Si echas a correr y desayunas cinco kilómetros al amanecer, un reto al alcance de cualquiera, y meriendas otros cinco a primera hora de la tarde, habrás recorrido diez kilómetros. Si lo haces cada día durante un mes, serán trescientos kilómetros. En un año, 3650. En quince meses habrás llegado a Moscú desde cualquier punto de España. Eso es echarse a correr, y no lo que hacen los *runners* que te pasan como un estornudo.

Solo se echa a correr quien se dirige a un destino.

Así que el tipo de esta historia pone rumbo a Moscú, y en el camino escribe un decálogo: el decálogo de echarse a correr. Para él es como las Tablas de la Ley. Dice así:

1. Asume que necesitarás una mochila con ropa de deporte que puedas usar mientras la que ahora vistes está húmeda. Habrá meses del año en que se seque en la habitación del hostel después de lavarla a mano, pero en invierno tardará más y la llevarás húmeda en la mochila. Es un precio que hay que pagar.
2. Asume que has de llevar contigo una tarjeta de crédito con fondos suficientes, esto no te va a salir gratis. Pero si duermes en hostales de carretera, si comes un bocadillo o un menú del día, por 20 000 euros puedes ponerte en Moscú, no más de 25 000. No me digas que no tienes ni siquiera eso ahorrado.
3. Asume que deberás ser precavido y correr solo de día, muchos tramos los harás por arcones de carreteras, y los arcones a menudo son entelequias como la felicidad. No querrás acabar aplastado por un coche. Habrá caminos más agradables que te lleven del punto A al punto B, pero la carretera asegura que no te pierdas, que no haya un ladrón o un asesino al acecho. ¿Conocéis a algún asesino que vaya caminando por una carretera nacional?
4. Asume que has de olvidarte de la televisión y los móviles, sobre todo de los móviles. Habrá días en que tu voluntad flaquea y quieras coger esa llamada que has rechazado durante un mes o te sientas tentado a enviar un *wasap*. No lo hagas. Todos los kilómetros recorridos no

valdrán de nada si lo haces. Deja el móvil en la que era tu casa, tíralo a un contenedor cerca de una depuradora de aguas residuales.

5. Asume que has de ir solo. El quinto mandamiento es siempre el más importante. Echarse a correr no tiene sentido en compañía: no trates de armonizar los ritmos. Indefectiblemente, uno irá más rápido y habrá de esperar al otro. Echarse a correr es como la vida; el motivo de echarse a correr, no nos engañemos, es dejarlos a ellos atrás.
6. Asume que has perdido tu trabajo. Aunque seas funcionario te quitarán la plaza por ausencias continuadas injustificadas. Es la mejor parte de esta historia: los empleos de mierda no te persiguen. Créeme, no lo echarás de menos.
7. Asume que si no eres muy sociable pueden transcurrir semanas enteras sin una verdadera conversación. Ahora piensa de qué te han servido las conversaciones a lo largo de tu minúscula existencia. Piensa por qué muchas religiones llegan a Dios a través del silencio.
8. Asume que por mucho que corras no podrás escapar de ti. Irás contigo a cada paso, tu voz será la que oigas cuando abras la boca, tus demonios serán los que te torturen. Cambiarás de nombre durante el trayecto, pero el hombre que serás no podrá engañar al que eres.
9. Asume que si llevas la muerte contigo, si eres Ted Hughes en esta historia, la muerte no se va a quedar en casa. La muerte no necesita WhatsApp.
10. Asume que nunca llegarás a Moscú, pero eso será lo mejor de todo porque te ahorrará pensar qué hacer cuando llegues allá y plantearte entonces si este decálogo tiene algún sentido.

7

El relato de Urgulanila

Saint-Émilion (Francia), marzo de 2013

Afirma Foret que el séptimo relato de su biografía sucede en un pueblo vitivinícola del sur de Francia cinco meses después de echarse a correr y abandonar a Nata y Anne Marie. Afirma que el relato debe comenzar con una mujer diciendo que el calefactor de aire del baño del hotel, un cacharro viejo y estrepitoso, suena al arrancar como la *Rhapsody in Blue* de Gershwin. Afirma que con eso os podéis hacer una idea del tipo de mujer que es.

Estudió Arte en el Saint Martin's College. Se lo dijo nada más conocerlo. Ella bebía un burdeos de nueve euros la copa. Él le preguntó si su padre estaba forrado y ella se rio.

Ahora en el hotel la ve tan alta que le incomoda. Se siente Claudio en *Yo, Claudio* cuando lo casan obligado con esa mujer tan grande que parece un caballo. Supone que ella percibe su incomodidad, pero debe de estar acostumbrada. Lo aventaja en unos cuantos centímetros, incluso ahora que está descalza.

Cuando esa tarde ella se levantó del taburete en el bar en que se habían conocido, afirma, los ojos del hombre que sería Luis Foret hicieron un viaje de ida como el del Discovery. Es curioso porque sentada parecía una chica normal. No quiere decir que no lo sea, que sea un monstruo o algo por el estilo, porque no lo es. Hasta podría decir que su cara es hermosa. Si alcanzas a verla, claro.

En el hotel ella se prepara un baño. El agua hierve, el hombre que sería Luis Foret puede sentir el calor desde la habitación. Imagina que ella necesita algún grado más que el resto para caldear esas extremidades. La sangre viaja, pero se toma su tiempo. Fuera llueve, hace frío en las calles oscuras, vacías. La vendimia terminó hace unos meses y el pueblo languidece aburrido. Él lo prefiere así. Además es más barato. Si estuviera lleno de turistas adinerados catando vinos y escupiéndolos, huiría corriendo, afirma, sí, corriendo.

La chica alta le dijo en el bar que quería ver la iglesia monolítica de Saint-Émilion. Era la única razón de que hubiese hecho allí una parada, el vino no le importaba en absoluto. Lo decía sorbiendo el burdeos que enjuagaba en sus carrillos de forma cursi. Le dijo que le gustaban las cosas de una pieza, como la iglesia. El hombre que sería Luis Foret le respondió que, en ese caso, él no le gustaría. Bueno, dijo ella, la iglesia monolítica está excavada en la tierra, es su interior lo que la hace única. Se le hizo obvio que ya entonces había tomado la decisión por él.

Una decisión que la conduce a la bañera de su hotel. Él se pregunta ahora si cabrá en ella con esas piernas tan largas o le dará sin querer una patada al calefactor de aire y lo tirará al agua. El trasto tocará entonces *Rhapsody in Blue* en amperios subacuáticos. Y se acabará todo.

El hombre que sería Luis Foret llevaba una semana en Saint-Émilion y aún no había estado en la iglesia monolítica. Ni se le había pasado por la cabeza. Había ido a varias bodegas que se podían visitar gratis. En las vinotecas ya lo conocían: sabían que hacía las catas y luego no compraba nada. Lo sabían desde el principio porque no escupía el vino: se lo tragaba sin saborearlo.

Es extraño que una desconocida te acompañe a tu hotel y se bañe en tu bañera, salvo en los casos en que previamente ha practicado sexo contigo. Pero lo primero que ella le pidió al llegar fue si podía darse un baño. Él le dijo que por qué no. Supuso que el sexo vendría luego. Cuando se descalzó, advirtió que le olían los pies. Después de todo, afirma, el baño no era tan mala idea.

Para visitar la iglesia monolítica hay que comprar los billetes en la oficina de turismo. Es una visita guiada y todo eso. Vamos, que no puedes ir por tu cuenta. Él lo sabía incluso aunque no se hubiese interesado en ir. Cuando llevas una semana en un pueblo pequeño como este, lo sabes casi todo sobre él. Falta poco para que saludes a la gente por su nombre. Aunque tampoco es un pueblo de gente muy agradable.

Al hombre que sería Luis Foret le sorprende cómo ella se apropia de la habitación. Su mochila está sobre la mesa redonda; la ropa, extendida sobre sus papeles. Hasta ha visto algunas de sus bragas encima de donde mañana, antes de irse, escribirá una carta en mal francés a la dueña del hotel.

Puede que él tardase más de la cuenta en beber su copa de *grand cru classé* en el bar junto a la iglesia monolítica. Puede que no. Puede que fuera el tiempo natural si tienes en cuenta que el campanario había tañido las cuatro y no había probado bocado en todo el día. La cosa es que cuando llegaron a la

oficina de turismo ya estaban todas las entradas vendidas. O se había agotado el plazo. O algo así. Porque él tampoco es la persona que mejor francés hable en el mundo y en ese pueblo no van a ganar un premio de simpatía.

Urgulanila. Eso es. Así se llamaba aquella gigantona con la que casan a Claudio en *Yo, Claudio*. Y todos se ríen de él. Se pregunta si alguien se reiría hoy de él pensando cómo será su cópula con su Urgulanila particular. Quién sabe, igual sí que es de risa. Ahora mismo eso no lo sabe ni él.

Ella se enfadó un poco. Urgulanila. Se enfadó cuando se enteró de que se habían quedado sin entradas. ¡Si no hubieses tardado tanto en acabarte la copa! Pero eso ella tampoco lo sabía. Igual los billetes estaban agotados desde ayer. O igual visitando la iglesia les caía una de sus monolíticas piedras en la cabeza. O un atentado yihadista los sorprendía soterrados claustrofóticamente. En estos meses el hombre que sería Luis Foret ha tratado de no hacerse demasiadas preguntas del tipo: ¿y si te hubieses acabado antes la copa? Lo peor de hacerte preguntas, afirma, es que acabas respondiéndolas.

El hotel está a tres minutos de la iglesia monolítica. En Saint-Émilion las distancias son más cortas que las piernas de Urgulanila. Sobre una silla está secándose la ropa del hombre que sería Luis Foret. Ella se ríe porque él seque ahí la ropa. ¿Dónde quiere que lo haga? Es invierno, llueve, el clima es húmedo, no hay balcón en el cuarto, solo una ventana sin tendal, con postigos desiguales que no encajan en la repisa. Ella también se ríe del adorno en forma de cazadora de cuero rígida, de cerámica o un material similar, que tiene la dueña en la habitación. Quizá sea motera y por esa razón nunca esté en el hotel. Aunque tampoco lo llamaría hotel, es más bien una casa con jardín y habitaciones de alquiler. Un hotel tiene recepción, ¿no? A él la cazadora de cuero que no es de cuero le resulta útil para colgar el abrigo a secar cuando lo lava. Coloca al lado el calefactor de aire. Le da marcha a George Gershwin y arreglado. Hay también un biombo chino y una cómoda blanca con pintitas negras. El pueblo no ganaría un concurso de simpatía, la habitación no ganaría uno de decoración.

¿Y ahora qué?, dijo ella al salir de la oficina de turismo.

¿Y ahora qué de qué?

A él la iglesia monolítica le daba lo mismo. Le dijo que iría con ella por acompañarla, y eso antes de que se pusiera de pie. Se lo dijo mientras seguía sentada en el taburete. Probablemente, si se hubiese puesto antes de pie sería distinto. (Pero, afirma, sigue procurando no hacerse preguntas del tipo: ¿y si ella se hubiera puesto antes de pie?).

Urgulanila canta desde el cuarto de baño. Aún no se ha metido en la bañera, de hecho, está vestida. Lo sabe porque entra y sale a revolver en la mochila. Más bragas y sujetadores sobre sus papeles. Tararea *Common People* y eso a él le hace gracia. Los dos deben tener la canción en la cabeza desde que se conocieron.

Ahora, le dijo él en la puerta de la oficina de turismo, podemos hacer lo que sea pero que sea rápido, en dos horas será de noche y por aquí no encontrarás ni el mildiu. Urgulanila no sabe lo que es el mildiu pero da igual, tampoco lo iba a encontrar. Es una mierda de metáfora.

Cuando Urgulanila encuentra por fin un frasco con sales de baño, ve los libros sobre la mesilla y se para a hojearlos. *De qué hablo cuando hablo de correr. La música del azar*. Le pregunta si esos son los libros que está leyendo. Afirma Foret que le responde si cree que los tiene en la mesilla para alardear. ¡No creo!, dice ella, el alarde con Auster y Murakami está en no haberlos leído.

Él le contesta que se ha leído cada uno media docena de veces.

Ella le dijo, fuera de la oficina de turismo, que él era el experto en Saint-Émilion, así que la llevó a su rincón favorito. Su rincón de Saint-Émilion no es la plaza de terrazas bajo un haya, con toldos y adoquines; ni la estrecha explanada que flanquean la torre del campanario de la iglesia monolítica y un restaurante con dos estrellas Michelin; ni el claustro medieval en que sirven vino espumoso. Su rincón favorito de Saint-Émilion es una escombrera, una antigua casa en ruinas cerca del hotel. No es sencillo acceder a ella, pero merece la pena. Queda el esqueleto: una ventana que ahora es un vano rodeado de piedra y un muro con ocho metros de caída; crecen líquenes en las juntas de los sillares, musgo, flores modestas que los insectos polinizan con desidia; en el interior la maleza se ha adueñado de todo, pero aún se distinguen unos escalones, un tabique, lo que debió ser una chimenea.

Ella dijo: ¿por qué te gusta este lugar?

Ella dice: ¿por qué te gustan estos libros?

¿Por qué le gusta a uno lo que le gusta? ¿De verdad hay que perder el tiempo en esa clase de explicaciones?

Lo hace, lo pierde: le dice que uno de los libros le enseña que se pueden correr 70 kilómetros a la semana, lo cual significa unos 300 kilómetros al mes, lo cual significa unos 3650 kilómetros al año. Le explica que la que era su casa está a unos 4000 kilómetros a pie de Moscú. Lo cual significa que en un año y tres meses podría llegar corriendo a Moscú, que es lo que se ha propuesto.

¿Y luego?, dice ella.

¿Y luego qué?

Aquel lugar, aquel solar abandonado, le gustaba porque imaginaba la vida de la gente que vivió allí hace ahora cuánto... ¿treinta años? ¿Cien? ¿Ocho? Era incapaz de calcular cuánto llevaba su escombrera deshabitada. Imaginaba en qué parte de la casa habrían hecho el amor, en cuál se habrían desenamorado, dónde habrían recibido la noticia de la guerra, dónde la del fin de la guerra —¿y cuál de las guerras?, ¿Alemania, Prusia, Inglaterra, España?—, dónde habrían dado a luz, dónde habrían fallecido. Eran historias de fantasmas.

Todas las historias de amor son historias de fantasmas, dijo ella.

Y eso se lo decía ella a él.

El otro libro le enseña a ser valiente, a no volver sobre sus pasos: el protagonista cobra una herencia, coge su coche y se pone a conducir y a viajar hasta que se le acabe el dinero. Y, qué quiere que le diga, le parece un plan inmejorable.

Ella le dice que, como plan, le ve algún que otro agujero.

¿Como cuál?

No sé, dice, ¿y luego?

¿Y luego qué?

Ella le pregunta si una vez que llegue a Moscú se pegará un tiro.

Él le dice que no lo sabe, que el suicidio no le atrae especialmente, que espera encontrar antes alguna motivación.

Ella le dice que tal vez ella sea la motivación.

Él se echa a reír y le dice: voy preparando las balas.

Afirma Foret que la luna llena asomó sobre la escombrera y pudo ver que la nariz de Urgulanila bajo la luz mortecina parecía hermosa y proporcionada. Una de las narices más bonitas que había visto en su vida: solo que no sabía si trasplantada a otro cuerpo, a un cuerpo, afirma, normal, seguiría pareciéndoselo. ¿Y su vagina? ¿Cómo sería su vagina?, afirma Foret que se pregunta. ¿De qué tamaño? ¿Un agujero negro en el que, como en un relato erótico, cabría un hombre entero?

En el hotel ella se empeña en enseñarle lo que está leyendo. Como si a él le interesase. Se siente muy cómodo leyendo una y otra vez los mismos libros. A veces no tiene ni que mirar la página, cierra los ojos y los párrafos traspasan sus párpados y entran en el cerebro.

¿Y ahora qué?, dijo ella en la escombrera.

¿Y ahora qué de qué?

Hacía cinco meses que el hombre que sería Luis Foret corría hacia Moscú y no había llegado más allá del oeste de Francia, pero lo de ella no era mucho mejor. Caminaba a pie desde Londres. Había perdido su trabajo y para relajarse había decidido volver andando hasta su casa en León. Había cruzado en ferri de Dover a Saint-Nazaire, cerca de Nantes; en Saint-Jean-de-Pied-de-Port engancharía con el Camino de Santiago. ¿Trabajabas en Londres y todo lo que traes contigo es una mochila? Ella le explicó que su padre había contratado un camión de mudanza para que llevase todo lo demás.

La niña rica que llama a papá al ver cucarachas en la pared.

Y esa mochila, qué cantidad de bragas es capaz de albergar. Ahora están todas sobre su escritorio, el libro se resiste al fondo. Parece que Urgulanila solo lleve consigo bragas y el libro.

Ahora, dijo el hombre que sería Luis Foret en el vano de la escombrera, si quieres puedes dormir en mi hotel, hay un pequeño sofá en la habitación, no me importa pasar la noche en él.

Ella se alegró porque reservaba día a día los albergues con el portátil y tenía una reserva en Libourne que iba a perder porque le daba miedo ir hasta allí en una noche tan cerrada. Estaba empezando a llover. No esperaba demorarse tanto en Saint-Émilion y, además, si se quedaba, al día siguiente podía hacer un segundo intento con la iglesia monolítica. Él le dijo que sí, que claro, mientras pensaba en aventurarse por esa vagina que concentraría en sí misma toda la gravedad del universo.

Ella le dice: olvídate de Auster y Murakami, esto es lo que se lleva ahora. Él le dice que lleva cinco meses de desconexión total, ni móvil ni televisión, y que no tiene curiosidad por las modas. Urgulanila le alcanza el libro desde la mesa. Más bien se lo arroja a la cama, él está tumbado en ella como si quisiera dejarle ver a Urgulanila que lo que le dijo acerca de dormir en el sofá no debe considerarse una cláusula innegociable del contrato.

¿Te das cuenta? Es increíble, dice ella mientras caminan los escasos metros que separan la escombrera del hotel, lo nuestro es una coincidencia plenilunar, una serendipia, una concomitancia medieval. ¿Cuántas opciones hay de que dos caminantes como nosotros se crucen en el mundo actual? Es una novela de Calvino, un episodio de la moderna Cruzada...

Que se calle ya con sus calificativos cursis, afirma Foret que piensa. A él no le parece nada de eso. No le parece nada de lo que ella dice. Le parece más bien uno de esos problemas de matemáticas: si un tren se dirige a Moscú a 60 kilómetros por semana y otro viene de Londres cargado de bragas y se para en todas las iglesias monolíticas del camino, ¿en qué lugar se cruzan?

Digamos que cuando ve la cubierta del libro se queda lívido. La sangre viaja pero se toma su tiempo. En este caso, se toma el trimestre entero.

Es un pseudónimo, dice ella, nadie sabe quién es: en la solapa, en lugar de fotografía hay una equis, como en...

Thomas Pynchon. Ya termina él la frase por ella.

Vale, muy listo, dice ella, échale un ojo, yo voy a la bañera, verás como el libro te sorprende. Es insólito, inesperado...

Increíble, inverosímil.

¿Cómo se distingue un golpe mortal de un golpe sin importancia en mitad de un golpe de suerte? El ruido es parecido. A veces el golpe mortal es incluso menos estruendoso. Amortiguado por la música de George Gershwin a cargo del eje del ventilador del calefactor de aire, suena como un impacto seco. Plonc. Casi metálico. El cráneo recubierto de piel no es más que otro instrumento de percusión. No da tiempo a gritar, no da tiempo a nada. Del resbalón a la muerte no transcurre ni un segundo. Ni aunque midas un metro noventa.

Luego entras en el baño y te encuentras con ese espectáculo. Un cuerpo excesivamente grande en una bañera excesivamente pequeña. Inerte. Muerto. Demasiadas emociones en una misma noche. La sangre, afirma Foret, corre más veloz que nunca por sus venas: su sangre está dispuesta a llegar a Moscú mucho antes que él.

Si bien la muerte no deja últimamente de rondarle, el de Urgulanila es el primer cadáver que contemplan los ojos del hombre que sería Luis Foret. El primer ser humano muerto. Un ser humano tan grande que no hace más que incrementar el patetismo de la escena. Aunque, tal como está colocada en la bañera, no se diferencie mucho de una mosca patas arriba. No hay sangre por ningún sitio. Palpa su pecho izquierdo para ver si encuentra el corazón. Nunca habría imaginado que Urgulanila tuviera unos pechos tan voluminosos. Igual no lo son tanto si el motivo es sexual, pero si quieres buscar un latido, la glándula mamaria es como la huevera de un estudio de grabación: acalla cualquier sonido. O tal vez sea solo que el concierto terminó.

Agarra el brazo sumergido en el agua tibia: no encuentra pulso, pero es muy malo para estas cosas, afirma, no sabe ni ponerse un termómetro. La llama. Intenta llamarla por su nombre. La llama Urgulanila. Le dice: Urgulanila, despierta. Despierta, coño. Se dice que su último problema ahora es que ella se ofenda por el sobrenombre. Se dice que hasta sería gracioso que

se doblase sobre su estómago y le dijera enojada: ¿cómo coño me has llamado?

Urgulanila, no sabes lo que me has hecho con ese libro. No puedes morirme ahora. Ahora no.

Los ojos castaños y chiquitos de Urgulanila están fijos en el azulejo del que cuelgan las toallas. Le pide que espere a morirse a llegar a Libourne. Que morirse en la habitación de otra persona es de muy mala educación. Y más si a esa persona no la conoces de nada. Le da un par de bofetadas. Le da otra más. Se las da cabreado. Cabreado de verdad. Se las da con ganas. Le da dos hostias por morirse. Pero no reacciona.

Tiene que pedir ayuda. Tiene que pedirla ya.

Sale corriendo a la calle, ahora llueve mucho; antes de llegar a la cancela del hotel, tras atravesar el jardincito, el pelo ya le gotea. No hay nadie en el hotel, eso ya lo sabe. La dueña no está, no vive allí. Estará por ahí con su moto. Para hablar con ella hay que concertar cita previa como en el dentista.

Ahora está en la plaza a la entrada de la ciudad vieja, el último lugar que permite el tráfico rodado, el lugar donde los turistas que llegan desde Burdeos para pasar el día se apean de los autobuses. La panadería de la plaza, el negocio que en invierno cierra más tarde de todo Saint-Émilion, custodia en penumbra *baguettes* olvidadas y cruasanes endurecidos. Son las ocho de la tarde. A quién se le ocurre morirse a esas horas intempestivas.

Corretea por las calles empedradas, ni una luz asoma de las casas. ¡Jodido pueblo! En este agujero uno podría arrastrar un cadáver a las ocho de la tarde y nadie se daría cuenta.

Espera, espera. Repite eso que has dicho.

¡Jodido pueblo!

No, eso no, lo otro.

En este agujero uno podría arrastrar...

No, no, no. No lo hagas. Ni se te ocurra.

Aunque...

Aunque trata de explicar qué hace una desconocida desnuda y muerta —este último es un dato importante— en la bañera de tu hotel.

No, mejor, trata de explicar qué haces tú en ese hotel.

Imagina las respuestas ante la policía.

Entonces, usted se aloja solo en Saint-Émilion. Eso es, agente. Y el motivo de su visita es turístico. No exactamente, agente. ¿Ah, no? ¿Y cuál es? Es una parada camino de Moscú, agente. ¿Camino de Moscú? Sí, salí de mi casa hace cinco meses y voy corriendo hacia Moscú, agente. ¡Ah, ya veo! ¿Y

eso lo puede corroborar alguien? Pues no exactamente, agente, me fui sin darle una explicación a nadie de mi familia. Y esa muchacha que ha fallecido en su habitación, ¿era su pareja? No, agente, acababa de conocerla. ¡Ah, ya veo! Una relación sexual casual, no se preocupe, aquí en Francia somos muy comprensivos con ese tipo de historias. Tampoco es eso, agente, no practicamos sexo, simplemente utilizó mi bañera porque traía consigo cierto olor corporal no del todo agradable, especialmente en los pies. ¡Ah, le olían los pies, ya veo! Y ella sí estaba de turismo en Saint-Émilion... No, agente, venía caminando desde Londres. ¿Desde Londres? Sí, agente. Y sus caminos se cruzaron. Eso es, agente. Y usted la invitó a que se bañara en su hotel. Veo que empieza a comprenderlo, agente. Y si no se estaba duchando, ¿cómo es que se cayó? Yo eso no lo sé, agente, supongo que sería al meterse, yo estaba absorto leyendo este libro, que resulta que escribí yo y lo han publicado y va por la décima edición en cinco meses, y en inglés, ¿entiende lo que eso significa? Yo no lo sabía, me lo descubrió ella, agente. Bien, bien, bien, veamos, recapitulemos: me está diciendo que usted es un afamado escritor que va corriendo hacia Moscú, aunque eso nadie lo sabe, y se encuentra con una mujer extremadamente alta que va andando desde Londres a su casa en España y, a pesar de que no se conocen de nada, usted la invita a que se dé un baño en su hotel porque le huelen los pies, y es ella quien le descubre a usted que es un escritor famoso, porque hasta ahora eso era algo que usted desconocía, es ella quien le enseña el libro, que, si bien usted ha escrito, nunca antes había visto, y luego, aunque se estaba dando un baño y no una ducha, se cae y se muere en su bañera, donde sigue ahora desnuda, con las marcas de sus dedos sobre uno de sus pechos, también en las muñecas y, por último, la silueta perfecta de sus dos manos en ambas mejillas. Eso es, agente, exacto, lo ha entendido usted todo a la perfección: *Vive la police!*

Trabajos forzados en la isla del Diablo era lo mínimo que le iba a caer.

Vuelve sobre sus pasos. La ropa pesa tres veces lo que pesaba cuando salió del hotel. Sube los escalones a saltos, de dos en dos. Tropieza con el último y está a punto de partirse la cara. Era lo que le faltaba. Entra en la habitación, la puerta está abierta, la hoja entornada. No recuerda haberla dejado así. Por un momento cree que el cadáver ya no va a estar allí. Que va a haber desaparecido. Quizá solo haya sido un episodio pasajero de catalepsia. O algo así. Tampoco es que sea médico. Quizás ella lo estaba escuchando mientras la insultaba y se marchó muy ofendida. Él no la conocía de nada y no era su obligación habérselo explicado el mismo día que se conocieron:

Hola, soy Urgulanila y soy cataléptica.

O sí. Sí era su obligación.

O, al menos, si era cataléptica, no haber venido a bañarse a su habitación.

Para la catalepsia, Libourne.

Jodida iglesia monolítica, si hubieran podido entrar ella se habría ido después.

Incluso él podría haberla acompañado. Libourne no está a más de ocho kilómetros.

Tal vez ella se haya ido hasta allí ahora y por eso ha dejado la puerta entornada...

Pero no, qué va, en la bañera está aún su gigantesco cadáver. ¡Dios! ¿No podía haber sido un poco más pequeña?

Lo que hace, afirma, es envolverse las manos en dos de sus bragas. Bien envueltas. Todo lo bien que pueden envolver unas bragas, que tienen huecos por todas partes. Por suerte las suyas son grandes. Algo bueno tenía que tener su tamaño.

No dejar huellas en un cadáver es importante, pero podía haberlo pensado antes de empezar a atizarle.

Con las manos enguantadas en bragas la saca de la bañera. Se le resbala tres veces. Joder, si no estaba muerta, ahora sí que lo va a estar.

La tercera vez su boca golpea el borde de porcelana y se le parte un diente por la mitad. Mierda, luego tendrá que buscar el trozo de diente dentro del agua. Con el incisivo mellado la cara de la muchacha da un poco de miedo. Urgulanila. Pobre *Clau-clau-claudio*.

No es capaz de describir cuánto pesa esa mujer. Quiere decir: ese cadáver. Si no está por encima de los cien kilos, debe rozarlos. Coge su ropa y la viste. Lo agradece porque no soporta su desnudez. En su cabeza, en vez de piel pálida y pies malolientes y vulva carnosa, ella tiene los órganos al aire. En su cabeza, afirma, está del revés. En su cabeza, tiene la desnudez de un conejo despellejado.

Pero no la viste por eso. Lo hace porque su intención es arrastrarla consigo y que parezca que está borracha. Vale, no es el mejor plan del mundo ni el más original, pero es un plan, y al fin y al cabo está en Saint-Émilion, ¿no? Un puto pueblo vitivinícola.

Desnuda, desde luego, sí que no cuela.

Una vez que la viste guarda todas sus pertenencias en la mochila, menos el libro, la cartera, el pasaporte y las dos bragas que le cubren las manos. Más tarde las quemará en algún lugar alejado. Buscará por el camino un hotel con chimenea aunque cueste un poco más.

Además, ahora va a ser rico.

De momento sigue necesitando las bragas para arrastrarla sin dejar huellas. Sin dejar más huellas. Espera que si los ve alguien no se acerque mucho. Cargar a rastras con una beoda de 1,90 puede ser poco habitual, hacerlo enguantado en bragas...

En fin.

De todas formas, el plan hace aguas nada más empezar. No es capaz de arrastrarla, pesa demasiado. Joder, debería haberlo pensado antes, uno puede arrastrar cosas que miden menos que él, pero es complicado hacerlo con algo de mayor estatura. Lo intenta cuatro, cinco veces pero nada, no puede, y se está quedando sin fuerzas.

¿Y ahora qué hace?

Porque ahora sí que no hay vuelta atrás. Explícale tú a alguien por qué sacó el cadáver de la bañera y lo vistió. Joder, si parece un jodido necrófilo.

Conque no queda otra. La carga a hombros. Hay que jugársela. Espera que los habitantes del pueblo fantasma sigan sin aparecer. Si lo hacen, irá a la cárcel sin remisión. No hay más. Una serie de malas decisiones. Eso también está muy visto, ¿verdad? Justo cuando acaba de enterarse de que es el éxito editorial del momento.

No sabe si acabará en prisión. Lo que tiene claro es que sufrirá para siempre una discapacidad, una hernia discal, daños irreparables en la columna, una joroba. Por eso la carga en el hombro derecho, prefiere perder el brazo malo; la mochila, en el hombro izquierdo. El viacrucis es desesperante y, como el original, también cuenta con sus caídas. Con la lluvia crecen el peso y la dificultad, pero se sobrepone.

Se sorprende a sí mismo pensando en el libro. ¡Diez ediciones en inglés!

Se sorprende a sí mismo canturreando *Common People*.

No se para a pensar en que Urgulanila tenía una larga vida por delante, en que habrá gente que la añore, que añore sus abrazos de largos brazos.

Afirma que en un momento dado se dice, joder, está muerta, ten algo de respeto. ¿Pero y el poco respeto que tuvo ella muriéndose en su bañera? ¿Eh?

Llega a su escombrera, su preciosa escombrera, su escombrera salvadora; allí sigue con sus líquenes, sus flores grises, su tabique, su chimenea, sus ocho metros de altura, sin más puertas ni aberturas que la ventana que un día fue ventana y ahora no es más que un hueco por el que arroja el cadáver de Urgulanila.

El cuerpo ciclópeo se desploma con un golpe seco. Percute el suelo con un plonc cerca de donde un día crepitó el fuego de una chimenea. Quizá la

chimenea también arrancaba con George Gershwin. Luego arroja la mochila, que cae entre la maleza. Así tendrá bragas suficientes. La que tiene enredada en la mano derecha se desprende y decide acompañar volando a las que esperan en la mochila. A la luz de la luna llena ve bajar las bragas —nunca esta expresión, afirma, careció tanto de erotismo— haciendo formas como una bandada de estorninos.

De vuelta al hotel se fuma dos cigarrillos seguidos y decide que es importante dormir un poco si puede. Aunque tampoco demasiado. Una cabezada. Quién sabe cuánto tiempo tardarán en encontrar el cadáver en la casa abandonada. Quizás haya alguien más en Saint-Émilion enamorado de ese espacio como él. Quizá no. Quizá pasen años, décadas, antes de que alguien se dé cuenta de que está allí. Quizá los huesos de Urgulanila se junten con los de algún descendiente de Leonor de Aquitania allí enterrados y un día los descubran como en las catacumbas de la iglesia monolítica.

Aunque tampoco está seguro de que eso sea lo interesante de la dichosa iglesia. En una semana en Saint-Émilion no se preocupó por visitarla.

Unas horas de sueño. Después recoge la ropa seca de la silla, el abrigo colgado sobre la cazadora de cerámica. Deja un sobre con un puñado de billetes en el buzón de la dueña, suficiente para pagar la semana de alojamiento y algo más. Quiere que lo recuerde como un cliente agradable.

Le deja también una carta manuscrita en su mal francés. En su amable mal francés. Afirma Foret que es difícil ser desagradable en un idioma que no conoces. La ignorancia es amable.

Pero Urgulanila no era ignorante. Quizá por eso nunca llegó a gustarle del todo al hombre que sería Luis Foret. Quizá le den miedo las mujeres que saben más que él.

Quizá no sea más que un acomplexado.

Afirma Foret que se echa a correr de nuevo, pero en otra dirección. Ya no se dirige a Moscú, ahora va hacia el oeste, al aeropuerto de Burdeos. Necesita embarcar en un avión a Suiza lo antes posible. Porque quiere poner tierra de por medio. Porque quien lo viera con Urgulanila esa tarde paseando por el pueblo no va a olvidar la imagen de aquella mujer enorme y es posible que tampoco la suya.

Sobre todo porque quiere ver qué le espera en Zúrich. Quiere ver si hay una cuenta secreta a su nombre como en su día acordó con La chica del tiempo, cuando ella organizó la carpeta de relatos que él le leía a Shahriar y se los vendió a una agencia de representación.

A la altura de Libourne se da cuenta de que olvidó buscar el trozo de diente en el cuarto de baño.

Vaya un crimen perfecto.

A la altura de Libourne se pregunta cómo le irá a Urgulanila en su nueva casa.

Ya lo dijo ella: todas las historias de amor son historias de fantasmas.

Aunque no te den tiempo ni a hacer el amor.

Documento anexo N.º 5

Transcripción de los correos entre Luis Foret y Agnes Romaní

Febrero de 2020

¿Otra muerte más? Siento decirle que empiezo a tener dificultades para tragarme su historia.

Por eso es necesario contarla. Las historias de fácil digestión no merecen la pena. Las historias anodinas, las cotidianas, carecen de sentido, ni siquiera son historias. Si yo no fuera más que un escritor que se sienta a diario en su butaca, ¿qué sentido tendría escribir mi biografía? De todas formas, sabía que dirías eso, Agnes, sabía que te podría la incredulidad, así que me he tomado la libertad de hacerte llegar un paquete que te aclarará un poco más mi relato.

¿Un paquete? ¿A mi casa?

Sí, claro, adónde iba a ser.

¿Y usted cómo sabe mi dirección?

Qué ingenua eres, Agnes. Soy rico, cualquiera está dispuesto a darme información por una buena cantidad.

¿Quién le ha dado esa información?

Digamos que soy rico y a la vez discreto. Así he conseguido mantener mi verdadero nombre en secreto durante ocho años.

El hecho de que se hayan ido muriendo las personas que podrían desenmascararlo tampoco le ha perjudicado demasiado.

Ahí no te quito la razón.

En cualquier caso, le pido que no me vuelva a enviar nada, siento que está invadiendo mi intimidad.

Deberías preocuparte más por las personas que se cuelan en tu casa sin que lo recuerdes después de las cenas de Navidad que por los paquetes postales. No olvides que tú tienes que firmar la recepción del paquete. O sea

que estás invitando al mensajero a entrar en tu casa. ¿Dónde está la invasión? Veamos, ¿qué hora es? Las cuatro en punto de la tarde. Tendría que estar al llegar.

Espere. Llaman a la puerta.

¡Ah, perfecto!

¿Es usted brujo o algo así?

No, no tiene nada que ver con la brujería, se trata de contratar un buen servicio de mensajería.

A esta casa nunca viene el mismo mensajero... ¿Y qué es esto que me envía? ¿Unas bragas viejas de algodón?

Mira el tamaño de las bragas.

¿Me está usted diciendo que estas son las bragas de Urgulanila? ¿Las bragas que usted usó como guantes para arrojar su cadáver? ¡No se deshizo de ellas!

Estaba tan nervioso en ese momento que se me pasó por completo. Más tarde decidí guardarlas como un fetiche.

¿Se da cuenta de que si le envío estas bragas a la policía podría involucrarle en un crimen? ¿Es consciente de que ha dejado a mi criterio poder inculparle de un homicidio?

De ninguna manera, no hubo homicidio, sino un accidente. ¿No me has leído?

Eso es lo que usted me dice, tengo que creerle.

Pero vamos a ver, niña, ¿en qué parte te vuelves incrédula? ¿Te crees mi historia al completo con Urgulanila salvo la parte del accidente? Si lo que quieres es no creerme, puedes pensar que esas bragas las acabo de comprar en una mercería de tallas grandes.

Puede que esté usted intentando jugar conmigo.

Ve a la policía si quieres. Creo que podría escribir una nueva novela solo explicando cómo tratas de convencer al agente de guardia de que un escritor que nadie conoce te envió por correo unas bragas gigantes con las que manipuló el cadáver de una mujer en Francia hace siete años. ¿O vas a ir a la Interpol?

Ríase todo lo que quiera, pero estoy a punto de hacerlo.

Pues hazlo.

Váyase a la mierda.

Estuve de paso en Saint-Émilion una semana. ¿Cuánta gente que me viera entonces puede recordarme? No conocía de nada a Urgulanila antes de aquella tarde, nada me une a ella. Los días siguientes, cuando me dirigía a pie

a Burdeos, sí estuve atemorizado. Leía los periódicos de arriba abajo. Sabía que si descubrían pronto el cuerpo iba a verme en aprietos. Luego cogí el vuelo a Suiza y me relajé. Me puse en contacto con la agencia de representación que había mencionado La chica del tiempo. Me identifiqué como el autor y uno de los beneficiarios de los contratos. Ellos me facilitaron el nombre del banco en Zúrich. La tranquilidad llegó al examinar la cantidad en la cuenta.

¿Tan grande era?

Mayor de lo que imaginaba. En cuatro meses el libro se había traducido a seis idiomas y estaba firmado el contrato para otras cinco lenguas. En español había alcanzado la octava edición, en inglés andaba por la décima. Se había firmado un generoso acuerdo para su adaptación cinematográfica. Les dije a los de la agencia que escribiría más, estaban entusiasmados. Casi habían perdido la esperanza de encontrarme. Se habían quedado sin la gallina de los huevos de oro antes de poder matarla. Pero sin duda habían jugado como nadie la baza de la pérdida: el misterio del autor que ni siquiera las editoriales conocían fue la clave, no el valor literario de la obra. Recuerda que eran relatos que escribía para narrar a una amiga ciega. Jamás tuve otra intención. Mi historia no es inverosímil, es delirante.

Explíqueme ahora detalladamente cómo fue el acuerdo al que llegó con La chica del tiempo para la publicación.

Ella me hizo firmar un contrato según el cual yo me llevaría el 60 por ciento de los derechos de mi primera novela. Llevó ese papel a la agencia de Los Ángeles. Yo lo firmé para quitármela de encima. Nunca pensé que aquello fuese a llegar a nada, y menos después de que ella se pegase un tiro. Pero, como puedes ver, cumplió su parte del trato.

¿Por qué dice que puedo verlo?

¿Acaso no tienes *La chica de principios* en tu casa? Con pseudónimo, con una X en lugar de la fotografía.

Como Thomas Pynchon.

Exacto.

¿Y aquel editor de Los Ángeles que pellizcaba los pechos a La chica del tiempo es ahora su editor en español?

¡No, qué va! Vamos, creo que no. Aquel editor solo estuvo allí para darle la idea de publicar la novela a La chica del tiempo. Ella le vendió *Una chica de principios* a la agencia de representación, no a aquel hombre. En la agencia, tras la muerte de La chica, tradujeron el texto al inglés y buscaron las editoriales que creyeron convenientes. Aunque nunca me he parado a

comprobarlo, sería demasiada coincidencia que el hombre de Los Ángeles fuese el mismo que acabó publicándome aquí.

Demasiada coincidencia, dice, después de todo lo que me ha contado...

Ese hombre solo sirvió de resorte para hacer avanzar la historia de Luis Foret.

Uno más de los resortes aparecidos de la nada.

Sí, uno más, Agnes, es lo que tienen las historias cuando miras hacia atrás, tiendes a encontrar explicaciones e hilos que, en realidad, no guardan conexión ni sentido, no son más que elementos del azar.

¿Y cómo funciona la cuenta en Suiza? Me parece un material apasionante para la biografía.

Soy pésimo para ese tipo de cuestiones, ella lo arregló todo. Acordó con la agencia que ellos crearían una cuenta con dos beneficiarios. Con nuestros nombres reales. Solo que esos nombres no los conocemos más que nosotros, la agencia de representación y el director del banco de Zúrich. Para los pagadores, las editoriales, el beneficiario de sus ingresos es el autor del pseudónimo.

Pero eso no explica prácticamente nada. ¿Cómo se hacen las editoriales con los manuscritos? ¿Quién firma los contratos?

Aquel primer acuerdo que firmamos con la empresa de representación incluía un poder para gestionar los contratos en nuestro nombre. No he firmado ni un solo contrato con una editorial a lo largo de mi vida. Ellos lo hacen por mí. Sinceramente, desconozco si han inventado una rúbrica parecida a la mía o si ponen una equis en lugar del nombre.

¿Y eso es legal?

En la cuenta de Zúrich cobro puntualmente. Antes, la empresa de representación sustrae un porcentaje de mis ganancias como pago por sus servicios. Es un porcentaje importante pero justo: realizan un trabajo excelente.

Así que esa empresa sí conoce su verdadera identidad.

Existe un estricto contrato de confidencialidad. Prueba a pedirles que se lo salten porque estás escribiendo una biografía, ya verás lo que te dicen.

¿Y usted está en contacto con la empresa?

A través del correo electrónico y un apartado de correos que utilizamos para el envío de borradores, galeradas, ejemplares, etcétera.

Para que nos entendamos, si usted se maneja a través de una empresa de Los Ángeles con cláusula de confidencialidad y cobra a través de un banco suizo, se podría deducir que evade impuestos.

Si es lo que quieres deducir, no te llevaré la contraria.

¿No le da miedo que el fisco le persiga?

¡Criatura! ¿Crees que no lo hacen? Pero es fácil escabullirse cuando eres invisible.

¿Hacienda tampoco sabe quién es?

No.

¿Y a través de las editoriales?

Las editoriales le pagan a una empresa norteamericana que ingresa el dinero en Suiza, por lo que a ellos respecta el autor puede ser español, estadounidense o kuwaití. Eso les da igual. Mientras la editorial pague religiosamente sus impuestos, ¿qué puede hacer Hacienda contra ellos? ¿Qué tiene que ver con ellos que luego uno de sus autores defraude? Y ya te digo, ellos pueden alegar que, según les consta, soy americano.

¿Y los impuestos americanos?

Para ellos puedo ser español.

¿No ha tratado Hacienda de ponerse en contacto con la empresa de representación?

Posiblemente. Pero, dime, ¿de verdad crees que a una empresa como esa le va a asustar la llamada de un funcionario español?

¿Y cómo hace para justificar sus ingresos millonarios?

Primero, das por hecho que tengo mi domicilio en España, lo cual es mucho aventurar. Como comprenderás, puedo vivir donde quiera. Fuera de España puedo gastar lo que me venga en gana, solo faltaría. De hecho, cuanto más gaste, más contentos están conmigo en esos países.

Si usted tiene tanto dinero como dice, ¿por qué elude pagar a Hacienda, le produce placer ser insolidario?

Agnes, si, como asumes, evado impuestos, ¿no crees que tal vez sea para que nadie pueda seguirme el rastro? En el caso de que alguien controlase mis ingresos, sería fácil que, más pronto que tarde, le fuera con el cuento a un periódico y se acabase mi anonimato.

Otra vez el dichoso anonimato. Dígame entonces: ¿cómo fue leerse por primera vez? ¿Ver el libro? ¿Lo leyó o le dio reparo hacerlo?

Fue una sensación increíble. Claro que lo leí, dos o tres veces seguidas. Cuando llegué a Zúrich ya casi me lo sabía de memoria. Nunca he tenido una sensación igual y no creo que vuelva a tenerla. No conocía los cambios que había hecho La chica del tiempo y puede que ni siquiera los detectara. Tampoco sabía distinguir lo que escribí yo y lo que añadió ella. Era algo onírico. Como si lo que ahí estaba escrito lo hubiese soñado. No sé explicarlo

bien. Lo he pensado muchas veces, lo único que se me ocurre es aquello que se contaba cuando éramos adolescentes desesperados por acostarnos con una mujer. Como estábamos hartos de masturbarnos había quien decía que debíamos probar a sentarnos encima de una de nuestras manos y esperar un tiempo hasta que se durmiese, y luego, antes del hormigueo que devuelve el miembro amputado a tu cuerpo, masturbarnos con la mano dormida. No creo que se pueda hacer aunque muchos de mis compañeros decían que lo habían probado y que la sensación era que te tocaba una mujer. Como si ellos supieran entonces lo que era eso. Es una tontería, pero así me sentía yo. Me daba la impresión de que la mano que había escrito esa obra se había quedado dormida debajo de mi trasero durante muchos meses.

Y ya está. Se convirtió usted en escritor de éxito.

Eso es, ya está. Quizás a ti te parezca poca cosa, pero hizo falta que cuatro mujeres intervinieran para convertirme en escritor. Shahriar, que me pidió que le narrase mis historias; Asia, que fue mi primera amante y me empujó a irme a Los Ángeles a hacer crecer mi infidelidad; La chica del tiempo, que ordenó mis notas, inventó un pseudónimo, firmó un contrato con la agencia y entregó el manuscrito a un editor; y Urgulanila, que me enseñó por sorpresa mi primera novela. Cuatro mujeres que luego fallecieron en un lapso de tiempo muy corto: desde la muerte de Asia en mayo a la de Urgulanila en marzo transcurrieron poco más de nueve meses. ¿Qué probabilidades hay de que cuatro veinteañeras mueran en un lapso de nueve meses?

¿Qué quiere decir con eso?

Que tal vez murieran para convertirme en Luis Foret.

¿Voluntariamente?

No, no voluntariamente, ellas ni siquiera lo sabían.

¿Entonces?

Entonces nada. Simplemente ocurrió, supongo que porque tenía que ocurrir. Ellas hicieron el trabajo por mí.

Llevo tiempo preguntándome si desvaría o se da demasiada importancia. A estas alturas yo veo dos opciones: o su historia es una patraña o un enorme cúmulo de casualidades. En cualquiera de los dos casos, ¿sabe por qué creo que ha anunciado su retirada? Porque es usted una antigualla. Se quejaba de que Kathy fagocitase su talento con el librito sobre el divorcio. ¿No se da cuenta de que es usted quien ha fagocitado a esas mujeres para poder darse ahora aires de escritor? No solo fagocitó sus historias, fagocitó hasta sus vidas. ¿Pero sabe una cosa? Se acaba el tiempo para los hombres como usted. Sí, claro que lo sabe, claro que sí. Lo que me da lástima es que esas cuatro

pobres chicas ya no van a poder verle caer. Pero yo lo veré y lo celebraré en su nombre.

Si eso es lo que piensas de mí, Agnes, puedes finalizar aquí tu biografía y tratar de venderla tal como está.

¿Y cómo está?

Incompleta.

O sea que hay más.

Sí, hay más, siempre hay más. La cosa no quedó ahí. Ojalá se hubiese quedado ahí. Ojalá todo hubiese sido masturbarse con una mano dormida.

¿Qué más ocurrió?

Que me masturbé en una montaña.

8

El relato de Ilsa

Stavanger (Noruega), septiembre de 2015

Afirma Foret que su biografía estaría incompleta si no incluyera el octavo relato, que tiene menos que ver con el escritor que con el hombre. Con el destino, afirma, con la semántica. Eso dice Foret del día que se encontró a Ilsa en una montaña cuando ya era un fenómeno editorial, quince años después de que ella se despidiese de él agarrando un maletín lleno de dinero que acababan de robar.

—De todas las montañas de todas las ciudades del mundo tenías que venir a la mía. —La voz grave de Ilsa cae sobre el hombre que ya es Luis Foret como un desprendimiento de piedras.

La pequeña figura enfundada en unas mallas negras y una sudadera de dos colores le tiende la mano amigablemente. El contraluz oculta su rostro, pero esa voz la reconocería años después de quedarse sordo.

Había imaginado que algún día se encontraría con ella, desde luego que lo había hecho. Afirma que imaginó el reencuentro en muchas circunstancias, en muchas situaciones, algunas de ellas no lo enorgullecen, pero nunca supuso que se produciría trepando por rocas del tamaño de balones medicinales.

—No me lo puedo creer —dice el hombre que ya es Luis Foret.

—Pues créetelo.

Cuando comparten verticalidad tiene la oportunidad de comprobar que la cara de Ilsa apenas ha cambiado en quince años. Una sonrisa aprieta la mandíbula granítica que él solía dibujar en forma de trapecio, lo cual provocaba su risa y que le diera un codazo y le dijera, oye, que yo no soy ningún trapecio. Los ojos son los mismos, uno más grande que otro, o más grande en ocasiones, cuando uno de los párpados se queda enganchado, como una persiana que se niega a subir. El labio superior tan fino que parece inexistente. La piel perfecta, impoluta, suave sin tocarla, solo unas arrugas en la comisura de los ojos que ya tenía a los veinte años. Ha cambiado el

peinado, eso sí, ahora más oscuro, diría incluso más duro; el flequillo abierto en mitad de la frente.

—Llevo observándote cerca de dos kilómetros —dice ella—, tu manera de caminar, tu forma de toser, cómo te contraes cuanto toses. Solo he necesitado un segundo para darme cuenta de que eras tú.

En eso están igualados.

—¿Qué haces aquí? —dice él.

—No, no, no. —Juguetea ella con el índice en el aire—: ¿Qué haces tú aquí? Yo vivo aquí.

—¿En el Preikestolen?

—No, idiota, en Stavanger.

Idiota. Ese es otro rasgo de familiaridad. Cuando vivía con ella le llamaba así continuamente. Lo pronunciaba con fuerza. Lo paladeaba: I-DI-O-TA. Devoraba el diptongo para dar énfasis al insulto que tampoco era tal. Era un apelativo cariñoso. Nunca llamaría idiota a un enemigo. Eso lo reserva para sus amigos.

Igual que sus traiciones.

Ilsa lleva tres años viviendo en Stavanger; antes estuvo en Oslo. Stavanger es una pequeña ciudad en la puerta de los fiordos del sur; la mayoría de sus habitantes se hicieron ricos en la década de los sesenta cuando se encontró petróleo en el mar del Norte. O eso le cuenta ella. Ilsa dice entenderse bien con los noruegos. Les sirve copas por las noches. Los martes, su día libre, asciende el Preikestolen con una pequeña tienda de campaña a cuestas y hace noche allí.

—No sabes lo que es ver amanecer desde la roca. Es increíble. Te reconcilia con el mundo.

¡Ah! Pero no es el mundo quien está en deuda con él.

El Preikestolen, la roca púlpero, es la gran atracción de Stavanger, aunque en realidad se encuentra a sesenta kilómetros de la ciudad. Un bloque de granito, como la mandíbula de Ilsa, un prisma cuadrangular casi perfecto, esculpido por el tiempo, suspendido sobre el fiordo de Lyse. Desde la cima hay seiscientos metros de caída vertical, hay que tener agallas para asomarse al borde.

Camina en paralelo un centenar de metros como dos extranjeros que se acaban de conocer en el bus turístico.

Él le dice que no sabe si será capaz de llegar a la cima. Creía que la ascensión sería más sencilla.

—¡Pero si vienes en vaqueros! —dice ella—. Mira a tu alrededor, anda.

A su alrededor la gente sube con ligereza, sin esfuerzo aparente. Hay quien porta un bebé amarrado al estómago con correas. Él es incapaz de trepar sin restregarse contra las piedras, sin agrietarse las manos en los salientes; otros ascienden arrullando a un niño que duerme con placidez. Los perros escalan a toda velocidad y esperan a sus dueños jadeando impacientes.

Afirma Foret que solo los turistas evidencian tantas dificultades como él. Los hay de más de cincuenta años que ejecutan un tortuoso descenso de resbalones, un sobreesfuerzo en las articulaciones que les provocará más dolor mañana del que hoy imaginan. Pequeños asiáticos se ven superados por el tamaño de las rocas. Cuanto más disparan sus cámaras más les cuesta el camino: las fotos disimulan el cansancio. Los verdaderos senderistas no toman fotografías, ni siquiera portan cámara. Una navaja suiza, una linterna, seis latas de cerveza.

Ilsa le ofrece la mano cuando las piedras pican hacia arriba, él la agarra, es áspera y gruesa. Nunca se había parado a pensar que las manos de las mujeres de su vida no acostumbran a ser hermosas: huesudas, afirma, ásperas o venosas, y todas, imagina, con la línea de la vida más corta de lo normal.

La mayor parte de la gente con la que se cruzan acomete el descenso de la montaña.

—Pronto se hará de noche, los pocos que subimos ahora dormiremos en la cima —le explica Ilsa—. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé, no había previsto nada. Lo único que pensaba era que el ascenso sería más fácil.

Le dice que puede dormir con ella esa noche en la tienda de campaña.

Por los viejos tiempos, dice.

Qué valor.

Su tienda es individual, pero pueden apretujarse. Dibuja una mueca invisible con su labio inexistente.

—De acuerdo —dice él sin resuello—. Eso si llego vivo a la noche.

—Si te cuesta subir, imagínate bajar en completa oscuridad.

Asiente con el corazón acelerado, agarrado a la mano de Ilsa.

—Se puede decir que te he salvado la vida —dice ella.

—Entonces estamos empatados.

Ilsa se gira hacia él con un gesto serio que al segundo convierte en una sonrisa. Redondea los labios cuatro veces sin hacer ruido. No hace falta el

sonido. Sabe de sobra lo que le está diciendo.

I-DI-O-TA.

El trayecto cuenta con descansos en pasarelas de madera sobre charcas verdosas. Cerca de la cima, en falsas planicies, se abren pequeños arroyos donde refrescarse. Suda más por el esfuerzo que por el calor; el calor no aprieta en Noruega. Ilsa se olfatea la axila estirando el brazo y aproximando las aletas de la nariz como tantas veces la ha visto hacer. El hombre que sería Luis Foret adoraba el gesto cuando creía que ella lo hacía solo con él.

Por la confianza. Por el cariño. Idiota.

Un oscuro lienzo desciende sobre ellos a marchas forzadas.

—Aquí —dice Ilsa llegados a un punto.

—¿Aquí qué?

—Aquí montaremos la tienda de campaña.

—¿No vamos a llegar hoy al Púlpito?

—La roca está tras ese recodo, pero en el Preikestolen solo hay piedra y no podremos montar la tienda. Tiene que ser aquí. Aquí en la hierba podemos clavar las piquetas.

Él no oculta el gesto de fastidio; Ilsa le agarra del hombro.

—Me agradecerás toda la vida ver el amanecer desde allí.

—También me gustaría ver la puesta del sol.

Ella empieza a estirar la lona de la tienda sobre una pequeña extensión de hierba lisa como césped.

—Si vemos la puesta del sol allí, tendremos que montar la tienda de noche. ¿No lo has pensado? Aquí no hay luz artificial. Ayúdame, anda.

A Ilsa nunca le ha gustado que se alarguen las discusiones.

Afirma Foret que piensa en responderle que, ya que ella conoce tan bien la zona, monte sola la tienda, así él podrá ver la roca, pero decide dejarlo estar.

Los campistas clavan sus piquetas a golpe de bota de *trekking* creando una melodía de acero y tierra. El hombre que ya es Luis Foret cierra los ojos e imagina a viejos vikingos acampando hace siglos en ese mismo lugar.

—¿Qué mierda haces? ¿Te estás quedando dormido? —dice Ilsa.

Los vikingos temen la ira de Odín, él teme la de Ilsa.

No son ni las diez de la noche cuando los dos se arrebujan en el saco de dormir. Ilsa ha sacado unas bolsas de patatas fritas, zumos en tetrabrik y unos emparedados de pollo y mayonesa que come llenándolo todo de migas.

—Van a venir las hormigas —dice él.

—Van a venir de todas formas —contesta ella—. ¿También te dan miedo las hormigas?

Aunque no es la primera vez que duermen juntos, nunca ha sucedido nada entre ellos. Pero las cosas han cambiado: no es el que era hace quince años. ¿Acaso alguien es el que era hace quince años? Ilsa ha sido una ayuda inestimable. Ilsa le dio un curso intensivo de madurez.

Cuando lo engatusó para que robase con ella cincuenta millones de pesetas y luego se esfumó de su vida.

Por ejemplo.

Hasta que se la encontró en el Preikestolen. O hasta que ella lo encontró a él.

—Espero que las hormigas no se esnifen tu cocaína —dice él.

No parece que esto la ofenda.

—Ya no me meto.

—¿Ah, no?

—Han cambiado muchas cosas.

Eso mismo iba diciendo él.

Afirma Foret que aproxima entonces sus labios a los de Ilsa y se dan un beso. Sin abrir la boca. El labio superior de ella, el labio inexistente, le provoca un cosquilleo. Vuelve a repetirlo. La tercera vez es ella quien acerca los labios. Es agradablemente extraño. Dos adultos besuqueándose.

Puede que las cosas no hayan cambiado tanto. Puede que el hombre que ya es Luis Foret sea el perdedor de siempre. Hasta los perdedores tienen un golpe de suerte. Puede que, en el fondo, nunca haya sido el famoso escritor, sino el perdedor colgado de Ilsa que más tarde se colgó de Shahriar. Puede que ese sea el motivo por el que oculta su verdadero nombre. ¿Quién iba a comprar los libros de un perdedor?

Sí, claro que lo es. Es ese perdedor. A quién pretende engañar.

A Ilsa no, desde luego. A ella no puede engañarla.

Afirma Foret que había imaginado que la insultaba al encontrarla, había imaginado que le levantaba la mano, había imaginado que la ignoraba y seguía andando sin levantar la cabeza —aunque en este caso las rocas no lo habrían dejado avanzar demasiado—, pero nunca supuso que compartirían emparedados, saco de dormir y besuqueos.

Y que ni siquiera se atrevería a sacar el tema.

—¿Qué haces en Noruega? —pregunta ella para romper el hielo ahora que sus labios se han separado y no saben muy bien qué hacer.

—Nada especial, turismo —miente.

En realidad está buscando ideas para una novela. Sobrevuela el bloqueo del escritor.

—¿Tú solo?

—No he tenido suerte en las experiencias compartidas.

Se hace un silencio, como si ella quisiera decir algo que encuentra conveniente no decir todavía.

—No has conseguido olvidarme, ¿eh? —dice luego Ilsa.

Afirma Foret que niega con la cabeza, pero no sabe muy bien lo que quiere decir ese movimiento: no, que no ha conseguido olvidarla, o *no*, que sí lo ha conseguido. Puede que sea el *no* más tonto de su vida.

Con Ilsa, afirma, siempre ha sido tonto de remate.

Quizá porque fue la primera mujer a la que deseó de verdad. Que deseó hasta las lágrimas. Durante años durmió en la habitación contigua a la suya y la escuchó practicar sexo con hombres que ella le había pedido que le presentara.

Oía los chirridos de la cama vieja y los gemidos exagerados de Ilsa como si desease que la escuchase. Por momentos hubiese preferido arrancarse los tímpanos antes que percibir la sinfonía de placer a la que no estaba invitado. A veces se metía debajo de las sábanas, se tapaba con dos cojines, pero era imposible sustraerse del ruido, presente como sus latidos. Ambos sonidos retumbaban al mismo tiempo.

—¿Qué clase de turismo? —dice Ilsa.

—¿Cómo que qué clase de turismo? ¿Hay clases de turismo?

—Hay clases de todo. La gente hace las cosas más insospechadas.

En ocasiones se acercaba al armario empotrado y pegaba la oreja contra el tabique que separaba ambas habitaciones. Apartaba de cualquier manera las chaquetas y abrigos que caían sobre él como vigilantes de la moral. Trataba de imaginarlo todo. Imaginaba que era él quien estaba con Ilsa y se masturbaba. Era una buena forma de detener el sufrimiento. Hasta que se corría. Ahí el mundo se venía abajo al mismo tiempo que los abrigos. Sobre todo porque solía correrse bastante antes que ellos. Entonces, si no era muy tarde, se vestía y salía de casa.

—Hay turistas que quieren conocer sitios, otros solo quieren que los sitios los conozcan a ellos —dice ella.

—¿Ah, sí?

Si era temprano, el polvo podía cogerle en el salón viendo la televisión. Allí la escuchaba aún mejor que en la habitación porque el salón lindaba

pared con pared con el cabecero de su cama. Ella solía fumarse un cigarrillo frente al televisor después del sexo. Vestía siempre una bata amarilla sucia, áspera como sus manos, llena de quemaduras. Cuando coincidían en el salón, hablaban de cosas que nada tenían que ver con el tipo que la esperaba en la habitación. Bordeaban el tema. Y si él llegaba a mencionarlo, ya sabía lo que tocaba:

Cállate.

Idiota.

Siempre se preguntaba qué llevaba Ilsa debajo de la bata, si es que llevaba algo. Era tan injusto que lo castigase así: acababa de estar completamente desnuda con un desconocido; a él le ofrecía una vieja bata quemada. Porque eran amigos, claro. Y eso vale mucho más que cualquier polvo pasajero. Por el cariño. Por la confianza. Para el otro su piel; para el amigo, una bata sucia. Mucho mejor, dónde va a parar.

—Hay otra gente que pasa por el mundo sin que nadie se dé cuenta. Que podría estar en tu habitación y tú ni siquiera enterarte de que está dentro. ¿Sabes de lo que te hablo? —dice Ilsa.

—No tengo la menor idea.

Había días en que ella estaba trabajando y él se colaba en su cuarto y revolvía en busca de algo. No sabía bien qué. Una foto desnuda, un relato erótico, un juguete sexual. Nunca había nada. Solo la cesta de la ropa sucia. Allí rebuscaba y cogía sus bragas, las olía, se las ponía sobre la cara y se masturbaba aspirando su olor.

A esas alturas, afirma Foret, debería haber sabido que lo mejor que se iba a llevar de ella era el olor de su vagina.

El hombre que ya es Luis Foret sale de la tienda a mear. Por suerte algunos campistas han encendido un fuego, la luz de la hoguera lo orienta. Descarta activar la linterna del móvil, no vaya a ser que incomode a algún amante de la naturaleza. ¿Y si despista a un alce o un oso? Pensar que se podría topar con un oso no lo hace feliz. No, él no es como esos fieros vikingos que solo temen la ira de Odín. La vida le ha ido enseñando que cualquier cosa es digna de ser temida. Que el peligro, la muerte, acechan a la vuelta de la esquina.

Orina lo más cerca posible de la fogata para ahuyentar sus miedos, lo más lejos que puede para que el chorro de pis no moleste a los campistas. Pero la pequeña cascada va creando meandros a toda velocidad, surca sus botas y se

acerca peligrosamente a la zona donde los hombres que han encendido la hoguera disfrutan de la noche estrellada.

Puede que la montaña sea un remanso de silencio donde henchir los pulmones de aire puro, pero no esa noche, afirma Foret; esa noche, no. Los insectos hacen tanto ruido aleteando que no sabe si será capaz de dormir; un altavoz que no soporta el volumen alto reproduce música distorsionada; si llenase ahora los pulmones podría acabar intoxicado por el humo que el viento se empeña en dirigir hacia él. Lo mejor del olor a quemado es que disimula el de sus meados.

Los excursionistas beben *aquavit* y comen salmón. Al pasar frente a ellos, los saluda con la mano extendida. Lo invitan a que se les una entrechocando unas copas de plástico extensibles. Les pide que esperen un momento y entra en la tienda a avisar a Ilsa. Afirma que por la postura en la que la encuentra no alberga dudas de que se está metiendo una raya. Una llave desciende vertiginosa desde la nariz hasta el pecho mientras la bota del hombre que ya es Luis Foret pisa los restos de un emparedado que escupe un chorro de mayonesa. La única puerta que abre esa llave es la de las fosas nasales de Ilsa. Le dice: vayamos a tomar algo con unos tipos de ahí fuera, al tiempo que piensa que la raya puede ser buena noticia. Si está colocada será más fácil que acceda a acostarse con él.

Es un pensamiento de mierda, afirma.

El pensamiento correcto es que nada ha cambiado. Que sigue siendo la mentirosa de siempre.

El hombre que ya es Luis Foret bebe *aquavit* vigilando sus meados, que finalmente alcanzan la lona azul de los noruegos. Es embarazoso: unos invitan a comer y beber, los otros les pagan con zumo de tetrabrik y les mean la tienda. Si hubiese iniciado una verdadera relación con Ilsa, afirma, esa sería su vida, ese el tenor de sus intercambios sociales.

Bailan con ellos un buen rato. Son tres. Jasper, el más animado, pincha música en Spotify. Resulta que utilizar el móvil en la montaña no era ninguna falta de respeto a las fuerzas telúricas de la naturaleza. Le hace saber a Jasper que le sorprende que la cobertura del móvil llegue hasta la montaña. Se pregunta si aquello será compatible con osos, alces o víboras. Probablemente, a la vuelta de la esquina, junto al Pulpito, no espere el peligro, sino un Seven Eleven.

—Garrapatas —dice Jasper—. Aquí lo más peligroso son las garrapatas. Contagian la encefalitis, tío. Olvídate de los osos.

Jasper es alto y tiene una coleta de rasta que le llega hasta la cintura. Le faltan un par de dientes o los tiene tan negros que el hombre que ya es Luis Foret no es capaz de distinguir la pieza dental del vacío.

—No encontrarás víboras entre los arbustos, tío —dice Jasper—. ¿Sabes lo que hay? Mierda. Montones de mierda. Los excursionistas cagan ahí. Hay tanta mierda que empieza a ser un problema. ¿Qué te parece que este lugar se vaya a ir al garete por las cagadas de los turistas?

Piensa: mejor que no entremos en el tema de las meadas.

Jasper le explica también que es lógico que allí, tan alto, los móviles funcionen mejor, ya que la señal va hasta el espacio y luego vuelve.

—Es más diáfano, más sencillo —dice Jasper mientras aspira un gran porro de maría.

Comprende que para Jasper la vida, en general, es diáfana y sencilla.

Uta y Kasper son los otros dos. Son pareja. Ella es una rubia de trenzas grande y pechugona, afirma Foret. A la luz de la lumbre parece algo estrábica y siempre está callada. En cambio, Kasper es alegre y está orgulloso del *aquavit* que él mismo ha destilado. Viste una chaqueta polar azul con una tira de cuero negro en los hombros y una bandera de su país cosida en la manga. Habla con Ilsa en noruego. La conversación al menos demuestra que Ilsa vive en Noruega y que su historia no es toda una patraña.

—¡Ah! —dice ella enroscando los brazos en el cuello del hombre que ya es Luis Foret—. ¿Es que pensabas que me lo había inventado todo por ti? Cuando te conocí no te querías tanto.

No, desde luego que no.

Jasper baila pegado a Ilsa, pero eso no lo pone celoso. Se lo ha visto hacer tantas veces. Jasper tiene buen gusto para la música. Pincha Violent Femmes, The Undertones, Cat Stevens y la Velvet Underground.

El hombre que ya es Luis Foret bebe de un trago los restos de la botella de *aquavit* para regocijo de Kasper. Ilsa agarra sus manos y le ofrece la espalda. Restriega su trasero contra él. En el Spotify de Jasper suena *Femme Fatale*.

Qué recuerdos.

Ella le dice al oído en un susurro:

—Creo que será mejor que volvamos a la tienda o mañana tendrás tal dolor de cabeza que ni siquiera disfrutarás de las vistas del Pulpito.

Él le responde que va a mear. Les hace un gesto cariñoso a Kasper y trata de soltar lastre en un lugar más alejado y no volver a orinar la tienda de sus

nuevos amigos. Encuentra un espacio plano y bastante cómodo no muy lejos de allí. Sabe que está borracho porque se tambalea al andar. Ya no le importan los osos ni la oscuridad. Sin embargo, se mantiene lúcido en cuanto a otro temor. Ilsa trama algo, la conoce demasiado bien. Es posible que esa noche por fin, quince años después, haga el amor con ella. Pero entonces estará perdido. Estará en sus manos. En sus ásperas manos.

Prefiere seguir en sus propias manos.

Así que, afirma, decide hacer lo más juicioso en esa situación.

Masturbarse.

Si se corre, recuperará el control de la situación. De vuelta en la tienda, será capaz de articular pensamientos cerebrales. En el momento le parece la idea de un genio. ¡Está tan orgulloso mientras empieza a sacudírsela! Es la paja más optimista de toda su vida.

No ha tenido en cuenta lo mucho que ha bebido. Eso dilata sus orgasmos: Maquiavelo va con retraso. Tarda un cuarto de hora en consumir su plan, pero al final lo consigue. Gime y arroja ufano su semen a la montaña desde la que los reyes vikingos veían partir los *drakkars*.

Aún no se ha secado cuando escucha la voz de Ilsa a su espalda.

—Mírame, haciéndome una paja en lo más alto de la montaña. Desde aquí todo será cuesta abajo.

Está sentada a unos metros de él. Ha debido oír toda la escena. Es menor la vergüenza que la melancolía que sucede al orgasmo.

—Estás muy cinematográfica —dice él por decir.

—Claro, ¿no te acuerdas de cuando veíamos películas juntos? ¿Preferirías que estuviera más novelesca? ¿Encajaría eso mejor contigo?

—No sé qué quieres decir.

—Mira —dice poniéndose a su altura y señalando la negrura que tienen delante—. Ahora mismo no ves nada, pero acabas de masturbarte en el Preikestolen. Si hubieses dado tres o cuatro pasos adelante, habrías caído al vacío. ¿Qué te parece? ¿Una buena muerte?

—No tanto como si ahora te agarro y te tiro conmigo —dice él sujetándole del brazo.

Ella se zafa de su agarrón sin ninguna dificultad.

—Volvamos a la tienda —le dice al hombre que ya es Luis Foret con un golpecito en la espalda.

En la tienda se vuelven a apretujar en el saco de dormir. La situación es más incómoda que la primera vez. Ya no se besuquean.

—Si quieres decirme algo —dice ella—, creo que este es el momento.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿No será al revés? ¿No crees que eres tú quien me debe una explicación?

—En todo caso, la explicación debería ser mutua.

—Me hiciste robar cincuenta millones de pesetas y luego te largaste y no volví a saber de ti.

—¿Cuánto has ganado tú por el libro en el que contabas mi historia? ¿Cuánto has cobrado por contar cómo olían mis bragas sucias? ¿Quién ha salido ganando de este intercambio?

—No sé de qué me hablas.

—¡Oh! Está muy feo que hagas eso conmigo. Resérvatelo para las otras. Hace años que sé quién eres, no te has esforzado mucho en disimular y tengo que decirte que no me dejas muy bien en tu novela.

—¿Crees que mereces que te deje bien?

—¿Así que lo admites? ¿Admites que eres tú?

—No admito nada. Admítelo tú primero.

Ilsa susurra un «de acuerdo» y empieza a admitir.

Admite que no es cierto que ascienda todos los martes el Preikestolen. Coincidió con él por casualidad en una librería de Stavanger: el hombre que ya es Luis Foret hojeaba la edición de su última novela en noruego.

—Para ser un escritor anónimo eres un narcisista de cuidado —le dice.

Se frotó los ojos varias veces antes de creer que su reencuentro se produjera en el lugar más inesperado.

Admite que no le fue muy bien con los cincuenta millones de pesetas. Se metió en jaleos relacionados con las drogas y cuando sobrevoló la posibilidad de que la matasen puso tierra de por medio. Había vivido en Escocia antes que en Noruega y había seguido su éxito literario desde el principio.

Ha estado segura de que él era él desde el primer momento.

—No me creo que nadie se haya dado cuenta, todo lo que escribes es tan tú —le dice—. Será que nadie te conoce como yo.

O será que a quienes lo conocen les da por morirse.

Ahora trabaja de camarera y no tiene en mente regresar. Lo ha seguido durante los tres días de su estancia en Stavanger sin que él se diera cuenta.

Sabe cuál es su hotel, en qué restaurantes ha cenado, sabe incluso que ha intentado acostarse con la chica de la oficina de turismo.

—Son muchos años de práctica —dice—. Sé ser invisible.

Y tanto. Quince años de invisibilidad.

Estaba segura de que, alojándose en Stavanger, tarde o temprano ascendería el Preikestolen. Le pareció el mejor momento para provocar un encontronazo. Existía una posibilidad de que aceptase pasar la noche con ella, algo que en la ciudad juzgaba imposible.

Admite que se acercó a la recepción de su hotel y dijo que trabajaba para la agencia de excursiones guiadas al Preikestolen para españoles. Quería confirmar que su cliente tenía reservado los pasajes en el ferri de Tau como le habían informado. Se lo confirmaron sin problema alguno. Los noruegos son gente confiada.

Admite que se pidió el día libre en el bar, se compró una tienda de campaña individual lo más estrecha posible y tomó el ferri inmediatamente anterior al suyo para poder esperarlo de camino a la cumbre.

—¿Te das cuenta de que estás narrando el comportamiento de una psicópata? —dice él.

—¿Por querer estar contigo?

—Claro, Ilsa. Quieres estar conmigo, claro. Ahora dime la verdad, dime qué quieres de mí.

Suspira. Luego estira el brazo y acerca las aletas de la nariz a la axila. Ese gesto, el gesto que a él tanto le gustaba, en realidad es un tic.

—No quiero más que lo que es justo.

—¿Qué es justo para ti?

Ilsa abre mucho el ojo derecho, el izquierdo desobedece su orden y se atranca como una persiana averiada.

—Una parte de los beneficios que conseguiste al contar mi historia.

—Las historias personales no tienen *copyright*. No tienes ningún derecho sobre ella. No puedes demandarme, igual que yo tampoco podía demandarte por el dinero que robamos juntos. ¿Recuerdas?

—Por supuesto, aceptaré que restes los 150 000 euros que te correspondían del trabajo que hicimos juntos en el 2000. Sumemos los intereses y redondeémoslo en 200 000 euros, estoy de acuerdo. Pero si has ganado, pongamos, un millón de euros con *La chica de la bata amarilla*, medio millón me pertenece a mí. Con 300 000 euros creo que podríamos hablar de un reparto justo.

—300 000 euros a cambio de compartir una noche de tienda de campaña contigo. Es el negocio más ruinoso que he hecho en mi vida.

—He podido salir en los medios para decir quién eras durante todo este tiempo y no lo he hecho.

—Seguramente si no has salido es porque no quieres que alguno de tus camellos se entere de tu paradero.

—Que no haya salido no quiere decir que no lo vaya a hacer.

—No voy a aceptar tus chantajes.

Ilsa aproxima la cabeza al sobaco.

—Será mejor que ponga el despertador. Mañana al amanecer los dos tendremos las ideas más claras —dice ella.

Nunca le ha gustado que las discusiones se prolonguen.

Afirma Foret que a la mañana siguiente no les despierta el despertador, sino el trino de una bandada de avefrías. Asoma el disco solar y lo llena todo de naranja; el Púlpito les roba la respiración. La roca sobre el fiordo les enseña lo frágiles que son, lo innecesarios en un mundo que lleva millones de años creando belleza. ¿Qué son seis novelas de mierda frente a eso? Está dispuesto a darle a Ilsa lo que le pida. Hoy está especialmente hermosa. Se ha puesto unos vaqueros pitillos y una camisa blanca de cuello alto. Su piel resplandece azotada por el viento. Sus amigos Kasper, Jasper y Uta andan ya por la roca, es posible que no se hayan acostado. Están también un gordo con un perro de aguas y una familia con críos. Son poco más de las seis y ningún turista se ha aventurado tan temprano hasta la cima. El hombre que ya es Luis Foret ha dejado de ser un turista. Ya es uno más de la estirpe de los vikingos.

Ilsa y él se asoman a los seiscientos metros de caída vertical. El plano picado quita el hipo. La brisa fresca de la mañana es mejor que cualquier pastilla para la resaca. Ella lo mira sonriente. Le dice:

—Luis Foret.

Él no le contesta. Nunca nadie lo ha llamado por ese nombre.

—El mejor truco del diablo fue convencer al mundo de que no existía —dice ella.

—Esa película también la conozco, Ilsa.

Ilsa se asoma al borde del Preikestolen y echa la cabeza hacia atrás como hacía Anne en Óbidos. Se baña en el viento. El hombre al que por primera vez han llamado Luis Foret da media vuelta. Kasper y Uta preparan el móvil para hacerse un autorretrato. Jasper ha puesto música y ahora se oculta tras un

arbusto para aumentar el creciente problema excrementicio de la montaña. Suenan Elvis Costello & The Attractions. El gordo persigue al perro juguetero con zancadas rollizas, el animal ha encontrado una víbora. Los niños rodean a sus padres pidiendo a gritos el desayuno.

Se escucha una canción.

What's so funny 'bout love, peace and understanding?

Luego un sonido de rocas que resbalan y se golpean entre sí.

Luego un grito.

El grito estremecedor de una caída al vacío. El grito de una vida que se desploma por un precipicio de seiscientos metros. Nadie está allí para saber qué ha pasado. Todos se giran y solo ven al hombre que ya es Luis Foret.

Ilsa ya no está a su lado.

Extracto del diario de Agnes Romaní

Santiago de Compostela, marzo de 2020

Admito que hoy mis correos electrónicos a Luis Foret pueden sonar un poco secos, como mi boca pastosa al levantarme, pero es que estoy de mal humor.

«Van cinco muertes —le escribo—, a cual más rara. Las dos primeras, por designio divino: el cáncer y un terremoto. La tercera, un suicidio. Admitamos que usted no apretó el gatillo, eso sí le damos crédito a su historia».

«Vuelves a ejercitar tu credulidad como te viene en gana».

«¿Es que hay alguna otra forma de ejercitarla? Las dos últimas muertes —le escribo— son difíciles de justificar. Estaba usted solo con ellas, o acompañado de personas que andaban a otra cosa. Hay móvil, no tiene coartada. Ningún testigo le disculpa».

La cosa es que estaba en el salón de mi casa, ordenando mis papeles, ordenando mis ideas, sobre la mesa de centro de plástico rojo, todos los papeles desperdigados, todas las ideas desparramadas, y era incapaz de concentrarme. Incapaz porque me sentía observada, llevo días sintiéndome observada, como si hubiera cámaras escondidas, como si, al atardecer, tras la ventana que llega hasta el techo desde el rodapié y da a un camino vecinal, me acecharan dos puntos de luz cielo pálido, dos faros con glaucoma, dos estrellas azules rezagadas...

«¿Ah, sí? —escribe él deslizándose otra moneda en mi hucha insaciable—. Dime entonces, Agnes, qué motivo tendría yo para deshacerme de Urgulanila, que nada sabía de mí ni nada me había hecho. Visto el libro, si deseaba estar solo, podría simplemente haberla despachado a Libourne y a primera hora de la mañana dirigirme a una librería y comprar la edición en francés que acababa de ver la luz».

¡Pero no, qué va! No eran imaginaciones mías: tras la ventana había dos puntos de luz cielo pálido, dos faros con glaucoma, dos estrellas azules rezagadas. Tras la ventana había un retrasado mental con *brackets* que

brillaban como un jodido baño de plata. Un retrasado con el que suelo bailar tango.

«Pero usted mismo reconoció que no sabe francés...».

«¡Venga, Agnes, no creerás que iba a matar a nadie para quedarme con un ejemplar que cuesta veinte euros!».

Yo ya no sé lo que creer.

Subí el estor, abrí la ventana batiente. A saber por qué me llevé conmigo una manzana Granny Smith, la mujer que me las vendió me dijo, huélelas, huelen a manzana de verdad, y yo le dije que sí, que no iban a oler a mandarina, tampoco era cuestión de ponerme a explicarle a esa señora que no tengo olfato. Una de esas Granny Smith que al parecer huele a manzana de verdad me llevé conmigo, una a la que solo había pegado un mordisco y que era el último alimento de mi nevera, salvo que la escarcha del congelador sea comestible. El hombre con voz de castrato no tuvo la decencia de echarse a correr, de encogerse, de caerse muerto de la vergüenza.

—¿Qué coño haces ahí? —le pregunté.

—Me dijiste que te ibas de fin de semana —objetaron sus cuerdas de tiple.

Y sé que eso es lo que dijo, pero a mí su voz no me sonó a voz, sino a tonada de flauta dulce: *sol, sol, la, sol, fa, sol, mi*.

—Repito: ¿qué coño haces ahí?

Nos encontrábamos en una de esas situaciones que gira sobre qué falta es más grave: mi mentira o su fisgoneo. Por mi parte, no tenía dudas.

Cierto: le había dicho al hombre de los *brackets* a los cuarenta que me iba de fin de semana, pero no era más que una mentira piadosa, una mentira que quería decir: no pienso volver a acostarme contigo en la puta vida. Y ahora, menos aún.

Vale, lo reconozco, también quería decir: tengo vida social, no soy ningún bicho raro, no me voy a pasar el fin de semana ordenando papeles e ideas y escribiendo sobre un tío al que se le mueren las mujeres y me manda correos.

—¿Qué te ha pasado en la ceja?

Eso es todo lo que me dijo.

Y yo oí: *sol, sol, fa, fa, mi, mi, re, mi, mi, fa, sol*.

Me he estado hurgando en el maldito saco de pus, el maldito pelo enquistado, y ahora además de una protuberancia, hay costra e infección y parece el volcán de Krakatoa.

—¿Quieres la versión corta o la larga?

—La corta, por favor.

—Un grano.

—¿Por qué no me invitas a entrar y tomar una copa de ese *whisky* que guardas? —dijo recuperando la confianza.

Sí, claro, le iba a invitar a un Glenfiddich y un polvo de premio por espiarme.

Pero... un momento, ¿qué sabía él del *whisky*?

—¿No habrás estado enviándome cajas de *whisky* en secreto? —le pregunté.

Un soplo de aire gélido se coló por la ventana.

—¿Cómo?

—Que si no habrás estado enviándome cajas...

—Sí, sí —me interrumpió—, te he oído, te he oído. No te he enviado nada, solo vi las botellas en la cocina el otro día. Agnes, ¿estás bien?

Me lo preguntó con el mismo tono con el que un día me había interrogado la estatua de Valle Inclán en la Alameda.

—Te comportas de una forma extraña —añadió después—, como si se te fuera la olla.

«En todas esas muertes sigue habiendo algo que no me cuadra», le escribo a Luis Foret.

«¿A qué te refieres, Agnes?», responde de inmediato.

«Todas esas muertes, las he investigado y no llevan a ninguna parte. Son un callejón sin salida».

«¿Adónde quieres que te lleven? La gente no muere para llevarte a ningún sitio».

Así que tenía allí, al otro lado de la ventana, a ese estúpido hombre con la dentadura enredada en una malla de plata.

Conté. Conté hasta diez. Conté hacia atrás. Conté diez y nueve y ocho. Conque yo me comportaba de forma extraña. Conté siete y seis y cinco. Me lo decía el que estaba agazapado mirándome con esos ojos azules de alcatraz común. Conté *tessera kai tria kai dio kai ena*.

Y luego le tiré la manzana.

Una Granny Smith que al parecer huele a manzana de verdad, dura y verde como el *green* de un campo de golf, aparatosa como una bola de cristal entre mis meñiques torcidos. Una de esas le tiré aunque no le había pegado más que un mordisco.

La esquivó con un movimiento de cabeza, no quería que le golpease en los *brackets*.

Cuidado con los dientes, pensé. Cuidado con los dientes.

Y me detuve un momento.

—¿Quién coño eres tú, eh? —le pregunté—. ¿Quién coño eres?

«Lo que quiero es que esas muertes, esas historias, me lleven a saber quién es Luis Foret», le escribo en un correo al autor de la equis en la solapa.

«¿Te parece poco todo lo que te he contado? —responde él—. Te he contado secretos e intimidades que jamás nadie contaría. ¿No te das cuenta, Agnes? No conoces a otra persona tan bien como a mí. A nadie».

«¡Pero si no sé ni su verdadero nombre!».

«¿Y eso cambia algo? ¿Un nombre y unos apellidos me harían más cercano? ¿De verdad eres tan simple? Después de todo lo que te he confesado... El único nombre que debe importarte es Luis Foret, el nombre que me dio La chica del tiempo, el nombre que desencadenó toda esta historia».

El hombre de los *brackets* a los cuarenta parecía tan aturdido como si le hubiera acertado de pleno con la manzana en la cara.

—Soy yo, Agnes —me dijo—, soy yo, tu pareja de tango.

Por un momento, por un instante llegué a pensar... Pero no, no podía ser... Era demasiado estúpido para ser él. ¿Escribir seis libros? Ese idiota tendría problemas para escribir su nombre sin faltas de ortografía.

«Conocer su nombre y apellidos me daría la posibilidad de encontrar otras fuentes, de contrastar lo que me está diciendo —le escribo entonces a Luis Foret—. Lo que estamos haciendo no es una biografía: es un acto de fe».

«Por algo tú eres la mártir Agnes de Roma», responde él.

«¿Lo ve? Apenas tengo datos que demuestren que usted no se está riendo de mí».

«Tienes mi palabra».

«¿Considera eso suficiente para una biografía? No sé ni dónde nació, excepto que es un pueblo costero, en el que desemboca un río y hay un monte de unos trescientos metros de altura».

«Mira, ya tienes por dónde empezar a buscar».

«¿Cuántos pueblos así habrá en España?».

«Lo desconozco, Agnes, no me pidas que haga tu trabajo».

«No sé dónde estudió. No sé qué ocurrió en su vida antes de conocer a Ilsa».

«¿No puedes imaginar que si no te lo he contado es porque no hay nada que contar?».

«Casi todo lo que me ha contado se refiere al lapso que va entre junio de 2011 y marzo de 2013, cuando se convirtió en Luis Foret».

«¡Es perfecto, Agnes! No escribas mi biografía, escribe cómo me convertí en Luis Foret. ¿No te parece una historia suficiente? ¿En serio te parece que ocurrieron pocas cosas? Pero no te sulfures, dime qué tienes hasta ahora y te diré si vas por el buen camino».

Entonces le hago un esquema con lo que tengo, ordenando papeles desperdigados, ordenando ideas desparramadas.

Las fechas son aproximadas.

¿1977? Nace en un pequeño pueblo junto al mar, con monte y río.

1978-1995. ¿?

1995. Empieza a estudiar Literatura en una universidad que no he sido capaz de dilucidar.

1996-1998. ¿?

1998. Comparte piso con Ilsa.

1999. Termina la carrera, se queda como becario en la universidad.

2000. Roba cincuenta millones de pesetas junto a Ilsa. Ella desaparece con el dinero.

2001. Conoce a Kathy y Anne Marie en un ciclo de cine de Truffaut.

2002. Se casa con Kathy. Luna de miel en Italia.

2003. Publica su primera obra sobre el divorcio en el cine con su verdadero nombre. Se doctora. Consigue la plaza de profesor de Literatura Comparada en la universidad en la que estudió.

2004. Se divorcia de Kathy.

2005. Coincide con Anne Marie en Óbidos. Inicia una relación con ella.

2006. Se casa con Anne Marie. Nace Nata.

2006-2011. ¿?

2011. Viaja a Hydra con Shahriar. Shahriar enferma de cáncer. Comienza a escribir relatos para ella.

2012. Viaja a Zadar y conoce a Asia. Asia muere. Viaja a Los Ángeles y conoce a La chica del tiempo. La chica del tiempo muere. Viaja a Marrakech

con Nata y Anne Marie. A la vuelta, Shahriar muere. Se echa a correr. Se publica su primera novela: *Una chica de principios*.

2013. Está en Saint-Émilion. Conoce a Urgulanila. Urgulanila muere. Va a Zúrich, se entera de que es rico. Se publica su segunda novela: *Shahriar*.

2014. Se publica su tercera novela: *La chica de la bata amarilla*.

2015. Se reencuentra con Ilsa. Ilsa muere. Se publica su cuarta novela: *Vida de una chica impávida*.

2016. Se publica su libro de relatos: *Echarse a correr*.

2017. Se publica su quinta novela: *Disparando rayos de tristeza*.

2018. Por primera vez desde su debut no hay novela de Luis Foret.

2019. Anuncia su última obra, de carácter autobiográfico, y su retirada definitiva.

«Es perfecto, Agnes. Absolutamente perfecto. Ahí lo tienes todo. ¿De verdad me estás diciendo que no hay material suficiente para escribir una biografía? Solo te faltan dos pequeñas piezas para completar el rompecabezas».

«¿Qué piezas?».

«No te adelantes, siempre quieres adelantarte. Dime primero: ¿qué es lo que dices que no te cuadra en la historia?».

«He estado investigando. He buscado en Google y apenas encuentro rastro de las chicas muertas».

«Los muertos no dejan rastro, Agnes, son los vivos los que lo hacen».

«Ya me entiende. Asia, por ejemplo. Murieron siete personas en el terremoto de Camposanto de mayo de 2012 y no hay nadie con ese nombre».

«Creí que había quedado claro que los nombres que he mencionado a lo largo de esta historia son falsos. Si fuera de otra forma, pronto habrías dado conmigo. O más bien con el nombre que me dieron mis padres. Pronto habrías dado con lo que tú crees que soy: un nombre antes que mis hechos».

«De acuerdo, Asia no es un nombre real, pero cómo explica que tampoco encontrase noticia alguna sobre la hermana mayor que muere protegiendo con su cuerpo a la pequeña. Esa es la clase de noticia que les gusta dar a los periódicos y a las televisiones».

«Y se dio, Agnes, se dio. ¿Cómo crees que me enteré yo en Zadar? Otra cosa es que esa información se perdiera para siempre. La gente se cree que todo está en Google y puede que así sea, pero es también la Biblioteca de Babel. Si no sabes en qué anaquel buscar, puedes pasarte la vida registrándola».

«La chica del tiempo».

«¿Qué le ocurre?».

«He encontrado, en efecto, la noticia de la empleada de un museo que se suicidó delante de un cuadro. En cinco o seis medios, apenas una reseña, unas iniciales: A. C. V., ninguna foto ni datos que me ayudasen a identificarla, a ponerme en contacto con su familia».

«Tú eres la periodista, no yo. Deberías saber que los suicidios no suelen cubrirse en los medios por respeto a la familia, y porque existe un efecto contagio. Está comprobado que un suicidio en primera plana provoca más suicidios. Espero que no desees que los medios contribuyan a propagar una plaga de suicidios simplemente por satisfacer tu curiosidad».

Si pudiera le tiraría una Granny Smith a Luis Foret y, esta vez, prometo que apuntaría mejor.

«Pero usted mismo me dijo que vio la noticia en televisión, acompañada de una entrevista a Chris Ventola. ¡No he sido capaz de encontrar esa noticia!».

«Era un medio local de Los Ángeles, un medio modesto, no creo que tengan un archivo digitalizado que merezca la pena. El museo cuenta con patronos muy poderosos y fue partidario de tapar la noticia. Que una empleada suya se suicide en horario laboral no los deja en buen lugar. Pero, después de todo, ¿qué te iba a aportar una pieza de un informativo como esa?».

«¡Un nombre!».

«Otra vez los nombres. Tú misma reconoces que has encontrado reseñas y unas iniciales en la prensa, lo cual corrobora que mi historia es real, así que quédate con eso».

«Pero una biografía sin otras fuentes es incompleta, es absurda».

«Es una autobiografía».

«Sí, eso es».

Durante unos minutos las monedas dejan de tintinear. La sensación de paz es tan grande que se merece un vaso de *whisky*.

Eché al imbécil de la ventana con cajas destempladas. Le dije que se largase, le dije que si volvía a poner un pie en clases de tango, si volvía a ver aparecer el brillo de sus *brackets* en la nave en que bailamos, les contaría a todos que me acosa, les contaría cosas horribles que le arruinarían la vida.

Quizá fui un poco drástica pero su vigilancia me había enfurecido.

Protestó, lloriqueó.

—¿Pero qué te he hecho?

Yo oí: *sol, sol, fa, fa, mi*.

—Estás loca.

Sol, sol, fa, fa, mi.

Cerré la ventana batiente, accioné la persiana automática. El zumbido de insecto gigante acalló las últimas notas lastimeras de la flauta.

Miré el móvil: no había nuevas monedas de Foret, pero mi madre había enviado una ráfaga muda de *wasaps*; muda porque he silenciado sus notificaciones para siempre —qué placer apretar el botón de ese adverbio: SIEMPRE—: «Algo va mal, verdad; sigo sin ver tus; tuits de la revista, te han echado, ¿a que sí?; ¿para qué te pagamos; la carrera?, dios mío, cuánto; dinero tirado, cuánto dinero; hay un virus chino; lo has oído; ¿tú te enteras de algo?; tu prima ha dejado aquí unos vaqueros que ya no usa; yo creo que no te van a entrar por la cadera, pero podías venir a probártelos; oye no sé si te acuerdas, somos tus; padres». Cómo olvidarlo, ya me gustaría. No le respondí, pero no es difícil imaginar que no contribuyó a mejorar mi humor.

En los pozos de los deseos, aunque se demoren, las monedas siempre acaban por llegar.

«¿Qué más te preocupa, Agnes?».

¡Si yo le contara!

«No he hallado ni una sola palabra sobre una española que se cayera del Preikestolen en los últimos años. Ni una sola».

«Eso fue gracias a mí. O tal vez pienses que fue por mi culpa. Cuando avisamos a las autoridades noruegas del accidente, les pedí por favor que no informaran a la prensa. Que ya bastante desgracia tendría su familia como para convertirlo en un circo mediático, les dije que en España las televisiones eran muy irrespetuosas con sucesos como ese. Fueron comprensivos».

«Pero usted estaba al lado de ella. ¿No sospecharon? ¿No investigaron?».

«No. Estaban nuestros amigos Jasper, Kasper y Uta, el gordo con el perro, la familia, todos dijeron que se había precipitado al vacío».

«Usted mismo afirmó que no estaban atendiendo».

«Y no lo estaban, pero uno acaba creyendo ver lo que quiere creer que vio. El día anterior nos habían visto bailar tan alegres, habían visto complicidad, ilusión por el reencuentro, lo último que creerían es que yo iba a

empujarla desde seiscientos metros de altura. Cosa que, me adelanto a tu pregunta, no hice».

Huidizo como un okapi del Congo; se dejan ver tan poco que los zoólogos los conocen por los excrementos que van depositando por ahí.

«¿Se cayó o se tiró?».

«Yo estaba de espaldas, pero que se tirase no tendría sentido. Ilsa no era de las que se suicidan, Ilsa era una superviviente».

Cambio de tema.

«Urgulanila iba a pie hasta León, ¿no es así?».

«Así es».

«Su padre, adinerado, había recogido en un camión sus pertenencias del apartamento de Londres».

«En efecto».

«Luego sabía que volvía a pie hasta casa».

«Sí».

«¿Cómo explica entonces que no aparezca en la prensa una sola palabra sobre una chica desaparecida que regresaba a pie a León? Máxime cuando un padre rico siempre moverá todos los hilos para encontrar a su niña».

Aunque su niña sea la protagonista de la película *El ataque de la mujer de 50 pies*.

«En eso también tengo algo de culpa —responde Luis Foret—. Antes de arrojar el cuerpo a la escombrera se me ocurrió que era conveniente escribirle a su padre para ganar tiempo. ¿Cuánto tardaría en llamarla al móvil? Una niña de papá que va caminando sola por el extranjero... Es posible que la llamase cada día. Así que cogí el teléfono, busqué en la agenda y encontré con facilidad el número del padre».

«Y ella no tenía contraseña para desbloquear el móvil, ¿verdad? Qué bien le viene para su historia».

«Agnes, aunque te cueste creerlo, hay gente que no tiene nada que esconder».

«¿Cómo no me va a costar creerlo después de haberlo conocido a usted?».

«Cogí el teléfono de Urgulanila, leí algunos de sus mensajes y copié expresiones cariñosas, palabras repetidas, saludos y despedidas que utilizase en otras ocasiones. Le escribí a papá diciéndole que había decidido marcharme, que había decidido intentar una vida sin ellos, vivir sin red, que quería demostrarme a mí misma que era lo bastante buena para hacerlo por mis propios medios, que quizá volvieran a saber de mí o quizá no, que los quería mucho y agradecía todo lo que habían hecho por mí, pero había

llegado la hora de echar a volar, que por favor no me buscasen, que por favor no me avergonzasen, que por favor respetasen mi libertad. O algo así».

«Es usted un hijo de puta».

«¿En serio? ¿Por qué? Su adorada hija, que no llegaba a treinta años, había muerto de la forma más estúpida posible, cayéndose en la bañera del hotel de un desconocido al que pensaba tirarse una vez se hubiese lavado sus pies hediondos. ¿De verdad crees que para ellos sería menos doloroso conocer la realidad que pensar que su hija sigue viva disfrutando de la vida que ha elegido para sí? Con la certeza de que si las cosas le van mal llamará para pedir ayuda. ¿Crees que lo que hice no fue una buena obra?».

«Lo hizo para escurrir el bulto. No vaya ahora dándoselas de héroe».

«Agnes, reconocerás que hay formas y formas de escurrir el bulto y esa me pareció brillante».

«Es usted tan odioso».

«No solo me daba tiempo antes de que empezasen a buscar a Urgulanila, sino que aliviaba el sentimiento de pérdida de su familia. Después de enviar el mensaje, apagué el móvil y lo machaqué contra la cazadora de cuero de cerámica. La prensa no publicó nada porque el hecho de que una chica mayor de edad se marche de casa y no vuelva a hablar con sus padres no es noticia».

El okapi se esconde de nuevo en un tupido bosque de cedros y tecas; a mí me resta analizar sus excrementos.

Ensayo varios correos electrónicos, todos contienen insultos. Los escribo con mayúsculas, los escribo deletreando las palabras, separando las letras con guiones. Luego los borro. Quiero saber cómo acaba la historia antes de decirle a ese hombre todo lo que pienso de él y ya no debe quedar mucho.

«Entonces —le escribo—, la única esperanza que me queda es encontrar a Kathy, a Anne Marie o a Nata. ¿Se da cuenta de que de todas las mujeres de las que me ha hablado, de todas las mujeres que considera importantes en su historia, solo tres quedan con vida?».

«No exactamente».

9

El relato de Kathy, Anne Marie y Nata

Carretera Nacional 634 (A Coruña, España), marzo de 2016

Afirma Foret que antes de llegar al final de su biografía le gustaría que incluyese otro relato. Es el único que no protagoniza Luis Foret; él lo escuchó de la boca de alguien que, a su vez, lo escuchó de la boca de un cabo del parque de bomberos de Arzúa. Todos lo conocen como el cabo Ruscus, aunque en realidad se llama Rubén y nunca se ha parado a explicarles a sus compañeros el motivo de su apodo. Ruscus es un hombre rubio, espigado y atlético; a simple vista nadie diría que es un tanto medroso para ser bombero.

Por ejemplo: el cabo Ruscus sabe que si les comunican una emergencia en carretera el espectáculo no va a ser agradable. Cuando eso ocurre, una lagartija sube por su estómago hasta el esófago y utiliza el rabo para atragantarle. Por mucho que trague, no es capaz de desalojarla en varios días.

Generalmente el motivo de la emergencia en carretera es la excarcelación de cuerpos. Cuando eres bombero, *cuerpos* tiene que ver con *muertos*. Si están vivos es aún peor. Lo que nunca están es ilesos. Si uno sale ileso de un accidente, llama a Asistencia en Carretera o, en todo caso, a la policía. Si estás herido, a una ambulancia. Si alguien llama a los bomberos es porque lo que hay en la calzada es una lata de sardinas en escabeche. Y ellos tienen que abrirla. En cierta ocasión un cuerpo se partió por la mitad al extraerlo: las piernas permanecieron en el asiento, el pie pisando el pedal de freno. Ruscus se apoyó en el quitamiedos para vomitar, pero la lagartija no estaba por la labor de apearse.

Afirma Foret que Ruscus cuenta que aquel día, al recibir la llamada de la Guardia Civil de Tráfico, se teme lo peor. Lo único que le dicen es que ha habido un accidente en la Nacional 634, a la altura de Teixeira, y que se requieren sus servicios.

El cabo Ruscus maldice que el accidente no se haya producido un poco más al este para que así la competencia recayese en el parque de Ordes. El pabellón prefabricado de uralita en el que hace guardia le inspira poco heroísmo; no hay barra metálica de descenso ni escaleras de caracol, los peldaños que conducen al garaje provocan el mismo hechizo que la salida de emergencia, de un hotel de dos estrellas. La alarma no funciona, hay que comunicarse a gritos, y todo el edificio desprende olor a grasa y Doritos de la máquina expendedora.

Ruscus avisa a un compañero que dormita en el sofá de la sala común y que se enfada con él por despertarle. El sargento Reza suele estar de mal humor; es un hombre de unos cuarenta años y corta estatura, un centímetro menos y no podría haber sido bombero. Ruscus, desde su atalaya de casi dos metros, siempre ha visto a los bajitos como seres gruñones y malhumorados. Esa tarde, mientras releía *Goldfinger* —es un enamorado de las novelas de James Bond—, le había llamado la atención que la escasa estatura de Auric Goldfinger provocase la desconfianza de Bond.

Reza refunfuña todo el camino en el vehículo de rescate. Dice que espera que no los hayan llamado por una gilipollez. Lo que se sobreentiende de las palabras del jefe de equipo de Ruscus es que se enfurecerá si no hay muertos. Todo lo contrario que él, que desea algo leve, un choque intrascendente que haga de convocar a los bomberos una exageración. Se dice que, en cualquier caso, su deseo es más humano que el de su compañero. Quizás habría que recordarle al cabo Ruscus que hace un momento su mayor deseo era que el accidente fuera competencia del parque de Ordes. Así que su prioridad no es exactamente el bienestar de los ocupantes de los vehículos, sino el suyo propio. No le apetece tener un rabo de lagartija atravesado en el gaznate durante una semana, como una de esas botellas de licor con un lagarto sumergido que servían en los restaurantes chinos cuando era niño.

La lagartija da un salto al llegar a la Nacional 634. La carretera está cortada, la policía desvía los automóviles por vías secundarias. A lo lejos se distingue un coche, o lo que queda de él. Sabe que es un coche porque tiene ruedas. La parte frontal está tan aplastada que el capó gris parece un envoltorio de papel de plata.

—Los ocupantes del Micra están todos muertos, ya te lo avanzo —dice el sargento Reza.

—¿Cómo eres capaz de distinguir que es un Micra?

—Joder, tampoco tienes ni idea de coches, Ruscus. De verdad, ¿por qué te hiciste bombero?

Ruscus no contesta. Se supone que los bomberos apagan fuegos. Cuando le comentaron lo de extraer cadáveres de los coches ya era demasiado tarde.

Unos treinta metros más allá, a considerable distancia del Micra, hay un Audi Q5 con la parte delantera muy dañada. Los dos coches mantienen la horizontalidad, aunque en el caso del Micra, de no ser por las ruedas, costaría distinguir qué parte es la superior y cuál la inferior.

—Los ocupantes de los asientos traseros del Q5 —dice Reza— pueden estar vivos. De hecho, apuesto a que lo están, si es que iba alguien allí. El conductor y el copiloto, no, esos han fallecido. Ha sido un choque frontal brutal. Entre un Q5 y un Micra ya sabes quién lleva las de perder. Prepárate para un bonito espectáculo en el amasijo gris de ahí. —Señala el pequeño coche que parece un acordeón.

La lagartija de Ruscus se revuelve en su interior. ¿Cómo es posible que su compañero hable con esa tranquilidad de vivos y muertos?

Descienden de un salto del camión. Ruscus se siente estúpido con el traje ignífugo en mitad de la carretera. Siempre se siente estúpido vestido de bombero cuando no hay fuego.

Dos agentes de la Guardia Civil los saludan con seriedad llevándose la mano a la sien. Junto a ellos una mujer morena y pesada sostiene en brazos a un niño de unos veinte meses que llora con monotonía.

—Buenas tardes —dice el guardiacivil de mayor graduación—, procedan, por favor, a la excarcelación de los cadáveres del Nissan Micra. Creemos que son tres.

El sargento Reza le dedica a Ruscus un rictus de triunfo. La lagartija da tres coletazos.

—¿No es mejor que saquemos primero a los del Q5? Hay más posibilidades de que estén vivos —comenta Reza.

El guardiacivil lo mira con cara de pocos amigos. Luego señala a la mujer a su lado.

—Aquí están los ocupantes del Q5.

Los dos bomberos observan de arriba abajo la estampa de la *Madonna con niño y sobrepeso*. Bajo una chaqueta tres cuartos turquesa asoma un traje de fiesta demasiado ceñido; el niño, pese a lo pequeño que es, viste camisa blanca y pajarita roja al cuello. Su llanto inconsolable se derrama por la carretera.

El sargento Reza agarra por el brazo a su homólogo de la Guardia Civil y trata de apartarlo un poco de la mujer sin lograr moverlo ni un centímetro.

—¿Están ilesos? —cuchichea Reza.

La *Madonna* sabe que están hablando de ella y, como quien no quiere la cosa, acerca la oreja para captar la conversación.

—Ella se encuentra algo conmocionada. Estamos a la espera de una ambulancia, pero sí, parece que están ilesos.

—¿Y conducía ella?

—No iba a conducir el niño, ¿no?

El sargento Reza aprieta con rabia sus pequeñas piernas contra el asfalto.

—Así es —añade el guardiacivil—. Fue ella quien avisó del accidente.

—Eso es imposible. Completamente imposible. Mire cómo está el habitáculo del conductor.

Señala el Q5. Efectivamente, el asiento del conductor es el más dañado. El parabrisas está hecho pedazos y el airbag cuelga flácido hacia fuera como ropa de cama tendida a secar.

El guardiacivil suelta un bufido.

—Mire, amigo, les hemos llamado para que excarcelen los cadáveres del Micra. Si quería ser Kojak, no haberse hecho bombero.

El sargento Reza refunfuña una vez más, barre el aire con la mano por encima de su cabeza y se dirige hacia el coche gris. Antes se detiene en el camión y coge la cizalla y el separador para abrir una tercera puerta en la parte trasera del Micra, la única que es algo más que un montón de chatarra. Ruscus lo escolta.

Es entonces cuando ve a la niña de diez años.

La lagartija también la ve porque asoma la cabeza por su boca.

Aunque parecieran irreconciliables, la huida a la carrera del hombre que sería Luis Foret propició una pronta reconciliación entre Kathy y Anne Marie. En el fondo era lógico, las unía algo más que una amistad de la infancia, tenían más en común que haber sido uña y carne, eran compañeras de odio, nada más que eso. Compartían el odio por el hombre que ya era Luis Foret.

Fue Kathy quien dio el primer paso. Anne Marie, aun muriéndose de ganas, sería incapaz de hacerlo. Sería incapaz de pedir perdón porque, en su opinión, no había hecho nada imperdonable y, en esos casos, siempre se hace más difícil solicitar el indulto. Cuando inició su relación con el hombre que sería Luis Foret, Kathy y él llevaban divorciados medio año. Anne era consciente de que dar comienzo a aquella relación, con las heridas aún frescas, dificultaría su amistad con Kathy, pero en aquel momento su principal preocupación era el bienestar de su hija.

¿Cómo llegó a saber todo esto Luis Foret? La mayor parte porque contrató un detective privado. Afirma que lo hizo simplemente para documentarse para la que sería su última novela antes de esta biografía. La novela que tituló *Disparando rayos de tristeza*. La realidad es que esta actitud no lo hace parecer más agradable a nuestros ojos.

Kathy y Anne se citaron en un café de su ciudad natal. Un viejo café a la entrada del casco histórico con mesas de tablero verde y paredes revestidas de madera oscura. Anne llegó la primera, nerviosa, mordiéndose las uñas con sus largas cuchillas. Cuando vio entrar a Kathy se puso de pie. Sobre el cuerpo de Anne caía elegante un mono negro de marca. La elección no había sido la más correcta, pues se la veía mucho más alta que a su antigua amiga. Alta y altiva comparten raíz, afirma Foret.

Anne se preguntaba cuál sería la reacción de Kathy: ¿le daría dos besos, le estrecharía la mano, simplemente se sentaría? De ningún modo esperaba que, sin mediar palabra, la rodease con fuerza entre sus brazos. A Anne le cayeron las lágrimas a borbotones. Cómo era posible que Kathy ni siquiera conociera a su hija, más allá de cuando se cruzaban por la calle y hacían que no se veían.

—Tengo tantas ganas de conocerla —dijo Kathy.

—Y yo de que la conozcas.

—Espero que no se parezca a él.

—A veces me lo recuerda. Pasaron muchas horas juntos.

Kathy ensombreció su gesto.

—Pero solo se parece a su parte buena —se apresuró a añadir Anne.

—No recuerdo cuál es esa parte.

—La parte de la que nos enamoramos.

Kathy frunció el ceño.

—Cuando conozcas a Nata lo recordarás.

Anudaron las manos, las de Anne seguían temblorosas.

Más adelante ambas convinieron que lo que las enamoró del hombre que sería Luis Foret fue que siempre estaba en el lugar adecuado en el momento preciso. Kathy se acostó por primera vez con él porque aquel profesor de francés al que no había vuelto a ver se había ausentado del ciclo. Anne se lo había encontrado cuando el padre biológico de Nata la dejó tirada; se refugió en un lugar recóndito, pero no lo suficiente para el hombre que sería Luis Foret. En cuanto al padre de Nata, como el profesor de francés, se había esfumado, desvanecido.

Parecía que aquellos hombres no hubieran tenido más función que empujarlas a acostarse con el hombre que sería Luis Foret, empujarlas a empujarlo a convertirse en Luis Foret.

Esa misma noche, después de que Kathy acompañase a Anne a buscar a Nata al colegio y cenasen las tres juntas una *pizza* tropical en la vivienda que Anne había compartido con el hombre que sería Luis Foret, las dos mujeres se besaron en la boca por primera vez.

Nata ya se había acostado cuando algo las empujó a besarse, un impulso que surgía de sus labios, de sus lenguas. Mientras mezclaban su saliva debieron recordar cuánto se habían insultado y despreciado durante seis largos años, pero es probable que hicieran como que lo habían olvidado. Seguro que hicieron como que nunca había ocurrido cuando se desnudaron y abrazaron. No necesitaban más. Simplemente estaban desnudas en el salón sintiendo su piel, las piernas de la pequeña Kathy sobre las de Anne Marie. Debieron quedarse así al menos una hora, apenas hablaban, apenas pensaban. De alguna forma esperaban recuperar, a través de sus poros, el tiempo perdido sin saber la una de la otra, odiándose la una a la otra. De alguna forma esperaban recargarse a través de su epidermis, como dos aparatos electrónicos, dejar a un lado la soledad, el fracaso.

Así fue como las encontró Nata al descender los escalones de madera del dúplex y bordear la jardinera de nomeolvides. Había tenido una pesadilla.

—¿Qué hacéis? —les preguntó con su voz afónica.

No lo hizo horrorizada ni como un reproche. En su voz simplemente había curiosidad. Era una niña curiosa, una adorable niña curiosa.

—Nada, cariño, estamos dándonos un abrazo porque hace mucho tiempo que no nos vemos —respondió su madre—. ¿No lo ves?

—¿Y por qué estáis desnudas?

—Porque tenemos calor, ¿tú no tienes calor?

Realmente hacía un poco de frío.

—Yo no.

—Pues entonces tú no te desnudes.

Hubo un momento de silencio. Nata lo rompió:

—¿Puedo abrazaros yo también?

—Claro, cariño, ven aquí.

Nata recorrió a la carrera los diez metros que separaban la escalera de las dos mujeres y las abrazó. Metió su cabeza entre el pecho izquierdo de su madre y el derecho de Kathy, que besó en el pelo a la pequeña que había aparecido de ninguna parte. Como el hombre que sería Luis Foret.

Afirma Foret que Ruscus cuenta que el cadáver de la niña se encuentra en buen estado, pero que no sabe si eso es peor. La imagen de la niña, dice, sin heridas externas es bastante macabra. No tiene que esforzarse mucho para imaginar que aún puede correr, cantar, dar volteretas, bailar claqué.

Pero no, no puede, está muerta.

Por fin llega la ambulancia y la asistencia sanitaria. Cuando ven el cuerpo diminuto depositado en una camilla, el sanitario jefe se dirige a Reza de muy malos modos.

—¿Por qué coño habéis sacado a la niña antes de que llegásemos? ¿No veis que habéis podido dañarla?

—No —dice Reza furioso porque todo el mundo le lleve la contraria esa tarde—, no podíamos dañarla porque estaba muerta.

—Es el médico forense quien tiene que determinar eso.

—Llevo veinte años de bombero, soy capaz de distinguir un cadáver.

—Informaré de vuestro comportamiento negligente. Más os vale que determinemos que la niña ya estaba muerta cuando la extrajisteis, porque si no se os va a caer el pelo.

—Muy bien —dice el sargento de bomberos acercando su cara a la del otro como un borracho que discute en un bar—, haga lo que le plazca, yo también incluiré en mi informe una nota sobre la tardanza en su llegada. Conque si no estaba muerta cuando la encontramos, igual se les cae el pelo a ustedes.

Da media vuelta y le indica a Ruscus que le ayude a horadar un hueco con la cizalla en lo que una vez había sido la puerta del conductor. A mitad de camino se gira y le grita al jefe de sanitarios:

—Atiendan a los del Q5, hagan algo que sea útil. ¿O es que han venido a mirar?

El rostro de la conductora del Micra está completamente deformado. Solo se distinguen dos grandes dientes. Tan grandes que Ruscus se pregunta si de verdad son dientes. Es una pregunta rápida, al aire, sin respuesta, porque enseguida se pone a vomitar.

—Joder, qué cruz —dice Reza mirando para él—, hoy me tocan a mí todos los subnormales.

Las paletas de Anne Marie debieron asomar como dos bloques de hielo cuando Kathy se lo propuso.

—¿No te interesa saber qué es lo que hace? —le preguntó Kathy.

—La verdad es que no.

Llevaban tres años viviendo juntas cuando a Kathy se le ocurrió la idea. Anne era partidaria de pasar página. Su vida había dado un giro, ahora la compartía con una mujer y, aunque no era lo que había imaginado, había encontrado una estabilidad. Eso le escribió a una compañera de trabajo en una carta que llegó a las manos de Foret. Kathy es más apasionada que yo, escribió, siempre lo ha sido, a veces pienso que no le correspondo como espera, pero nunca me he sentido más comprendida. A los cuarenta años, afirma Foret, Anne consideraba que la comprensión era la mejor base para una relación.

Por eso le extrañó cuando Kathy le hizo aquella proposición. Para ella, el hombre que ya era Luis Foret era poco más que un mal recuerdo, una reminiscencia que su hipocampo se había esforzado por suprimir. Anne no creía que hubiese demasiado que aprender del pasado.

Kathy era distinta. Kathy era capaz de albergar un rencor que Anne no comprendía. Kathy era incapaz de olvidar. No había olvidado lo que le había hecho Anne Marie casándose con el hombre que sería Luis Foret, pero al menos lo intentaba. Eso no quiere decir que no la odiase por momentos. En ocasiones, la manera en que él las dejó tiradas a ella y a Nata, tan despiadada, tan humillante, era suficiente para calmar su animadversión. Bastaría con imaginarlo corriendo mientras madre e hija esperaban. Sonreiría al pensar en la denuncia de su desaparición a la policía, cuando tres o cuatro vecinos aseguraron haberlo visto despreocupado y vestido con ropa de deporte. ¿Alguna señal de nerviosismo? ¿De peligro? ¿De amenaza? Ninguna, agente. Sonreiría al pensar en la mueca del policía: señora, no podemos hacer nada si su marido se ha ido voluntariamente.

El caso es que Kathy quería saber cómo le iba al hombre que ya era Luis Foret. En su fuero interno, deseaba que le dijeran que le iba mal, que estaba arruinado, enfermo, hasta que había muerto. El hecho de no haber vuelto a verlo, de no saber nada de él, la llevaba a pensar que la posibilidad del fallecimiento no era disparatada. Quería saber. Eso era todo. Un todo opuesto al de Anne, que quería mantenerse en la ignorancia. La disputa la ganó Kathy y visitaron a un detective privado para que investigara el paradero de quien ellas desconocían que era Luis Foret.

El hombre las recibió en un despacho minúsculo rodeado de estanterías con tomos de legislación y tres sillas de cuero giratorias. Las escuchó con atención y les pidió que le contasen todo lo que pudieran de su relación con el

sujeto al que querían investigar, por qué querían investigarlo y datos de la vida que ambas llevaban ahora. Pidió entrevistarlas por separado.

—¿Para qué quiere todo eso? —preguntó Kathy.

—Cuanto más datos sea capaz de recabar, más fácil me será dar con el sujeto y proporcionarles una información más completa —les explicó él.

Era un hombre con ojos saltones y rizos grises que parecían el relleno desperdigado de un cojín.

—Solo les cobraré por la información que reciban. Si no lo encuentro, no pagarán nada.

—Perfecto —dijo Kathy colocándose con el índice sus gafas de pasta negra sobre el puente de la nariz. Parecía satisfecha.

No sabía que acababa de contratar al mismo detective privado al que el hombre que ya era Luis Foret tenía a sueldo para informarle sobre ellas.

Afirma Foret que Ruscus cuenta que a la tercera ocupante del Micra, la que viajaba en el asiento del copiloto, se le han incrustado las gafas de pasta negras en los ojos y los pómulos. Debe de haber estrellado la cara contra el salpicadero. Como es tan bajita no se ha precipitado contra el parabrisas, pero el resultado es el mismo: el golpe la ha matado en el acto. Al menos no habrá vivido lo suficiente como para ver su cara convertida en una máscara antigás. El cabo Ruscus decide tras verla que dejará el cuerpo de bomberos y reanudará la carrera de Arquitectura que en su día abandonó.

Las tres camillas yacen sobre el asfalto tapadas con sábanas blancas.

Acaban de llegar dos nuevas ambulancias. En una va el médico forense, que tiene orden del juez para el levantamiento de los cadáveres.

—Bueno —dice el sargento Reza recogiendo las herramientas—, pues aquí nosotros ya hemos terminado.

La mujer con vestido de fiesta parece más nerviosa a cada minuto. Ahora que el niño se ha calmado y lame una piruleta en forma de corazón sentado en la ambulancia, es la madre la que está alterada. El guardiacivil que ha tenido el rifirrafe con Reza sigue junto a ella. La mujer mira el móvil como si esperase un mensaje que no llega.

—Joder —dice Reza—, ni siquiera se le ha estropeado el móvil. Aquí hay algo que huele a chamusquina, hazme caso.

Más por curiosidad que por otra cosa, se acercan al guardiacivil y la mujer para despedirse y escuchar de qué están hablando.

—Entonces, vienen de una primera comunión —dice el guardiacivil.

—Eso es.

—La de su hijo.

—Sí.

—¿Y dónde está el niño de la primera comunión? Porque este obviamente no es —dice señalando al pequeño que se mira la lengua rosa en el cristal de la ambulancia.

—En otro coche.

—¿Y dónde está ese otro coche?

—Iba delante.

—¿El otro coche lo conducía el padre?

—No.

—¿Y dónde iba el padre?

—El padre no conducía.

—¿Pero dónde está el otro coche?

—Iba delante.

—¿Y nadie de ese coche la echa a usted de menos?

La mujer mira el móvil. Dibuja un triángulo isósceles para desbloquearlo.

—La carretera está cortada —dice luego con desgana.

—Pero, hombre, podrían preguntar cómo están usted y el niño.

—Estarán acompañando a mi marido.

—¿Acompañarlo a dónde?

—A la cárcel.

El guardiacivil da un pequeño salto. El sargento Reza agarra al cabo Ruscus del brazo.

—¿Cómo que a la cárcel?

—Mi marido cumple condena.

—¿Y estaba fuera?

—Sí, de permiso.

—¿Por qué motivo?

La mujer repite irritada el triángulo para desbloquear el móvil.

—¿Pero no lo ve, hombre? Por la comunión de nuestro hijo. Deje de marearme.

—¿Y tiene que regresar ahora?

—Antes de las siete.

Ruscus mira su reloj de pulsera, un reloj de marca con tres esferas que su madre le regaló cuando aprobó la oposición de bombero. Lo justo será que lo devuelva si abandona el cuerpo: no lo merece. Son las seis y cincuenta. El sargento Reza sigue pensativo.

—¿Y ustedes qué miran? —dice el guardiacivil—. ¿No han acabado ya?

—Veníamos a despedirnos —dice Reza.

—Pues, venga, adiós, circulen.

Reza abre la boca como antes ha abierto con la cizalla el orificio en el Micra, pero lo que sea que quiere decir se queda en su boca. Como la lagartija en la de Ruscus.

Al pasar ante los tres cadáveres, de regreso al vehículo de rescate, Ruscus ve el pequeño bulto que forma la niña y se echa a llorar.

—¡Vaya por Dios! —dice el sargento.

Luego intenta que ni guardiaciviles ni sanitarios vean a su compañero llorando. Ya bastante humillación se ha llevado esa tarde el cuerpo de bomberos.

Ruscus solloza y se limpia con la manga los mocos que se deslizan sobre el uniforme ignífugo.

—Venga, Ruscus —dice el sargento—, no te vengas abajo. ¿Tú no eres el de las novelas de James Bond? Pues ya sabes lo que dicen: vive y deja morir.

El detective privado D. se pone enseguida en contacto con el hombre que ya es Luis Foret, aunque con él use un nombre distinto.

Bueno, enseguida tampoco.

Más tarde le confesará a Foret que por un momento le asalta la tentación de convertirse en agente doble, como en las novelas de espías. El noventa y cinco por ciento de los trabajos que le encargan corresponden a cónyuges que quieren saber si su pareja es infiel o a jefes que quieren saber si sus empleados los engañan. Las sospechas de infidelidades suelen provenir de una de las partes, rara vez de ambas; en la mayoría de los casos, además, las sospechas son reales, la experiencia le dice al Detective D. que quien intuye que le están poniendo los cuernos es porque es un cornudo de competición. Por lo que se refiere a la investigación empresarial, nunca ha tenido un empleado que le encargase que siguiera a su jefe, así pues la experiencia como agente doble tampoco encaja en ese campo.

Sin embargo, hay un motivo determinante para rechazar ser agente doble. El hombre que para él no es Luis Foret paga muy bien y el detective D. podría sacar un buen pellizco por la información tan sustanciosa que acaba de recibir. Y lo cierto es que su economía tampoco está muy boyante.

El mundo de los detectives privados que siguen a sus objetos de investigación, que hacen fotos con minicámaras, que elaboran dosieres de

cartón, que utilizan papel baritado para las fotografías, es un mundo que declina. No hace falta más que prestar atención a las redes sociales para conocer lo que alguien hace o deja de hacer: los amantes, las falsas bajas laborales. El detective D. se ha planteado varias veces pasarse a la investigación virtual, el rastreo en Google, en las redes o el WhatsApp, pero es mayor para eso y no podrá ofrecer la calidad que va ligada a su nombre: D.

El tiempo que tarda en conciliar estos pensamientos es el que se toma el detective D. antes de telefonar al hombre que para él no es Luis Foret y decirle que las mujeres a las que investiga quieren investigar a él.

Foret, que entonces se encuentra en Zúrich, está atónito. Ante sus ojos aparece una nueva novela surgida de la nada, la mejor de sus novelas. Pero aún no puede contarla porque es fácil que Kathy y Anne lo descubran. Pueden no haber sido las mejores esposas del mundo, pero de tontas no tienen un pelo.

Si crease, por ejemplo, un personaje que solo hace felaciones u otro que abandona corriendo a su mujer e hija, sabrían a ciencia cierta que lo ha escrito él. Así que empieza a darle vueltas a la cabeza a cómo contarlo todo sin ser descubierto.

De momento, la mejor idea le parece confabularse con el detective D. para engañarlas. Le resulta, además, extremadamente divertido.

Afirma Foret que lo que hace es ascender hasta un cementerio sobre una colina, el cementerio en que James Joyce descansa en su tumba. Lo conoce de otras estancias en la ciudad y le agrada pasear por él. Está lleno de esculturas, flores de colores rodean las tumbas excavadas en la tierra; flores moradas, rojas y amarillas aquí y allá. Deambula con una vieja Leica en la mano leyendo las inscripciones de las lápidas hasta que se detiene ante una piedra cuadrada y maciza. Es reciente y no muy hermosa. Pero es perfecta. Extraña y radicalmente perfecta.

Pone: MICHEL DUPONT 1977-2014.

Y luego esta leyenda:

JE PENSE QUE N'AI RIEN COMPRIS.

«Creo que no he entendido nada».

¿Acaso es posible un epitafio más adecuado?

Le hace varias fotografías.

Más tarde encarga un pasaporte suizo falso a nombre de Michel Dupont fechado en 2013. Le entrega al hombre que lo falsifica una foto suya actual para el documento. Luego contrata a una acompañante, pero no se acuesta con ella, únicamente utiliza la Leica para una sesión de retratos. La fotografía

primero en la cama del hotel, luego en un escritorio mirando hacia atrás en un escorzo, ahora los dos juntos, sonrientes.

No necesita nada más.

Muere y deja vivir.

Afirma Foret que cuenta Ruscus que está de vuelta en el camión con el sargento Reza cuando perciben un revuelo en el lugar del accidente. Como un hormiguero atacado por termitas, todos se revolucionan: los sanitarios, los guardiaciviles, la mujer del vestido de fiesta. Solo el niño de la pajarita guarda la compostura.

El sargento hace un gesto y descienden de nuevo a la calzada. Ruscus empieza a estar cansado de tanto subibaja. Por lo que alcanzan a entender, han alertado de otro accidente a dos kilómetros de allí, en un descampado junto a un árbol solitario en el perímetro de la cárcel de Teixeira.

La ambulancia que llegó en primer lugar emprende camino hacia el penal, seguida del coche de la Guardia Civil en el que solo van el guardiacivil que ha discutido con Reza y la mujer, que viaja en el asiento de atrás. Esto último les parece extraño, ¿qué pinta la mujer en la escena de otro accidente? El segundo guardiacivil permanece rellenando papeleo junto al forense. El sargento Reza regresa a la cabina del vehículo de rescate y escolta la caravana de coches hasta la cárcel aunque nadie lo haya invitado a hacerlo.

El olor a chamusquina es cada vez más fuerte. No lo taparía ni un cargamento de Doritos.

Entre el árbol y la prisión reposa un hombre calvo boca arriba, barba de cinco días, mirada triste. Viste traje beis y una corbata marrón oscura demasiado ancha. El traje está manchado de verdín, arrugado, desastrado. El hombre debe llevar bastante tiempo allí abandonado. La mujer se echa a correr, se abalanza a abrazarlo. Los dos bomberos siguen el espectáculo desde el único árbol cerca del borde de la carretera.

El guardiacivil intenta apartar a la mujer para que los sanitarios atiendan al hombre que yace sobre las malas hierbas. Le toman el pulso, revisan distintas partes de su cuerpo, dicen que no con la cabeza mientras la *Madonna* forcejea con el agente. Hacen una llamada telefónica, pronto llega otra ambulancia con el forense en el asiento de copiloto. Llega también el otro guardiacivil. Desde la prisión se unen un policía nacional, un funcionario de paisano y un guardia de seguridad. Juntos conforman un hervidero de uniformes y confusión.

—Hala, pues ya están todos. Solo les falta el indio —dice Reza.

Luego se hurga en el bolsillo del chaquetón ignífugo y saca un paquete de tabaco, se mete un cigarrillo en la boca y enciende el mechero.

—¿Vas a ponerte a fumar aquí? —le pregunta Ruscus más asombrado que incómodo. A esas alturas, después de haber decidido dejarlo todo, no va a indignarse por un pitillo.

—Sí, ¿quieres uno?

Le ofrece la cajetilla.

El cabo extiende las palmas de las manos como diciendo: por qué no.

Mientras aspiran las primeras caladas, el sargento le dice:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ruscus se encoge de hombros.

—¿De dónde viene lo de Ruscus?

Dibujando volutas ven a la mujer de la chaqueta turquesa derrumbarse y gesticular.

—Me lo puso mi madre cuando era un bebé y me quedó.

—Ya, ¿pero qué significa?

El guardiacivil que ha llegado el último pasa a su lado. Es un chico muy joven. Le piden que les informe.

—Está muerto, reventado por dentro. Era el marido y conducía el Q5. Venía de la comunión de su hijo y había bebido bastante. Volvía a la cárcel después del permiso, donde cumplía condena por tráfico de drogas, le quedaban tres meses para el tercer grado. El hombre tuvo un despiste y se llevó por delante al Micra.

»La esposa iba detrás en otro coche con el niño de la comunión y otros familiares, él le había pedido expresamente conducir solo aquella tarde. Después del accidente, salió del Q5 dolorido y vio que había matado a las tres ocupantes del Micra.

»La idea se le ocurrió a la mujer: le dijo que fuera caminando a pie hasta la prisión; ella diría que conducía el vehículo, no había bebido, no tenía antecedentes, no había peligro. Él caminó con dificultad hasta ver los muros de la cárcel, pero su cuerpo no aguantó más y se desplomó a escasos metros de la puerta.

Reza se da un toque triunfal en la aleta de la nariz mirando para Ruscus.

—Es una pomada —dice el otro.

—¿Cómo dices?

—Que Ruscus es una pomada; cuando me parió, mi madre tuvo unas hemorroides terribles y le recetaron Ruscus. No sé por qué empezó a

llamarme así y me quedó.

El sargento Reza le mira estupefacto.

Luego empieza a reírse a carcajadas.

—¿Te llamas como una pomada para las hemorroides?

Ruscus también se ríe, reconoce que tiene gracia.

El joven guardiacivil que les ha dado la información les reprende:

—No se rían, hombre, que hay un difunto. Y dejen de fumar aquí, por Dios. Menuda imagen están dando.

Pero Ruscus y Reza no pueden parar de reír.

Dos bomberos uniformados apoyados en un árbol, fumando, partiéndose de risa mientras se levanta un cadáver.

No, no es una imagen tan mala después de todo, piensa el cabo Ruscus.

Kathy y Anne Marie reaccionan con un silencio a la noticia de que su exmarido ha fallecido.

Ojean las fotos con detalle, se pasan las pruebas la una a la otra: el nuevo nombre, la nueva identidad, la nueva esposa. Es bastante más joven que ellas. Una chica de ojos tristes, no se les ve felices, su alegría parece fingida.

¿Y por qué habría cambiado de nombre? ¿Qué negocios turbios le habrían llevado a Zúrich?

Kathy recuerda que una vez le habló de una antigua amiga que se había visto envuelta en el tráfico de drogas. Una amiga de la que había estado muy colgado. Solo un par de pinceladas, no había querido decir más.

Sí, lo recuerda, había sido la noche en Venecia en que se confesaron sus amantes. Eso es.

Quizá tuviera algo que ver con eso.

—¿De qué murió? —pregunta Anne Marie al detective D.

—Falleció en extrañas circunstancias, apareció muerto en el lago. Ahogado. Tal vez un suicidio.

—¿Y a qué se dedicaba en Zúrich?

—No me queda muy claro, pero parece que se dedicaba a negocios económicos, a invertir, a especular —dice el detective D.

Kathy le extiende al detective unos billetes para pagar sus servicios. Se marchan del despacho con el mismo silencio con el que recibieron la noticia; Anne no espera a abandonar el edificio para echarse a llorar. Abraza a Kathy en el rellano de la oficina del detective D. La nueva información modifica por completo la idea que tiene del hombre que ya es Luis Foret. Atenúa el rencor.

Puede que su huida no tuviera nada que ver con ella y Nata, dice. Puede que tuviera que huir porque se había metido en negocios turbios, por eso estaba tan raro aquellos últimos meses. ¿Y si solo lo había hecho para protegerlas? Anne le agradece a Kathy la idea de acudir a un detective. Kathy le pregunta si ha cambiado algo. Qué va a cambiar, responde Anne. Se miran unos segundos enlazadas por las falanges de ambas manos. Luego Anne besa a Kathy con suavidad y le propone coger el Micra y llevar a Nata a pasar el fin de semana a algún lugar de Asturias.

El detective D. sigue la escena por la mirilla y no puede dejar de sonreír. Es el dinero más fácil que ha ganado en su vida. ¿Quién creería que un detective pueda resolver un caso echando un vistazo por la mirilla de su oficina? Afirma Foret que el detective D. le dice que roza el absurdo cuando se lo cuenta punto por punto por teléfono y hablan de liquidar el trabajo.

Entonces D. aún no sabe que pronto tendrá otro encargo de Foret, tan sencillo, tan bien pagado: una entrevista con un bombero con nombre de pomada para las hemorroides.

Extracto del diario de Agnes Romaní

Santiago de Compostela, marzo de 2020

Oh, joder. Joder, joder, joder, joder, joder, joder, joder, joder, joder. En qué coño me he metido. Creo que he descubierto algo y creo que no me gusta. No me gusta nada. Creo que esta biografía finalmente va a tener algo mío. Algo que no esté al dictado de Luis Foret. O comoquiera que se llame ese sujeto. Y digo sujeto porque me cuesta encontrar el insulto adecuado. Creo que voy a aportar algo a esta biografía y, la verdad, preferiría que esa aportación no se produjese. O fuera una aportación que no aportase nada. Confieso que tengo un poco de miedo y no suelo ser miedosa, no soy como el bombero del que me habló Luis Foret. El del nombre de pomada de almorranas. No soy como esos exagerados que han empezado a usar mascarilla por la calle. Lo que quiero ahora es beber y lo que quiero también es dejar de beber. Así de absurda eres, Agnes Romaní. La del nombre de mártir adolescente. Pero esas botellas de *whisky*. Mi hallazgo también guarda relación con las botellas. He descubierto algo. Creo. Y preferiría no haberlo hecho. Joder. Volvía a casa esta noche de clases de tango. Desde que le tiré una manzana a la cara, el hombre de los *brackets* no ha vuelto a aparecer por allí. Hoy le hubiese dejado acompañarme. Hoy hasta le hubiese dejado penetrarme con su flauta dulce. *Sol, sol, fa, fa, mi*. Así de incoherente eres, Agnes Romaní. Volvía a casa esta noche de clases de tango pero no era tango lo que había en mi cabeza. Era el capítulo más reciente de la biografía de Luis Foret, el capítulo del accidente de tráfico de Kathy, Anne y Nata. Joder. Hasta ahora las muertes ocurrían en el extranjero. Las últimas tres, no; las últimas tres sucedieron a sesenta kilómetros de Santiago. A sesenta kilómetros de mí. Joder, joder. Eso pensaba de vuelta de clases de tango. Joder si lo pensaba. Algo me decía que en ese capítulo, en el capítulo del accidente, había un cabo suelto. Un pequeño detalle que había pasado por alto. La historia parecía querer hablarme a mí. Me hablaba directamente a mí desde su trono de demiurgo. A mí, con mis manos de meñiques torcidos y la línea de la vida muy corta. ¿Pero qué podría

querer decirme? Necesitaba un indicio más, una pista que no hubiera salido del ordenador de Luis Foret. Se me ocurrió buscar «Kathy Joyce» en el móvil. ¿Por qué de entre todos los nombres posibles le daría ese a su primera mujer? Sé que todos los pseudónimos que usa tienen su sentido, algunos evidentes, otros anecdóticos. Otros se me escapan. Suelo ir mirando el móvil cuando voy por la calle hasta que agoto los datos. Llevar la cabeza gacha me libra de malos encuentros. Hoy me gustaría encontrármelos a todos. Tecleé «Kathy Joyce». Como suponía, no llegué a ninguna parte. Perfiles de Facebook, una actriz desconocida, una fotógrafa americana de granjas. Nada. Tecleé «Anne Marie Pascal». Sin mucha esperanza. Pensaba: desiste, no encontrarás nada. Eso pensaba de vuelta de clases de tango. Lo primero que vi fue una fotografía en blanco y negro. Lo primero que sentí, un palpito, una intuición. Esos ojos tristes. Era una foto vieja, minúscula, apenas un cuadradito, unas decenas de *kilobytes*. Parecía hermosa; lucía sombrero y media melena que ocultaba la mitad de su cara; el rostro muy blanco, los labios apretados. Su mirada melancólica me apenó. En las fotos de época los retratados siempre están tristes, el tiempo de exposición era tan largo que posar ceñudo era más sencillo que risueño. A los modelos les faltaban dientes o los tenían podridos y preferían la boca apretada. Pero Anne parecía triste de verdad, como si esperase que le cayera encima una desgracia. Mi cara debió de ser comparable poco después. Si alguien me hubiese fotografiado cuando vi la leyenda que acompañaba la imagen, yo sería igual que Anne Marie Pascal. La de la foto, no la de las mamadas. «Víctimas de Henri Désiré Landru». Landru. El asesino de mujeres, de esposas, pobres diablitas a las que engañaba, con las que se casaba, a las que robaba, a las que mataba. ¿Por qué Luis Foret habría nombrado a su segunda mujer como una de las víctimas de Landru? Mi corazón retumbaba como un martillo hidráulico. ¿Eran el nombre, la foto, solo una casualidad? ¿Solo otra más de la astronómica elipse de casualidades? Leí alguna de las entradas que encontré sobre Landru en internet. No una investigación exhaustiva, estaba tan sobreexcitada que me era imposible concentrarme: una lectura en diagonal. Mis ojos eran más certeros que yo. Mis ojos empezaron a ver entre los alias de Landru nombres que me sonaban: M. Dupont. Como la lápida en Suiza. M. Fremyet. Como el segundo destinatario de las cajas de *whisky* de malta que recibí en casa.

Louis Forest.

¡Louis Forest!

¡Era el nombre que Landru había utilizado para engañar y asesinar a Anne Marie Pascal! ¿Entonces el nombre no había surgido de una postal del Lewis

and Clark National Forest que la inquilina anterior se había dejado en el cuarto de La chica del tiempo? ¿Era una variación de uno de los alias de Landru? Tan enfrascada estaba en mi investigación que tropecé con una farola y me di un buen golpe en la cabeza. Joder, joder. Una ráfaga muda de *wasaps* de mi madre acribilló mi móvil: «Agnes; contéstanos de una; puñetera; vez; parece que; estés; muerta». No fui consciente hasta llegar a casa de que me había salido un chichón en la frente, un pequeño bulto como una cereza. Pero no estaba para chichones. Me bebí de un trago medio vaso de Glenfiddich. Después, recostada en el sofá, me bebí a sorbos un vaso entero. ¿Qué significa todo esto? ¿Es solo un juego? ¿Una broma macabra? Bajé todas las persianas eléctricas a la vez. Hicieron el estruendo de un camión de la basura. Cerré la puerta con llave y la dejé en la cerradura. Pasé la cadena que nunca antes había usado. Empecé a escribir: «Oh, joder». Y luego: «Joder, joder, joder, joder, joder, joder, joder, joder». No sé si el número de *joderes* coincide pero no estoy de humor para comprobarlo. Me tumbé sobre la cama con el vaso de *whisky* en la mano. Vi sobre la cómoda las enormes bragas de algodón de Urgulanila. Me entró un escalofrío como si ya estuviera de resaca. Me dije ya está bien, agarré las bragas y decidí que voy a ir a una comisaría de Policía. La más cercana está a siete minutos andando desde mi casa, hay que atravesar un callejón oscuro que cruza las últimas huertas cultivadas que subsisten en el centro de Santiago, a la sombra del Obradoiro. Tardaré un cuarto de hora porque prefiero transitar por caminos más iluminados. Tengo miedo y no soy de las miedosas como ese bombero. El del nombre de pomada de las almorranas. Porque al final la pregunta no es quién es Luis Foret. El del nombre de bosque de Montana. El del nombre de asesino de mujeres. Eso a estas alturas ya me da lo mismo. La pregunta ahora es qué coño quiere Luis Foret de mí. El hombre que anunció su muerte y su resurrección. El hombre que me dijo: «Antes de morir, me gustaría que escribieras mi historia».

O: me gustaría que escribieras mi historia antes de morir.

El destino, la semántica.

* Aquí termina la obra *El hombre que sería Luis Foret*, escrita por Agnes Romaní (con la colaboración de Luis Foret).

10

El relato de Agnes Romaní

Epílogo a cargo de LUIS FORET

¿Habéis sentido alguna vez algo semejante al bloqueo del escritor? Probablemente no, probablemente nunca seáis escritores, aunque deberíais intentarlo, quién sabe, puede que encontréis a un grupo de personas dispuestas a morir para que lleguéis a serlo.

El bloqueo es algo terrible. Estrujarse el cerebro en busca de un pensamiento original, enfrentarse al parpadeo imperceptible de la pantalla de ordenador que te ciega, te trepana el cerebro, te hipnotiza. Si eres Luis Foret, el bloqueo es aún más doloroso porque no dejas de sentirte un farsante ni un minuto. El pseudónimo y la equis en la solapa en lugar de la fotografía no son sino la máscara del embaucador.

Paradójicamente, las notas para esta última novela, esta autobiografía, las he tomado en una libreta que Anne Marie me regaló cuando coincidimos en Óbidos hace ahora ocho muertes. Es un cuaderno del tamaño de un billetero, con anillas, tapas de cartón y un dibujo de Fernando Pessoa en la portada; en la parte trasera, en portugués, los primeros versos de su poema más célebre: *O Poeta é um fingidor | Finge tão completamente | Que chega a fingir que é dor | A dor que deveras sente*^[1]. Los versos de Pessoa siempre me hacen cuestionarme si soy un farsante que escribe o escribo porque soy un farsante. Puede que sea lo mismo.

No fui yo, sino una muchacha que había informado del tiempo en una televisión local de Los Ángeles, quien dio forma a mi primera novela. Las cuatro siguientes, así como el volumen de relatos, narran experiencias reales que reduje y disfracé para hacerlas irreconocibles. Hay algo en lo que Agnes tiene razón: son las mujeres a mi alrededor quienes hacen mis historias interesantes. El verdadero Foret, la máscara, el farsante, apenas ha inspirado experiencias dignas de ser contadas. A quién quiero engañar, si hasta hablar del verdadero Foret es un fraude. Por eso, tras dos años del más astringente de

los bloqueos, se me ocurrió que lo único que me quedaba por contar era la historia de cómo me convertí en Luis Foret.

Lo intenté en diez ocasiones y fracasé otras tantas. Una y otra vez me vencía el folio en blanco. Es irónico sobreponerse a mil obstáculos y acabar derrotado por algo tan insustancial como la pulpa de celulosa.

Recordé entonces lo que había escrito en *Shahriar*. «Las mejores historias se escriben solas. Las mejores historias las escriben otros por ti».

Se me ocurrió que, ya que una mujer más joven que yo había alumbrado mi carrera, era preciso encontrar otra que le diera fin.

Se me ocurrió que no debía luchar contra la pulpa de celulosa, sino ser pulpa de celulosa. ¿Acaso alguna vez he sido algo distinto? Una masa informe que hay que blanquear y moldear. Y luego escribir sobre ella.

Mi plan requería un pequeño esfuerzo, pero pronto me percaté de que no iba a resultar excesivo. Nada más regresar a la ciudad que habitaba cuando era el hombre que sería Luis Foret, los acontecimientos se dispararon.

Un par de años después del fallecimiento de mis dos exmujeres y mi hija adoptiva, volví a Santiago; no ponía el pie allí desde el día en que me eché a correr. Había fundado una editorial que publicaba artículos universitarios para blanquear parte del dinero que generaban mis novelas; la contabilidad, excelente en apariencia, era ruinosa en realidad. La editorial adquirió una revista de cierto prestigio que tenía su base en Galicia. De la noche a la mañana me convertí en editor. No me llamaba Luis Foret, por supuesto, ni tampoco usaba el nombre que me dieron mis padres; inventé otro pseudónimo, otra identidad. Procuraba que se me viera muy poco, apenas hacía vida de calle, me dedicaba a leer, he llegado a perder el mal hábito de ver la televisión y enterarme de las noticias. Un chófer y un vehículo con los cristales tintados me acompañaban a todas partes. A veces salía a correr por la Alameda, una costumbre que conservo de mis meses de corredor de fondo, ataviado con un gorro de punto y gafas de sol, el cuello subido hasta en verano; no era posible que me reconocieran, a mis antiguos conocidos les había llegado la noticia de que estaba muerto y enterrado. En el remoto supuesto de que mi rostro resultase familiar a alguien, esa persona no se atrevería a acercarse a preguntarme si yo, por casualidad, sería aquel hombre ahogado unos años atrás en el lago de Zúrich.

A las reuniones de la revista acudía a cara descubierta. Eran un puñado de muchachos con mal gusto; había prescindido a mi llegada de los más

veteranos. Me aseguré de que ninguno de los que mantuvieran su contrato guardase vínculos con mi vida anterior. Nadie me reconoció. Para ellos solo era el editor molesto que iba a echarles en cara lo mal que funcionaba todo. Me divertía humillarlos, enfurecerlos. La revista me importaba una mierda. ¿Qué me podía importar? ¿El prestigio? ¿El prestigio de quién? ¿De un nombre falso que ocultaba otro nombre falso?

Desde el primer día me fijé en una de las redactoras, testaruda y con cierto talento para la escritura. Reunía las condiciones que perseguía: era solitaria, holgazana y desorganizada, y se presentó a más de una reunión oliendo a alcohol. Si no eres capaz de aguantar sin beber antes de reunirte con tu jefe, tienes un problema con la bebida. Pero ese «problemilla», como ella lo llamó, era ideal para mi plan.

Cualquier duda que albergase acerca de ella o de su idoneidad se disipó cuando la vi leyendo una de las novelas de Luis Foret en horario laboral. Los ojos verdes, los pómulos salientes, la nariz respingona, hermosos pechos y un ligero problema de acumulación de grasa en el trasero y los tobillos. Y era respondona e insolente. ¡Vaya si lo era!

Lo primero que hice fue enviarle una caja con doce botellas de *whisky* de malta, ni tan caras que provocasen su rechazo ni tan baratas que no les diera valor. Un Glenfiddich de 18 años me pareció la elección idónea. La envié a la dirección que figuraba en su contrato laboral con un pequeño ardid: inventé un destinatario. Si lo que quería era comprobar su honradez, no superó la prueba. O, más bien, sí que la superó, la superó con nota. Se quedó con la caja; se la quedó incluso antes de saber su contenido; se la bebió antes de que el licor reposase del traqueteo del viaje.

Agnes Romaní, me dije, tú escribirás el último libro de Luis Foret.

No pensé que me fuera a resultar tan sencillo. Solo unos días después de enviarle la primera caja, aparecí por sorpresa en la cena de Navidad de la revista. Agnes estaba borracha, me insultaba a mis espaldas, cantaba no sé qué cancioncilla estúpida. ¡Fue tan fácil empujarla a hablarme de Luis Foret! ¡Fue tan fácil conseguir que me retase sobre su existencia!

Disfrutaba como nunca del absurdo de la situación. ¡Cómo han llegado a gustarme los episodios estafalarios de mi vida que, en su momento, me desquiciaban! ¡Cómo me gusta verlos todos recogidos en esta obra! No sé cómo llamarla, no se le puede llamar novela ni biografía, es solo una antología de chaladuras.

Imaginad la coyuntura aquella noche: ella discutía con vehemencia afirmando mi propia existencia, que yo le negaba muy airado: ¿cómo va a existir un hombre como ese?

El caso es que la despedí y le ofrecí una importante suma por escribir sobre mi vida. No tardó ni un día en empezar a mandarme correos. Pero antes ocurrió otro incidente reseñable. Y tengo que decir que en eso me acompañó la fortuna, porque planearlo como sucedió era imposible.

Abandoné la cena el primero; después de despedir a Agnes, poco me quedaba por hacer allí. Subí al coche de lunas tintadas, que no estaba aparcado junto a los otros en la explanada del restaurante, sino que me aguardaba prudentemente a unos veinte metros. Le pedí al chófer que esperase y lo invité a que se fumase un cigarrillo conmigo.

No transcurrió ni una hora hasta que el primer vehículo abandonó el aparcamiento. Agnes y el redactor de Deportes discutían antes de entrar en un Citroën C4 negro. Ella se trastabillaba al andar y hacía aspavientos. Yo sospechaba que esos dos mantenían algún tipo de relación. Haber pasado años enteros esperando a que la compañera de piso a la que deseas termine de hacerlo con otros despierta ciertas regiones cerebrales que actúan sobre la intuición sexual. Finalmente se metieron en el coche y arrancaron. Le dije al chófer que los siguiese con discreción. Lo lógico, tal como iba Agnes, era que Jonás la dejase en casa y la acompañase hasta la cama, pero podía darse la circunstancia de que la discusión alcanzase límites insoportables.

Así fue.

Habíamos entrado ya en el ensanche de Santiago cuando Jonás frenó en seco. A punto estuvimos de empotrarnos contra su maletero. Agnes abrió la puerta del copiloto y devolvió con fuerza contra el suelo, el vómito caía como agua fecal por un desagüe. Siguió una pequeña disputa entre ambos que concluyó con Agnes entrando sola en un karaoke. Le dije al chófer que me dejase allí y se fuera a dormir. Cuando ella me vio, soltó una risa histérica, una risa que olía a bilis. Me insultó, quiso pegarme, me propinó de hecho un par de puñetazos en la clavícula golpeando con los puños de arriba abajo. Me dije que mi plan iba a resultar sencillo. La invité a un par de copas y, mientras ella cantaba *Psycho Killer* agarrada al micrófono, vacié un sobrecito de éxtasis en su bebida como quien rellena de pólvora un cañón. No os imagináis cómo sudaba ella al cantar, sudaba tanto que temí que se fuera a derretir sobre la pista. Antes, en mi apartamento, había estado machacando pastillas por si

las necesitaba. Ser previsor me hace sentir bien. Agradecí a Ilsa que me hubiese enseñado todo lo que sé sobre drogas.

Era preciso que Agnes no recordase lo que había sucedido y no se despertase hasta que yo me hubiese ido de su casa. El éxtasis hizo que me diese, ella que me detestaba; así son las drogas. Mezclado con alcohol provoca bucles, bloqueos, pérdida de memoria. Cuando estuvimos en su apartamento, rechacé sus acercamientos. No había ido allí para eso. Luego se durmió. Le puse el pijama y la metí en la cama asegurándome de que su cabeza descansase boca abajo sobre un cojín. Quería evitar sustos, habida cuenta de la propensión a morir de las mujeres con las que trato. Y Agnes aún tenía una misión que cumplir.

Examiné su casa con atención. No encontré gran cosa, más que un desorden desalentador. Casi me llevo por delante un reloj del tamaño de una sartén que tenía apoyado contra la pared al ras del suelo. Guardaba también los ejemplares de mis libros en una estantería; las botellas que le había enviado en la alacena; un enorme tubo de pomada para las hemorroides encima del lavabo; un vibrador rosa precintado en el cajón de la mesilla. No había fotos de su familia ni de ninguna amiga. Perfecto, me dije, una chica solitaria, tal como había imaginado.

Esa noche Agnes aún mantenía una relación con el redactor de Deportes, pero pronto habría fricciones. Se hace complicado conservar la amistad de alguien si esa persona consigue una subida de sueldo gracias a tu despido. Más pronto que tarde, dije, desprecintarás el vibrador, Agnes, puedes creermelo.

Lo mejor que encontré fue un juego de llaves de repuesto sobre un cuenco de cerámica en el recibidor. Comprobé en la puerta que eran las correctas y me las eché al bolsillo. Considerando el desorden de Agnes Romaní, era imposible que al día siguiente echase en falta su segundo juego de llaves; y si así fuera, lo primero que pensaría sería que lo había extraviado.

Hecho esto, cogí un taxi y me fui a mi casa. Aunque eran cerca de las siete de la mañana, escribí un *mail* a mi editor en español y le pedí que organizase con urgencia una rueda de prensa para anunciar mi retirada. Esperé despierto. A las nueve y media llegó el correo de respuesta: Luis, ¿no podemos discutir esto? ¿Crees que me apetece informar de la retirada de nuestro autor estrella? Le contesté que debía anunciar también que estaba preparando un último libro, una autobiografía novelada, le dije que sería mi mayor éxito de ventas.

Sé que lo será. El morbo de este nuevo libro no va a tener comparación.

Pero, Luis, me dijo, me va a resultar complicado citar a la prensa con tan poca antelación, ¿no podemos aplazarlo hasta el lunes? Le dije que no. Le dije que lo comprendería cuando leyera el libro. Le dije que era el último favor que le pedía, pero era un favor innegociable. Si no accedía a cumplirlo, llevaría el manuscrito a otra editorial. No hizo falta decir más. Luego salí a la calle e hice una copia de las llaves de la casa de Agnes en una ferretería. Por fin, a las once de la mañana me fui a acostar.

Había hecho todo lo que estaba en mi mano: solo faltaba que el pez mordiera el anzuelo.

Me desperté a eso de las dos y me inquietó ver que Agnes no se había puesto en contacto conmigo. No con el editor de la revista, sino con Luis Foret. Para sacudirme de encima la desazón, me puse ropa de deporte, el gorro azul, las gafas oscuras y salí a correr a la Alameda. Sucedió algo imprevisto: nos vimos, ella estaba sentada en el banco junto a la estatua de bronce de Valle Inclán, yo pasé de largo. Por la manera en que me miró, me dio la sensación de que me había descubierto. Tal vez no hubiese echado suficiente droga en su copa, tal vez ella recordase que había estado en su casa, tal vez me hubiese escuchado coger sus llaves y comprobar si funcionaban en la puerta, puede que no tuviese la capacidad de levantarse y protestar o gritar o insultarme, pero estuviese enterándose de todo como un enfermo en coma que te entiende cuando hablas y luego te aprieta el dedo.

Pensé en arrojar la toalla, en coger un avión, irme a Suiza y no regresar a Santiago. Cabía la posibilidad de que, finalmente, acabase en prisión por algo tan trivial como un allanamiento de morada. Fueron horas de zozobra. Pero estaba sobreestimando la capacidad de Agnes.

Esa tarde me llegó el correo electrónico que estaba esperando: mi triunfo había sido total.

Fui honesto con ella. Le dije: antes de morir, me gustaría que escribieras mi historia. Si ella lo interpretó como que era yo quien iba a morir, eso no es culpa mía. Solo al final, cuando se dio cuenta del índice de mortalidad de las mujeres que me rodean, empezó a plantearse el significado de la frase.

Comenzamos a intercambiar correos a velocidad de vértigo. Yo le relataba mi vida y ella escribía. Le pedía que me enviase los borradores de cada capítulo, pero me decía que no era así como ella trabajaba. Daba igual, no malgasté esfuerzos discutiendo con ella: esperaba en el coche de lunas tintadas enfrente de su casa, cuando salía, abría con mi juego de llaves —la primera vez que lo hice devolví a la bandeja de plástico las que le pertenecían a ella, nunca se dio cuenta de que las había cogido—, vigilaba que todo

estuviera en orden, encendía su ordenador y copiaba en una memoria USB lo que Agnes había escrito de la biografía. ¿Os podéis creer que en la mesilla junto al sofá tenía tres notas adhesivas de distintos colores con la lista de contraseñas para desbloquear sus cuentas y aparatos? Ella, que me había interrogado incrédula por la ausencia de contraseña en el móvil de Urgulanila, dejaba todas las suyas al alcance de la mano: ordenador, Twitter, banco, correo electrónico, segunda cuenta de Twitter, Facebook, Seguridad Social, Netflix de Jonás... Las del portátil y el *mail* estaban tachadas (no era difícil leer *putamurcielaga* bajo la tinta del bolígrafo) y encima de ambas había escrito *putofofet*. Reconozco que solté una carcajada cuando esa combinación desbloqueó su ordenador. Siempre me marchaba rápido después de echar un ojo a los avances de Agnes, porque nunca sabía cuándo podía regresar. ¿Y si se había olvidado algo? Si me encontraba en su apartamento, iba a tener un grave problema para explicar mi presencia allí. Cuando se apuntó a clases de tango, me ofreció la oportunidad de escudriñar su desorden con más calma, ya que sabía de antemano entre qué horas se iba a ausentar. Eso no quiere decir que estuviera tranquilo, en ninguna de las ocasiones en las que allané su apartamento me sentí tranquilo. Mi intención era corregir todo lo que escribiera, modificar su prosa; estaba convencido de que sería raquítica, pero me sorprendió, lo reconozco, me impresionó lo bien que había captado la esencia, me encantó su ironía, me gustó ver cómo poco a poco se revolvía contra mí.

En el USB iba guardando también el diario personal que ella almacenaba en el disco duro del ordenador, eso y lo que me confesaba por iniciativa propia me ayudaban a tenerla controlada. Solo alguien solitario le cuenta ese tipo de cosas a un desconocido, aunque entiendo que trataba de crear una red de confianza. Creo que, en su ingenuidad, pensaba que si ella se sinceraba yo sería más abierto con ella. No puedo evitar que me inspire cierta ternura.

Agnes tardó en entender que mi vida, mi historia, se estructura alrededor de ocho mujeres. Las ocho han sido imprescindibles para convertirme en quien soy. Las ocho participaron en el milagro del parto de Luis Foret.

Y luego murieron.

Al principio sus muertes me llenaron de desasosiego, me hicieron correr. Pero me perseguían.

No es que lo haya superado, digamos simplemente que lo he asumido. Es algo que me ocurre.

Las cosas ocurren y ya está.

De lo que no estoy seguro es de si Agnes se ha percatado de que ella hace la número nueve.

He intentado hacérselo saber, he agitado el árbol para que cayesen manzanas Granny Smith sobre su sesera llena de *whisky*. Solo cuando le envié las bragas de Urgulanila empezó a creer que lo que yo le contaba había sucedido realmente. La pista definitiva la aportaron los pseudónimos: Anne Marie Pascal, M. Fremyet, M. Dupont... ¿Por qué los elegí? Debía explotar la coincidencia entre el nombre que me había regalado La chica del tiempo y el alias de Landru. Una casualidad, por mucho que Agnes haya creído lo contrario. Una coincidencia que me quitó el sueño antes que a Agnes Romaní. Ahora la valoro únicamente como *otra coincidencia*.

Sabía que ella acabaría por atar cabos, aunque su destreza en la escritura contrasta con sus carencias a la hora de documentarse: todo lo que hizo durante su investigación fue buscar en Google y leer mis libros y correos. Da igual, su holgazanería de periodista me es indiferente, lo triste, lo verdaderamente trágico en Agnes, es su convencimiento de que escribía el libro de Luis Foret, su incapacidad para percatarse de que lo que en realidad estaba haciendo era escribir el libro de Agnes Romaní.

Anoche me pasé por su casa, apenas media hora mientras ella iba a denunciarme a la comisaría, comprobé los últimos cambios en el texto, actualicé la información en mi USB y me marché. Antes abrí el cajón de su mesilla y vi el vibrador: desprecintado, enorme, rosa, impúdico. Algo me impulsó a colocármelo bajo la nariz y aspirar con las aletas abiertas como quien huele un habano. Desafortunadamente, el vibrador no olía a nada, ni siquiera a plástico, como sí ella se hubiera esmerado en desinfectarlo y convertirlo en un objeto anodino.

Me dije: no has cambiado nada, empezaste oliendo bragas sucias en la habitación de Ilsa y acabas aspirando un vibrador usado.

Esta mañana he ordenado los textos de Agnes antes de embarcar en el vuelo a Suiza. He agilizado mi marcha de Santiago antes de lo previsto por culpa de las noticias sobre el coronavirus, hasta yo, que trato de no ver la televisión, he acabado por enterarme. La alarma quedará en nada como tantas otras veces, pero si algo me ha enseñado mi biografía es a ser precavido ante los elementos ajenos, ante aquello que escapa a mi control. Después de ordenar los textos, he intercalado entre los relatos los extractos con más enjundia de

su diario. He añadido un prefacio y cinco anexos que había preparado para profundizar en ciertas cuestiones. He escrito este epílogo y se lo he enviado todo a la agencia de representación. Hará falta trabajarla con las editoriales, pero creo que, en conjunto, va a ser la mejor de mis obras.

Me he puesto en contacto con el banco de Zúrich para cerrar mi cuenta, el director estaba desolado, ha implorado tanto que ha acabado por provocarme vergüenza ajena. Pediré a la agencia de Los Ángeles que divida mi dinero en distintas cuentas en paraísos fiscales.

Me haré otro pasaporte.

Aunque primero necesito unos pequeños cambios.

Tengo cita mañana por la tarde con el dentista, es preciso que me arregle este diente que a Agnes le llamaba la atención, el diente como «una ventana de guillotina abierta». Eso destaca de mí, no tengo otros rasgos característicos, puede que la boca torcida al hablar, pero contra eso poco puedo hacer, salvo hablar menos, volver a ser silencioso como antes de ser Luis Foret. Habrá que analizar qué más puedo cambiar. Si dejo de correr, seguro que engordo; si trato de correr más, puede que adelgace. Una barba, un bigote, teñirme de rubio. O no hacer nada. Tampoco quiero regalar pistas.

En esta novela lo contaré todo: también que me deshice del cadáver de Urgulanila. No fue más que una reacción de pánico, no creo que me persigan por eso. Lo que más les preocupará a las autoridades es la evasión de impuestos. Son tan previsibles...

Estoy tranquilo, sé que no me encontrarán.

Ha llegado la hora de dar carpetazo a Luis Foret. Ha llegado el momento de que ese hombre —o ese nombre— desaparezca. Tengo unos meses de margen, ¿qué podría impedirlo?

Ojalá mi preocupación fuera que ellos me encontraran.

Temo que no sean ellos quienes lo hagan.

«La astronómica elipse de casualidades», escribió Agnes sobre mí.

La astronómica elipse de casualidades acabará por encontrarme tarde o temprano. Como hace siempre que me echo a correr.

A Landru. «El asesino de mujeres».

A Ted Hughes. «No hace falta apretar el gatillo para matar a alguien».

Las casualidades, las desgracias, las muertes.

Me encontrarán aunque me marche a un puerto lejano a ver los barcos anudar sus amarras donde los músicos tocan, al lugar donde empezó esta historia. Porque las verdaderas historias no transcurren en orden cronológico; el tiempo se detiene al observarlo. Y yo deseo detenerlo allí, en la primera

tesela del mosaico: bebiendo frappé, viendo jugar al *tavli*, escuchando el sonido del buzuki sobre un mar del color de las anémonas.

Ahora alguien parece haber querido detener el tiempo en el aeropuerto. Alguien parece haber querido congelarme precisamente aquí. El vuelo no deja de retrasarse y mi cabeza retrocede hasta el momento en que inhalé los efluvios del vibrador de Agnes: lo único que percibí fue un fuerte olor a gas proveniente de la caldera. Esa caldera ya ha amenazado con darle un disgusto. Ha sido al llegar a la zona de embarque cuando he recordado que Agnes no tiene olfato, que lo perdió por no sé qué accidente en la piscina con un nadador sin piernas. El avión acumula retrasos y mi cabeza se dispara en condicionales. Si hubiera cerrado la llave del gas. O si hubiera hecho una llamada anónima a la policía haciéndome pasar por uno de los vecinos. O si hubiera dejado la puerta abierta, entornada, y hubiera simulado un robo. (¿Por qué se arremolina ahora la gente en el mostrador de la puerta de embarque?). O si hubiera provocado un incendio con las planchas para el pelo. O si simplemente hubiera dejado una nota despidiéndome de ella aunque eso me descubriese...

O si.

¿Y al final para qué?

Para que Agnes se ahogue en su vómito. Para que se ahorque con las bragas de Urgulanila. Para que la degüelle el hombre de los *brackets*. Para que se asfixie con una Granny Smith.

El gas me gusta para ti, el gas, dicen, provoca una muerte dulce, y yo lo único amargo que he deseado en tu boca ha sido el *whisky* de malta, pequeña Agnes de Roma.

Marzo de 2020



JAVIER PEÑA (A Coruña, España, 1979). Javier Peña nació en A Coruña en 1979, aunque desde hace más de veinte años vive en Santiago de Compostela, adonde se mudó para estudiar periodismo. Licenciado en Ciencias de la Información por la USC en 2001, ejerció la profesión durante nueve años en la, ahora ya extinta, delegación del *Diario AS* en Galicia. En 2010 se unió al gabinete de la Consellería de Cultura de la Xunta. Durante los siete años siguientes redactó más de mil discursos para conselleiros del gobierno gallego. En 2015, aún en la Xunta, comenzó la escritura de *Infelices*, una obra sobre el fracaso y la tiranía de las expectativas que Blackie Books publicó en 2019. Fue seleccionada entre las mejores novelas del año por medios como la Cadena Ser, *Zenda* o *La Voz de Galicia*. Además de novelista, es profesor de escritura creativa. Creó y coordinó el Obradoiro de Novela Cidade da Cultura, imparte los talleres *online* de Casa Blackie, y recientemente ha puesto en marcha la Residencia literaria Cidade da Cultura, en la que participan algunos de los jóvenes escritores gallegos más prometedores. *Agnes* es su segunda novela, un proyecto que inició en 2017 y en el que ha trabajado durante los últimos cuatro años.

Notas

[1] «El poeta es un farsante, finge tan completamente que llega a fingir que es dolor el dolor que de verdad siente». <<